

ÅSA LARSSON

LA SENDA OSCURA



Seix Barral

Lectulandia

Una mujer aparece muerta en un lago helado. Su cuerpo, torturado, presenta una extraña quemadura alrededor del tobillo. Desde el primer instante, la inspectora Anna-Maria Mella sabe que necesita ayuda. El cadáver es de una de las ejecutivas de una compañía minera cuyos tentáculos se extienden por todo el mundo. Anna-Maria necesita que una abogada le explique algunas cosas acerca del negocio, y conoce a la mejor.

La abogada Rebecka Martinsson está desesperada por volver al trabajo después de un caso que la ha destrozado, y acepta la propuesta de Anna-Maria Mella. Sus investigaciones revelan una compleja y siniestra relación entre la víctima, su hermano y el director de la empresa. Todo parece indicar un móvil sexual, pero los negocios turbios de Kallis Mining abrirán otra vía de investigación.

Lectulandia

Åsa Larsson

La Senda Oscura

ePUB v1.1

Polifemo7 05.08.11

más libros en lectulandia.com

Diseño original de la colección: Josep Bagá Associats

Título original: *Svart stig*

Primera edición: enero 2011

B20001S11S v1.1

© Åsa Larsson, 2006

Originalmente publicado por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia

Publicado en español con el acuerdo de Bonnier Group Agency, Estocolmo, Suecia

© Traducción: Mayte Giménez y Pontus Sánchez, 2011

ISBN: 978-84-322-2881-0

Depósito legal: B. 46.751 - 2010

Impreso en España

Cayfosa (Impresia Ibérica)

08130 Santa Perpétua de Mogoda (Barcelona)

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L. 08015 (Barcelona)

¿Recuerdas la historia?

Rebecka Martinsson descubrió a su amigo muerto sobre la grava, allí en Poikkijärvi.

Y el mundo se vino abajo. La tuvieron que sujetar para que no se tirara al río.

Éste es el tercer libro.

Prólogo

Extracto de las anotaciones del historial clínico del 12 de septiembre de 2003 referente a la paciente Rebecka Martinsson

Motivo del contacto: La paciente fue ingresada en el hospital de Kiruna con heridas en la cara por caída y traumatismo en la cabeza. En el momento del ingreso se encuentra en estado sicótico agudo. Es necesario el tratamiento quirúrgico de las heridas de la cara por lo que se anestesia a la paciente. Al despertar de la anestesia se mantienen claros síntomas sicóticos. Decisión de asistencia obligatoria según el § 3 de la Ley de Tratamiento Obligatorio, la LTO. Traslado a la clínica de psiquiatría del Hospital de Sant Göran, de Estocolmo y encierro en el departamento de admisiones. Diagnóstico preliminar: psicosis SME (sin mayor especificación). Tratamiento: Risperdal mix 8 mg/día y Sobril 50 mg/día.

Es últimamente.

Mira, viene con las nubes y cada ojo debe verlo. Es la última hora.

Es el momento del caballo rojo fuego. Ella llega con la larga espada para que las gentes se maten entre ellas.

Y aquí. Me cogen de los brazos. No escuchan. Obstinados se niegan a alzar la mirada hacia el cielo que se abre sobre ellos.

Es el momento del caballo amarillo pálido.

Y araña con su afilada pezuña. Patea la tierra en su trayectoria.

Llegó un gran terremoto y la tierra se volvió negra como un saco de crines y la luna entera parecía sangre.

Me quedé allí. Somos muchos los que nos quedamos. Caemos de rodillas ante nuestro viaje entre la oscuridad y vaciamos nuestras tripas por el miedo. Camino del mar que arde por el fuego y por el azufre, y ésta es la segunda muerte. Sólo quedan unos minutos. Te coges a lo primero que encuentras. Te agarras fuerte a lo que está más cerca.

Oigo la voz de las siete tormentas. Por fin las palabras son nítidas.

Dicen. Que el momento. Ha llegado.

Pero aquí nadie escucha.

Extracto de las anotaciones del historial clínico del 27 de septiembre de 2003 referente a la paciente Rebecka Martinsson

Contacto con la paciente, responde cuando se le habla, puede describir

los acontecimientos que le provocaron la psicosis depresiva. Muestra síntomas vitales de depresión: pérdida de peso, apatía, sueño nocturno alterado con despertar precoz. Inminente riesgo de suicidio. Continúa el tratamiento ETC. Cipramil en grageas 40 mg/ día.

Uno de los cuidadores (soy yo la que tiene cuidador, qué cosas) se llama Johan. ¿O Jonas? ¿Johnny? Me saca fuera de paseo. No puedo estar sola. No vamos lejos. Sin embargo, me siento incomprensiblemente cansada. Quizá se da cuenta cuando volvemos. Aparenta no notar nada. Habla todo el tiempo. Mejor, así no tengo que hacerlo yo.

Habla del combate por el título entre Muhammad Alí y George Foreman, en 1974, en Zaire.

—Le dieron una buena paliza. Estaba contra las cuerdas y dejaba que Foreman le pegara. Foreman era tan cruel. Estamos hablando de pesos pesados y casi todo el mundo ya lo ha olvidado pero la gente, antes del combate, estaba preocupada por Alí. Creía que Foreman podría matarlo. Y allí estaba Alí ¡como una puta... piedra! Aguantando la paliza durante siete asaltos. Mofándose de Foreman. En el séptimo se inclinó sobre el hombro de Foreman y le susurró al oído: «*Is that all you got, George?*» Y así era. Después el octavo y Foreman apenas se aguantaba en pie. Fue cuando llegó aquel cañonazo. Alí hizo: ¡Chum!—su mano derecha da un gancho en el aire—. Foreman cayó como un pino. ¡Prracash!

Ando callada. Noto que los árboles empiezan a oler a otoño. Y él sigue hablando. Ahora de *Rumble in the Jungle. I am the greatest. Thrilla in Manilla*.

O habla de la Segunda Guerra Mundial (¿puede hablarme a mí de eso?, me pregunto para mis adentros. ¿No estaré demasiado sensibilizada, es decir, delicada? ¿Qué diría el jefe médico?):

—Los japoneses, ésos sí son auténticos guerreros. ¿Sabes que cuando a los pilotos de combate se les acababa el combustible en medio del Océano Pacífico y tenían un portaaviones americano a la vista, se dejaban caer sobre ellos? ¡Pow! O hacían un elegante aterrizaje sobre el mar, sólo para demostrar lo increíbles pilotos que eran. Después, los que sobrevivían saltaban al agua y se hacían el harakiri. No dejaban que el enemigo los cogiera vivos. Lo mismo pasaba cuando luchaban en Saipán. Se tiraban desde los acantilados como una fila de lemmings cuando veían que los habían derrotado. Los americanos se quedaban con sus megáfonos esperando a que se rindieran.

Cuando volvemos a la unidad, de pronto siento miedo de que me pregunte si me ha gustado el paseo. ¿Me preguntará si me ha gustado? ¿Si querré volver a hacerlo mañana?

No soy capaz de responder ni «sí» ni «me gustaría». Es como cuando era pequeña

y unas señoras del pueblo me invitaban a helado o a un refresco. Siempre preguntaban: «¿Está bueno?» Aunque ya lo veían. Una estaba allí dándole lengüetazos, callada y expectante. Pero se les tenía que dar algo. Un premio. «Sí» o mejor «gracias». Pobrecilla la niña de la madre loca. Ya no tengo nada que dar. Si me pregunta tendré que decirle que no. Aunque ha sido agradable tomar el aire. La sección huele a sudor de medicina, humo, suciedad, hospital y a detergente de limpiar el suelo de linóleo.

Pero no pregunta. Al día siguiente me saca también a dar una vuelta.

Extracto de la epicrisis del 30 de octubre de 2003 referente a la paciente Rebecka Martinsson

La paciente ha respondido bien al tratamiento. Se considera que ya no existe riesgo de suicidio. Las últimas dos semanas ha sido atendida según la Ley de Sanidad y Salud. Afligida pero no gravemente deprimida. Se la traslada a su vivienda en Kurravaara, localidad en las afueras de Kiruna, lugar donde se ha criado. Contacto continuado con atención sanitaria abierta en Kiruna. Medicación continuada Cipramil 40 mg/día.

El jefe médico me pregunta cómo estoy. Le respondo: bien.

Se queda callado y me mira. Casi sonrío. Me estudia. Puede estar callado todo el tiempo del mundo. Es un experto en ello. Los silencios no le provocan. Al final digo: suficientemente bien. Es la respuesta correcta. Asiente con la cabeza.

No me puedo quedar aquí. He ocupado una cama demasiado tiempo. Hay mujeres que la necesitan más que yo. Esas que le prenden fuego a su propio pelo. Que llegan a la sección y se tragan trozos de espejos en el lavabo y tienen que llevarlas a urgencias en menos de dos segundos. Yo puedo hablar, responder, levantarme por la mañana y cepillarme los dientes.

Lo odio por no obligarme a quedarme aquí para siempre. Por no ser Dios.

Después me siento en el tren camino hacia arriba. El paisaje pasa deprisa en rápidos parpadeos. Primero aparecen grandes árboles de hoja caduca en tonos rojos y amarillos. El sol de otoño y un montón de casas. En todas vive su vida la gente. De alguna manera siguen adelante.

Después de Bastuträsk hay nieve. Y después, por fin: bosque, bosque, bosque. Voy camino de casa. Los abedules van encogiéndose, enjutos y negros contra lo blanco.

Presiono la frente y la nariz contra la ventanilla.

Me siento bien, me digo a mí misma. Esto es estar bien.

SÁBADO - 15 DE MARZO DE 2005

Noche a finales de invierno en el lago de Torneträsk. La capa de hielo es gruesa, más de un metro. Por todo el lago, que tiene 70 kilómetros de largo, hay cabañas flotantes donde la gente se resguarda para pescar, casitas de cuatro metros cuadrados con cuchillas debajo para deslizarse sobre el hielo. Al final del invierno, los habitantes de Kiruna suben hasta el lago de Torneträsk en motonieves con las que remolcan las casitas flotantes.

Dentro de la cabaña hay una escotilla en el suelo. Se taladra un agujero en el grueso hielo y se pone un tubo de plástico alrededor de él y contra la trampilla para que el viento helado no entre en la cabaña por debajo. Después la gente se sienta a pescar a través del agujero.

Leif Pudas estaba en calzoncillos pescando en su cabaña. Eran las ocho y media de la noche. Se había tomado unas cuantas cervezas ya que era sábado. El infiernillo estaba encendido y calentaba. Hacía mucho calor. La temperatura había superado los 25 grados. También había pescado, quince truchas, pequeñas, pero aun así. También había guardado algunos pescados para el gato de su hermana.

Cuando le entraron ganas de mear sintió como una liberación porque tenía mucho calor. Resultaría agradable salir y refrescarse un poco. Se puso las botas de ir en motonieve y salió al frío y la oscuridad en calzoncillos.

En cuanto abrió la puerta el viento la vapuleó violentamente.

Durante el día había hecho sol y nada de viento. Pero en las montañas el clima cambia constantemente. La tormenta movía y azotaba la puerta como un perro loco. Al principio casi no hacía viento, era como si estuviera quieto, gruñendo, buscando fuerza. Después se puso en marcha como un demonio. Se preguntaba si los goznes aguantarían. Leif Pudas cogió la puerta con las dos manos para cerrarla. Quizá debería ponerse algo de ropa. Bah, es igual, no se tarda mucho en echar una meadita.

Las rachas de viento llevaban nieve suelta. Nada de nieve blanda y en polvo, sino en forma de afilados diamantes de nieve volando. Pasaba por el suelo como si fuera un látigo blanco, rompiéndole la piel con un ritmo pausado y doloroso.

Leif Pudas buscó al lado de la cabaña un lugar donde resguardarse del viento y se puso a mear. Estaba cobijado contra el viento pero hacía un frío de narices. El escroto se le contrajo hasta convertirse en una bola dura como una piedra. De todas formas pudo orinar y pensó que la meada se quedaría helada en el aire. Que se convertiría en un arco amarillo de hielo.

Justo cuando acabó oyó como un mugido a través del viento y vio que tenía la cabaña justo en la espalda. Casi le hace caer del empujón. Después se la siguió llevando el viento, deslizándola.

Tardó unos segundos en entender lo que había ocurrido. La tormenta se había

llevado la cabaña. Vio la ventana cuadrada de cálida luz en la oscuridad y cómo se alejaba de él.

Dio unos cuantos pasos corriendo en la oscuridad pero el anclaje se había soltado y la cabaña cogió velocidad. No había ninguna posibilidad de alcanzarla; se alejaba deprisa sobre las cuchillas.

Primero sólo pensó en la cabaña. La había construido él mismo con madera contrachapada y la había aislado y cubierto con aluminio. Al día siguiente, cuando la encontrara, sólo serviría para hacer fuego para el café. Esperaba que no causara daño a nadie. Entonces sí que habría que lamentarlo.

Al cabo de un momento vino una fuerte racha de viento. Casi le hizo caer al suelo. Fue cuando se dio cuenta de que estaba en peligro. Con toda la cerveza en el cuerpo, era como si tuviera la sangre justo debajo de la piel. Si no conseguía meterse en algún sitio, dentro de muy poco se quedaría congelado, en un momento.

Miró a su alrededor. Arriba, hasta la estación turística de Abisko, seguro que había un kilómetro. No llegaría. Era cuestión de minutos. ¿Dónde estaría la cabaña más cercana? La cortina de nieve y la tormenta hacían que no viera la luz de otras cabañas.

«Piensa —se dijo a sí mismo—. No des ni un puto paso sin antes utilizar la cabeza. ¿Dónde estás exactamente?»

Utilizó la cabeza durante tres segundos y notó cómo se le estaban quedando las manos heladas. Se las puso debajo de las axilas. Dio cuatro pasos desde el lugar donde se encontraba y consiguió llegar hasta la motonieve. La llave estaba en la cabaña fugitiva pero tenía una pequeña caja de herramientas debajo del asiento y la sacó.

Después pidió a alguien de las alturas que le hiciera andar en dirección hacia la cabaña vecina más cercana. No había más de veinte metros pero le entraban ganas de llorar a cada paso. De miedo a no encontrarla. En ese caso, moriría.

Buscaba la cabaña de fibra de Persson. La afilada nieve le daba contra la cara. Como miraba fijamente, se le formaba una especie de barrillo en los ojos y no veía nada con la oscuridad y la nieve, de manera que tenía que secárselos.

Pensó en su hermana. Y pensó en su anterior pareja; se lo habían pasado bien en muchos aspectos.

Casi se tropieza con la cabaña de Persson sin haberla visto. Nadie en casa. Oscuridad en las ventanas. Sacó un martillo de la caja de herramientas. Tuvo que utilizar la mano izquierda porque la derecha no la podía mover. Le dolía tremendamente por llevar cogida el asa de la caja de herramientas. Fue palpando a través de la oscuridad hasta la pequeña ventana de plástico y la rompió.

El miedo lo hacía fuerte y metió sus casi cien kilos por la ventana. Maldijo cuando se arañó el vientre contra el afilado canto de metal, pero aquello no era nada.

Nunca la muerte le había resoplado tan cerca de la nuca.

Una vez dentro tenía que calentarse. Aunque estaba a resguardo del aire, dentro de la cabaña hacía frío.

Abrió cajones hasta que encontró cerillas. ¿Cómo iba a poder coger algo tan pequeño cuando tenía las manos completamente heladas? Se metió los dedos en la boca para calentarlos hasta que tuvo sensibilidad y pudo encender la lámpara de gasóleo y el infiernillo. Le temblaba el cuerpo entero y tenía escalofríos. Nunca en la vida había tenido tanto frío como ahora. Helado hasta los huesos.

—Joder, qué frío. Joder, joder, qué frío —repitió varias veces en voz alta. De alguna manera mantenía alejado el pánico. Era como si se hiciera compañía a sí mismo.

El viento entraba por la ventana como una maldición. Alcanzó un cojín que estaba inclinado contra la pared y consiguió parar la entrada de aire lo suficiente, aguantándolo entre la barra de las cortinas y la pared.

Siguió buscando y encontró un anorak rojo, que probablemente era de la señora Persson. También encontró un cajón con ropa interior. Se puso unos calzoncillos largos en las piernas y otros en la cabeza.

El calor fue apareciendo despacio. Mantenía las extremidades cerca del infiernillo. Le picaba y le dolía todo el cuerpo. Sentía un dolor de mil demonios. En una mejilla y en una oreja no tenía sensibilidad ninguna. Era un mal síntoma.

En la litera había un montón de edredones. Estaban helados pero se envolvería en ellos. Por lo menos aislaban.

«He sobrevivido —se dijo a sí mismo—. ¿Qué importa si se me cae la oreja?»

Cogió un edredón de la litera. Tenía un estampado de flores grandes en distintos tonos de azul, una reliquia de los años setenta.

Y debajo había una mujer. Tenía los ojos abiertos y, al estar congelados, blancos como el hielo. En la barbilla y en las manos tenía algo parecido a una papilla, o quizá era vómito. Llevaba puesto un chándal. En la chaqueta había una mancha roja.

No gritó. Ni siquiera se sorprendió. Era como si estuviera saturado por todo lo que le había pasado.

—Pero, joder —dijo simplemente.

Lo que sintió en el cuerpo se parecía a lo que te pasa cuando ves a un cachorro que se mea por centésima vez dentro de casa. Resignación porque todo es una mierda.

Se sobrepuso al impulso de volver a ponerle encima el edredón y olvidarse de ella.

Después se sentó a pensar. ¿Qué cojones iba a hacer ahora? Naturalmente tenía que ir a la estación turística. Aunque no tuviera muchas ganas de andar en la oscuridad. No tenía otra elección. Por otra parte, tampoco quería estar allí

descongelándose junto a ella.

Sea como fuera, tenía que quedarse sentado un momento. Hasta que dejara de sentir tanto frío.

Entre ellos se creó una especie de comunión. Ella le hizo compañía durante la hora que estuvo sentado sufriendo dolor en todo el cuerpo a medida que entraba de nuevo el calor. Puso las manos a calentar contra el infiernillo de gasóleo.

No dijo nada. Y ella tampoco.

La inspectora jefe, Anna-Maria Mella, y su compañero Sven-Erik Stålnacke llegaron al lugar del hallazgo a las doce menos cuarto de la noche del sábado. La policía había tomado prestados dos motonieve de la estación turística de Abisko. Una remolcaba un trineo. Uno de los guías turísticos se había ofrecido a ayudarles y bajaba a los dos policías a través de la tormenta y la oscuridad.

Leif Pudas, que había encontrado el cuerpo, estaba en la estación turística de Abisko y ya había sido interrogado por los de la unidad móvil, que habían sido los primeros en llegar al lugar.

Cuando Leif Pudas llegó a la estación turística, la recepción estaba cerrada. El personal del pub tardó un rato en tomárselo en serio. Era sábado por la noche y, por lo visto, allí estaban acostumbrados a la ropa informal. La gente podía quitarse el mono polar de conducir la motonieve y quedarse a tomar cerveza en ropa interior. Pero Leif Pudas había llegado con botas y vestido con un anorak de mujer que le llegaba sólo hasta el ombligo, y con unos calzoncillos largos en la cabeza a modo de turbante.

Entendieron que algo grave había ocurrido cuando rompió a llorar. Primero escucharon y después se hicieron cargo de él mientras llamaban a la policía.

Dijo que había encontrado a una mujer muerta y repitió varias veces que no era su cabaña. A pesar de ello, pensaron que se trataba de un hombre que había matado a su mujer. Nadie había querido mirarlo directamente a los ojos. Se quedó solo sentado y llorando sin molestar a nadie hasta que llegó la policía.

Fue imposible precintar la zona alrededor de la cabaña. El viento se llevaba la cinta constantemente. Lo que hicieron fue atar una cinta amarilla y negra alrededor de la cabaña. La rodearon como si fuera un paquete. Después empezaron a temblar a causa del frío viento. Los de la Científica habían llegado y trabajaban en la pequeña superficie a la luz de unos focos y la tenue iluminación de la lámpara de gasóleo que ofrecía la cabaña.

Dentro de la cabaña no cabían más de dos personas. Mientras trabajaban los de la Científica, Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke se quedaron fuera intentando

mantenerse en movimiento.

Era completamente imposible oír lo que se decían el uno al otro a través de la tormenta y de los gruesos gorros que llevaban puestos. Hasta Sven-Erik llevaba un gorro con orejeras. Normalmente no llevaba nada en la cabeza aunque fuera pleno invierno. Se gritaban el uno al otro y se movían como gordos muñecos de Michelin con sus monos de ir en motonieve.

—Mira —le chilló Anna-Maria—. Esto es ridículo.

Extendió los brazos y se quedó como una vela contra el viento. Era una mujer pequeña, no pesaba demasiado. Además, la nieve se había derretido durante el día para después congelarse y convertirse en brillante hielo por la noche. Cuando se puso de aquella manera el viento la empujó y empezó a desplazarla despacio.

Sven-Erik se echó a reír y aparentó apresurarse para cogerla antes de que se la llevara hasta la otra orilla del lago.

Los de la Científica salieron de la cabaña.

—De todas formas, éste no es el lugar del crimen —gritó uno de ellos a Anna-Maria Mella—. Parece ser que le clavaron un cuchillo. Pero, lo dicho, no parece haber sido aquí. Podéis llevaros el cuerpo. Nosotros continuaremos mañana cuando se pueda ver algo.

—Y para que no se nos hiele el culo —gritó el compañero, que llevaba una ropa demasiado ligera.

Los de la Científica se sentaron en el trineo que remolcaba la motonieve y fueron llevados de vuelta a la estación turística.

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke entraron en la cabaña.

Aquello era muy pequeño y hacía frío.

—Por lo menos no tenemos que aguantar el puto viento —dijo Sven-Erik cerrando la puerta—. Así. Ahora podremos hablar sin gritarnos.

La pequeña mesa abatible que estaba atornillada a la pared tenía un forro imitando a la madera. Las sillas, cuatro, eran de plástico blanco y estaban apiladas una dentro de otra. Había una cocinilla y un pequeño fregadero. En el suelo había una cortinilla de cocina a cuadros blancos y rojos junto a unas flores artificiales de tela en un florero de cerámica, bajo la ventana de plexiglás. Un cojín apretujado resguardaba del viento que quería entrar a través de la ventana.

Sven-Erik abrió el armario. Dentro había un infiernillo. Volvió a cerrarlo.

—Anda, esto no lo habíamos visto —dijo.

Anna-Maria miró a la mujer que estaba en la litera.

—¿Uno setenta y cinco? —preguntó.

Sven-Erik asintió con la cabeza mientras se quitaba unos trozos de hielo que se le habían formado en el bigote.

Anna-Maria sacó la grabadora del bolsillo. Se peleó con ella un momento porque

las baterías se habían enfriado y no querían funcionar.

—Venga, dale —le decía al aparato, que acercó al infiernillo que luchaba valiente para calentar el interior de la cabaña, a pesar de la ventana rota y de la gran rendija de la puerta.

Cuando puso el aparato en marcha dictó una descripción.

—Mujer, rubia, con melena estilo paje, de unos cuarenta años... Es bonita, ¿verdad?

Sven-Erik asintió con un murmullo.

—Pues a mí me parece bonita. Uno setenta y cinco de altura, delgada, grandes pechos. No lleva anillos ni otras joyas. El color de los ojos es difícil decirlo en esta situación, quizá el médico forense... Chaqueta de chándal azul claro, cortaviento, con probables manchas de sangre, pero lo sabremos dentro de poco. Pantalones a juego y zapatillas para correr.

Anna-Maria se inclinó sobre la mujer.

—Va maquillada, lápiz de labios, sombra de ojos y rímel —siguió grabando—. ¿No es extraño si iba a entrenar? ¿Y por qué no lleva gorro?

—Hoy ha hecho un buen día y mucho calor, y ayer también —respondió Sven-Erik—. Mientras no haga viento...

—Pero ¡si estamos en pleno invierno! Tú eres el único que nunca lleva gorro. De todas formas la ropa no parece barata y ella tampoco. De alguna manera tiene estilo.

Anna-Maria apagó la grabadora.

—Esta misma noche iremos a llamar a algunas puertas. La de la estación turística y las de la zona este de Abisko. Preguntaremos también a los comerciantes si saben algo. Alguien debe de haber denunciado su desaparición, digo yo.

—A mí me parece que la conozco de algo —dijo Sven-Erik reflexivo.

Anna-Maria asintió con la cabeza.

—Entonces quizá sea alguien de Kiruna. Piensa un poco. Alguien que hayas visto en alguna parte. ¿En el dentista? ¿Una dependienta? ¿En el banco?

Sven-Erik sacudió la cabeza.

—Vale ya —replicó—. Ya me saldrá si me sale.

—También tenemos que ir a ver todas las cabañas de pesca —añadió Anna-Maria.

—Sí, en medio de esta puta tormenta.

—Aun así.

—Claro que sí.

Se miraron un momento.

Sven-Erik parecía cansado, pensó Anna-Maria. Cansado y deprimido. Le ocurría con las mujeres muertas. Sobre todo, en circunstancias trágicas. Podían estar muertas de una paliza en la cocina mientras el marido lloraba desconsolado en el dormitorio.

Y aún se podía dar gracias si no tenían niños pequeños que lo hubieran presenciado todo.

A ella nunca le afectaba tanto, bueno sí, si se trataba de niños. Niños y animales, a eso no se llegaba a acostumbrar nunca. Pero un asesinato como éste, no. Tampoco es que se alegrara o pensara que sólo era una persona muerta. No era eso. Pero un asesinato como éste... era algo que exigiría toda su atención. Y ella podría dedicarse por completo.

Sonrió para sí misma al ver el gran bigote mojado de Sven-Erik. Parecía un animal atropellado en la carretera.

Últimamente lo llevaba bastante crecido y sin arreglar. Se preguntó si realmente no estaba demasiado solo. Su hija vivía en Luleå con su propia familia. Seguro que no se veían a menudo.

Y hacía un año y medio que había desaparecido el gato que tenía. Anna-Maria intentó convencerlo para que se hiciera con otro, pero Sven-Erik se negó en rotundo. «Sólo son molestias —le dijo—. Te ata mucho.» Ella sabía lo que aquello significaba. Se quería proteger de aquel dolor en el corazón. Dios sabe lo que se había preocupado por *Manne* hasta que finalmente perdió las esperanzas y dejó de hablar del gato.

«Fue una lástima», pensó Anna-Maria. Sven-Erik era un buen hombre. Sería una buena pareja para una mujer. Y un buen amo para cualquier animal. Él y Anna-Maria se avenían bien pero a ninguno de los dos se le ocurriría relacionarse fuera del trabajo. No sólo porque él era mucho mayor, simplemente no tenían mucho en común. Si se encontraban por casualidad en la ciudad o en la tienda cuando no estaban de servicio, no sabían qué decir. Sin embargo, en el trabajo se pasaban el día hablando y se encontraban la mar de a gusto el uno con el otro.

Sven-Erik miró a Anna-Maria. Realmente era una mujer pequeña, poco más de metro y medio. Casi desaparecía en el enorme mono de ir en motonieve. El pelo largo y rubio, aplastado por el gorro. No le importaba. No era de maquillarse y cosas así. Tampoco tenía tiempo. Cuatro hijos y un marido que no parecía que hiciera mucho en casa. Aparte de eso, no había más problemas con Robert. Anna-Maria y él parecían estar bien juntos. Sólo que él era un poco vago.

Aunque ¿cuánto había colaborado él en su casa cuando estaba casado con Hjördis? Pues no lo recordaba. Lo que sí recordaba era que no sabía cocinar al principio, cuando empezó a vivir solo.

—Bueno, pues —dijo Anna-Maria—. ¿Nos vamos tú y yo a través de la tormenta a ver todas las cabañas y los otros que vayan al pueblo y a la estación turística?

Sven-Erik sonrió.

—Será lo mejor. De todas formas ya se ha estropeado la noche del sábado.

En realidad no se había estropeado. ¿Qué hubiera hecho, si no? Habría mirado la

tele y quizá hubiera estado un rato en la sauna del vecino. Lo mismo de siempre.

—Es verdad —respondió Anna-Maria mientras se subía la cremallera del mono.

Aunque ella no sentía lo mismo. Aquella noche del sábado no estaba perdida para ella. Un caballero no puede quedarse en casa al abrigo de la familia. Así se vuelve una loca. Tiene que salir y sacar la espada. Volver a casa, cansada y llena de aventuras. Con su familia que seguramente le ha dejado los cartones de la pizza y las botellas de plástico amontonados encima de la mesa de la sala de estar. Pero daba lo mismo. Eso era lo mejor de la vida. Llamar a las puertas en la oscuridad y sobre el hielo.

—Espero que no tuviera hijos —dijo Anna-Maria antes de meterse de lleno en el viento.

Sven-Erik no contestó. Le daba un poco de vergüenza. Él no había pensado en los hijos. Todo lo que había pensado era que esperaba que no hubiera un gato encerrado en un piso en alguna parte esperando a su ama.

NOVIEMBRE DE 2003

Rebecka Martinsson recibe el alta del departamento de psiquiatría del hospital de Sant Göran y coge el tren hasta Kiruna. En estos momentos está sentada en un taxi delante de la casa de su abuela paterna en Kurravaara.

Desde que murió la abuela, la casa pertenece a Rebecka y a su tío Affe. Es una casa hecha de fibrocemento gris y está junto al río. Los suelos de linóleo están gastados y las paredes tienen manchas de humedad.

Antes, la casa olía a viejo pero estaba habitada. Eran constantes los olores de fondo de botas de agua, establo, comida y hornadas. Los olores a seguridad de la abuela. Y de su padre, claro, en aquellos tiempos. Ahora, la casa huele a abandono y a cerrado. El sótano está forrado de aislamiento de fibra de vidrio para mantener alejado el frío del suelo.

El taxista mete sus maletas. Le pregunta si van al piso de arriba o al de abajo.

—Arriba —le responde.

En el piso de arriba era donde vivía la abuela.

Su padre vivía en el piso de abajo. Allí están los muebles en un sueño extraño y tranquilo bajo grandes sábanas blancas. La mujer del tío Affe, Inga-Britt, utiliza el piso de abajo como trastero. Aquí se van amontonando más y más cajas de cartón de plátanos con libros y ropa. Aquí almacena Inga-Britt sillas viejas que ha conseguido baratas y que restaurará en algún momento. Los muebles de su padre debajo de las sábanas se van arrimando cada vez más a las paredes.

Da lo mismo que no tenga el aspecto de antes. Para Rebecka el piso de abajo no ha cambiado.

Su padre lleva muerto muchos años pero en cuanto entra por aquella puerta lo ve sentado en el sofá de la cocina. Es la hora del desayuno arriba, en casa de la abuela. Él la ha oído llegar por la escalera y se ha puesto de pie de inmediato. Lleva puestas la camisa de franela a cuadros negros y rojos y una chaqueta marca Helly-Hansen de color azul. Lleva los pantalones de trabajo azules de nylon forrados metidos dentro de los calcetines gruesos y largos de lana que la abuela le ha hecho a media. Tiene los ojos un poco hinchados. Cuando la ve se rasca la barba incipiente y sonríe.

Ahora ve muchas más cosas que antes. ¿O las veía entonces? Que se mesara la barba con la mano. Ahora se da cuenta que era un gesto como de vergüenza. ¿Qué le importaba a ella que no se afeitara o que hubiera dormido con la ropa puesta? Ni pizca. Está guapo, guapo.

Y la lata de cerveza que está sobre la encimera de la cocina. Está tan usada y tan desgastada. Hace tiempo que contuvo cerveza aunque ahora bebe algo más que eso, pero quiere que los vecinos crean que es cerveza ligera.

Quiere decirle que a ella no le importó nunca. Era mamá la que se ponía furiosa. Realmente yo te quería de verdad.

El taxi se ha ido. Ha encendido la chimenea y ha puesto en marcha el radiador.

Está tumbada de espaldas en la cocina sobre una alfombra de trapo de la abuela. Con la mirada sigue una mosca. Zumba atormentada y con un ruido fuerte. Se da pesadamente, como ciega, contra el techo. Así se quedan las que se despiertan porque de pronto hace calor en la casa. Con un sonido atormentado y alto y un vuelo defectuoso y lento. Ahora aterriza en la pared, anda de un lado a otro débil y sin objetivo. No tiene ninguna capacidad de reacción. Probablemente la pudiera matar de un manotazo. Así no tendría que oír el ruido. Pero no tiene fuerzas. Se queda allí tumbada mirando. De todas formas seguro que se muere dentro de nada. Después ya la barrerá.

DICIEMBRE DE 2003

Es martes. Rebecka va todos los martes a la ciudad a ver a una terapeuta y recoger su dosis semanal de Cipramil. La terapeuta es una mujer de unos cuarenta años. Rebecka intenta no menospreciarla. No puede dejar de mirarle los zapatos y pensar que son «baratos» y que la chaqueta le sienta mal.

Pero el desprecio es traidor. De pronto se da la vuelta y dice: ¿Y tú, que ni siquiera trabajas?

La terapeuta le pide que le hable de su niñez.

—¿Por qué?—le responde Rebecka—. No es por eso por lo que estoy aquí, ¿no?

—¿Por qué crees tú que estás aquí?

Está muy cansada de las contra preguntas profesionales. Observa la alfombra para esconder la mirada.

¿Qué podría explicar? El mínimo hecho es como un botón rojo. Si lo presionas no se sabe qué va a ocurrir. Recuerdas cómo bebías un vaso de leche y después viene todo lo demás.

«No pienso chapotear en todo eso», piensa y fulmina con odio el paquete de pañuelos de papel que siempre está dispuesto sobre la mesa que hay entre ellas.

Se ve desde fuera. No puede trabajar. Se sienta en la fría taza del váter por la mañana y presiona las pastillas para sacarlas del envase, con miedo de qué pasaría si no lo hiciera.

Las palabras son muchas. Embarazoso, patético, lamentable, asqueroso, repugnante, carga, locura, enferma. Asesina.

Tiene que ser un poco agradable con la terapeuta. Complaciente. Mejorando. No siempre tan pesada.

«Le voy a explicar algo —piensa—. La próxima vez.»

Podría mentir. Ya lo ha hecho antes.

«Podría decirle: Mi madre. Creo que no me quería.»

Y realmente quizá no sea una mentira. Sino una pequeña verdad. Pero esta verdad esconde la gran verdad:

«No lloré cuando murió —piensa Rebecka—. Tenía once años y me sentí fría como el hielo. En el fondo hay algo que está mal dentro de mí.»

NOCHEVIEJA DE 2003

Rebecka celebra la Nochevieja con *Bella*, la perra de Sivving Fjällborg. Sivving es su vecino. Era amigo de su abuela cuando Rebecka era pequeña.

Le preguntó a Rebecka si quería ir con él a casa de su hija Lena y de su familia. Rebecka buscó excusas y él no insistió. Le dejó a la perra. No suele haber problemas cuando se hace cargo de *Bella*. Él le dijo que necesitaba que alguien la vigilara pero, en realidad, es Rebecka la que necesita que la vigilen. Es igual. Rebecka se alegra de la compañía.

Bella es una vivaracha vorsteh. Está loca por la comida como todos los de su raza y estaría gorda como una vaca si no estuviera siempre moviéndose. Sivving deja que corra todo lo que quiera junto al río y suele pedirle a los del pueblo que se la lleven de caza. Dentro de casa no para, siempre de un lado para otro hasta que te vuelves loca. Se levanta y empieza a ladrar en cuanto oye el mínimo ruido. Pero esa actividad constante la mantiene delgada como un palo. Debajo de la piel se le marcan claramente las costillas.

Casi siempre es un castigo estar tumbada pero en estos momentos *Bella* ronca sobre la cama de Rebecka. Ésta ha esquiado junto al río durante horas. Al principio arrastraba a *Bella*, y luego la ha dejado suelta para que corriera. Corría como una loca de un lado a otro levantando la nieve. Los últimos kilómetros andaba al paso tras las huellas de Rebecka.

A eso de las diez ha llamado Måns, su jefe de la oficina.

Cuando oye su voz, se pasa la mano por la melena. Como si la pudiera ver.

Ha pensado en él. A menudo. Y cree que cuando estaba hospitalizada llamó y preguntó por ella. Pero no está segura. Lo recuerda tan mal. Le parece que le dijo a la enfermera de la planta que no quería hablar con él. Los electrochoques la confundían y la memoria inmediata desaparecía. Era como una vieja que podía decir las mismas cosas una y otra vez en un plazo de cinco minutos. Entonces no quería tener contacto con nadie. Y con Måns menos. No quería que la viera de aquella manera.

—¿Cómo va todo? —le pregunta.

—Bien —responde ella sintiéndose por dentro como un puto organillo cuando oye su propia voz—. ¿Y tú?

—Bien, joder, muy bien.

Ahora le toca hablar a ella. Intenta encontrar algo de interés, mejor si es divertido, pero en la cabeza se le ha parado todo.

—Estoy en un hotel en Barcelona —le informa él finalmente.

—Yo estoy mirando la tele con el perro de mi vecino. Él está celebrando la Navidad con su hija.

Måns no responde de inmediato. Tarda un segundo. Rebecka escucha. Después

volverá a ese segundo de silencio una y otra vez como si fuera una adolescente. ¿Significa algo? ¿Qué? ¿Una pincelada de celos hacia el desconocido hombre del perro?

—¿Y quién es ese tío? —pregunta Måns.

—Pues es Sivving. Está jubilado y vive en la casa del otro lado del camino.

Le habla de Sivving. Que vive en el sótano de la casa con su perro. Porque así todo es más sencillo. Allí tiene todo lo que necesita, tanto nevera como ducha y coccinilla. Y menos problemas para limpiar si no se dejan las cosas por todas partes. Y le explica de dónde le viene el nombre. Que en realidad se llama Erik, pero su madre, en un ataque de orgullo, dejó que escribieran su título de ingeniero civil en la guía telefónica: «civ. ing.». Y aquello lo castigó el pueblo de inmediato con la ley de que nadie debe creerse superior. Así que empezaron con el «Mira, si es el mismísimo civ. ing. de visita».

Måns se echa a reír. Y ella también. Y se ríen un poco más, porque no tienen mucho más que decir. Le pregunta si hace frío. Ella se levanta del sofá y mira el termómetro.

—Treinta y dos grados.

—¡Joder!

De nuevo el silencio. Demasiado largo. Después él añade con rapidez:

—Bueno, te llamaba para desearte feliz año nuevo... todavía soy tu jefe.

«¿Qué es lo que quiere decir con eso?—se pregunta Rebecka—. ¿Es que llama a todos los que trabajan para él? ¿O sólo a los que él sabe que no tienen nada más que el trabajo? ¿O es que se preocupa por mí?»

—Feliz año nuevo para ti también —responde y, como aquellas palabras están al límite de la formalidad, permite que la voz le salga tierna.

—Bueno... voy a salir a ver los fuegos artificiales...

—Sí, yo también tengo que sacar al perro...

Cuando han colgado se queda sentada con el teléfono en la mano. ¿Estaba solo en Barcelona? Seguro que no. El final ha sido demasiado rápido. ¿Oyó una puerta? ¿Había entrado alguien? ¿Fue por eso por lo que se despidió de forma tan abrupta?

JUNIO DE 2004

Fue una suerte para Rebecka Martinsson no ver al fiscal jefe, Alf Björnfot, suplicar para que la emplearan. En ese caso, su orgullo le hubiera hecho rechazar el trabajo.

El fiscal jefe, Alf Björnfot, va a ver a su superiora, la jefa de la fiscalía, Margareta Huuva, a la hora de comer, después del trabajo. Elige un lugar con auténticas servilletas de lino y flores naturales en los jarrones de las mesas.

Margareta Huuva se pone de buen humor. Además, el muchacho que va a servirles le aparta la silla y le hace un cumplido.

Se podía pensar que aquello era una cita. Una pareja que se ha encontrado tarde en la vida, los dos con más de sesenta años.

La jefa de la fiscalía, Margareta Huuva, es una mujer baja y algo corpulenta. Le queda bien el cabello plateado muy corto y el color de su pintalabios hace juego con el polo de color rosa que lleva debajo de la americana azul.

Cuando Alf Björnfot se sienta, se da cuenta de que los pantalones de pana que lleva tienen las rodilleras gastadas. Las tapetas de los bolsillos de la americana siempre las tiene medio metidas. Cuando se guarda cosas, siempre están en medio y por eso se quedan así.

—No te metas tantas mierdas en los bolsillos —suele ordenarle su hija cuando intenta aplanar las arrugadas tapetas.

Margareta Huuva le pide a Alf Björnfot que le explique por qué quiere emplear a Rebecka Martinsson.

—Necesito a una persona en mi distrito que sepa de delincuencia económica —le aclara—. La empresa LKAB no hace más que subcontratar, de manera que allá arriba tenemos cada vez más empresas y más embrollos económicos que resolver. Si conseguimos convencer a Rebecka Martinsson tendremos mucho abogado por lo que le paguemos. Trabajó en uno de los mejores bufetes de Suecia antes de venir a vivir aquí.

—Antes de que cayera enferma psíquicamente, quieres decir —replicó Margareta Huuva perspicaz—. Realmente, ¿qué es lo que le pasó?

—Yo no estaba, pero mató a aquellos tres hombres de Jiekajärvi hace poco más de dos años. Estaba claro que había sido en defensa propia, así que nunca se habló de acusación. Bueno... y cuando empezaba a recuperarse pasó lo de Poikkijärvi. Lars-Gunnar Vinsa la encerró en el sótano, luego mató a su hijo y después se suicidó. Cuando ella vio al chico, se vino abajo.

—La encerraron en un psiquiátrico.

—Sí. Estaba que no sabía dónde tenía la mano derecha.

Alf Björnfot se queda callado y piensa en lo que le explicaron los inspectores de

policía, Anna-Maria Mella y Sven- Erik Stålnacke. Que Rebecka Martinsson gritaba como una loca. Que veía cosas y gente que no estaban. Cómo la tuvieron que coger para que no se tirara al río.

—Y tú quieres que la nombre fiscal de refuerzo.

—Ya está bien. Esta oportunidad no se presentará más. Si no le hubiera ocurrido todo eso, estaría en Estocolmo ganando un montón de dinero. Pero ha vuelto a casa. Y creo que ya no quiere seguir trabajando para el bufete.

—Cari von Post dice que no hizo un buen trabajo como representante de Sanna Strandgård.

—Porque limpió el suelo con él, por eso. No debes hacerle caso. Ese tipo se cree el ombligo del mundo.

Margareta Huuva sonríe y mira el plato. Ella no tiene ningún problema con Cari von Post. Es de esos tipos amables con sus superiores. Claro que es un mierdecilla egocéntrico. Ella no es tan tonta como para no verlo.

—Bueno, seis meses. Para empezar.

El fiscal jefe Alf Björnfot suspira.

—Ni hablar. Es abogada y gana más del doble que yo. No le puedo ofrecer un empleo de prueba.

—Abogada o no, en estos momentos no sabemos si puede clasificar la fruta en un súper. Un tiempo de prueba y punto.

Y fue lo que se decidió. Luego pasaron a temas más agradables: cotilleos sobre compañeros, policías, jueces y políticos locales.

Una semana más tarde el fiscal jefe, Alf Björnfot, está sentado junto a Rebecka Martinsson en la escalera de la casa de Kurravaara.

Las golondrinas vuelan como cuchillos lanzados al cielo. Se las oye cuando se meten debajo del tejado del establo. Después, vuelven a salir y dejan a los polluelos pidiendo más comida.

Rebecka mira a Alf Björnfot. Un hombre de unos sesenta años, pantalones feos y gafas para leer que le cuelgan de un cordón alrededor del cuello. Parece un hombre simpático. Se pregunta si hace bien su trabajo.

Toman café en taza grande y ella lo invita a galletas digestivas directamente del paquete. Él ha ido hasta allí para ofrecerle el nombramiento como fiscal de refuerzo de Kiruna.

—Necesito a alguien capaz —le dice simplemente—. Alguien que se quede.

Mientras ella responde él cierra los ojos con la cara vuelta hacia el sol. No le queda mucho pelo y se le ven las manchas de la edad arriba, en la coronilla.

—No sé si puedo seguir con ese tipo de trabajo —se sincera Rebecka—. No confío en mi cabeza.

—Pero seguro que no es un desperdicio intentarlo —le responde él sin abrir los

ojos—. Prueba seis meses. Si no puedes pues no puedes.

—Me volví loca. ¿Lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé. Conozco a los policías que te encontraron.

De nuevo le recuerdan que es un tema de conversación.

El fiscal jefe Björnfot sigue con los ojos cerrados. Piensa en lo que acaba de decir. ¿Debería haber dicho otra cosa? No, a esta chica hay que irle de cara, lo ve muy claro.

—¿Son ellos los que te han dicho que he vuelto? —le pregunta.

—Sí, uno de los policías tiene un primo que vive aquí en Kurravaara.

Rebecka se echa a reír. Una risa sin alegría y seca.

—Sólo yo no sé nada de nadie. Fue demasiado para mí —añade—. Nalle allí muerto sobre la grava. De verdad que le tenía aprecio. Y su padre... creí que iba a matarme.

Él emite un gruñido como respuesta. Los ojos todavía cerrados. Rebecka aprovecha para observarlo con tranquilidad. Es fácil hablar con él si no la mira.

—Es una de esas cosas que uno cree que nunca van a ocurrirle. Al principio tenía mucho miedo de que volviera a pasar. Y tener que quedarme allí. Vivir en una pesadilla el resto de mi vida.

—¿Todavía tienes miedo de que te vuelva a ocurrir?

—¿Quieres decir en cualquier momento? Atravesar la calle y... ¡plaf!

Ella abre y cierra la mano, estira los dedos, como para ilustrar unos fuegos artificiales de locura.

—No —continúa—. Era entonces cuando necesitaba la locura. La realidad era demasiado pesada.

—De todas maneras a mí todo eso no me preocupa —le dice Alf Björnfot.

Ahora la mira.

—Necesito buenos fiscales.

Se queda callado. Luego vuelve a hablar. Mucho tiempo después Rebecka recordará sus palabras y pensará que aquel hombre sabía exactamente lo que hacía. Cómo manejarla. Descubrirá que es un hombre que conoce a la gente.

—Aunque lo cierto es que comprendo que tengas dudas. El lugar de trabajo es en Kiruna, así que será un trabajo jodidamente solitario. Los demás fiscales están en Gällivare y en Luleå y sólo vienen cuando se celebran los juicios. La idea es que te hagas cargo de la mayor parte de los juzgados de primera instancia. Una secretaria de fiscales irá una vez a la semana para expedir las solicitudes de juicios y cosas así. De modo que es aislado.

Rebecka le promete pensarlo aunque aquello de trabajar sola la decide. No tener que estar con gente a su alrededor. Eso y el hecho de que un funcionario de la Seguridad Social la llamó hace una semana para hablar de empezar un entrenamiento

para integrarse poco a poco a la vida laboral. En aquel momento Rebecka se sintió enferma de miedo. Ponerla con un grupo de gente que padece el síndrome del agotamiento para hacer cursos de informática o de piensa-en-positivo.

—Se acabó la buena vida —le explica a Sivving por la noche—. Puedo probar lo de la fiscalía igual que cualquier otra cosa.

Sivving está junto a la cocinilla dándole la vuelta a unas rodajas de morcilla.

—Deja de darle pan a la perra por debajo de la mesa —le dice—. Que te veo. Así que de abogada, ¿eh?

—Nunca más.

Piensa en Måns. Ahora tendrá que despedirse. Por una parte le resulta agradable. Se ha sentido como una carga para el bufete durante mucho tiempo. Claro que él entonces desaparecerá para siempre

«Mejor —se dice a sí misma—. ¿Cómo sería una vida junto a él? Le miraría los bolsillos cuando duerme en busca de recibos y corbatas manchadas para saber si ha estado en el bar bebiendo. Las huellas aterran, dicen. ¿Se pueden tener peores relaciones? Poco y mal contacto con sus hijos adultos. Separado. Sólo relaciones cortas.»

Hace una lista de sus defectos. No le ayuda en absoluto.

Cuando trabajaba para él ocurría que a veces la rozaba de alguna manera. «Buen trabajo, Martinsson», y el roce. La mano en la parte superior de su brazo. Una vez una rápida caricia en el pelo.

«Voy a dejar de pensar en él —se ordena a sí misma—. Me atonta. La cabeza entera ocupada por un hombre, sus manos, su boca, por detrás y por delante y todo lo demás. Pueden pasar meses sin que una tenga un pensamiento sensato.»

DOMINGO - 16 DE MARZO DE 2005

La mujer muerta llegó navegando a través de la oscuridad hasta la inspectora de policía, Anna-Maria Mella. Flotaba de la manera que lo hubiera hecho si un mago le hubiera pasado la capa por encima y la hubiera hecho alzarse, tumbada de espaldas con los brazos pegados a los lados.

«¿Quién eres tú», pensó Anna-Maria.

Su blanca piel y los ojos congelados hacían que pareciera una estatua. Sus rasgos también recordaban a una estatua de mármol de la antigüedad. Tenía el principio de la nariz muy alto, entre las cejas, la frente y la nariz, de perfil, formaban una línea sin interrupción.

Gustav, el hijo de tres años de Anna-Maria, se dio la vuelta durmiendo y le dio unas cuantas patadas en el costado. Cogió el pequeño pero musculoso cuerpo de niño y lo giró con resolución, de manera que se quedara tumbado con el culo y la espalda contra ella. Lo acercó hacia sí y le acarició la barriga por debajo del pijama con movimientos circulares, apretó la nariz contra su sudado pelo y le dio un beso. Él suspiró en sueños.

A esta edad los críos tienen unos cuerpecillos de lo más dulce. Se vuelven grandes muy deprisa y entonces se acabaron las caricias y los besuqueos. Anna-Maria no quería pensar en el momento cuando ya no quedara ningún pequeño en la casa. Posiblemente tuviera nietos. Tenía esperanzas en Marcus, su hijo mayor podría empezar pronto.

Y en caso de apuro está Robert, pensó sonriendo hacia su marido que dormía. Hay ciertas ventajas en mantener el mismo marido que al principio. Por muchas arrugas y flacideces que yo tenga, siempre verá aquella chica que conoció al principio de los tiempos.

O siempre me puedo rodear de unos cuantos perros, siguió ella con sus pensamientos. Que duerman en la cama con las patas sucias, goteando pipí y todas esas cosas.

Soltó a Gustav y cogió el móvil para ver la hora. Las cuatro y media.

Le quemaba una mejilla. Seguro que se le había quedado un poco helada la noche anterior cuando fue con Sven-Erik a llamar a las puertas, andando sobre el hielo. Pero nadie de las cabañas vecinas había visto nada. Ella y sus compañeros preguntaron en la estación turística, despertaron a los turistas esquiables y retuvieron a los que estaban en el bar. Nadie sabía nada de la mujer. También se habían puesto en contacto con los propietarios de la cabaña donde la habían encontrado. Parecían sinceramente afectados y no reconocieron a la mujer muerta de la fotografía.

Anna-Maria pensó en un posible desarrollo de los acontecimientos. Está claro que se puede salir a hacer ejercicio sobre las huellas de una motonieve con la cara

maquillada. Quizá corriera por la carretera de Noruega. Se para un coche. Es alguien a quien ella conoce. Alguien que le pregunta si quiere que la lleve. ¿Y después? ¿Se sienta en el coche y le dan un golpe en la cabeza? O siguen camino y luego se van un rato a la sauna. La violan, ella se defiende y le clavan un cuchillo.

O era un desconocido. Ella va corriendo por la carretera de Noruega. Un hombre pasa en un coche. Se da la vuelta un poco más adelante. Quizá la atropella con el coche y la sube al asiento de atrás, donde es más fácil de manejar. Y no hay nadie a la vista. La lleva hasta una cabaña...

Anna-Maria le da la vuelta a la almohada e intenta volverse a dormir.

Igual no la violaron, piensa después. Igual corría sobre las huellas de una motonieve sobre el lago. Se encontró con un loco perdido con el cuerpo lleno de drogas y un cuchillo en el bolsillo. De éstos hay por todas partes. También en los lagos. La pesadilla de todas las mujeres. Encontrarse con el hombre equivocado justo cuando le da la locura.

«¡Vale ya! —se dice a sí misma—. Nada de adelantar acontecimientos antes de saber más del tema.»

Tiene que hablar con el forense, Lars Pohjanen. Volvió de Luleå ayer por la tarde. La cuestión es si ya ha hecho algo con el cuerpo congelado.

Es una tontería seguir en la cama. Y, en realidad, ¿por qué habría de seguir durmiendo? No estaba cansada. Tenía la cabeza llena de neuronas bombeándole adrenalina que jugaban a: dibuja, adivina, corre.

Se levantó y se vistió. Estaba acostumbrada a hacerlo en la oscuridad, en silencio y con rapidez.

Eran las cinco y cinco de la mañana cuando Anna- Maria Mella aparcó su rojo Ford Escort delante del hospital. El vigilante de Securitas la dejó bajar por el pasillo subterráneo del edificio. Del techo se oía el rugido de los tubos de ventilación. No había nadie en aquel pasillo. El suelo era de linóleo y se oía el ruido de las puertas que automáticamente se abrían ante ella. Se encontró con un conserje que se desplazaba en patinete. Por lo demás, todo estaba tranquilo y en silencio.

En la sala de autopsias no había luz pero en la de fumadores estaba tumbado el jefe médico Lars Pohjanen, que dormía sobre el desgastado sofá de los años setenta, tal y como esperaba encontrarlo. Estaba tumbado de lado con la espalda hacia fuera. El delgado pecho se alzaba con un respirar fatigado, arriba y abajo.

Hacía unos años lo habían operado de cáncer de garganta. Su asistente forense, Anna Granlund, era la que, cada vez más, se hacía cargo de su trabajo. Serraba cajas

torácicas, sacaba los órganos, hacía las pruebas necesarias, volvía a poner los órganos en su sitio, cosía abdómenes, llevaba los maletines de Pohjanen, contestaba el teléfono, pasaba las llamadas más importantes, en principio las de la señora Pohjanen, mantenía la sala de autopsias fregada y ordenada, se encargaba de que la bata de él estuviera limpia entre trabajo y trabajo y pulía los informes.

Al lado del sofá estaban sus deplorables y gastados zuecos, bien puestos, uno junto a otro. Hubo un tiempo en que habían sido blancos. Anna-Maria fantaseaba con que Anna Granlund tapaba al jefe médico con la manta a cuadros de fibra sintética que él tenía encima, juntaba los zuecos al lado del sofá, le quitaba el cigarrillo de la boca y apagaba la luz antes de irse a casa.

Anna-Maria se quitó la chaqueta y se sentó en el sillón que hacía juego con el sofá.

«Treinta años de suciedad y todo bien ahumado —pensó poniéndose la chaqueta encima a modo de edredón—. Qué agradable.»

Se quedó dormida al instante.

Media hora más tarde se despertó con la tos de Pohjanen. Estaba sentado inclinado hacia delante en el borde del sofá y parecía como si medio pulmón le fuera a ir a parar a las rodillas.

Anna-Maria se sintió tonta y violenta de inmediato. Meterse así a hurtadillas y dormir en la misma sala. Era casi como si se hubiera metido en su dormitorio y se hubiera acostado en su cama.

Allí estaba él con su tos matutina mientras la de la guadaña le pasaba un brazo por los hombros. Era una cosa privada de cada uno.

«Estará de mal humor —pensó—. ¿A qué tengo que venir aquí?»

El ataque de tos de Pohjanen se acabó en un carraspeo forzado. Automáticamente la mano palpó el bolsillo del tabaco para asegurarse de que el paquete de cigarrillos estaba allí.

—¿Qué es lo que quieres? Aún no he empezado. Estaba congelada cuando la trajeron ayer noche.

—Necesitaba un sitio para dormir —respondió Anna-Maria—. Mi casa está llena de críos que duermen de través, dan patadas y no te dejan sitio.

La fulminó con la mirada, divertido a su pesar.

—Y Robert se tira pedos durmiendo —añadió.

Él se echó a reír para ocultar que se había calmado. Luego se levantó y le hizo una señal con la cabeza indicando que podía acompañarle.

La asistenta forense acababa de llegar. Estaba en la sala de lavado vaciando el lavavajillas como si fuera un ama de casa. La diferencia era que sacaba cuchillos, tenazas, pinzas, escalpelos y recipientes de acero inoxidable en lugar de cubiertos y vajilla.

—Es una auténtica *hätähousu* —dijo Pohjanen a Anna Granlund señalando con un gesto a Anna-Maria—. Culo inquieto —añadió cuando vio que Anna Granlund no le entendía.

Anna Granlund le dedicó una sonrisa reprimida a Anna-Maria Mella. Ésta le caía bien, pero la gente tenía que dejar de joder y agobiar a su jefe.

—¿Se ha descongelado? —preguntó Pohjanen.

—No del todo —respondió Anna Granlund.

—Pásate después de comer y te haré un informe preliminar —le sugirió Pohjanen a Anna-Maria Mella—. Las pruebas tardarán unas más que otras, como siempre.

—¿No me puedes decir nada aún? —preguntó Anna-Maria intentando no parecer una *hätähousu*.

Pohjanen sacudió la cabeza como si se rindiera cuando se trataba de Anna-Maria.

—Pues vamos a echar un vistazo —concedió.

La mujer estaba tumbada sobre la mesa de autopsias.

Anna-Maria Mella se dio cuenta de que había caído líquido del cuerpo en el desagüe bajo la mesa.

«¿Al agua potable?», pensó.

Pohjanen se dio cuenta de lo que miraba.

—Se está descongelando —informó—. Pero será difícil analizarla, eso está claro. Las membranas de las células de la musculatura explotan y se aflojan.

Señaló la caja torácica de la mujer.

—Aquí tienes un agujero de entrada —le dijo—. Se puede deducir que es lo que la mató.

—¿De cuchillo?

—No, no. Esto es algo completamente distinto, probablemente puntiagudo.

—¿Alguna herramienta? ¿Un punzón?

Pohjanen se encogió de hombros.

—Tendrás que esperar —le respondió—. Pero parece estar perfectamente emplazado. Puedes ver lo relativamente poco que ha sangrado en la ropa. Probablemente el corte ha ido directamente al cartílago de la caja torácica y ha seguido hasta la bolsa que envuelve el corazón y ahí te queda un corazón taponado.

—¿Taponado?

—Algo habrás aprendido con los años. Si la sangre no ha salido del cuerpo, ¿adónde ha ido? Bueno, probablemente la bolsa que envuelve el corazón se ha llenado de sangre de manera que el corazón, al final, no ha podido latir. Es bastante rápido. La presión también baja, por eso no se sangra tanto. Además, puede ser que se haya taponado un pulmón, un litro en el pulmón y buenas noches. Por cierto, tiene que ser más largo que un punzón porque hay un agujero de salida en la espalda.

—Algo que la ha atravesado. ¡Joder!

—Sigamos —continuó Pohjanen—. No hay signos de violación. Mira esto:

Iluminó con una linterna la entrepierna de la mujer.

—No hay hematomas ni arañazos. Puedes ver que le han golpeado en la cara, aquí y... mira aquí, sangre en la nariz y una pequeña hinchazón sobre la nariz. Además, alguien le ha secado la sangre de encima del labio. Pero no tiene marcas de estrangulamiento ni tampoco de ligaduras en las muñecas. Sin embargo, esto es extraño.

—¿Qué es esto? —preguntó Anna-Maria—. ¿Una quemadura?

—Sí, la piel está claramente quemada. Una herida delgada y en forma de cinta alrededor de un tobillo. Hay otra cosa curiosa.

—¿Sí?

—La lengua. Se la ha mordido hasta destrozarla completamente. Es habitual que ocurra en graves accidentes de circulación, por ejemplo. En un estado así de shock, vale... pero de un arma afilada, no lo había visto nunca. Y si estaba taponado y fue rápido... No, esto es un pequeño misterio.

—Déjame ver —pidió Anna-Maria.

—Es carne picada —añadió Anna Granlund, que colgaba toallas limpias junto al lavabo—. Pienso hacer café; ¿queréis?

Anna-Maria Mella y el forense respondieron afirmativamente al café a la vez que el forense iluminaba con la linterna el fondo de la boca de la mujer muerta.

—¡Uf! —exclamó Anna-Maria—. Así que a lo mejor no murió del corte. ¿Y qué pudo haber sido?

—A lo mejor te puedo responder esta tarde. El corte es mortal, casi lo aseguro. Pero me confunde el curso de los acontecimientos. Y mira esto.

Volvió una de las manos de la mujer hacia Anna-Maria.

—Esto también es un signo de shock. Mira las marcas. Ha cerrado las manos y ha hundido profundamente sus propias uñas en las palmas.

Pohjanen estaba con la mano de la mujer en la suya sonriendo por dentro.

«Por eso me gusta trabajar con él», pensó Anna-Maria del forense. Todavía le parece jodidamente divertido. Cuanto más difícil y complicado, mejor.

Notó, con cierto remordimiento, que lo estaba comparando con Sven-Erik.

«Pero Sven-Erik está tan apático —se defendió a sí misma—. ¿Y qué puedo hacer yo? Tengo bastante con insuflar entusiasmo a los críos de mi casa.»

Tomaron el café en la sala de fumadores. Pohjanen encendió un cigarrillo, sin darse por enterado de la mirada que le echó Anna Granlund.

—Lo raro es lo de la lengua —dijo Anna-Maria—. Decías que suele ocurrir cuando hay un shock, ¿no? Y esta marca tan extraña alrededor del tobillo... Pero la cuchillada le atravesó la ropa así que, ¿iba vestida cuando la mataron?

—Aunque no creo que hubiera salido a entrenar —dijo Anna Granlund—. ¿Has

visto el sujetador?

—No.

—Puro lujo. Puntillas y arco. Aubade, es una marca cara de cojones.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Una se permitía ciertas cosas en aquellos tiempos en que había esperanza.

—Así que ¿nada de sujetador de deporte?

—Realmente, no.

—Si como mínimo supiéramos quién era —dijo Anna-Maria Mella.

—A mí me parece conocida —respondió Anna Granlund.

Anna-Maria se irguió en su asiento.

—Eso le parece también a Sven-Erik —exclamó—. ¡Intenta recordar! ¿En Konsum? ¿En el dentista? ¿De Gran Hermano?

Anna Granlund sacudió la cabeza mientras pensaba.

Lars Pohjanen apagó el cigarrillo.

—Ahora vete a molestar a otro —le dijo—. Un poco más tarde la abriré y así veremos si podemos definir a qué se debe la herida en forma de cinta que tiene en el tobillo.

—¿A quién puedo ir a molestar?—se quejó Anna-Maria—. A las siete menos veinte de un domingo por la mañana. Sólo vosotros estáis en pie.

—Pues perfecto —dijo Pohjanen seco—. Así tendrás el placer de despertarlos a todos.

—Sí —dijo seriamente Anna-Maria—. Eso es lo que voy a hacer.

El fiscal jefe, Alf Björnfot, se sacudió todo lo que pudo para quitarse la nieve que le había caído encima, arrastrando bien los zapatos al entrar en los pasillos de la jefatura. Una vez que tenía prisa, hacía de eso unos tres años, se resbaló por culpa del hielo que llevaba pegado a las suelas y se dio un golpe en la cadera. Al cabo de una semana aún estaba tomando paracetamol.

«Es la edad —pensó—. Uno tiene miedo de caerse.»

No solía trabajar los fines de semana. Y nunca tan pronto, un domingo por la mañana, pero la inspectora jefe, Anna-Maria Mella, lo llamó la noche anterior y le explicó lo de la mujer muerta que había sido hallada en una cabaña de pesca sobre el lago helado y él le había pedido tener una corta reunión a la mañana siguiente.

La fiscalía tenía sus locales en el piso de encima de la jefatura de policía. El fiscal jefe le echó una mirada llena de remordimientos a la escalera y pulsó el botón del ascensor.

Cuando pasó por delante del despacho de Rebecka Martinsson tuvo la sensación de que había alguien dentro y, en lugar de seguir hasta su despacho, se paró, se dio la

vuelta, llamó a la puerta con los nudillos y abrió.

Rebecka Martinsson levantó la mirada sentada a su escritorio.

«Tiene que haberme oído salir del ascensor y por el pasillo —pensó Alf Björnfot—. Pero no sale de su despacho a ver. Se queda callada como un ratón esperando no ser descubierta.»

No creía que le cayera mal y tampoco era porque fuera huraña, aunque era una auténtica loba solitaria. Querría esconder lo mucho que trabaja, supuso él.

—Son las siete —dijo él mientras entraba. Apartó un montón de legajos de la silla de las visitas y se sentó.

—Hola, entra, siéntate.

—Ja, ja. Aquí siempre tenemos las puertas abiertas, que lo sepas. Es domingo por la mañana así que ¿es que te has venido a vivir aquí?

—Sí. ¿Quieres café? Tengo un termo, en lugar del agua sucia de la máquina.

Le puso café en una taza.

La había metido de cabeza en el trabajo como fiscal de refuerzo. Ella no era de ese tipo que empieza poco a poco yendo al lado de alguien durante varias semanas, se dio cuenta ya el primer día. Fueron juntos a Gällivare, cien kilómetros al sur, donde trabajaban los demás fiscales del distrito. Fue a saludarlos a todos amablemente pero parecía inquieta e incómoda hasta lo indecible.

El segundo día le entregó un montón de documentos.

—Son procesos sencillos —le dijo—. Presenta acusación judicial y deja que las chicas de la oficina pongan fecha a la vista. Si tienes dudas sólo tienes que preguntar.

Pensó que con aquello tendría faena para una semana.

Al día siguiente le pidió más trabajo.

Su ritmo de trabajo despertó intranquilidad en el departamento.

Los demás fiscales le hacían bromas y le preguntaban si pensaba mandarlos al paro. A sus espaldas decían que no tenía más vida, sobre todo vida sexual.

Las señoras de la oficina se sintieron agobiadas. Le decían a su jefe que la nueva no contara con que ellas pudieran expedir las solicitudes procesales de todos los casos que ella les iba pasando. Tenían otras cosas que hacer.

—¿Qué otras cosas?—le replicó Rebecka Martinsson cuando el fiscal jefe delicadamente le expuso el problema—. ¿Navegar por la red? ¿Jugar al solitario con el ordenador?

Después levantó la mano antes de que a él le diera tiempo de abrir la boca para contestar.

—Está bien. Ya pasaré a limpio la documentación y la expediré yo misma.

Alf Björnfot la dejó trabajar como ella quería. Tuvo que hacer de su propia secretaria.

—Es una buena noticia —le dijo a la jefa de la oficina—. Así no tendréis que ir

tan a menudo a Kiruna.

A la jefa de la oficina aquello no le pareció bien en absoluto. Era difícil hacer ver que eran imprescindibles cuando Rebecka Martinsson tan fácilmente prescindía de ellas. Se vengó dándole a Rebecka Martinsson tres juicios a la semana. Sólo dos ya hubiera sido excesivo.

Rebecka Martinsson respondió sin emitir ni una sola queja.

Al fiscal jefe Alf Björnfot no le gustaban los conflictos. Sabía que en su distrito reinaban las secretarías dirigidas por la jefa de oficina. Valoraba que Rebecka Martinsson no se quejara y que se buscara cualquier motivo para trabajar en Kiruna en lugar de ir hasta Gällivare.

Hizo un gesto con el pulgar. El café era bueno.

Por otra parte, no quería que se matara trabajando. Quería que se sintiera a gusto. Que se quedara.

—Trabajas mucho —le dijo.

Rebecka Martinsson suspiró y echó la silla hacia atrás. Se quitó los zapatos.

—Estoy acostumbrada a trabajar así —respondió—. No te preocupes. Ése no era mi problema.

—Ya lo sé, pero...

—No tengo hijos. Ni familia. Ni siquiera una maceta, la verdad. Me gusta trabajar. Déjame hacerlo.

Alf Björnfot se encogió de hombros. Se sentía aliviado. Por lo menos lo había intentado.

Rebecka dio un sorbo al café y pensó en Måns Wenngren. En el bufete de abogados se mataban a trabajar pero a ella no le importaba porque no tenía otra cosa que hacer.

«En realidad no estaba bien de la cabeza —pensó—. Podía pasarme trabajando una noche entera sólo por su exiguo "bien" o simplemente por un gesto de aprobación. No pienses en él», se ordenó a sí misma.

—Y tú ¿qué haces por aquí hoy? —le preguntó.

Alf Björnfot le explicó lo de la mujer que habían encontrado en la cabaña de pesca.

—No me parece tan extraño que nadie la haya dado aún por desaparecida —dijo Rebecka—. Si alguien ha matado a su mujer... puede que esté en cualquier parte borracho como una cuba y llorando, sintiendo lástima de sí mismo. Si nadie más la ha echado de menos.

—Es posible.

Llamaron a la puerta y un segundo más tarde asomó la cabeza la inspectora jefe, Anna-Maria Mella.

—Así que estás aquí —le dijo alegre al fiscal jefe—. Vamos a empezar. Han

llegado todos. ¿Te apuntas?

Lo último se lo dijo a Rebecka Martinsson.

Rebecka sacudió la cabeza. Ella y Anna-Maria Mella se encontraban a veces. Se saludaban pero no mucho más. Anna-Maria Mella y su compañero de trabajo, Sven-Erik Stålnacke, estaban presentes cuando se volvió loca. Sven-Erik Stålnacke la había llevado hasta la ambulancia. A veces pensaba en ello. Que alguien la había cogido. Se sintió bien.

Pero era difícil hablar con ellos. ¿Qué les iba a decir? Antes de irse a casa solía mirar el aparcamiento a través de la ventana. A veces veía allí a Anna-Maria Mella o a Sven-Erik Stålnacke. Entonces se quedaba un rato más hasta que ellos se iban.

—¿Ha ocurrido algo más? —preguntó Alf Björnfot.

—Nada después de lo que hablamos la última vez —respondió Anna-Maria Mella—. Nadie ha visto nada y aún no sabemos quién es.

—Déjame verla —pidió Alf Björnfot alargando la mano.

Anna-Maria Mella le pasó la foto de la mujer muerta.

—¿Puedo? —preguntó Rebecka.

Alf Björnfot le dio la foto y observó a Rebecka.

Iba vestida con téjanos y un jersey. No la había visto así desde que empezó a trabajar para él. Claro que era domingo. Los demás días llevaba una ropa muy distinguida. Él solía pensar que era una rara avis. Algunos de los otros fiscales también se ponían traje chaqueta o traje cuando iban a los juicios. Él mismo había cambiado de estilo hacía tiempo. Se contentaba poniéndose la americana de trabajo cuando había negociación. Sólo planchaba el cuello de las camisas y encima se ponía un jersey de lana.

Pero Rebecka siempre iba muy bien arreglada. Con ropa cara pero muy sencilla, con trajes grises o negros y blusa blanca.

Era algo a lo que le daba vueltas. Aquella mujer. La había visto vestida con traje.

—No, no la reconozco —informó Rebecka.

Como Rebecka. Blusa blanca y traje. Aquella mujer también era una rara avis. Se diferenciaba de los demás.

¿De quiénes?

Se le apareció la imagen de una mujer de la política. Traje y el cuello de la blusa que le salía por fuera. El pelo rubio, a lo paje. Estaba rodeada de hombres trajeados.

El pensamiento se le quedó al acecho como un lucio entre los juncos. Sentía las vibraciones de algo que se acercaba. ¿UE? ¿ONU?

No. No era de la política.

—Ahora me acuerdo —exclamó Alf Björnfot—. La vi en las noticias. Estaban filmando a un grupo de gente trajeada que se habían preparado para una foto de grupo en la nieve, aquí en Kiruna. ¿De qué narices era? Recuerdo que me eché a reír porque

llevaban una ropa demasiado ligera. Nada de abrigo y los zapatos finos. Estaban en la nieve y levantaban los pies como si fueran cigüeñas. Eran divertidos. Y ella estaba entre ellos...

Se dio unos golpecillos en la frente como para que la ficha cayera en la máquina y le saliera el premio.

Rebecka Martinsson y Anna-Maria Mella esperaban pacientes.

—Sí, ahora... —dijo chascando los dedos—. ¡Claro que sí! Era aquella gente de Kiruna que tiene la nueva mina. Era cuando tenían la asamblea general de accionistas o algo así por aquí arriba... ¡Qué cabeza la mía! No me acuerdo de nada.

»Venga, ahora vosotras —dijo pidiendo ayuda a Rebecka y a Anna-Maria—. Salió en las noticias antes de Navidad.

—Yo me quedo dormida en el sofá después de los dibujos animados —reconoció Anna-Maria.

—¡Ya lo sé!—exclamó Alf Björnfot—. Se lo preguntaré a Fred Olsson. Él tiene que saberlo.

El inspector de policía Fred Olsson tenía unos treinta y cinco años y era imprescindible como informal experto en ordenadores de toda la casa. Era a él a quien se llamaba cuando el ordenador se quedaba colgado o cuando querías bajarte música de la red. Tampoco tenía familia así que le gustaba ir a casa de los compañeros por la tarde y ayudarles con los aparatos electrónicos si lo necesitaban.

Y conocía a la gente de la ciudad. Sabía dónde estaban los gamberros y qué hacían. A veces los invitaba a un café para mantenerse informado. Conocía la delicada red del poder. Sabía qué jerifalte de la ciudad apoyaba a alguien porque era un familiar, porque lo tenía pillado por algo o como pago por algún favor.

Alf Björnfot se levantó y salió al pasillo para bajar la escalera y entrar en las oficinas de la policía.

Anna-Maria le hizo una señal a Rebecka y las dos mujeres salieron corriendo detrás.

Camino hacia Fred Olsson, de pronto Alf Björnfot se dio la vuelta y al ver a las dos mujeres les gritó:

—Kallis. ¡Se llama Mauri Kallis! La verdad es que ha nacido aquí aunque hace tiempo que se marchó a vivir fuera.

Después continuó hacia el despacho de Fred Olsson.

—Bueno, ¿y qué pasa con Mauri Kallis?—le dijo Anna-Maria en un susurro a Rebecka—. Si lo que tenemos es una mujer.

Se encontraban ya los tres en la puerta de Fred Olsson.

—¡Fredde!—resolló el fiscal—. ¡Mauri Kallis! ¿Verdad que tuvo una reunión aquí con un montón de peces gordos en diciembre?

—Claro que sí —respondió Fred Olsson—. Kallis Mining tiene una mina aquí en

la ciudad que se llama Northern Explore AB, una de sus empresas que cotiza en bolsa. Era una inversora canadiense que vendió todas sus acciones a finales de año. Así que hubo mucho cambio de directivos...

—¿Podrías encontrar alguna foto de la junta de accionistas? —preguntó Alf Björnfot.

Fred Olsson se giró dando la espalda a las tres personas que habían aparecido en su puerta y puso en marcha su ordenador. Los tres visitantes esperaban obedientes.

—Eligieron a uno de Kiruna en el consejo de administración, Sven Israelsson —dijo Fred Olsson—. Voy a ver qué encuentro. Si busco por Mauri Kallis seguro que me salen varios miles de resultados.

—Recuerdo la imagen de un grupo de gente trajeada en la nieve para que les hicieran una foto —dijo Alf Björnfot—. Creo que la mujer de la cabaña de pesca estaba en esa foto.

Fred Olsson escribió algo en el teclado durante un momento. Después dijo:

—Aquí está. Claro que es ella.

En pantalla había una foto de un grupo de hombres con traje. En el centro de la imagen había una mujer.

—Claro que sí —afirmó Anna-Maria—. La de la nariz antigua. Es como si le naciera entre las cejas.

—Inna Wattrang, jefa de información —leyó Alf Björnfot.

—¡Lo tenemos!—exclamó Anna-Maria Mella—. Está identificada. Debemos comunicárselo a sus familiares. Me pregunto cómo acabó en el lago.

—Kallis Mining tiene una cabaña en Abisko —dijo Fred Olsson.

—¡No me digas! —exclamó Anna-Maria.

—¡Seguro! Lo sé porque el ex de mi hermana es fontanero y estuvo allí haciendo la instalación cuando hacían la casa. En realidad no es una cabaña sino una casa para los fines de semana, o algo parecido.

Anna-Maria se volvió hacia Alf Björnfot.

—Naturalmente —respondió Alf Björnfot antes de que ella preguntara—. Voy a redactar la orden de registro domiciliario inmediatamente. ¿Llamo a los cerrajeros de Benny Lås & Larm?

—Sí, por favor —agradeció Anna-Maria—. ¡Nos vamos!—ordenó después saliendo hacia su despacho a buscar la chaqueta—. Cambiamos la reunión a la tarde.

De su despacho se la oyó decir:

—¡Vente tú también, Fredde! ¡Sven-Erik!

Un minuto más tarde ya habían desaparecido. De golpe se hizo un silencio de domingo en la casa. En el pasillo se quedaron Alf Björnfot y Rebecka Martinsson.

—Bueno, pues —dijo Alf Björnfot—. ¿Dónde nos habíamos quedado?

—Estábamos tomando café —respondió Rebecka sonriendo—. Es hora de otra

taza.

—Mira qué bonito —dijo Anna-Maria Mella—. Como un folleto turístico.

Iban en su Ford Escort por la carretera de Noruega. A su derecha estaba el lago Torneträsk. El cielo estaba completamente azul y la nieve resplandecía con el sol. Por todas partes a lo largo del lago había cabañas de pesca de todos los colores y de todos los modelos. Al otro lado de la carretera se alzaban las altas montañas.

Ya no hacía viento pero no hacía calor. Anna-Maria miraba entre los abedules mientras pensaba que la nieve seguramente tendría una buena corteza. Igual se podía ir en trineo sobre la capa dura de la nieve a través del bosque.

—Haz el favor de mirar la carretera —le ordenó Sven-Erik, que iba sentado a su lado.

La cabaña en la montaña de Kallis Mining era una gran casa de madera. Estaba muy bien situada junto al lago. Hacia el otro lado se alzaba el monte Nuolja.

—El ex de mi hermana me hablaba de este lugar cuando venía a trabajar aquí —explicó Fred Olsson—. Y su padre trabajó en la construcción de la casa. Son dos casas de madera de Hälsingland que las transportaron aquí. La madera tiene doscientos años. Y allí abajo junto a la playa está la sauna.

Benny, el cerrajero de Benny Lås & Larm, estaba sentado en el coche de su empresa en el patio. Bajó la ventanilla y les gritó:

—Ya he abierto pero me tengo que ir —dijo saludando con la mano y marchándose sin esperar.

Los tres policías entraron. Anna-Maria pensó que nunca había visto una casa así. Las paredes de madera cortada a hacha color gris plateado habían sido decoradas con sencillez con pequeños óleos con motivos de alta montaña y algunos espejos rodeados de pesados marcos dorados. Había grandes armarios roperos de estilo indio en color turquesa y rosa, contrastando con las zonas sin pintar. El techo era tan alto como la casa y se veían las vigas. Sobre el ancho suelo de madera había alfombras de trapo en todas las habitaciones a excepción de una: delante de la chimenea de la sala de estar había una piel de oso con cabeza y la boca abierta.

—¡Jesús! —exclamó Anna-Maria.

La cocina, el recibidor y la sala de estar se distribuían en una superficie diáfana. En uno de los lados había grandes ventanales con vistas al lago, que brillaba ahora a la luz de principios de primavera. Al otro lado de la sala entraba la luz a través de unas pequeñas ventanas de vitrales de diferentes colores situadas a bastante altura.

Sobre la mesa de la cocina había un paquete de leche, otro de muesli, un plato y una cuchara. Y en la encimera había una pila de platos sin fregar, uno dentro de otro, con cubiertos entre medio.

—¡Uf! —se lamentó Anna-Maria cuando agitó el paquete de leche y notó los grumos que forma la leche cuando se echa a perder.

No porque ella tuviera su casa recogida y limpia. Pero estar una sola en un lugar así de bonito y no mantenerlo arreglado... Ella lo tendría todo bien recogido si alguna vez viviera en una casa así. Poder ponerse los esquíes en la puerta y salir a dar un paseo sobre el lago. Llegar luego a casa y hacer la comida. Escuchar la radio mientras fregaba a mano, o en silencio, pensando en sus cosas con las manos metidas en el agua caliente. Tumbarse en el tentador sofá de la sala de estar y encender la chimenea para oír crepitar el fuego.

—Esta gente quizá no friegue los platos —comentó Sven-Erik Stålnacke—. Seguro que viene alguien a limpiar cuando se van ellos.

—Pues a esa persona la vamos a encontrar.

Abrió las puertas de los cuatro dormitorios. Las grandes camas de matrimonio tenían edredones hechos con *patchwork*. Encima de los cabezales había colgadas pieles de reno, crines plateadas contra las paredes de madera del mismo color gris.

—Bonito —dijo Anna-Maria—. ¿Por qué no lo tengo yo así en mi casa?

En los dormitorios no había armarios. Por el contrario en el suelo había grandes cofres americanos y baúles antiguos para guardar cosas. Había ropa colgada en bonitos biombos indios y en las paredes había perchas para ropa, graciosos ganchos y cuernos. Había una sauna, un lavadero y un gran armario secador. Junto a la sauna había un gran vestidor con espacio para la ropa y las botas de esquí.

En uno de los dormitorios había una maleta abierta, con ropa revuelta tanto dentro como fuera. La cama estaba sin hacer.

Anna-Maria estuvo mirando algunas de las prendas.

—Un poco de desorden pero no hay señales de pelea ni de robo —dijo Fred Olsson—. No hay sangre por ninguna parte, nada raro. Voy a ver los baños.

—Pues aquí no ha pasado nada —observó Sven-Erik Stålnacke.

Anna-Maria maldijo para sí misma. Necesita determinar el lugar del crimen.

—Me pregunto qué hacía aquí —comentó observando una falda que parecía cara y un par de medias de seda—. Esto no es ropa para ir a esquiar, precisamente.

Anna-Maria asintió con la cabeza e hizo un gesto hacia su compañero que significaba que se sentía defraudada.

Fred Olsson apareció detrás de ellos. Llevaba un bolso de mano. Era de piel negra con hebillas doradas.

—Estaba en el baño —aclaró—. Prada. Entre diez y quince mil.

—¿Dentro? —preguntó Sven-Erik.

—No, es lo que cuesta.

Fred Olsson vació el contenido sobre la cama deshecha. Abrió el monedero y le mostró el carnet de conducir de Inna Wattrang a Anna-Maria.

Anna-Maria asintió con la cabeza. Claro que era ella. No había duda.

Miró el resto de cosas que había sacado del bolso. Tampones, una lima de uñas,

pintalabios, gafas de sol, polvos y un montón de post-it amarillos.

—No hay ningún teléfono —constató.

Fred Olsson y Sven-Erik asintieron con un gesto. Tampoco había teléfonos en ninguna otra parte. Podía significar que el autor de los hechos era alguien a quien conocía, alguien que estaba en la agenda del móvil.

—Vamos a llevar sus cosas a la comisaría —decidió Anna-Maria—. Y vamos a precintar esto de todas maneras.

Su mirada cayó de nuevo sobre el bolso.

—Está húmedo —constató.

—Iba a decirlo —replicó Fred Olsson—. Estaba en el lavabo. El grifo debía de gotear.

Se miraron desconcertados.

—Esto es sospechoso —declaró Anna-Maria.

El enorme bigote de Sven-Erik tomó vida debajo de la nariz, moviéndose hacia fuera y hacia dentro y de un lado a otro.

—¿Podéis dar una vuelta alrededor de la casa? —preguntó Anna-Maria—. Yo miraré por aquí dentro.

Fred Olsson y Sven-Erik Stålnacke salieron. Anna-Maria se puso a mirarlo todo muy detenidamente.

«Si no murió aquí —pensó—, el criminal ha estado aquí de todas formas. Si fue él quien cogió el teléfono. Pero, claro, quizá lo llevaba encima cuando salió a correr o a lo que fuera. Lo llevaba en el bolsillo.»

Miró el lavabo donde había estado el bolso. ¿Por qué estaba allí? Abrió el armario del baño. Completamente vacío. La típica casa para ser utilizada por invitados y empleados o para alquilar. No quedaba ningún objeto personal.

«Puedo partir de la base de que los objetos personales que haya aquí son de ella», pensó Anna-Maria.

En la nevera había unos cuantos platos de comida precocinada para calentar en el microondas. De los cuatro dormitorios, tres estaban sin tocar.

«Aquí hay más cosas que ver», pensó Anna-Maria mientras iba de nuevo al recibidor.

Sobre una cómoda blanca había una lámpara antigua. Hubiera parecido kitsch en alguna otra parte pero aquí quedaba bien, consideró Anna-Maria. El pie, hecho de porcelana, tenía pintado un paisaje que parecía sacado de los Alpes alemanes, una montaña en el fondo y un espléndido ciervo en primer plano. La pantalla era de color marrón coñac, con flecos. El interruptor estaba justo debajo del casquillo para la bombilla.

Anna-Maria intentó encenderla. Cuando no lo consiguió, descubrió que no era porque tuviera fundida la bombilla, sino porque faltaba el cable.

«¿Qué es lo que han hecho con el cable?», pensó.

Quizá habían comprado la lámpara en algún mercadillo o en un anticuario y estaba así. Igual la pusieron sobre la cómoda pensando que la arreglarían y allí se había quedado desde entonces.

Anna-Maria tenía mil cosas así en su casa. Cosas que iban a arreglar cualquier año. Aunque, al final, uno se acostumbraba a los defectos. Por ejemplo, la puerta del lavavajillas. Hacía juego con los armarios de la cocina pero se había desprendido hacía cien años y por eso era demasiado ligera para los muelles que tenía. Toda la familia Mella se había acostumbrado a llenarlo y a vaciarlo con el pie puesto en la puerta, de manera que no se cerrara por sí misma. Ella también lo hacía en casa de otros sin pensar. La hermana de Robert solía reírse de ella cuando Anna-Maria la ayudaba a poner dentro los platos sucios.

Quizá simplemente cambiaran la lámpara de lugar y el cable se quedara entre una pared y otro mueble y se saliera del sitio. Pero podría ser peligroso. Si el cable todavía seguía conectado y estaba suelto.

Pensó en el riesgo de incendio y después pensó en Gustav, su hijo de tres años, y todos los tapones de plástico que pusieron en los enchufes de la casa para hacerla más segura.

Le cruzó la mente una imagen de Gustav cuando tenía ocho meses e iba a gatitas por todas partes. ¡Qué horror! Un contacto en un enchufe o con un cable cortado tirado por el suelo. Los hilos de cobre fuera del recubrimiento de plástico. Y Gustav, cuya mejor herramienta para investigar el mundo era la boca. Apartó la imagen de la cabeza al momento.

Después cayó en ello. Descarga eléctrica. A lo largo de su vida había visto unas cuantas. Dios mío, aquel chico que murió hacía cinco años. Fue allí para constatar que había sido un accidente. El chico estaba descalzo sobre la encimera de la cocina y había intentado arreglar la lámpara del techo. La piel de la planta de los pies era negra de lo quemada que estaba.

Inna Wattrang tenía una quemadura en forma de cinta alrededor del tobillo.

«Se podría pensar que alguien arranca el cable de una lámpara —pensó Anna-Maria—. Por ejemplo, de una lámpara con un ciervo. Arranca el cable, le quita el recubrimiento de plástico y pone uno de los hilos de cobre alrededor del tobillo de alguien.»

Abrió la puerta de golpe y llamó a sus compañeros. Éstos vinieron dando grandes zancadas sobre la profunda nieve.

—¡Joder! —exclamó—. ¡Murió aquí! ¡Lo sé! Llama a *Tintín* y a Krister Eriksson.

El inspector de policía con perro adiestrado, Krister Eriksson, llegó al lugar casi una hora después de que le llamaran sus compañeros. Habían tenido suerte porque

solía estar de servicio con su perro *Tintín*.

Tintín era una hembra de pastor alemán. Era una perra muy hábil en la búsqueda de huellas y cadáveres. Un año y medio antes había encontrado a un cura asesinado, envuelto en una cadena y hundido en el lago Nedre Vuolosjärvi.

Krister Eriksson parecía un extraterrestre. Tenía la cara completamente quemada por un accidente sufrido cuando era joven. No tenía nariz, sólo dos agujeros en medio de la cara. Las orejas eran como las de un ratón. No tenía pelo, ni cejas, ni pestañas y los ojos eran raros, ya que los párpados se los habían reconstruido con cirugía plástica.

Anna-Maria observó su piel gris rosácea y brillante y el pensamiento se le fue de vuelta a Inna Watrang y a su tobillo quemado.

«Tengo que llamar a Pohjanen», pensó.

Krister Eriksson le puso la correa a *Tintín*. La perra dio una vuelta alrededor de los pies del amo gimiendo expectante.

—Siempre pone mucha pasión —aclaró Krister enredándose con la correa—. Todavía la tengo que frenar, si no, busca demasiado rápido y puede perderse algo.

Krister Eriksson y *Tintín* entraron solos en la casa. Sven-Erik Stålnacke y Fred Olsson doblaron la esquina para mirar a través de las ventanas.

Anna-Maria Mella se sentó en el coche y llamó al médico forense, Lars Pohjanen. Le explicó lo del cable de la lámpara que faltaba.

—¿Y bien? —preguntó después.

—Claro que la quemadura alrededor del tobillo puede ser la marca de un cable por el que le dieran una descarga eléctrica —admitió Pohjanen.

—¿Un hilo pelado envuelto alrededor del tobillo?

—Claro que sí. Y el otro cierra el circuito.

—¿La han torturado?

—Quizá. También puede ser un juego que se les haya ido de las manos. No es muy habitual pero puede ocurrir. Hay otra cosa.

—Dime.

—Tiene marcas de pegamento en los tobillos y en las muñecas. Deberías poner a los de la Científica para que controlen los muebles de la casa. Ha estado sujeta con cinta, quizá sólo le hayan pegado las manos y los pies, pero pueden haberla sujetado a un mueble, a las patas de una cama, de una silla o... Espera un momento...

Pasó un minuto. Después volvió a oír la voz cascada del médico forense.

—Me he puesto los guantes para examinarla ahora —aclaró—. Sí, hay una marca pequeña pero clara en el cuello.

—La marca del otro hilo del cable eléctrico —afirmó Anna-Maria.

—¿El cable de una lámpara, has dicho?

—Humm.

—Entonces debería haber restos de cobre en la piel donde está la quemadura. Voy a hacer una prueba histológica de tejidos, entonces lo sabremos seguro. Pero probablemente sea lo que parece. De todas formas, ha sufrido un trastorno rítmico con lo que ha acabado en este estado parecido al shock. Podría explicar lo de la lengua completamente mordida y las huellas de sus propias uñas en las manos.

Sven-Erik Stålnacke llamó a la ventanilla del coche y señaló la casa.

—Tengo que colgar —se disculpó Anna-Maria con el médico forense—. Te llamo después.

Salió del coche.

—*Tintín* ha encontrado algo —la informó Sven-Erik.

Krister Eriksson estaba en la cocina con *Tintín*. La perra tiraba de la correa, ladraba y rascaba frenética el suelo.

—Está indicando aquí —aclaró Krister Eriksson señalando un punto del suelo de la cocina entre la encimera y los fogones—. No puedo ver nada pero parece estar completamente convencida.

Anna-Maria miró a *Tintín*, que aullaba frustrada porque no podía llegar hasta el final.

Un linóleo color turquesa con dibujos orientales cubría el suelo. Anna-Maria se adelantó y lo observó detenidamente. Sven-Erik Stålnacke y Fred Olsson le hicieron compañía.

—Yo no veo nada —se disculpó Anna-Maria.

—No —admitió Fred Olsson sacudiendo la cabeza.

—¿Puede haber algo debajo del linóleo? —preguntó Anna-Maria.

—Algo hay —respondió Krister Eriksson, que bastante trabajo tenía controlando a *Tintín*.

—Bueno —dijo Anna-Maria mientras miraba su reloj—. Nos da tiempo de ir a comer a la estación turística mientras esperamos a los de la Científica.

A las dos y media de la tarde los técnicos habían cortado el recubrimiento de linóleo del suelo de la cocina. Cuando Anna-Maria Mella, Sven-Erik Stålnacke y Fred Olsson volvieron a la casa, estaba en el recibidor, enrollado y envuelto en papel.

—Mira esto —dijo uno de la Científica a Anna-Maria Mella señalando un pequeñísimo corte en la tabla de madera que había debajo del recubrimiento de linóleo.

En el pequeño corte había algo marrón que parecía sangre seca.

—Esa perra tiene que tener un olfato tremendo.

—Sí —admitió Anna-Maria—. Es muy lista.

—Tiene que ser sangre teniendo en cuenta la reacción de la perra —dijo el de la Científica—. El linóleo es un material fantástico. Mi madre tuvo un suelo que

aguantó bien más de treinta años. Se repara solo.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, si se le hace un rasguño, un corte o algo así, se contrae de manera que no se ve. Parece como si un arma afilada o una herramienta pasara a través del suelo de plástico e hiciera un corte aquí, en la madera de debajo. Luego la sangre ha pasado hacia el corte. Después de que el material se contrajera, y cuando lo has limpiado, no se ve huella alguna. Enviaremos la sangre, si es que es eso, para un análisis y ya veremos si es de Inna Wattrang.

—Me apuesto cien pavos a que sí —se arriesgó Anna- Maria—. Murió aquí.

Eran las ocho del domingo por la tarde cuando Anna-Maria se puso la chaqueta y llamó a Robert para decirle que tenía turno de noche. No parecía ni enfadado ni cansado e incluso le preguntó si había comido. También le dijo que le dejaba comida para que se la calentara cuando llegara a casa. Gustav dormía. Habían salido a dar una vuelta con el trineo. Peter les había acompañado, aunque solía quedarse encerrado en casa. Jenny estaba con una amiga, le explicó y añadió que ya venía para casa, antes de que a Anna-Maria le diera tiempo de pensar: «Mañana hay que ir al colegio.»

Anna-Maria se sintió ridículamente contenta. Habían salido, habían hecho ejercicio y habían respirado aire sano. Estaban contentos. Robert era un buen padre. En estos momentos no importaba que la ropa de todos estuviera tirada por el suelo y la mesa después de cenar a medio quitar. Ella lo recogería de buen humor.

—Y Marcus ¿no está? —preguntó.

—No, creo que se queda a dormir en casa de Hanna. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Bien de verdad. Sólo han pasado veinticuatro horas y ya sabemos quién es, Inna Wattrang, una jerifalte de Kallis Mining. Mañana saldrá en los periódicos. Hemos localizado el lugar del crimen pero los que lo cometieron intentaron limpiar todas las huellas. Aunque los de la Criminal se hagan cargo después, nadie podrá decir que no hicimos un buen trabajo.

—¿Le clavarón algo?

—Sí, pero no sólo eso. El asesino la torturó con descargas eléctricas. Los de la Científica estuvieron allí esta tarde y encontraron pegamento en una de las sillas de la cocina, en los reposabrazos y en las patas. Y el mismo pegamento lo tenía en los tobillos y en las muñecas. Alguien la sujetó con cinta adhesiva en una silla de la cocina y la torturó con descargas eléctricas.

—¡Joder! ¿Y cómo?

—Yo creo que con el cable de una lámpara. Lo peló, separó los hilos, le rodeó un tobillo con uno y le conectó el otro al cuello.

—¿Y después la mataron de una puñalada?

—Sí.

—¿Sabes por qué?

—No lo sé. Puede ser un loco o alguien que la odiaba. También puede ser un juego sexual... que de alguna manera ha salido mal, aunque no parece que haya semen dentro de ella, ni sobre ella. Tenía como una baba alrededor de la boca pero sólo era vómito.

Robert dejó escapar un sonido de desagrado.

—Prométeme que nunca me dejarás —le pidió—. Imagínate estar colgado en un bar buscando a otra... y cuando llegas a casa lo que quiere es que le des una descarga eléctrica.

—Mejor conmigo que me contento con el misionero.

—El honroso y aburrido sexo de siempre.

Anna-Maria emitió un arrullo de paloma.

—A mí me gusta el sexo de siempre —aclaró—. Si todos los niños duermen cuando llegue a casa...

—No me digas. Llegarás, comerás algo y después te quedarás dormida en el sofá delante de cualquier serie americana. Deberíamos renovarnos un poco.

—Podemos comprar el *Kama Sutra*.

Robert se echó a reír y Anna-Maria se puso contenta. Lo había hecho reír y, además, hablaban de sexo.

«Deberíamos hacerlo más a menudo —pensó—. Tontear y hacer broma.»

—Exacto —asintió Robert—. Posturas como las acrobacias en el aire. O yo hacer el puente y tú encima haciendo el espagat.

—Vale. Hecho. Voy ahora mismo.

Anna-Maria Mella apenas había colgado cuando volvió a sonar el teléfono. Era el fiscal Alf Björnfot.

—Hola —dijo—. Sólo quería informarte de que Mauri Kallis vendrá mañana.

Anna-Maria lo pensó un momento. Esperaba que volviera a ser Robert que de pronto se le ocurría que debía comprar algo camino de casa.

—¿Mauri Kallis como Kallis Mining?

—Sí. Acabo de hablar con su secretaria por teléfono. Además, me llamaron los compañeros de Estocolmo. Se lo han comunicado a los padres de Inna Wattrang. Naturalmente ha sido un shock para ellos. Inna Wattrang y su hermano Diddi trabajaban para Kallis Mining. Ha construido una mansión muy grande junto a la ría Mälaren, donde viven también los dos hermanos. Los padres le dijeron a los compañeros de allí que se lo comunicarían a su hijo y le pedirían a Mauri Kallis que subiera para identificarla.

—¡Mañana! —suspiró Anna-Maria—. Me iba a ir a casa.

—Pues, vete.

—No me puedo ir. Tengo que aprovechar y hablar con él. De Inna Wattrang, de su papel en la empresa y de todo. No sé ni una mierda de Kallis Mining. Le va a parecer que somos idiotas.

—Rebecka Martinsson tiene sesión del tribunal mañana. Así que seguro que estará por allí. Dile que estudie Kallis Mining y que te haga un resumen en una media hora mañana por la mañana.

—Yo no se lo puedo pedir. Tiene...

Anna-Maria se interrumpió durante medio segundo. Estaba a punto de decir que Rebecka Martinsson también tenía una vida propia, pero eso no era así. Entre los compañeros se decía que Rebecka Martinsson vivía sola en el campo y no se relacionaba con nadie.

—... tendrá que dormir como todos los demás —dijo, rectificándose—. No se lo puedo pedir.

—De acuerdo.

Anna-Maria pensó en Robert, que la estaba esperando en casa.

—¿O sí puedo hacerlo?

Alf Björnfot se echó a reír.

—Lo que yo voy a hacer es plantarme delante de la tele a ver alguna serie americana —dijo.

—Yo también —respondió Anna-Maria malhumorada.

Acabó la conversación con el fiscal y miró a través de la ventana. ¿Por qué no? El coche de Rebecka Martinsson seguía en el aparcamiento.

Tres minutos más tarde, Anna-Maria llamaba con los nudillos a la puerta del despacho de Rebecka Martinsson.

—Bueno, sé que tienes mucho que hacer —dijo para empezar—. Y que éste no es tu trabajo. Así que estaré de acuerdo si te niegas...

Miró el montón de documentos que había sobre el escritorio de Rebecka.

—Olvidalo —añadió—. Ya tienes bastante faena.

—¿Qué pasa?—preguntó Rebecka—. Si tiene algo que ver con Inna Wattrang, pregúntame. Los...

Se interrumpió.

—Iba a decir «los asesinatos son entretenidos» —continuó—, pero no es eso lo que pienso.

—Es igual —respondió Anna-Maria—. Entiendo perfectamente lo que quieres decir. La investigación de un asesinato es algo especial. No quiero, por nada del mundo, que asesinen ni a una sola persona pero, si ocurre, me gusta involucrarme y resolver el crimen.

Rebecka Martinsson parecía aliviada.

—Era con lo que soñaba en aquellos tiempos en que elegí empezar en la escuela de policías —declaró Anna-Maria—. ¿Quizá tú también cuando empezaste a estudiar derecho?

—No, no sé. Me fui de Kiruna y empecé a estudiar porque me puse a malas con mi congregación. Que fuera Derecho fue más una casualidad. Después, como era estudiosa y aplicada, conseguí trabajo enseguida. Es como si hubiera ido deslizándome hacia todo. No hice una elección consciente hasta que me volví a vivir aquí.

De pronto se habían acercado a un serio tema de conversación pero se conocían poco como para seguir por el camino iniciado. Por ello se pararon y se quedaron calladas un momento.

Rebecka sintió agradecida que el silencio no se hacía molesto.

—Así que... —exigió Rebecka con una sonrisa—. ¿Qué me querías pedir?

Anna-Maria le devolvió la sonrisa. Entre ella y Rebecka Martinsson había existido cierta tensión por algún motivo. No le había causado preocupación pero a veces pensaba que era extraño que uno no se sintiera cercano a alguien que le había salvado la vida. Ahora sentía que la tensión había desaparecido de golpe, como si se hubiera ido volando por la ventana.

—El jefe de Inna Wattrang, Mauri Kallis, viene mañana —le explicó.

Rebecka dio un silbido.

—Eso es lo que quiero decir —continuó Anna-Maria—. Y tengo que hablar con él pero no sé nada, ni de la compañía ni de lo que hacía Inna Wattrang en ella, nada de nada.

—Tiene que estar todo en internet.

—Exacto —asintió Anna-Maria con un gesto de sufrimiento.

Odiaba leer. Lengua y Matemáticas habían sido sus peores asignaturas en la escuela. Apenas consiguió el aprobado que se necesitaba para entrar en la escuela de policías.

—Ya te entiendo —dijo Rebecka—. Te haré un resumen para mañana. A las siete y media, porque tengo un juicio que durará todo el día y empieza a las nueve.

—¿Estás segura? —preguntó Anna-Maria—. Es mucho trabajo.

—Pero se me da bien, que lo sepas —presumió Rebecka—. Reducir un montón de basura a un A4.

—Y mañana tienes sesión del tribunal todo el día. ¿Ya has acabado de prepararlo? Rebecka sonrió.

—Ahora te sientes un poco culpable —dijo provocadora—. Primero quieres que te haga un favor y después que te dé la absolución.

—Olvídalo —respondió Anna-Maria—. Prefiero tener remordimientos de conciencia que leer todo lo que haya. Además es una de esas compañías que...

—Humm, Kallis Mining es un grupo internacional de empresas. No un consorcio. Se podría decir que es una esfera. Pero también te explicaré la estructura de la empresa, que en realidad no es complicada.

—¡No, seguro! Sólo cuando dices «estructura de la empresa», «consorcio» y «esfera» me salen sarpullidos en los brazos. Pero de verdad que te agradezco que lo hagas. Y pensaré en ello cuando esta noche aparque el culo en el sofá delante de la tele. Pero oye, en serio, ¿quieres que vaya a comprarte una pizza u otra cosa? Si es que te vas a quedar aquí.

—Me voy a casa. También pienso aparcarme delante de la tele. Esto lo haré mientras tanto.

—Pero ¿tú quién eres? ¿Superwoman?

—Sí. Anda, vete a casa a ver la tele. ¿Es que no tienes un montón de críos para meter en la cama y darles un beso de buenas noches?

—Humm, los dos mayores ya no le dan un beso a su madre. Y la niña sólo le da besos a su padre.

—Pero el pequeño...

—Gustav. Tiene tres años. Ése sí que quiere besos de su mamá.

Rebecka sonrió. Una sonrisa amable y cálida con una rápida pincelada de tristeza que la hacía parecer tierna.

«Me da pena —pensó Anna-Maria un momento después, cuando iba sentada en el coche camino de su casa—. Ha tenido que pasar por mucho.»

Sintió una punzada de remordimiento por haber hablado de sus hijos. Rebecka no tenía ninguno.

«Pero ¿qué puedo hacer?—se defendió a sí misma más tarde—. Son una gran parte de mi vida. Si es tabú hablar de ellos me resulta imposible hablar de otra cosa.»

Robert había recogido e incluso había limpiado la mesa de la cocina. Calentó las barritas de pescado y el puré de patata en el micro y tomó una copa de vino tinto para acompañar. Se alegró de que el puré fuera casero, hecho con patatas de verdad. Sintió que tenía la mejor vida que se podía desear.

«Sí —pensó Rebecka Martinsson cuando salió del coche en la puerta de la casa de Kurravaara—. Realmente soy Superwoman. Era una de las mejores abogadas de Suecia, por lo menos camino de serlo. Aunque eso no se lo puedo decir a nadie. Ni siquiera debo pensarlo de mí misma.»

Se había bajado el material sobre Kallis Mining de Internet a su ordenador portátil. Sintió que aquello iba a ser divertido. Algo diferente a las infracciones de tráfico de siempre, los hurtos y los maltratos.

La luz de la luna se posaba como plata pintada sobre la brillante corteza de nieve y encima de la plata estaban las sombras azules de los árboles. El río dormía debajo del hielo.

Colocó una manta de lana sobre el cristal del parabrisas y la sujetó con las puertas delanteras para no tener que rascar los cristales por la mañana.

Había luz en la ventana de la casa que había pertenecido a su abuela. Hasta podía imaginarse que había alguien dentro que la estaba esperando, pero era ella que la había dejado encendida.

«Antes estaban aquí —pensó—. Papá y la abuela. Aquellos años yo lo tenía todo. Y es mucho más de lo que tienen algunos. Algunos no lo tienen nunca.»

Se quedó de pie apoyada en el coche. La tristeza se le vino encima. Como si fuera un ser que la estuviera esperando, esperando a que saliera del coche. Siempre pasaba lo mismo. Siempre la cogía desprevenida.

«¿Por qué no puedo sentirme contenta? —pensó—. Contenta de haberlos tenido mientras vivieron. Nada es para siempre. Dios mío, hace tanto tiempo. No se puede llorar la muerte una eternidad. Realmente tengo algo que no está bien.»

Oyó las palabras de la terapeuta en los oídos: «Igual nunca has pasado el luto profundamente, quizá sea el momento.»

Estaba contenta de haber acabado con la terapia psicológica, pero echaba de menos el Cipramil y quizá no debería haberlo dejado. Era más fácil soportar aquellos pensamientos cuando tomaba la medicación. Era como si los sentimientos más duros nunca salieran a la superficie porque era agradable no sentirse tan frágil como la cáscara de un huevo.

Se sacó un guante y se tocó con la mano por debajo de los ojos. No, no lloraba. Era sólo el vaho del aliento. Como si hubiera ido corriendo muy deprisa. Notaba el aire helado dentro de los pulmones.

«Tranquilízate —se ordenó a sí misma—. Tranquilízate. No vayas corriendo a ver a Sivving y a *Bella*. Ellos no te pueden ayudar.»

Pensó en entrar pero se quedó de pie sin saber si iba a cerrar la puerta del coche con llave, si tenía el maletín por alguna parte, ni tampoco de dónde era la llave que tenía en la mano.

«Ya se me pasará —se dijo a sí misma—. No te tumbes en la nieve. Siempre se te pasa.»

«Pero no esta vez —le dijo una voz interior—. Ahora viene la oscuridad.»

La llave que tenía en la mano era la del coche. Lo cerró. Consiguió sacar la bolsa del ordenador y el maletín, marca Mulberry, estaba a sus pies. Fue hacia la casa.

Subiendo la escalera del porche cogió un puñado de nieve de la barandilla y se la aplastó contra la cara. «La llave de la casa está en el bolso. Hay que meterla en la cerradura. Sacar la llave. Abrir.»

Estaba dentro.

Media hora más tarde se sentía mucho mejor. Había encendido la chimenea y oyó cuando de pronto prendió y cómo chisporroteaba la leña.

Tenía una taza de té con leche, el ordenador en las rodillas y estaba sentada en el sofá-cama.

Intentó recordar todos sus pensamientos anteriores al ataque. En estos momentos estaba mejor que nunca. Los sentimientos más difíciles no los podía hacer aflorar aunque lo intentase.

Y lo intentaba. Jugó su mejor carta. Su madre apareció en su cabeza.

Pero no ocurrió nada en especial. Rebecka la vio delante de ella. Los ojos gris claro, el maquillaje que olía bien, bien peinada y con sus dientes uniformes.

«Y cuando se hizo con la piel de oveja —pensó Rebecka sonriendo por el recuerdo—. A la gente del pueblo le rechinaban los dientes preguntándose por qué tenía que creerse tan especial. Piel, vaya, vaya.

»En realidad, ¿qué narices vio en mi padre? Quizá creía que quería un puerto seguro. Pero no estaba hecha para eso. Mi madre debería haber izado las velas, por muy rotas que estuvieran, y salido a navegar a través de las tormentas con la melena al viento. La vida del puerto no era para ella.»

Rebecka intentó recordar cuando su madre abandonó a la familia.

«Mi padre se fue a vivir a casa de la abuela en Kurravaara. Vivía en el piso de abajo y yo arriba con la abuela, yendo de arriba abajo. Y *Jussi*. Era un perro listo. En cuanto me fui a vivir allí, vio la oportunidad de mejorar el sitio donde dormía. Se ponía sobre mi cama, a los pies. La abuela no permitía que los animales se subieran a ningún mueble. Pero ¿qué podía hacer ella? La niña dormía segura con el perro en la cama, se tumbaba y hablaba con él cuando la abuela iba a ordeñar las vacas por la noche.

»Mi madre fue a su litera del tren y después continuó hasta el vagón restaurante. Cambió nuestro piso de dos dormitorios en la ciudad por uno de un solo ambiente. Tuve que haber vivido allí con ella incluso antes de morir mi padre, pero no lo recuerdo.

»Los pensamientos que tengo ¿realmente ayudan?—se preguntó Rebecka—. Son apenas unas cuantas imágenes en un álbum de la cabeza. Entre las escenas que una recuerda hay cientos, miles de escenas que han sido olvidadas. Entonces ¿recordamos la verdad?»

La abuela está en el piso de mamá. Lleva el abrigo bonito pero, aun así, la madre siente vergüenza, opina que la abuela debería comprarse otro. Se lo ha dicho a Rebecka. De momento, su madre es la que siente vergüenza. La abuela mira a su alrededor. Desde el lugar donde ella está se ve el dormitorio. La cama de mi madre

está por hacer. En la cama de Rebecka no hay sábanas. Mi madre siempre está muy cansada. Ha llamado al trabajo y ha dicho que está enferma. Antes, a veces la abuela iba allí y limpiaba toda la casa. Fregaba los platos, lavaba, hacía la comida. Esta vez no.

—Me llevo a la niña —dice la abuela.

La voz es la de siempre pero no permite que se le lleve la contraria.

Mi madre no protesta, pero cuando Rebecka intenta darle un abrazo, ella la aparta.

—Date prisa —le dice sin mirar a Rebecka—. La abuela no tiene todo el día.

Rebecka se mira los pies cuando baja la escalera del edificio. Duns, duns. Los pies son pesados. Grandes como bloques de piedra. Debería haberle dicho a su madre al oído: «A ti es a la que más quiero.» A veces va bien. Colecciona cosas buenas para decir: «Eres como una madre tiene que ser.» «La madre de Katti huele a sudor.» La mira durante un rato y luego le dice: «Qué guapa eres.»

«Le pediré a Sivving que me explique —piensa Rebecka—. Los conocía a los dos. Antes de que me dé cuenta también él habrá desaparecido y entonces no quedará nadie a quien preguntar.»

Abrió el ordenador. Inna Wattrang en otra foto de grupo. Ahora con casco en la cabeza delante de una mina de zinc en Chile.

«Curioso trabajo —pensó Rebecka—. Aprender a conocer a la gente que ya está muerta.»

LUNES - 17 DE MARZO 2005

Rebecka Martinsson se encontró con Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke en la sala de reuniones de la jefatura de policía, a las siete y media de la mañana del lunes.

—¿Qué tal?—saludó Anna-Maria Mella—. ¿Pudiste ver la tele ayer noche?

—No —respondió Rebecka—. ¿Y tú?

—Qué va. Me quedé dormida —se excusó Anna-Maria.

De hecho ella y Robert habían hecho algo completamente distinto delante del televisor pero eso no era de la incumbencia de nadie.

—Igual que yo —mintió Rebecka también.

Se quedó despierta repasando el grupo Kallis Mining y a Inna Wattrang hasta las dos y media de la madrugada. Cuando sonó el despertador del móvil a las seis, sintió el conocido y ligero malestar que le entraba cuando dormía poco.

Daba igual. Lo cierto era que no le importaba. Un poco de falta de sueño tampoco era para tanto. Para hoy tenía estipulado un plan de trabajo. Primero el repaso con los dos policías y luego un juicio de faltas. Le gustaba tener mucho que hacer.

—Mauri Kallis empezó con las manos vacías —informó Rebecka—. Es el sueño americano aunque en sueco. Es decir, real. Nació en 1964 en Kiruna. ¿En qué año naciste tú?

—En el 62 —respondió Anna-Maria—. Pero él tuvo que ir a otro instituto. Y en bachiller no conoces a nadie que sea más joven.

—Retención forzosa cuando era pequeño —continuó Rebecka—. Hogar de acogida, denuncia por un delito que cometió cuando tenía 12 años, así que no lo podían procesar. Pero ahí hubo un cambio. La asistente social lo convenció para que estudiara. Empezó Empresariales en Estocolmo en 1984 y se puso a jugar a la Bolsa ya mientras estudiaba. Fue en aquellos años cuando conoció a Inna Wattrang y a su hermano Diddi. Éste y Mauri iban a la misma clase. Mauri Kallis trabajó un tiempo en una agencia de Bolsa, Optionsmäklarna, después de acabar los estudios. Durante esos dos años creció su cartera de valores, compró H&M pronto y vendió Fermenta antes de la caída. Siempre iba un paso por delante. Después se fue de la agencia y se dedicó a su propio negocio por entero. Eran proyectos de máximo riesgo. Primero materias primas y después cada vez más dedicado a la compraventa de concesiones, tanto de petróleo como del sector minero.

—¿Concesiones? —preguntó Anna-Maria.

—Se compra el permiso para perforar en algún lugar con recursos naturales, petróleo, gas o mineral. Quizá encuentran algo y en lugar de poner en marcha la extracción, venden la concesión de hacerlo.

—Se puede ganar mucho pero también perder mucho —cuestionó Sven-Erik.

—Sí, claro, se puede perder todo. Es decir, tienes que tener una personalidad de jugador si te vas a dedicar a esas cosas. Y a veces ha estado bajo mínimos. Pero Inna y Diddi Wattrang ya trabajaban para él en aquel entonces. Parece que fueron ellos los que consiguieron financiación para los distintos proyectos.

—Se trata de conseguir que alguien invierta —dijo Anna-Maria.

—Exacto, los bancos no dan crédito para eso. De lo que se trata es de encontrar inversores que acepten el riesgo. Y, por lo que parece, los hermanos Wattrang eran buenos encontrándolos.

Rebecka continuó:

—Pero durante los últimos tres años han mantenido las concesiones en la empresa y, además, han comprado más minas y han empezado a extraer. Toda la prensa sueca escribe sobre los valores del sector minero como el gran salto. Yo no estoy de acuerdo. Creo que es un salto mayor pasar de la especulación y de las concesiones a la minería directa, la parte industrial...

—Quizá es que quiera tomárselo con más tranquilidad—propuso Anna-Maria—. No correr tanto riesgo.

—No lo creo —replicó Rebecka—. No ha elegido explotar minas en zonas fáciles. Indonesia, por ejemplo. O Uganda. Hace un tiempo los medios de comunicación estaban en contra, en principio, de todas las empresas mineras que tuvieran intereses en países en vías de desarrollo.

—¿Por...?

—¡Por todo lo que te puedas imaginar! Porque los países pobres no se atreven a hacer leyes a favor del medio ambiente que puedan espantar a los inversores extranjeros. Así que envenenan las aguas y la gente enferma de cáncer, de otras enfermedades incurables y cosas por el estilo. Porque las empresas en esos países colaboran con regímenes corruptos o quizá haya guerras civiles y ellos utilizan a los militares contra la propia población.

—¿Había algo de eso? —se interesó Sven-Erik, que tenía una animadversión policial interna contra los medios de comunicación.

—Seguro. Algunas compañías del grupo Kallis han acabado en las listas negras de organizaciones como Greenpeace y Human Rights Watch. Desde hace unos años, Mauri Kallis era un paria y no tenía negocios en Suecia. No había inversor que se arriesgara a que lo relacionaran con él. Pero hace un año aquello cambió por completo y aparecía en la portada de la revista *Business Week*. El artículo era sobre el sector minero. Y poco después hicieron un gran reportaje sobre él en el periódico *Dagens Nyheter*.

—¿Cómo es que hubo tal cambio?—preguntó Anna-Maria—. ¿Era mejor persona?

—No lo creo. Seguro que... Bueno, hay demasiadas empresas con intereses en

esos países que suelen hacer lo mismo. Y si todos son sinvergüenzas, al final no hay sinvergüenzas. Además, uno también acaba cansándose del tema. De pronto se encuentran con que también tienen que escribir sobre el increíblemente próspero y emprendedor empresario.

—Más o menos como en las series de televisión —comentó Anna-Maria—. Primero es alguien especial que a todo el mundo le encanta odiar y los periódicos explican cómo Olinda hace que todos sus contrincantes lloren. «Odio-shock-ataque», ponen en los titulares de la prensa. Después, es como si se cansaran de odiarla y, de pronto, se convierte en Madonna, que ya no es una impresentable, sólo es una *girl-power* o algo así.

—Además, también es agradecido escribir sobre sus éxitos porque es como un cuento —continuó Rebecka—. Ha conseguido su riqueza de la nada, empezando de la peor manera que uno se pueda imaginar, y ahora es propietario de una heredad en Södermanland y está casado con una mujer de la nobleza, Ebba von Uhr. Bueno, ya no es noble desde que se casó con Mauri Kallis.

—Vaya —exclamó Anna-Maria—. El gen noble sólo es dominante por la parte del hombre. ¿Hijos?

—Dos, diez y doce años.

Anna-Maria se despejó de pronto.

—Vamos a controlar el registro de automóviles —dijo—. Quiero saber qué coche conduce. O qué coches.

—Esto no es un juego —le dijo Sven-Erik determinado y volviéndose hacia Rebecka—. Aquello de la explotación de minas... ¿qué quieres decir con que es diferente explotar las minas que andar con concesiones y hacer prospecciones?

—La explotación de una mina conlleva otras muchas cosas. Tienes que tener en cuenta la ley de responsabilidad medioambiental, derecho empresarial, derecho laboral, derecho administrativo, derecho fiscal...

—De acuerdo —admitió Anna-Maria al tiempo que levantaba la mano para impedir que continuara.

—En según qué países se encuentra uno con problemas porque el sistema no es flexible, o simplemente no funciona como en el mundo occidental. Problemas con los sindicatos, con los contratistas, problemas para conseguir los permisos de las autoridades, uno tiene problemas en gestionar la corrupción si no se tienen los contactos necesarios...

—¿Permisos para qué?

—Para todo. Permiso para la explotación, permiso para contaminar las aguas, para hacer carreteras, de obras... todo, todo, todo. Tienes que crear unas organizaciones completamente distintas y tú eres el responsable como empresario. Te conviertes en... ¿cómo te lo diría?, te conviertes en parte de la sociedad del país

donde vas a iniciar la actividad. Y también tienes que crear una sociedad en torno a tu mina. A menudo no hay nada antes. Un desierto de piedras en alguna parte o una jungla. Y después se crea una pequeña ciudad alrededor de la mina con niños que deben ir al colegio. Es interesante que de pronto se convirtiera en esa clase de empresario...

—¿Qué hacía Inna Wattrang en la empresa? —preguntó Anna-Maria.

—Estaba empleada por la empresa madre, Kallis Mining, pero trabajaba para todo el grupo. Estaba en el consejo de administración de varias empresas del grupo. Era abogada y también había estudiado Economía de Empresas, pero a mí me parece que trabajaba con cuestiones jurídicas del grupo. En la empresa madre tienen empleado a un abogado canadiense con más de treinta años de experiencia en el ramo de la minería y del petróleo que les ayuda con esas cosas.

—Era abogada pero ¿no la conoces de antes?

—No, qué va. Ella era mayor que yo y cada año empiezan varios cientos. Además, estudió en Estocolmo y yo en Uppsala.

—Así que, exactamente, ¿de qué trabajaba? —preguntó Anna-Maria.

—Información sobre la empresa y con la financiación.

—Y como tal ¿qué se hace?

—De acuerdo. Supongamos que Mauri Kallis encuentra una zona donde se pueden comprar concesiones, es decir, derechos de prospección en busca de oro, diamantes o cualquier otra cosa. Las perforaciones de prueba pueden ser muy costosas. Dado que eso de perforar en busca de mineral es un proyecto de alto riesgo, se puede tener mucho dinero un día y poco al siguiente. Quizá él no podía conseguir capital cuando lo necesitaba y, como os decía, en principio no hay ningún banco del mundo que esté dispuesto a dejar dinero para ese tipo de actividad. Así que necesitaba financiación. Gente o empresas inversoras que quisieran comprar parte del proyecto. A veces es necesario hacer viajes promocionales para intentar vender las ideas y es entonces cuando hay que tener buena reputación en el sector. Ella lo ayudaba a construir esa buena reputación y *goodwill*. Además, por lo visto, también era eficiente en temas de financiación. Su hermano Diddi Wattrang también trabaja con la financiación. Mauri Kallis se dedica más a la actividad básica: husmear los proyectos interesantes, negociar y firmar acuerdos. Últimamente, también se dedicaba a la parte industrial, es decir, la explotación de minas.

—Me pregunto qué tipo de persona es —dijo Anna-Maria sintiéndose de pronto un poco nerviosa, ya que iba a conocerlo al cabo de unas pocas horas.

«Vale ya —se dijo a sí misma—. No es más que una persona.»

—Hay una entrevista en Internet que te he bajado. Mírala —le propuso Rebecka—. Es buena. Inna Wattrang también sale. No he encontrado mucha información sobre ella. No es famosa en el mundo de los negocios, como lo es Kallis.

Es un programa de una hora. Una entrevista de septiembre de 2004. Malou von Sivers se encuentra con Mauri Kallis. Malou von Sivers se puede sentir satisfecha. Se la entrevista a ella antes del programa y recalca lo contenta que está. Es parte del *márketing*. Se explica que TV4 ha vendido el programa a no menos de doce medios extranjeros. Son muchos los que han querido entrevistar a Mauri Kallis pero él se ha negado desde 1995.

A Malou le preguntan ¿cómo es que a ella la aceptó para que lo entrevistara? Por muchos motivos, cree. De una parte se sintió obligado a hacer una entrevista, ya que el hecho de que cada vez fuera más conocido lo exigía. Y aunque se trabaje con el principio de «Actuar sin ser visto», alguna vez se tiene que aparecer. Si no, parece que le tenga uno miedo a las luces. Además, quiso que fuera una entrevista sueca. Como algo solidario hacia su país de origen.

Y Malou von Sivers demuestra respeto a sus entrevistados, eso ha tenido importancia.

—Sé que piensa que voy bien preparada y soy seria —dice sin rodeos.

La periodista que la entrevista se siente un poco provocada por esa seguridad y le pregunta a Malou si cree que el hecho de que sea mujer ha tenido algo que ver. Quizá haya sido una elección táctica. Una forma de introducir una valoración afable en el *goodwill* de la empresa. El sector de la minería es conocido por ser dominado por los hombres y un poco... qué quieres que te diga... un poco duro de alguna manera. En ese momento Malou von Sivers se queda callada un momento. Tampoco sonríe.

—O quizá sea porque soy muy buena —dice finalmente.

Cuando empieza el programa Malou von Sivers, Inna Wattrang y el hermano de ésta, Jacob «Diddi» Wattrang, están en una sala de estar en la Heredad de Regla, propiedad de la familia Kallis desde hace trece años.

Mauri Kallis llegará tarde a la entrevista. El Beech B200 de la empresa no ha podido despegar a tiempo desde Ámsterdam. Malou von Sivers ha decidido empezar la entrevista con los hermanos. Será una buena dinámica para el programa.

Los hermanos están sentados cómodamente cada uno en un sofá, echados hacia atrás. Los dos con camisa blanca arremangada y luciendo grandes relojes de caballero. Se parecen mucho con esa nariz marcada que les nace entre los ojos y su rubia cabellera estilo paje. También se mueven igual y tienen el mismo aire distraído al apartarse el pelo de la cara.

Rebecka los observó y pensó que había una señal, delicada pero clara y perceptiblemente sensual, en aquella forma de apartarse el pelo, en los dedos que

acompañaban el mechón hasta donde terminaba. Al volver a poner la mano en la rodilla o en el reposabrazos del sillón, las puntas de los dedos rozaban rápidamente la barbilla o la boca.

Anna-Maria observó los mismos movimientos y pensó: «Joder, lo que se tocan la cara, igual que los drogadictos.»

—¿Queréis que os vaya a buscar café antes de irme? —preguntó Rebecka.

Sven-Erik Stålnacke y Anna-Maria Mella asintieron con la cabeza. Tenían la mirada fija en la pantalla del ordenador.

«Una debería tener esas expresiones corporales —pensó Rebecka camino de la máquina de café—. Ése es mi defecto. No emito ninguna señal sensual.»

Después no tuvo más remedio que sonreír. Si hiciera aquellas cosas ante Måns Wenngren, éste creería que se estaba tocando los granos de la cara.

Las manos de Malou von Sivers no van de un lado a otro. Es una profesional. El flequillo ladeado y teñido de color cobre está bien colocado y se mantiene en su sitio con ayuda de la laca que lleva puesta.

Malou von Sivers: ¿También vivís en las casas de la Heredad?

Diddi Wattrang (se ríe): ¡Oh, qué horror! Suena como una comuna o algo así.

Inna Wattrang (se ríe también y pone una mano encima de la de Malou): Te puedes venir a vivir tú también y ser de mi grupo de cocina.

Malou von Sivers: Hablando en serio. ¿No resulta pesado a veces? Trabajar juntos y vivir juntos.

Diddi Wattrang: En realidad no estamos tan juntos. La propiedad es bastante grande. Mi familia y yo disponemos de la vieja vivienda de un capataz. Ni siquiera se puede ver desde aquí.

Inna Wattrang: Y yo vivo en la antigua lavandería.

Malou von Sivers: Contadme. ¿Cómo conocisteis a Mauri Kallis?

Diddi Wattrang: Mauri y yo estudiamos Empresariales juntos en los años ochenta. Mauri formaba parte del pequeño grupo de estudiantes que había empezado a especular con acciones y se quedaba detrás de un monitor en las puertas del bar en cuanto empezaba la sesión en la Bolsa.

Inna Wattrang: En aquellos tiempos era bastante raro negociar con valores. No como ahora.

Diddi Wattrang: Y Mauri era muy bueno.

Inna Wattrang (se inclina hacia adelante y sonríe quisquillosa): Y Diddi logró introducirse hablando...

Diddi Wattrang (le da un empujoncillo a su hermana): «¡Introducirse hablando!» Éramos amigos.

Inna Wattrang (haciéndose la seria): ¡Se hicieron amigos!

Diddi Wattrang: Yo invertí cierto capital...

Malou von Sivers: ¿Te hiciste rico?

Se hizo un silencio de apenas medio segundo.

«Anda —pensó Anna-Maria intentando tomar el café demasiado caliente que les había dejado Rebecka—. Por lo visto no se habla de dinero. Seguramente es vulgar.»

Diddi Wattrang: A nivel de estudiantes, claro que sí. Ya entonces tenía olfato para eso. Entró en Hennes & Mauritz en 1984, acertó las alzas de Skanska, Sandvik, SEB... Casi siempre lo hacía en el momento oportuno. A finales de los ochenta se negociaba mucho con los valores llamados sustanciosos y era un diablo en focalizar lo siguiente que iba a subir de valor. Los inmuebles se hicieron importantes cuando estábamos en el ecuador de los estudios. Recuerdo cuando Anders Wall vino a la escuela y en una conferencia nos aconsejó comprar pisos en edificios de propiedad cooperativa en el centro de Estocolmo. Ya entonces Mauri se había ido de la residencia de estudiantes, pagó un traspaso por un piso de alquiler y consiguió que toda la propiedad se transformara en cooperativa. Él tenía un piso de un dormitorio donde vivía, y dos apartamentos de un solo ambiente que alquiló. Vivía de esas rentas.

Malou von Sivers: La prensa lo llamaba *the wiz-kid*, el esqueje del diente de león, un genio de las finanzas nacido de la nada...

Inna Wattrang: Y así sigue aún. Mucho antes de que China se pusiera en marcha, él proyectó lo de explotar olivino en Groenlandia. Después, tanto los de *LKAB* como China se pusieron de rodillas mendigando poder comprar los yacimientos.

Malou von Sivers: Explícalo para los que no sabemos tanto sobre el tema.

Inna Wattrang: Para hacer acero del hierro se necesita olivino. Él lo vio antes que nadie y también vio que iba a haber un increíble desarrollo del mercado del acero cuando China empezara a producir.

Diddi Wattrang: Estaba seguro de lo de China. Mucho antes que nadie.

Es febrero de 1985. Diddi Wattrang cursa el primer año de Empresariales. No sirve para los estudios pero la presión de su casa ha sido dura, tanto en él como en sus profesores. Su madre ha invitado a las señoras de la zona a un concierto de verano que tiene lugar cada año a principios de agosto. Al aire libre, naturalmente, y no se deja entrar a cualquiera en la casa. Para los invitados es, sin embargo, uno de los momentos más importantes del año y se paga con gusto lo que cuesta la entrada. El dinero siempre se dedica al mantenimiento de la parte histórica de la finca, casi un

acto benéfico ya que siempre hay un tejado que cambiar o unas paredes que revocar. Y en la tertulia que le sigue, su madre aprovecha para decirle al profesor de francés de Diddi de forma exigente: «En la familia consideramos que tiene talento para los estudios.» El padre se tutea con el director, además de ser compañeros de estudios, y éste sabe que de lo que se trata es de dar y recibir. Es agradable ser amigo de un barón pero, claro, no es gratuito.

Diddi ha sacado el bachiller a trompicones, copiando y haciendo algunas trampas. Siempre hay gente inteligente pero desgraciada que cambia la ayuda con las redacciones y en los exámenes por un poco de atención. Un *win-win deal*.

De todas formas, Diddi tiene un don. Le resulta especialmente fácil caer bien a la gente. Cuando habla con alguien, inclina la cabeza hacia un lado para apartarse el rubio flequillo de los ojos. Parece sincero cuando demuestra que está a gusto con todo el mundo, especialmente con la persona con la que está hablando en ese momento. Ríe tanto con la boca como con los ojos y se mete delicadamente en el corazón de la gente.

Ahora es Mauri Kallis quien se siente elegido y cómodo. Es miércoles por la tarde y están en el bar de la escuela. Es como si hiciera tiempo que son amigos. Diddi ignora a una joven rubia y bonita que está sentada con sus amigos un poco más allá, que se ríe algo alto y que mira hacia donde están ellos. Saluda a un montón de gente que se acerca para hablar pero no más que eso. Esa tarde no es su tarde.

Mauri bebe un poco de más, como se hace al principio, cuando se está nervioso. Diddi le sigue los pasos pero lo aguanta mejor. Se turnan en invitar. Diddi tiene un poco de coca en el bolsillo. Por si se presenta la ocasión. Espera a ver.

La verdad es que este tío es bastante interesante. Diddi le explica ciertas fases de su infancia. La presión de su padre en lo que se refiere a los estudios. El ataque de ira y las humillantes palabras cuando le iba mal un examen. Reconoce sin reparos y con una carcajada que desgraciadamente es un rubio tonto y que allí no tiene nada que hacer.

Aunque después defiende a su padre. Él también tiene su carga. Educado en la vieja escuela, en el umbral haciendo una reverencia con la cabeza a su padre, el abuelo de Diddi, antes de que le dieran permiso para entrar. Nada de sentarlo en las rodillas para hacerle carantoñas.

Tras esta revelación en confianza, convence y pregunta. Y observa a Mauri, el joven esbelto con grandes pantalones de franela, zapatos baratos, camisa bien planchada pero de algodón tan delgado que se le transparenta el pelo del pecho. Mauri, el que lleva los libros de clase en una bolsa de plástico de un súper. No invierte el dinero en cosas, eso es seguro.

Y Mauri habla de sí mismo. Que cometió un delito cuando tenía doce años y que lo pescaron. Le explica lo de la asistente social que lo hizo mejorar y que lo animó a

que empezara a estudiar.

—¿Era guapa? —pregunta Diddi.

Mauri miente y responde que sí. No sabe por qué. Tiene que hacer reír a Diddi.

—Realmente eres una caja de sorpresas —le dice—. No tienes aspecto de criminal.

Y Mauri, que dice medias verdades y que selecciona lo que explica, no dice nada de que era un grupo de chicos mayores, un hermano del hogar de acogida y sus compañeros, que lo enviaron a él y a otros críos a los que no podían juzgar como adultos a hacer el trabajo sucio.

—¿Qué aspecto tiene un criminal? —pregunta.

Diddi parece un poco impresionado.

—Y ahora eres una estrella de la escuela —responde.

—Un aprobado justo en Contabilidad Empresarial —se justifica Mauri.

—Es porque lees libros sobre la Bolsa en lugar de estudiar. Lo sabe todo el mundo.

Mauri no responde. Intenta llamar la atención del camarero para pedir otras dos cervezas. Se siente como un enano ignorado que intenta hacerse ver tras la barra. Mientras tanto, Diddi aprovecha para sonreír hacia la rubia y la mira a los ojos. Una pequeña inversión para el futuro.

Acaban en el Grodan. Se meten en el abarrotado bar y pagan el triple por una cerveza.

—Tengo un poco de dinero —dice Diddi—. Deberías invertirlo por mí. En serio. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

A Diddi no le da tiempo a entender lo que ve en Mauri. En medio segundo es como si se pusiera tenso, se conectara a la parte sobria de su cerebro, hiciera inventario, analizara y tomara una decisión. Después Diddi aprenderá que Mauri nunca pierde el discernimiento. El miedo lo mantiene despierto. Pero se le pasa rápido. Mauri se encoge de hombros un poco borracho.

—Claro que sí. Yo cobro el 25 % y en cuanto me canse, te haces cargo tú o vendes, lo que prefieras.

—¡Veinticinco! —Diddi se queda un poco atónito—. ¡Eso es usura! ¿Cuánto se quedan los bancos?

—Pues vete a un Banco. Tienen buenos agentes de Bolsa.

Pero Diddi lo acepta.

Y se echan a reír. Como si, en realidad, todo fuera una broma.

Al editar el programa han cortado cuando Mauri Kallis entra en la entrevista. En la imagen, abajo en la esquina derecha, se ve la mano de Malou von Sivers haciendo un gesto rotatorio «continúa filmando» a la persona detrás de la cámara. Mauri Kallis

es delgado y bajo, como un escolar serio. El traje le sienta perfectamente. Le brillan los zapatos. La camisa blanca está hecha a medida, es de fuerte algodón de la mejor calidad; cualquier otra cosa se transparentaría.

Le pide disculpas por la tardanza a Malou von Sivers, se estrechan la mano, se vuelve hacia Inna Wattrang y la besa en la mejilla. Ella le sonríe y dice: ¡Amo! Diddi Wattrang y Mauri Kallis se estrechan la mano. Como por arte de magia alguien trae una silla y ahora están sentados los tres con Malou von Sivers delante de la cámara.

Malou von Sivers empieza suave. Las preguntas difíciles las guarda para la parte final de la entrevista. Quiere que Mauri Kallis se sienta a gusto y si la cosa va mal es mejor que sea al final, cuando ya estén casi listos.

Coge un ejemplar de la revista *Business Week* de la primavera de 2004 con Mauri en la portada y en el centro de la sección de Economía del periódico nacional *Dagens Nyheter*. El título del artículo del *Dagens* es «El chico de los bolsillos de oro».

Inna mira la prensa y piensa que fue un milagro que escribieran aquellos artículos. Mauri se negaba a hacer entrevistas, finalmente consiguió que le hicieran fotografías. El fotógrafo de *Business Week* eligió un primer plano de Mauri cuando éste miraba hacia el suelo. Al ayudante del fotógrafo se le cayó un bolígrafo que se fue rodando. Mauri lo siguió con la mirada. El fotógrafo hizo muchas fotos. Mauri parece ensimismado. Casi como rezando.

Malou von Sivers: De niño problemático hasta aquí (hace un gesto con la cabeza que abarca la Heredad Regla, el éxito empresarial, bella esposa, todo a la vez). Tu imagen se parece mucho a la de un cuento. ¿Qué sientes?

Mauri mira las fotos y hace esfuerzos para rechazar la sensación de asco hacia sí mismo que le provocan.

Es propiedad de todos. Lo utilizan como prueba para que su ideología sea la acertada. La industria y el comercio suecos lo invitan como conferenciante. Lo señalan y dicen: «Mirad. Cualquiera puede tener éxito si quiere.» Göran Persson, el presidente de la nación, lo ha nombrado recientemente en televisión. Era en un debate sobre la criminalidad juvenil, ya que fue una asistente social la que hizo que Mauri volviera al buen camino. El sistema funciona. Continúa el estado del bienestar. Los débiles tienen una oportunidad.

Mauri se siente asqueado. Desearía que dejaran de utilizarlo, de manosearlo.

No deja que se note nada. Su voz es todo el tiempo tranquila y amable. Quizá un poco monótona. Pero no está allí porque tenga una personalidad carismática. Eso es cosa de Diddi y de Inna.

Mauri Kallis: No me siento... como un personaje de cuento.

Silencio.

Malou von Sivers (lo intenta de nuevo): En la prensa extranjera se te ha llamado

«El milagro sueco» y se te ha comparado con Ingvar Kamprad, el fundador de IKEA.

Mauris Kallis: Los dos tenemos la nariz en medio de la cara...

Malou von Sivers: Pero algo hay de verdad en ello. Los dos empezasteis con las manos vacías. Conseguisteis levantar una empresa internacional en un país como Suecia, que se considera es... bueno, difícil para nuevos empresarios.

Mauri Kallis: Y es difícil para nuevos empresarios. Las leyes fiscales favorecen el dinero viejo pero hubo una posibilidad de conseguir hacerse con un capital entre los años ochenta y noventa y la aproveché.

Malou von Sivers: Explícanos. Uno de tus viejos compañeros de estudios de Empresariales dijo en una entrevista que sentías animadversión a consumir tu préstamo de estudios. «Comerlo y cagarlo.»

Mauri Kallis: Es una expresión grosera y no quisiera utilizar ese lenguaje aquí. Pero claro que sí, así era. Nunca había tenido tanto dinero junto antes. Y seguro que había algo de empresario dentro de mí. El dinero tiene que trabajar, hay que invertirlo. (Deja que le aflore una corta sonrisa.) Era un auténtico forofó de la Bolsa. Iba por ahí con copias de los indicadores de las inversiones en el maletín.

Diddi Wattrang: Leía el periódico económico *Affars-världen*.

Mauri Kallis: En aquellos tiempos era incisivo.

Malou von Sivers: ¿Y después?

Mauri Kallis: Bueno, después...

El pasillo de la residencia de estudiantes de Mauri da acceso a ocho habitaciones cuyos inquilinos comparten cocina y dos duchas. Una vez por semana viene una señora de la limpieza y, aun así, nadie va por el suelo de la cocina en calcetines. Se notan las migas y la suciedad a través de ellos, por todas partes hay restos pegajosos que nadie limpia sino que se evaporan hasta secarse. Las sillas y la mesa son de pino amarillento. Macizas y pesadas. De esas con las que, por algún motivo, siempre te tropezas. Te salen morados en los muslos y te das con los dedos de los pies.

En las habitaciones viven varias chicas que se relacionan entre sí y van a fiestas a las que nunca te invitan. Anders, que vive enfrente de Mauri, lleva unas gafas modernas y estudia derecho. Se le ve alguna vez en la cocina pero casi siempre está en casa de su novia.

Håkan es alto y es de Kramfors. Mattias es grande y gordo. Y él, Mauri, es una hormiga delgada y pequeña. Vaya grupo. Ninguno va a las fiestas. Y tampoco es buena idea montar alguna porque ¿a quién iban a invitar? Por la noche se quedan sentados delante de la tele en la habitación de Håkan y miran películas porno con una almohada sobre las rodillas, como críos.

Por lo menos así ha sido hasta ahora. Pero Mauri se ha convertido en un especialista en Bolsa, sí, y por lo menos es algo, aunque eso no quiere decir que se

relacione con los otros alumnos de la Escuela a los que también les interesa la Bolsa.

Se ha convertido en un inversor empedernido. No va a las clases y se queda despierto por la noche hasta que se le secan los ojos leyendo la prensa económica, como *Dagens Industri*, en lugar de estudiar.

Es fiebre y enamoramiento y ese subidón cuando se han hecho las cosas bien.

El primer negocio. Recuerda lo que sintió, no lo olvidará nunca. Seguro que es como con la primera chica. Compró 500 acciones de Cura Nova antes de la fusión con Artemis. Y subió la cotización. Primero ese salto, después un camino siempre hacia arriba cuando los otros inversores picaron y compraron. Iban muy por detrás de él y empezó a pensar en vender. No dijo nada de cuánto había ganado, a nadie. Se salió. Se quedó debajo de un farol con la cara levantada hacia la nieve que caía. Lo sabía. Lo sentía. Seré rico. Esto es lo mío.

Y como bonificación se ha hecho amigo de Diddi. Éste, que es de los que se quedan debajo del monitor a la entrada de la escuela, mira las cotizaciones y habla un poco de todo, a veces se sienta al lado de Mauri en las conferencias.

De vez en cuando salen de fiesta. Mauri se queda con el 25 % de las ganancias de Diddi, porque él no trabaja gratis.

Tampoco es tonto. Sabe que es el dinero lo que le da el billete de entrada al Otro Mundo.

«¿Y qué?», se dice a sí mismo. Para él el dinero es el billete. Otros tienen la cara, otros el encanto y otros su bonito apellido. Un billete se tiene que tener pero todos se pueden perder. De lo que se trata es de mantener el que se ha conseguido.

Hay normas no escritas. Por ejemplo: Diddi es quien se pone en contacto con Mauri. Diddi lo llama y le pregunta si quiere salir. Al revés no. A Mauri no se le ocurriría nunca tomarse la libertad de llamar a Diddi y preguntarle.

Así que Mauri espera a que Diddi lo llame. Hay voces en su interior que le dicen que Diddi sale con otra gente y que Mauri no tiene acceso a esa gente. Gente guapa. Fiestas chulas. Diddi llama a Mauri cuando no tiene otra cosa que hacer. A Mauri le ronda en el interior algo parecido a la envidia. A veces piensa que va a dejar de especular para Diddi. Al momento siguiente se excusa ganando dinero para Diddi. Se aprovechan el uno del otro.

Intenta estudiar y cuando ya no tiene ganas de hacerlo o de negociar con acciones, juega a cartas con Håkan y con Mattias. Piensa que Diddi lo llamará. Sale corriendo hacia la habitación cuando suena el teléfono pero casi siempre es el de la habitación de al lado, donde viven las chicas.

Cuando Diddi lo llama, Mauri responde que sí. Siempre piensa que la próxima vez le dirá que no. Aparentará estar ocupado.

Otra norma: Diddi elige la compañía. Está absolutamente descartado que Mauri lleve a alguien. Håkan o Mattias, por ejemplo. Tampoco él querría hacerlo. Entre

ellos no hay amistad, solidaridad ni nada de nada. Ellos están de más, eso es lo único que tienen en común. Aunque ya no.

Mauri y Diddi se emborrachan y se ponen espesos. De golpe se despejan con la cocaína. Mauri puede despertarse por la mañana y no saber cómo ni cuándo se fue a casa. En los bolsillos lleva post-its y entradas, sellos en las manos, que le indican por dónde ha transcurrido el viaje. Del bar a un café, después a un club y luego a una fiesta con unas chicas.

Puede follar con las amigas de las chicas más guapas que son menos guapas. Y está bien; qué pasa, es mucho más que lo que tienen Håkan o Mattias.

Pasan seis meses. Mauri sabe que Diddi tiene una hermana pero no la ha visto nunca.

Nadie sabe encogerse de hombros como lo hace Diddi. Suspenden un examen, los dos. Mauri vuelca la ira hacia dentro, que le araña y le corroe. Una voz le dice que no sirve para nada, que es un farolero, que dentro de poco resbalará hasta el borde y caerá en el mundo al que realmente pertenece.

Diddi dice «joder», pero después vuelca el fracaso hacia fuera, es el vigilante de los exámenes, el examinador, el chico que estaba sentado delante y que hacía... es por culpa de todos menos de él. Y no se lamenta más que un corto segundo. Después vuelve a sentir el desenfado de siempre.

Mauri tarda en darse cuenta de que Diddi no es rico. Siempre ha creído que los chicos de clase alta, especialmente los nobles, tienen dinero. Pero no es así. Cuando Diddi empieza a relacionarse con Mauri, se mantiene con casi nada, la parte de subsidio del préstamo de estudios. Vive en un piso del selecto barrio de Östermalm, pero es de algún pariente. Las camisas son del armario de su padre y que al padre le vienen pequeñas desde hace tiempo. Las lleva medio desabrochadas encima de una camiseta de manga corta. Tiene un par de téjanos y un par de zapatos. En invierno pasa frío, pero siempre va guapo. Quizá cuando pasa frío es cuando está más guapo. Cuando levanta los hombros con los brazos apretados contra el cuerpo. Uno tiene que aguantarse las ganas de abrazarlo.

Mauri no sabe de dónde ha sacado Diddi el dinero para empezar a jugar en Bolsa. Se dice a sí mismo que no es problema suyo. Después, cuando Mauri se da cuenta de que Diddi puede ir al baño del bar borracho y tambaleante y volver, al cabo de muy poco, fresco como una rosa, se empieza a preguntar de dónde saca el dinero para aquellas costumbres. Tiene una vaga idea. Una vez, cuando estaban por ahí, un hombre de edad se les acercó y empezó a hablar. Él no había dicho aún «hola» cuando Diddi ya se había levantado y simplemente desapareció. Mauri sintió en su interior que estaba completamente prohibido preguntar quién era aquel hombre.

A Diddi le gusta el dinero. A lo largo de toda su vida ha visto dinero, se ha relacionado con gente que tiene dinero, pero nunca lo ha tenido. Su hambre ha

crecido. No tarda mucho en sacar cantidades cada vez más importantes de los beneficios de la Bolsa. Es el momento de Mauri de encogerse de hombros. Tampoco es problema suyo. La participación de Diddi en su sencilla empresa disminuye.

Diddi desaparece durante períodos cada vez más largos. Va a la Riviera y a París. Tiene los bolsillos llenos de dinero.

Todo el mundo se estrella alguna vez y le ha llegado el turno a Diddi. Dentro de poco, Mauri va a conocer a la hermana de Diddi.

Malou von Sivers: Lo llamas «amo».

Inna Wattrang: Es que somos sus chuchos.

Mauri Kallis (sonríe y sacude un poco la cabeza): Eso lo has sacado de Stenbeck y no sé si me he de sentir halagado u ofendido.

Malou von Sivers: ¿Son tus chuchos?

Mauri Kallis: Si vamos a continuar con el tema de los animales, prefiero trabajar con gatos hambrientos.

Diddi Wattrang: Y estamos gordos...

Inna Wattrang: ...y somos vagos.

Malou von Sivers: Bueno, explícanos. Porque realmente es una amistad muy especial la que ha surgido entre vosotros. ¿Qué es lo que hace que los tres forméis tan buen equipo?

Mauri Kallis: Diddi e Inna me complementan. Una gran parte de esta actividad se basa en buscar a gente que quiera jugar, dispuesta a asumir un gran riesgo a cambio de llevarse a casa un gran beneficio. Y que tenga dinero para hacerlo. Que no venda la cartera de valores cuando alcanza el *rock-bottom*, sino que espere en una empresa que pierde dinero hasta que yo consiga un proyecto con beneficios. Porque siempre surge. Antes o después, pero se tiene que poder esperar. Por eso, en principio nuestras empresas no cotizan en Bolsa. Preferimos inversiones privadas para poder controlar quién compra. Es igual que en la explotación de las minas en Uganda. En estos momentos hay tantos disturbios que no podemos realizar ninguna actividad, pero es una inversión a largo plazo en la que yo creo. Lo último que necesito es un grupo de accionistas echándome el aliento en la nuca porque quieren ver los beneficios al cabo de seis meses. Diddi e Inna encuentran a ese tipo de inversores para los distintos proyectos, y son buenos vendiendo. Encuentran financieros con espíritu aventurero que apoyan proyectos inseguros y pacientes inversores sin problemas de liquidez para proyectos a largo plazo. Socialmente son mucho más competentes que yo. Tienen esa fuerza de atracción financiera. En estos momentos que estamos explotando nuevas minas dentro del grupo, también hacen un gran trabajo manteniendo el contacto con la gente del lugar y los colaboradores. Se pueden mover a nivel alto y bajo, siendo flexibles sin ponerse a malas con nadie.

Malou von Sivers (hacia Inna): ¿Y cuál es la fuerza de Mauri?

Inna Wattrang: Tiene olfato para un buen negocio. Una varilla de zahorí interior. Además es un buen negociador.

Malou von Sivers: ¿Y como jefe qué tal es?

Inna Wattrang: Siempre se mantiene tranquilo. Es lo más fascinante. A veces puede hacer viento fuerte, como los primeros años, cuando podía comprar concesiones sin tener lista la financiación. Nunca mostró inquietud o agobio. Y eso, a los que trabajamos a su alrededor, nos hace sentir muy seguros.

Malou von Sivers: Pero ahora ya has salido en pantalla y demuestras tus sentimientos.

Mauri Kallis: ¿Estás pensando en la mina de Ruwenzori? ¿El asunto de la organización Sida?

Malou von Sivers: Entre otras cosas, dijiste que Sida era una organización sueca de chiste.

Mauri Kallis: Era una declaración sacada de contexto. Y yo no me metí con la prensa, fue por culpa de un periodista que estaba en una conferencia que yo daba. Claro que al final te irritas al ver que la prensa sueca suele estar representada por periodistas que no se han preparado a fondo. «Kallis Mining construye carreteras para las tropas militares.» Me ven estrechar la mano de un general de la guerrilla lendu y enseguida escriben lo que ese grupo ha hecho en el Congo y mi empresa minera en el noroeste de Uganda se convierte en el mismísimo diablo. Y yo también. Es muy fácil mantener los principios morales dejando que otros se encarguen de los países en crisis.

Mandar ayudas económicas y mantenerse apartado. Pero la población en esos países necesita empresas, crecimiento, puestos de trabajo. Sin embargo, el gobierno prefiere las ayudas económicas sin control alguno. Sólo basta con mirar lo que pasa en Kampala para entender adonde va a parar gran parte del dinero. Menudas casas de lujo que hay en los acantilados. Allí viven los miembros del gobierno y otras personas con cargos importantes dentro de la administración. Yo llamo inocente al que no quiera ver que el dinero de Sida va a los militares que además de aterrorizar a la población civil se dedican a saquear las minas en el norte del Congo. Cada año se envían a África millones para luchar contra el VIH, pero pregunta a cualquier mujer africana de cualquier país africano y te dirá: No hay ninguna diferencia. ¿Adónde va a parar entonces todo ese dinero?

Malou von Sivers: Sí, ¿adónde?

Mauri Kallis: A los bolsillos de los miembros del gobierno, pero eso no es lo peor. Mejor casas de lujo que armas. Pero la gente de Sida tiene un trabajo con el que se encuentra muy a gusto y eso está bien. Lo único que intento decir es que si se crean empresas allí te las tienes que ver con gente de dudosa moral, de una manera u

otra. Claro que te ensucias las manos un poco, pero por lo menos haces algo. Y si construyo una carretera desde mi mina, será difícil impedir que los grupos combatientes la utilicen.

Malou von Sivers: ¿Así que duermes tranquilo por la noche?

Mauri Kallis: Nunca he dormido a gusto por la noche pero no es por eso.

Malou von Sivers (como él se ha puesto a la defensiva, cambia de línea): Parece como si hubiéramos vuelto a tu infancia. ¿Nos puedes explicar cómo fue? Naciste en Kiruna en 1964. Sin padre y con una madre que no se podía hacer cargo de ti.

Mauri Kallis: No, no tenía capacidad para cuidar de un niño. A mis hermanastros, que nacieron después, los obligaron a ir a un hogar de acogida casi desde el principio, pero claro, yo fui el primero así que viví con ella hasta los once años.

Malou von Sivers: ¿Cómo fue?

Mauri Kallis (busca las palabras, cierra los ojos, es como si hiciera pausas para ver las escenas que se le representan en la cabeza): Me las tuve que apañar solo... muchísimo. Ella dormía cuando yo estaba en la escuela. Se... enfadaba mucho si le decía que tenía hambre... Podía irse durante varios días seguidos y yo no sabía dónde estaba.

Malou von Sivers: ¿Es difícil hablar de ello?

Mauri Kallis: Mucho.

Malou von Sivers: Ahora tienes tu propia familia. Una esposa, dos hijos, de diez y doce años. ¿De qué manera tu infancia te ha influido en ese papel?

Mauri Kallis: Es difícil decirlo pero no tengo una imagen interior de cómo se vive una vida normal en familia. En la escuela veía, ¿cómo decirlo?, madres normales. Llevaban el pelo limpio e iban bien peinadas... Y padres. A veces iba a casa de algún compañero, pero no era habitual. Y entonces veía su casa con muebles, alfombras, objetos decorativos, acuarios con peces. En casa no teníamos casi nada. Una vez, los de los servicios sociales nos compraron un sofá de segunda mano, aún lo recuerdo. En el respaldo había como un cajón que se podía abrir y de allí salía una cama extra. A mí me parecía de lo más lujoso. Al cabo de dos días había desaparecido.

Malou von Sivers: ¿Adónde había ido a parar?

Mauri Kallis: Seguro que alguien lo vendió. Vino gente y se lo llevó. Si recuerdo bien, la puerta nunca estaba cerrada con llave.

Malou von Sivers: Al final te llevaron a un hogar de acogida.

Mauri Kallis: Mi madre se puso paranoica y peligrosa con los vecinos y la gente en general. Entonces se la llevaron y cuando se la llevaron...

Malou von Sivers: ...también se te llevaron a ti. Entonces tenías once años.

Mauri Kallis: Sí. Uno siempre piensa y desea... que podría haber sido diferente, que me podrían haber llevado antes... pero las cosas fueron así.

Malou von Sivers: Y tú, ¿eres un buen padre?

Mauri Kallis: Es difícil decirlo. Lo hago lo mejor que puedo pero, naturalmente, estoy fuera demasiado tiempo, lejos de la familia. Es un fallo.

Anna-Maria Mella cambia de postura en la silla.

—Eso me pone de los nervios —le dice a Sven- Erik—. Un pecado admitido es como si no fuera pecado. En cuanto dice: «Debería pasar más tiempo con mis hijos», se convierte en una buena persona. ¿Qué le dirá a sus hijos cuando sean adultos? «Sé que nunca estaba con vosotros, pero que sepáis que tenía remordimientos de conciencia todo el tiempo.» «Ya lo sabemos, papá. Gracias, papá. Te queremos, papá.»

Mauri Kallis: Pero tengo una mujer segura de sí misma que siempre está con los niños. Sin ella no hubiera podido ni llevar esta empresa, ni tener hijos. Ella me ha tenido que enseñar.

Malou von Sivers (claramente encantada del agradecimiento expresado hacia la esposa): ¿Qué, por ejemplo?

Mauri Kallis (piensa): Muchas veces cosas realmente simples. Que las familias se sientan juntas a comer. Ese tipo de cosas.

Malou von Sivers: ¿Crees que aprecias una vida «normal» más que yo, que he tenido una infancia común y corriente?

Mauri Kallis: Sí, si me lo permites, creo que sí. Me siento como un refugiado en el mundo «normal».

Cuando Diddi acaba tercero de Empresariales puede, por fin, dejar el mundo normal. Ha sido bello y encantador, pero ahora tiene dinero. Deja Estocolmo y se va más allá del Riche, el restaurante del barrio de la clase alta. Se tambalea por el Canal Saint-Martin con dos modelos de piernas largas y delgadas, cuando el sol sale en París. No porque fueran tan borrachos que no podían mantenerse en pie, sino porque se empujan unos a otros, como niños, en una especie de juego camino a casa. Los árboles se inclinan hacia el agua como mujeres abandonadas y dejan caer sus hojas en el río como si fueran viejas cartas de amor, todas rojas como la sangre, despidiendo vaho. Las panaderías exhalan un olor a pan recién salido del horno. Los camiones con mercancías susurran cuando se dirigen hacia el centro, con las ruedas haciendo ruido al pasar sobre los adoquines. El mundo nunca más será tan bello.

Conoce a un actor en una *poolparty* y lo invitan al jet privado de alguien para una filmación de dos semanas en Ucrania. Diddi sabe demostrar su generosidad cuando es necesario. Al avión lleva consigo diez botellas de Dom Pérignon.

Y conoce a Sofía Fuensanta Cuervo. Es mucho mayor que él, treinta y dos, y emparentada por parte de madre con la casa real española.

Dice que ella es la oveja negra de la familia, separada y con dos hijos que están en un internado.

Diddi nunca ha conocido a nadie que se le pareciera lo más mínimo. Es un trotamundos que, por fin, ha llegado al mar, chapotea hasta que se ahoga. Los brazos de ella son el remedio para todo. Se puede perder por completo sólo con que ella sonría o se rasque la nariz. Incluso se emborracha pensando en sí mismo y los niños. Imágenes difusas en las que hacen volar las cometas en la playa y él les lee en voz alta por la noche. No le permite verlos y Sofía habla poco de ellos. A veces ella los va a visitar, pero no deja que él la acompañe. No quiere que se encariñen con alguien que de repente desaparezca, le explica. Pero él no va a desaparecer nunca. Quiere vivir el resto de su vida con las manos enredadas en su pelo color de cuervo.

Los amigos de Sofía tienen grandes barcos. También los acompaña a cazar cuando visitan las propiedades de algún conocido en el noroeste de Inglaterra. Diddi está completamente encantador con su equipo de caza prestado y el pequeño gorro de fieltro. Es el hermano pequeño de los hombres y el deseo vehemente de las mujeres.

—Me niego a matar nada —le dice a los demás serio, como si fuera un niño.

En la batida va junto a una jovencita de trece años y hablan durante mucho rato de los caballos de ella. Por la noche, la niña convence a la anfitriona para que ponga a Diddi a su lado. Sofía lo deja prestado y se ríe. Acaba de ser desbancada.

Diddi invita a Sofía a cenar. Le compra zapatos y joyas increíblemente caros. La lleva una semana a Zanzíbar. Es como el decorado de un teatro. La belleza de la ciudad que se desintegra, las elegantes puertas de trabajada ebanistería, los escuálidos gatos cazando cangrejos blancos por las largas y blancas playas, la pesada fragancia de las plantas de clavo de olor, amontonadas en el suelo para que se sequen sobre desplegadas telas rojas. Contra aquel fondo de belleza inspira su último aliento. Dentro de poco, las puertas y las fachadas se desharán y todo será sobreexplotado. Dentro de poco las playas se llenarán de ruidosos alemanes y gordos suecos. Contra ese fondo: su amor.

La gente se gira para ver a la pareja que va con las manos entrelazadas. El pelo de él, casi blanco por el sol, y el de ella, negro y brillante como las crines de una yegua andaluza.

A finales de noviembre Diddi llama desde Barcelona porque quiere vender. Mauri le dice que no hay nada que vender.

—Tu capital ya ha sido utilizado.

Diddi le explica que tiene al dueño de un hotel que va como loco detrás de él para que le pague la cuenta.

—Es decir, está furioso y me tengo que esconder para que no me pille por la escalera.

Mauri aprieta las mandíbulas durante el violento silencio en el que Diddi espera que le ofrezca prestarle dinero. Después Diddi se lo pregunta directamente. Y Mauri

le responde que no.

Acabada la conversación telefónica, Mauri sale a dar un paseo por la nevada ciudad de Estocolmo. La ira del abandonado le sigue los pasos como un perro. ¿Qué cojones pensaba Diddi? ¿Que podía llamar y que Mauri se inclinaría hacia adelante con los pantalones abajo?

No. Las tres semanas siguientes Mauri las pasa con su nueva novia. Muchos años después, cuando está en una entrevista con Malou von Sivers, no se acordará de su nombre, ni aunque lo amenazaran con una pistola en la cabeza.

Tres semanas después de la conversación telefónica, aparece Diddi en la cocina del pasillo de la casa de estudiantes de Mauri. Es sábado por la noche. La novia de Mauri está de cena con las amigas. El compañero de pasillo de Mauri, Håkan, mira a Diddi como cuando mira la tele. Se olvida de apartar la mirada y de comportarse como una persona normal. Lo mira fijamente con la boca abierta. A Mauri le entran ganas de darle en la cara, para que cierre aquella bocaza.

Los ojos de Diddi son un hielo agrietado sobre un mar de color rojo sangre. La pegajosa nieve se deshace en su pelo y le cae sobre la cara.

El amor de Sofía desapareció con el dinero, pero Mauri aún no sabe nada.

En la habitación de Mauri se desata la tormenta. Mauri es un jodido estafador. ¿Veinticinco por ciento, no? Jodido usurero. Es tan avaro que le da pena cagar. Diddi puede aceptar un diez por ciento y quiere su dinero YA.

—Estás borracho —le responde Mauri.

Parece tener consideración cuando lo dice. Ha ido a la escuela de la vida justo para gestionar situaciones como aquélla. Con facilidad adquiere el tono de voz y la postura de su padre de acogida. Tierno por fuera, duro como una piedra por dentro. Tiene a su padre de acogida dentro de él. Y dentro de su padre de acogida, tiene a su hermano de acogida. Son como las muñecas rusas. Dentro del hermano de acogida está Mauri. Pero le quedan muchos años antes de que aquella muñeca salga a la luz.

Diddi no sabe nada de muñecas rusas. Ni le importan. Focaliza su ira contra la muñeca que representa el padre de acogida, grita y arma todo el barullo que puede. Si aparece el hermano de acogida se lo habrá buscado él mismo.

Malou von Sivers: Así que te llevaron a un hogar de acogida cuando tenías once años. ¿Cómo fue?

Mauri Kallis: Fue una mejora notable comparado con lo que tenía antes. Pero era una forma de mis nuevos padres de ganar dinero, eso de acoger a niños. Los dos hacían muchas cosas y tenían muchas teclas que tocar. Mi nueva madre por lo menos tenía tres trabajos a la vez. Llamaba viejo a su marido y también lo hacíamos mi hermano de acogida y yo, y él a sí mismo también.

Malou von Sivers: Háblanos de él.

Mauri Kallis: Era un estafador que se mantenía al borde de lo que era legal y no tenía escrúpulos. Era como un hombre de negocios más bien turbios. (Sonríe y sacude la cabeza con el recuerdo.) Por ejemplo, compraba y vendía coches y todo el patio estaba lleno de chatarras viejas. A veces iba a otras ciudades a vender. Entonces se ponía una camisa y alzacuello porque la gente confía en los hombres de Dios. «He leído la ley eclesiástica de arriba abajo —decía—. En ningún sitio pone que uno tenga que haber sido ordenado sacerdote para ponerse un alzacuello.»

A veces ocurre que viene gente que se siente estafada por el viejo. A menudo están enfadados, a veces lloran. El viejo lo lamenta, lo siente. Los invita a licor y a café, pero los negocios son una cuestión de honor. El *deal* está hecho. No suelta el dinero.

Una vez viene una mujer que le ha comprado al viejo un coche usado. La acompaña su ex marido. El viejo se da cuenta enseguida de la clase de tipo que es.

—Ve a buscar a Jocke —le dice en cuanto ve a la pareja salir del coche en el patio.

Mauri se va corriendo a buscar a su hermano de acogida.

Cuando Mauri y Jocke vuelven, el viejo ya ha recibido unos cuantos empujones en el pecho. Pero llega Jocke con un bate en la mano. La mujer abre mucho los ojos.

—Nos vamos —le dice agarrando a su ex marido del brazo.

Él deja que se lo lleve de allí. De esa manera mantiene el honor intacto. A Jocke se le ve que está completamente loco y eso que sólo tiene trece años. Todavía es un crío que hace barrabasadas. Como lo del perro. Ese tipo de barrabasadas. Uno de los vecinos del pueblo deja suelto a su perro. Al viejo le irrita que se mee en su jardín. Un día Jocke y sus amigos lo cogen, lo rocían con queroseno y le prenden fuego. Se echan a reír cuando lo ven salir corriendo como una antorcha por el prado. Casi compiten a ver quién se ríe más alto y quién se lo pasa mejor. Se miran a hurtadillas y exigentes unos a otros.

Jocke enseña a Mauri a pelear. Al principio de estar en la casa de acogida, Mauri no necesita ir a la escuela. Volverá a repetir cuarto en otoño. Se pasea por el pueblo sin hacer nada. No hay mucho que hacer en Kaalasjärvi, pero no se aburre. Acompaña al viejo en el coche a hacer negocios. Un muchacho pequeño y callado es un buen recurso. El viejo vende depuradoras de agua a viejos que le alborotan el pelo a Mauri. Las mujeres los invitan a café.

En casa nadie le alborota el pelo. Jocke se inclina sobre él a la hora de comer y lo llama tonto, loco, paralítico cerebral. Tira la leche de Mauri en cuanto la madre se da la vuelta. Mauri no se chiva. Tampoco le importa. Lo hace enfadar como siempre. Se dedica a cenar. Barritas de pescado rebozado. Pizza. Perritos calientes y puré. Morcillas con gelatina de arándano, dulce. La madre de acogida lo mira fascinada.

—¿Adónde va a parar todo lo que comes? —pregunta.

Pasa el verano. Después empieza la escuela. Mauri intenta apartarse de los demás pero hay críos que huelen a dóciles víctimas.

Le meten la cabeza en el váter y vacían la cisterna. No le cuenta nada a nadie pero de alguna manera se enteran en casa de su nueva familia.

—Tienes que responderles —le dice Jocke.

No porque se preocupe por Mauri. A Jocke simplemente le gusta cuando ocurren cosas.

Jocke tiene un plan. Mauri intenta decirle que no quiere. No es que tenga miedo de que le peguen. Las palizas de la gente de su edad son... nada. Es sólo desagradable. E intenta evitar lo desagradable siempre que puede. Pero esa alternativa ahora no existe.

—Si no lo haces te pegaré yo. ¿Te enteras? Te voy a montar un pollo que te van a devolver con tu madre.

Entonces Mauri lo acepta.

Tres chicos de otro grupo pero del mismo nivel son los peores inquisidores. Buscan a Mauri en un pasillo cerca de la sala de recreo y lo empiezan a empujar. Jocke se ha mantenido cerca, sale en compañía de dos amigos y dice que ha llegado el momento de arreglar las cosas. Jocke y sus compañeros son de séptimo. A Mauri le parece que sus torturadores son grandes y dan miedo, pero al lado de Jocke y de los otros dos, son unos mierdecillas.

El jefe de los que le pegan a Mauri responde:

—Vale. De acuerdo.

Intenta aparentar que no le afecta pero los tres esquivan la mirada de los otros. Es un reflejo ancestral. Los ojos buscan una vía de escape.

Jocke los saca de la sala de recreo, donde hay vigilantes y profesores, y los lleva hacia las taquillas que hay fuera de las clases de trabajos manuales. Dirige a Mauri y al jefe de los otros hasta un pasillo sin salida, con taquillas a los dos lados.

Los dos compañeros del jefecillo creen que tienen que ir con él pero Jocke los para. Aquello es entre Mauri y el jefe de la pandilla.

Empieza el combate. El jefecillo empuja a Mauri en el pecho y éste retrocede hasta una taquilla y se da contra la espalda y la cabeza. El miedo le corre por dentro.

—¡Ahora dale tú, Mauri! —le animan los compañeros de Jocke.

Jocke no dice nada. Su mirada es inexpresiva, casi lánguida. Los que pegan a Mauri no se atreven a animar, pero su postura es ahora más desafiante. Empiezan a pensar que al único al que le van a dar una paliza aquí es a Mauri. Y no tienen nada en contra.

Entonces ocurre. Otro circuito se conecta en la cabeza de Mauri. No el circuito de echarse a un lado, retroceder y levantar las manos para protegerse la cabeza. Algo se le ilumina dentro de la cabeza y el cuerpo se mueve por si solo, mientras Mauri mira.

Sale todo lo que Jocke le ha enseñado y un poco más.

En un movimiento: los pies bailan hacia adelante, la mano se apoya en una de las taquillas y le ayuda a alzar y a fortalecer la patada. Una cox de caballo que le da al contrincante en un lado de la cabeza. Después, una patada en el estómago y un puñetazo en la cara.

Se da cuenta: así es como ha de pelear uno, distancia, golpe, distancia. No se puede pelear a empujones contra gente que es más grande. Mauri está de nuevo dentro de sí mismo pero está alerta, mira a su alrededor en busca de un arma. Encuentra la puerta suelta de una taquilla que el conserje tiene que montar un año de estos, porque tiene cosas que hacer en su propia cabaña y está poco en la escuela.

Mauri coge la puerta de la taquilla con las dos manos. Es de metal anaranjado y la hace sonar. Pang, pang. Ahora es el jefe de los inquisidores el que levanta las manos. Ahora es él quien se protege la cabeza.

Jocke coge de un brazo a Mauri y dice que ya basta. Mauri ha llevado a su rival hasta un rincón. Está tumbado en el suelo. Mauri no tiene miedo de haberlo matado, espera haberlo matado, quiere matarlo. A su pesar, suelta la puerta de la taquilla.

Se va de allí. Jocke y sus compinches ya se han ido hacia otra parte. Le tiemblan los brazos por el esfuerzo físico.

Los tres jóvenes del otro grupo no se lo explican a nadie. Si no fuera por Jocke y sus amigotes, quizás se tomarían la revancha. Seguramente a él no le importaría pero creen que está de parte de Mauri.

Mauri no se convierte en el rey de la clase ni tampoco lo respetan más. No es que suba de nivel en la clase, pero lo dejan en paz. Puede quedarse en el patio a esperar a que llegue el autobús pensando en sus cosas sin tener que estar todo el rato en guardia, dispuesto a salir de allí para esconderse.

Pero por la noche sueña con que mata a su madre. La mata dándole golpes con un tubo de hierro. Se despierta y escucha porque cree que ha chillado. ¿O era ella la que chilló en el sueño? Se sienta en la cama e intenta mantenerse despierto, con miedo de volverse a dormir.

Diddi está en la habitación de estudiante de Mauri. Tiene el pelo mojado, alza la voz y quiere dinero. Su dinero, afirma. Mauri le dice amablemente con la voz del padre de acogida que siente que las cosas hayan ido así entre ellos, pero que tenían un *deal* y es el que vale.

Diddi dice algo despectivo y después le da un empujón a Mauri en el pecho.

—No hagas eso —le advierte Mauri.

Diddi le vuelve a dar otro empujón. Seguramente quiere que Mauri le devuelva el empujón y empujarse cada vez más fuerte hasta que sea el momento de rendirse y se vaya a casa a dormir la mona.

Pero el golpe le llega de forma directa. Es el hermano de acogida, Jocke, que no

tiene paciencia ninguna. En toda la nariz. A Diddi nunca le han pegado antes. No le da tiempo a llevarse la mano a la nariz. La sangre aún no le ha empezado a salir, cuando recibe el siguiente golpe. Le dobla el brazo hacia atrás y Mauri lo lleva al pasillo, lo baja por la escalera y lo echa fuera, sobre la nevisca.

Mauri sube de tres en tres la escalera hasta su pasillo. Piensa en su dinero. Lo podría sacar todo mañana si quisiera. Son más de dos millones. Pero ¿qué iba a hacer con ellos?

Se siente curiosamente libre. A partir de ahora ya no tiene que esperar sentado a que Diddi se ponga en contacto con él.

El inspector de policía, Tommy Rantakyrö, asomó la cabeza en la sala de reuniones

—El señor Kallis y compañía están aquí —informó.

Anna-Maria Mella cerró el ordenador y bajó a recepción junto a sus compañeros Tommy Rantakyrö y Sven- Erik Stålnacke.

Mauri Kallis llevaba de compañía a Diddi Wattrang y a su jefe de seguridad, Mikael Wiik. Tres hombres con abrigo largo de color negro. Sólo eso hacía que destacaran. Los hombres de Kiruna llevaban chaqueta.

Diddi Wattrang se movía constantemente y miraba para todos lados. Cuando saludó a Anna-Maria le apretó mucho la mano.

—Estoy muy nervioso —reconoció—. A la hora de la verdad, me entra el canguelo.

Anna-Maria quedó desarmada con su sinceridad. Era muy extraño que los hombres reconocieran ser tan débiles. Le entró el deseo de decir las palabras correctas pero sólo acertó a emitir un sonido gutural que significaba que entendía que fuera difícil.

Mauri Kallis era más bajo de lo que pensaba. No tan bajo como ella, claro, pero aun así. Cuando lo vio en persona se dio cuenta de los pocos gestos que hacía. Se hacía más manifiesto con el inquieto Diddi a su lado. Mauri hablaba con una voz bastante baja y tranquila. No le quedaba nada del dialecto de Kiruna.

—Queremos verla —dijo.

—Naturalmente —respondió Anna-Maria Mella—. Y después quisiera hacer unas preguntas, si os parece bien.

«Si os parece bien —pensó—. ¡Deja de arrastrarte!»

El jefe de seguridad saludó a los policías y casi de inmediato les dijo que él había sido policía.

Repartió su tarjeta de visita. Tommy Rantakyrö se la metió en la cartera. Anna-Maria frenó el impulso de tirarla directamente a la papelera.

La asistente forense, Anna Granlund, había llevado a Inna Wattrang en una camilla de ruedas hasta la capilla, dado que los parientes iban a ir a verla. Allí no había símbolos religiosos, sólo unas sillas y un altar vacío.

El cuerpo estaba cubierto por una tela blanca. No había motivo para enseñar a los familiares las marcas de cuchillo y de quemaduras. Anna-Maria apartó la tela de la cara.

Diddi Wattrang asintió con la cabeza tragando saliva. Anna-Maria vio que Sven-Erik, sin apenas notarse, se colocó detrás de él para cogerlo si se caía.

—Es ella —dijo Mauri Kallis afectado y dando un profundo suspiro.

Diddi Wattrang rebuscó en los bolsillos de su americana hasta dar con un paquete de cigarrillos y encendió uno. Nadie dijo nada. No era trabajo de ellos que se respetara la prohibición de fumar.

El jefe de seguridad dio una vuelta alrededor de la camilla y levantó la tela. Miró los brazos de Inna Wattrang, los pies, se paró un segundo en la herida en forma de cinta alrededor del tobillo.

Mauri Kallis y Diddi Wattrang siguieron su actividad con la mirada, pero cuando levantó la tela a la altura de las caderas y el sexo, los dos apartaron la mirada. Ninguno de los dos vio nada.

—No creo que al médico forense le guste eso —advirtió Anna-Maria.

—No la toco —respondió el jefe de seguridad inclinándose sobre su cara—. Tranquila, estamos en el mismo bando.

—Quizá podías esperar fuera —le sugirió Anna-Maria Mella.

—Claro que sí —respondió el jefe de seguridad—. Ya he acabado.

Salió a esperar fuera.

A un gesto de Anna-Maria, Sven-Erik lo siguió. No quería que el jefe de seguridad se paseara libremente por el departamento de autopsias.

Diddi Wattrang se sopló el flequillo que le caía de lado hacia la cara y se rascó la nariz con la mano en la que mantenía el cigarrillo. Era un gesto descuidado. Anna-Maria temió que se quemara el pelo con la brasa.

—Espero fuera —le dijo a Mauri Kallis—. Esto me resulta difícil.

Salió también fuera. Mientras, Anna-Maria Mella se disponía a poner de nuevo la tela sobre la cara de Inna Wattrang.

—¿Puedes esperar un momento?—pidió Mauri Kallis—. Su madre quiere que la incineren, así que es la última vez que...

Anna-Maria dio un paso hacia atrás.

—¿La puedo tocar?

—No.

Sólo quedaban ellos dos en la sala.

Mauri Kallis sonrió. Después fue como si casi se fuera a echar a llorar.

Han pasado dos semanas desde que Mauri tiró a Diddi en la nieve y éste ya no aparece por Empresariales. Mauri les dice que a él le es igual.

—¿En qué piensas? —le pregunta su novia. Es tan simple que Mauri apenas la aguanta.

—Pensaba en cuando nos conocimos —responde. O—: En lo guapa que eres cuando te ríes. Sólo te puedes reír de mis bromas, lo sabes. —O—: ¡En tu culo! Ven con papá. —Una forma fácil de evitar su: «¿Me quieres?» Ahí está el límite del engaño. Si no, puede mentir e imaginarse cosas. Es curioso que sea tan difícil responder «sí» a aquella pregunta, mientras la mira a los ojos y aparenta hablar en serio.

Una tarde aparece Inna Wattrang de visita.

¡Se parece tanto a su hermano! La misma nariz marcada, el mismo pelo rubio estilo paje. Él casi parece una chica y ella casi un chico. Un joven con falda y camisa blanca.

Los zapatos que usa parecen caros y no se los quita cuando entra, como es costumbre. Lleva unos bonitos pendientes de perlas.

Hacía poco que había acabado la carrera de Derecho, le explica cuando se sienta en el borde de la cama de Mauri. Él se sienta en la silla del escritorio e intenta mantener fría la cabeza.

—Diddi es un idiota —dice ella—. Ha conocido a la mujer que todo hombre joven tiene el destino de conocer. Ella es como su excusa para comportarse como un cerdo con las demás mujeres por los siglos de los siglos.

Sonríe y pregunta si puede fumar. Mauri ve que se le forma un hoyuelo cuando sonríe, sólo en un lado.

—Oh, soy tremenda —dice después.

Se parece a la actriz sueca Sickan Carlsson, expulsando el humo como si fuera un pequeño tren. Es como sacada de otro tiempo. Mauri tiene una visión en la que la ve rodeada de criadas vestidas de negro y delantal blanco, conduciendo un automóvil con guantes de piloto y bebiendo absenta.

—No quiero minimizar su dolor —explica—. Esa Sofía realmente lo ha hundido. No sé qué pasó entre vosotros pero no es el mismo. No sé qué hacer. Estoy realmente intranquila, ¿lo entiendes? Sé que te considera amigo suyo y me ha hablado de ti muchas veces.

Mauri quiere creerlo. Quiere hacerlo. Dios, sí creo, ayúdame en mi falta de fe.

—Sé que quiere hacer las paces contigo. Acompáñame a verlo. Le hace falta poder pedirte perdón. Lo último que necesita en estos momentos es fastidiar las relaciones buenas que tiene.

No es en absoluto lo que Mauri había pensado hacer, pero toman el autobús 540 y

después el metro hasta el centro. Luego va trotando al lado de ella a través de la nieve húmeda que cae, hasta el bar Strix.

Ella va un poco demasiado cerca. La parte superior del brazo lo roza de vez en cuando. A él le gustaría tomarla del brazo, como en las películas antiguas. Es fácil hablar con ella y se ríe a menudo. Es una risa bastante baja y suave. Antes de que llegue Diddi les da tiempo a tomarse unas copas.

Inna insiste en pagar. Ha hecho un buen trabajo para un pariente que tiene una inmobiliaria y acaba de cobrar. Mauri se muestra interesado, ya que ella ya le ha estado preguntando mucho a él, pero desvía la conversación aunque él no lo nota y al momento están en otro tema completamente distinto. Mauri se siente cómodo un poco bebido y sin darse cuenta está hablando demasiado. No controla su mirada que, desobediente, se desliza hacia los grandes pechos debajo de la camisa de hombre que lleva Inna.

Cuando llega Diddi es realmente como en una película antigua en la que tres grandes amigos hacen las paces. La nieve cae fuera en la oscura Estocolmo. Personas sin importancia pasean como figurantes por la calle Drottning o brindan, hablan o ríen justo en la mesa de al lado. Son tan mediocres.

Diddi, que es el fantasma y la piltrafa más bellos que uno se pueda imaginar, llora abiertamente en el restaurante mientras la historia con Sofía sale de él.

—No tenía ningún problema en pasárselo bien con mi dinero, mientras había.

Inna le acaricia la mano a su hermano con rapidez pero la rodilla está en continuo contacto con la de Mauri, aunque aquello igual no significa nada.

Al cabo de un buen rato y debajo de un farol, delante de una tienda que está abierta por la noche, llega la hora de separarse. Diddi dice que quiere continuar especulando con acciones junto a Mauri.

Mauri no dice que Diddi y él nunca han especulado juntos, sino que es Mauri quien hace el trabajo. Es cuando se despierta la dureza que hay dentro de él. Ni Inna ni Diddi, ni ninguna magia del mundo la pueden acunar hasta dejarla dormida por completo.

—De acuerdo —dice con una media sonrisa—. Consigue dinero y estarás dentro de nuevo pero ahora me quedaré con el treinta por ciento.

De golpe el ambiente se hace menos agradable. Mauri se traga los chirridos y la incomodidad a grandes sorbos. Piensa que debe acostumbrarse a situaciones como aquella. Para hacer negocios, buenos negocios, uno tiene que aguantar. Desagrado, chirridos, llanto y odio.

Debe llevar bien sujeto con la correa el perro sin amo que está en alguna parte dentro de su pecho.

Inna se echa a reír de pronto, con una risa que parece un arrullo.

—Eres maravilloso —le dice—. Espero que nos veamos alguna vez.

La inspectora jefe de policía, Anna-Maria Mella, cubrió con la tela la cara de Inna Wattrang.

—Vamos a la jefatura —le informa—. Quiero que me hables un poco de Inna Wattrang.

«¿Qué puedo decir?—piensa Mauri Kallis—. ¿Que era una puta y una drogadicta? ¿Que era tan parecida a Dios como puede llegar a serlo una persona?»

Después mintió todo lo que pudo. Y pudo mucho.

Rebecka Martinsson acabó las negociaciones a la una. Metió algo de comida en el micro y aprovechó mientras se calentaba para mirar el correo de la mañana. Justo cuando se sentó a su escritorio sonó una señal en su ordenador. E-mail de Måns Wenngren.

Ver su nombre en la pantalla era suficiente para que sintiera una especie de calambre a través de todo el cuerpo. Pulsó una tecla para abrir el e-mail como si fuera un test de reacción.

«Supongo que ahí arriba hay mucho que hacer en estos momentos. Esta mañana he leído lo de Inna Wattrang. Por cierto, este fin de semana nos vamos todo el bufete hasta Riksgränsen a esquiar. Tres días, de viernes a domingo. Anda, vente a tomar una copa.»

Nada más. Leyó el e-mail varias veces. Pulsó la tecla de enviar/recibir como para hacer magia y sacar algo más, otro e-mail, quizá.

«Este hombre me haría infeliz —pensó—. Lo sé muy bien.»

Dado que ella era su abogada adjunta, tenía el despacho contiguo al de él, oyéndolo cuando hablaba por teléfono. Su: «Oye, estoy a punto de entrar en una reunión», aunque Rebecka sabía que no era verdad. «Te llamo... que sí, claro que te llamo... te llamo esta tarde.» Después, o se acababa la conversación, o la persona al otro lado de la línea no se rendía y entonces lo que se oía era un portazo.

Nunca hablaba de sus hijos, ya adultos, quizá porque no tenía contacto con ellos, quizá porque no quería recordar a la gente que ya tenía más de cincuenta años.

Bebía demasiado.

Se acostaba con las abogadas recién contratadas e incluso con alguna cliente.

Una vez se insinuó a Rebecka. Era la fiesta de Navidad del bufete. Por lo visto estaba bastante borracho y las demás le habían dicho que ni hablar. Su intento de conquista así de bebido no fue ni siquiera un cumplido, fue un agravio.

A pesar de ello, ella seguía pensando en aquella mano que le puso en la nuca. En

todas las veces que habían estado en los juicios y habían comido juntos. Siempre un poco demasiado cerca el uno del otro, justo para rozarse de vez en cuando. ¿O eran todo imaginaciones?

Y cuando la apuñalaron, estuvo a su lado en vela por las noches.

«Es exactamente por eso —pensó—. Es eso de lo que estoy tan cansada. Esa continua machaconería. Por un lado y por otro. Por un lado esto y aquello significa que le importo. Por otro, esto y aquello significa que no le importo. Por un lado debería olvidarme de él. Y por otro, debería agarrarme a un clavo ardiendo al mínimo indicio de amor que se me presente. Por un lado es complicado. Por otro, el amor nunca es fácil.»

El amor es como estar poseído por un demonio. La voluntad se derrite como la mantequilla, el cerebro se llena de agujeros y no se puede evitar.

Hizo todo lo que pudo cuando trabajaba para Måns. Se puso la camisa de fuerza, el bozal y la correa de adiestramiento cada mañana. Atenta para no ser descubierta. Entraba en la frialdad y se escondía en ella. No hablaba con él más de lo necesario. Se comunicaban con notas en post-its y e-mails, aunque Måns estaba en el despacho de al lado y ella solía mirar por la ventana cuando él la hablaba.

Pero trabajaba para él como una loca. Era la mejor abogada adjunta que había tenido nunca.

«Como un patético perro», pensaba ahora.

Debería contestarle al e-mail. Escribió una respuesta pero la borró casi de inmediato. Después se hizo muy difícil. Escribir una sola letra era como escalar una montaña. Le daba la vuelta a las palabras. Nada le servía.

¿Qué hubiera opinado su abuela de él? Pensaría que era un crío. Y seguramente era verdad. Era como uno de los perros de caza de mi padre que nunca quería dejar de jugar. Nunca se hizo adulto de verdad. Corría por el bosque y volvía con palos para mi padre. Al final le pegaron un tiro. En casa no había lugar para un perro inútil.

La abuela se hubiera dado cuenta de las finas manos que tenía Måns. No habría dicho nada, pero hubiera pensado mucho. Juegos de cachorros en lugar de trabajo de verdad. Vela y aparatos en el gimnasio. Rebecka recordaba todavía una negociación de dos días que se pasó quejándose porque había volcado en el archipiélago con su artefacto para ir a vela por el hielo y tenía hematomas por todas partes.

Completamente diferente a mi padre y a los otros hombres del pueblo.

Podía ver a su padre y a su tío Affe sentados en la cocina de la abuela. Están tomando cerveza. Affe corta unas rodajas de salchicha cruda de la zona de Falun, para su perra *Freja*. Le pone la rodaja delante y le pregunta: «¿Qué hacen las chicas de Estocolmo?» Y *Freja* se tumba boca arriba con las patas al aire.

A Rebecka le gustan sus manos. Capaces de hacer cualquier tipo de trabajo. Las

puntas de los dedos siempre un poco agrietadas y negras de algo que ningún jabón puede eliminar; siempre hay alguna máquina que tienen que reparar.

A su padre le gusta que se siente en sus rodillas. Puede quedarse allí todo el tiempo que quiera. Con su madre las posibilidades son *fifty-fifty*. «Oh, pesas mucho», le dice. O: «Deja que me tome el café tranquila.»

Su padre huele a sudor, a algodón caliente y un poco a aceite de motor. Le pone la nariz junto a la barba del cuello. Siempre tiene morena la cara, el cuello y las manos, pero el cuerpo está blanco como el papel. No toma nunca el sol. No lo hace ningún hombre del pueblo, sólo sus esposas. Las mujeres suelen tumbarse en una hamaca al sol y limpian el jardín en bikini.

A veces su padre se tumba sobre la hierba para descansar, con un brazo debajo de la cabeza y la gorra sobre la cara. Martinsson, el agricultor, tenía el derecho y el privilegio de tumbarse de vez en cuando a descansar sobre la hierba de su jardín.

«Mi padre trabaja duro. Conduce tractores en el bosque por la noche para que resulte rentable toda la inversión que se ha hecho. Hace las cosas que hacen falta en el campo y, cuando no hay mucho que hacer en el bosque, trabaja extra para un fontanero en la ciudad.»

Pero de vez en cuando se tumba un rato. En invierno en el sofá de la cocina. En verano ahí, en medio del jardín. El perro más viejo, *Jussi*, suele ir a tumbarse a su lado y al cabo de un rato tiene a Rebecka en el otro brazo. El sol calienta. La camomila dulce crece en la pobre tierra arenosa y huele fuerte. Pero no crece en muchas partes. Siempre tienes que estar muy cerca para notar algo.

Rebecka nunca ha visto a su abuela tumbarse así. No descansa nunca. Si alguna vez lo hiciera delante de la casa, la gente creería que ha perdido la razón. O, simplemente, que se ha muerto.

No, Måns hubiera sido una rara avis en casa de la abuela. Uno de Estocolmo que no sabe desmontar un motor, pescar con cerco, ni rastrillar la paja. Y rico. La mujer del tío Affe, Inga-Britt, estaría nerviosa y hubiera puesto hasta servilletas. Y todos pensarían: Y ahora, ¿de quién es ahora Rebecka?

Como ya lo hacían. Se sentía constantemente obligada a demostrar que no había cambiado. La gente siempre decía: No es nada raro... estás acostumbrada a algo mejor. Y entonces tenía que decir más veces que la comida estaba muy buena, que hacía mucho tiempo que no comía perca y qué rico estaba todo. Los demás podían comer tan tranquilos sin decir nada. Entonces aún se hacía más evidente que a ella se le habían pegado las costumbres de Estocolmo, demasiados elogios.

Había algo en su padre que le faltaba a Måns. No quería decir profundidad porque Måns no era un hombre superficial, pero Måns nunca se había tenido que preocupar de su sustento ni inquietarse por si no había suficiente trabajo para cubrir los pagos de los tractores. Y había otra diferencia. Algo que no se debe a la preocupación: una

pincelada de melancolía.

«Esa melancolía —pensó Rebecka—. ¿Qué fue lo que hizo que mi padre se fuera detrás de mi madre con tantas prisas?»

Creo que ella apareció en su vida con su risa y su levedad, porque en sus buenos momentos era ligera como el viento. Y creo que él la cogía de los hombros con las dos manos. La sujetaba fuerte y con ímpetu. Y creo que a ella le gustaba, pero sólo un momento. Creo que pensaba que necesitaba aquello. La seguridad y la tranquilidad de su abrazo. Después se fue a hurtadillas como una gata impaciente.

«¿Y yo qué?—pensó Rebecka con los ojos puestos en el e-mail de Måns—. ¿No debería encontrar yo a alguien como mi padre? A diferencia de mi madre, yo me mantendría a su lado.»

El corazón enamorado es una cosa invencible. Se pueden esconder los sentimientos pero, allí dentro, el corazón se hace cargo de toda la actividad. La cabeza cambia de trabajo, deja de razonar o de tomar decisiones importantes y se ocupa de pintar escenas patéticas, románticas, sentimentales y pornográficas. Todo el maldito registro.

Rebecka Martinsson reza una oración petulante: Dios, líbrame de la pasión.
Pero es demasiado tarde. Escribe:

Me alegro por vosotros. Espero que no sean muchos los que se rompan una pierna en las pistas. Mantengo la invitación en suspenso para ir a tomar una copa. Depende del tiempo, del trabajo y de esas cosas. Pero estamos en contacto.

R.

Después cambia «R» por «Rebecka». Y después lo vuelve a cambiar. El e-mail es tonto de corto y simple, pero tarda cuarenta minutos en redactarlo. Después lo envía. Más tarde lo abre de nuevo una y otra vez para repasar lo que ha escrito. Luego no hace nada sensato. Mover papeles de un lado a otro.

—¿Te importa que ponga en marcha la grabadora? —preguntó Anna-Maria.
Estaba sentada en la sala de interrogatorios con Mauri Kallis.

Le había dicho que no tenían mucho tiempo porque dentro de poco iban a tomar un avión. Por eso decidieron que Sven-Erik hablaría con Diddi Wattrang y Anna-Maria con Mauri Kallis.

El jefe de seguridad deambulaba por el pasillo con Fred Olsson y el impresionado Tommy Rantakyö.

—Naturalmente —respondió Mauri Kallis—. ¿Cómo murió?

—Aún es un poco pronto para explicar los detalles en torno a la muerte.

—Pero ¿la asesinaron?

—Sí, asesinato u homicidio... de todas formas es alguien que... Trabajaba como jefa de información. ¿Qué significa eso?

—Era un título, nada más. Trabajaba con todo dentro del grupo. Pero, claro, en lo que era buena era en los contactos con los medios de comunicación y en promocionar la empresa. Sobre todo, tenía talento para relacionarse con la gente, las autoridades, los propietarios de terrenos, inversores, *you name it*.

—¿Por qué? ¿En qué era tan eficiente?

—Era una de esas personas a las que la gente quiere caer bien. Estar a buenas con ella. Y su hermano es igual, aunque ahora esté un poco...

Mauri Kallis hizo un pequeño gesto sacudiendo la mano.

—Tienes que haber sido una persona muy cercana a ella. Se podía decir que vivía en tu casa.

—No exactamente. Regla es una heredad con varias propiedades y casas. Somos muchos los que vivimos allí; yo con mi familia, Diddi con su mujer y su hijo, mi hermanastra y algunos empleados.

—Pero no tenía hijos.

—No.

—¿Qué más personas tenía cercanas, aparte de ti?

—Quiero señalar que eres tú la que dice que yo estaba cercano. Supongo que su hermano. Sus padres todavía viven.

—¿Alguien más?

Mauri Kallis sacudió la cabeza.

—Venga, vamos —dijo Anna-Maria animándolo—. ¿Amigas? ¿Novio?

—Esto es complicado —respondió Mauri Kallis—. Inna y yo trabajábamos juntos. Era una buena... compañera. Pero no era de esas personas que hacen amigos para toda la vida. Era muy inquieta para ello. No necesitaba hablar por teléfono con las amigas y explicárselo todo. Y, sinceramente, los novios iban y venían. Nunca los conocí. Este trabajo era perfecto para ella. Podíamos ir a una conferencia o a un evento internacional, y en la fiesta que daban por la noche conseguía diez inversores.

—¿Qué hacía en su tiempo libre? ¿Con quién se veía?

—No sé.

—Por ejemplo, ¿qué hizo la última vez que estuvo de vacaciones?

—No lo sé.

—Pues me parece raro, ya que eras su jefe. Yo tengo un buen control de lo que hacen mis hombres en su tiempo libre.

—Vaya.

Anna-Maria Mella se quedó callada esperando. A veces aquello ayudaba pero no con aquel tipo. Mauri Kallis también se quedó callado, al parecer sin que el silencio le afectara en absoluto.

Al final fue Anna-Maria la que volvió a hablar. Se iban a ir enseguida. La conversación se hizo arisca y escueta.

—¿Sabes si se sentía amenazada de alguna manera?

—No que yo sepa.

—¿Cartas, conversaciones? ¿Algo por el estilo?

Mauri Kallis sacudió la cabeza.

—¿Tenía enemigos?

—No creo.

—¿Hay alguien que esté resentido con la empresa y pienses que puede haber hecho esto?

—¿Por qué?

—No sé. Por venganza o una advertencia.

—¿Quién podría haber sido?

—Soy yo quien te pregunta a ti —replicó Anna-Maria—. Hacéis negocios de alto riesgo y mucha gente debe de haber perdido dinero. Quizás alguien que se sienta engañado.

—Nosotros no hemos engañado a nadie.

—De acuerdo, vamos a dejarlo.

Mauri Kallis dejó entrever un halo de teatral agradecimiento.

—¿Quién sabía que estaba en la casa que la empresa tiene en Abisko?

—No sé.

—¿Lo sabías tú?

—No. Se había tomado unos días de vacaciones.

—Bueno —resumió Anna-Maria—. No sabes con quién salía, lo que hacía en su tiempo libre, si se sentía amenazada o si había alguien que pudiera estar resentido con el grupo... ¿Hay algo que quieras explicarme?

—No parece que sea así.

Mauri Kallis se miró el reloj.

A Anna-Maria le entraron ganas de zarandearlo.

—¿Hablasteis de sexo alguna vez? —preguntó—. ¿Sabes si... tenía hábitos especiales en cuanto al sexo?

Mauri Kallis parpadeó.

—¿Qué quieres decir? —inquirió—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Hablasteis de ello alguna vez?

—¿Por qué? ¿Es que la han... había algo... la han agredido sexualmente?

—Como ya te he dicho es demasiado pronto...

Mauri Kallis se levantó.

—Disculpa pero me tengo que ir.

Y con aquellas palabras abandonó la sala tras un rápido apretón de manos con Anna-Maria. No le dio tiempo ni de apagar la grabadora y la puerta ya se había cerrado tras él.

Anna-Maria se levantó y miró hacia el aparcamiento. Kiruna por lo menos tenía el detalle de mostrar su mejor cara. Una buena capa de nieve y un sol extraordinario.

Mauri Kallis, Diddi Wattrang y su jefe de seguridad salieron de la jefatura y se dirigieron hacia el coche de alquiler.

Mauri Kallis iba dos metros delante de Diddi Wattrang y no intercambiaron ni una sola palabra. El jefe de seguridad abrió una de las puertas de atrás a Mauri Kallis pero éste dio la vuelta alrededor del coche y se sentó en la parte delantera, al lado del conductor.

«Mira por dónde —pensó Anna-Maria—. Los que parecían ser tan amigos cuando salieron juntos en la tele.»

—¿Cómo ha ido?—le preguntó Sven-Erik Stålnacke a Anna-Maria cinco minutos más tarde.

Él, Anna-Maria y Tommy Rantakyrö estaban en el despacho de ella tomando café.

—¿Qué puedo decir?—respondió Anna-Maria para ganar tiempo—. Seguramente ha sido el peor interrogatorio que he hecho en toda mi vida.

—Qué va —la animó Sven-Erik.

—Hubiera sido mejor no haberlo hecho, te lo prometo. ¿Qué tal fue con Diddi Wattrang?

—Regular. Igual deberíamos haberlo hecho al revés. Seguro que hubiera estado más a gusto hablando contigo. Así que lo que dijo... Que era su mejor amiga y después se echó a llorar. No sabía que estaba en Abisko pero por lo visto era allí donde se encontraba. No ha dicho mucho de lo que solía hacer ella. Tenía algunos novios pero en estos momentos ninguno, que supiera el hermano.

—El jefe de seguridad, Mikael Wiik, es un tío genial —aseguró Tommy Rantakyrö—. Hemos tenido tiempo de hablar un rato. Hizo la mili como paracaidista y después estudió para oficial de la reserva.

—Pero era policía —se quiso asegurar Sven-Erik.

—Es decir, aquí hay alguien que tiene secretos y se los calla —dijo Anna-Maria, que aún tenía la cabeza en la conversación con Mauri Kallis—. O ella o ellos.

—Sí, era policía —respondió Tommy Rantakyrö—. Pero después pidió plaza de oficial en la reserva en el Grupo Especial de Protección. Me debería haber esforzado más cuando hice la mili en lugar de perder el tiempo como un zángano. Claro que te pueden destinar a Iraq o te puede salir un trabajo en una empresa de seguridad de

guardaespaldas, o algo así. Si tienes experiencia como policía, quiero decir. No es necesario que seas militar. Cuando Mikael Wiik dejó la formación en el GEP y se pasó a la privada, se sacaba quince mil euros al mes.

—¿Con Kallis? —preguntó Sven-Erik.

—No, en Iraq. Pero después quiso trabajar en Suecia y tomárselo con más calma. Ese tío ha estado en todas partes... aunque no en sitios a los que vayas de vacaciones con los niños.

Anna-Maria, de pronto, estuvo atenta a la conversación de los compañeros. Le pareció reconocer la última frase en boca de Mikael Wiik.

—Quédate aquí con nosotros y no te vayas a que los terroristas te peguen un tiro en la cabeza —dijo Sven-Erik a Tommy Rantakyrö, que tenía la cabeza llena de sueños de una vida más aventurera y con mucho dinero en el bolsillo.

Mikael Wiik dejó la E10 para dirigirse al aeropuerto de Kiruna.

Mauri Kallis y Diddi Wattrang iban callados todo el tiempo. No nombraron a Inna ni una sola vez y Mikael Wiik no vio llorar a ninguno de los dos. En cuanto se quedaron solos, no se miraron en ningún momento. Se dio cuenta de que ninguno de los dos le preguntó sobre sus observaciones. Lo que creía. Lo que había conseguido saber de su conversación con Tommy Rantakyrö.

Ahora empezaba la historia de después de Inna Wattrang, eso era seguro. Todo era más divertido cuando ella estaba allí.

Después del tiempo que se pasó en el GEP, Mikael Wiik no soportaba seguir en Suecia. Cuando fue a la entrevista de trabajo con Mauri Kallis, era un hombre que se levantaba a las tres de la mañana luchando contra una sensación, cada vez más fuerte, de que la vida carecía completamente de sentido.

Inna lo ayudó el primer año en Kallis Mining. Era como si ella supiera lo que le pasaba. Siempre encontraba un momento para hablar de los negocios de Mauri, a quiénes veía y por qué. Despacio, empezó a sentir que formaba parte de Kallis Mining. Nosotros contra ellos.

Todavía dormía mal y se despertaba pronto, pero no tan pronto. Y no echaba de menos estar en el Congo, Iraq, Afganistán o en lugares así.

De pronto Mauri Kallis rompió el silencio del coche.

—Si es un crimen sexual, ese puto cabrón lo pagará con su vida —dijo decidido.

Mikael Wiik miró de reojo a Diddi Wattrang por el espejo retrovisor. Parecía tan muerto como su hermana, con ojeras, la cara blanca como el papel, los labios agrietados y la nariz enrojecida de tanto sonarse. Se sujetaba los codos con las manos, quizá porque tenía frío, quizá para evitar que le temblaran. Le había llegado el momento de espabilarse.

—¿Dónde aterrizaremos?—preguntó Diddi—. ¿Skavsta o Arlanda?

—Skavsta —informó Mikael Wiik cuando vio que Mauri no respondía.

—¿Vas a casa? —preguntó Diddi a Mikael.

Mikael Wiik asintió con la cabeza. Vivía en el barrio de Kungsholmen con su novia. En Regla tenía una habitación para pasar la noche, con cocina y baño, pero la utilizaba muy pocas veces.

—Entonces me iré contigo a Estocolmo —dijo Diddi mientras cerraba los ojos haciendo ver que se ponía a dormir.

Mikael Wiik asintió de nuevo. No era asunto suyo decirle a Diddi Wattrang que debería irse a su casa con Ulrika y con su hijo de siete meses.

«Problemas —pensó—. Será mejor estar preparado.»

Mauri Kallis miraba por la ventanilla. «Hubiera querido tocarla», pensó. Intentaba recordar las veces que lo había hecho. De verdad, una caricia real.

En esos momentos sólo recordaba una vez.

Es el verano de 1994. Hace tres años que se ha casado. El niño mayor tiene dos, el pequeño unos meses. Mauri está junto a la ventana del salón pequeño tomando un whisky, mirando hacia abajo, hacia la casa de Inna, la antigua lavandería que, por fin, han acabado de renovar.

Sabe que Inna acaba de llegar a casa de una visita que ha hecho a unas instalaciones para la preparación de la extracción de yodo en el desierto chileno de Atacama.

Ha cenado con Ebba. La niñera acaba de acostar a Magnus y Ebba le pone a Cari en los brazos. Coge al bebé. No sabe exactamente qué es lo que espera ella de él, así que mantiene fija la mirada en el niño y no dice nada. Ebba parece que se queda contenta con aquello. Al cabo de un momento le duelen la nuca y los hombros, quiere que lo sujete ella pero aguanta. Después de una eternidad Ebba le coge al niño.

—Voy a acostarlo —le explica—. Tardaré una hora. ¿Me esperas?

Él promete esperarla.

Después se queda allí junto a la ventana y de pronto empieza a echar de menos a Inna intensamente.

«No me quedará mucho rato —se miente a sí mismo—. Sólo voy a ver cómo ha ido por Chile. Me da tiempo de estar de vuelta antes de que Ebba haya dormido a Cari.»

Inna ha deshecho las maletas. Parece sinceramente contenta de verlo. Él también se alegra. Contento de que trabaje para él. Contento de que viva en Regla. Ella tiene un sueldo alto y un alquiler bajo. En sus malos momentos aquello le enfada y hace que se sienta inseguro. Entonces le hace sufrir la sensación de que la está comprando.

Pero cuando está con ella, nunca se siente así.

Empiezan con el whisky que él ha llevado hasta allí. Después fuman un poco, se ponen un poco tontos y les da por bajar a bañarse. Pero se arrepienten y se quedan tumbados sobre el césped, abajo, junto al antiguo embarcadero. Lo que queda de sol vibra a los lejos, en el horizonte, desaparece. El cielo se vuelve negro y Mauri Kallis percibe en los ojos la suave luz de las estrellas que siempre le despiertan unos pensamientos vertiginosos sobre el infinito.

«Así tendría que ser siempre —piensa Mauri—. Siempre que no trabajo. ¿Por qué se ha de casar uno? Seguro que no es por tener sexo gratis. El sexo con tu propia mujer es el sexo más caro que se puede tener. De verdad. Lo pagas toda la vida.»

Cuando se casó con Ebba se posicionó respecto a Inna. Incluso, durante un tiempo, Inna dejó de ser tan importante para él. Era difícil precisarlo, pero su relación de fuerzas con los hermanos Wattrang cambió. Fue menos dependiente. Ya no trabajaba los fines de semana para que no se imaginaran que le preocupaba que no lo invitaran a lo que ellos fueran a hacer.

Devuelve lo que le quitó a Inna aquella vez. En ese preciso momento considera que aquello no puede seguir así.

Se vuelve hacia ella y la mira.

—¿Sabes por qué me casé con Ebba? —le pregunta.

Inna está dando una calada al cigarrillo y no puede contestar.

—O, mejor dicho, ¿por qué me enamoré de ella?—añade Mauri—. Porque cuando era pequeña, tenía que andar un kilómetro hasta la parada del autobús escolar.

Inna expele el humo a su lado.

—Es verdad. Cuando era pequeña vivían en Vikstaholm. Después tuvieron que vender aquello, pero bueno... a alguien como yo... lo que decía... a un nuevo rico... Pero así fue.

Le cuesta tanto seguir el hilo del relato que Inna se echa a reír a su lado. Él continúa:

—Iba a la escuela en autobús y una vez me explicó cómo andaba aquel kilómetro que había de distancia entre el castillo y la carretera. Decía que recordaba las palomas zurita que arrullaban y chapoteaban entre los matorrales cuando ella pasaba sola por la mañana por el camino de grava. Me dejó fascinado. La imagen de aquella chiquilla andando con un maletín colgado de una correa en el hombro en dirección a la carretera. Y el silencio de la mañana roto por el arrullo de las palomas.

Es un cerdo y lo sabe en cuanto las palabras abandonan su boca. Le corta la cabeza a Ebba y se la sirve en bandeja de plata a Inna. Aquella imagen ha sido una cosa Pequeña pero sagrada. Ahora la ha arrugado hasta convertirla en basura.

Pero Inna no piensa nunca como él cree. Deja de reír y señala algunas constelaciones que reconoce y que ahora deberían verse con mayor claridad.

Después dice:

—La verdad es que me parece un motivo extraordinario para casarse con alguien. Quizá el mejor que he oído nunca.

Se pone de lado y lo mira. Nunca han tenido relaciones sexuales. De alguna manera, ella le ha hecho sentir que tienen algo en común mayor que eso. Son amigos. Sus novios, o lo que quiera que sean, vienen y van. Mauri nunca será un ex.

Se quedan allí tumbados cara a cara. Él le coge la mano. Ha fumado y, de pronto, se siente lleno de la sensación de que el amor no le hace vulnerable. No cuesta nada amar. Se convierte uno en Gandhi, Jesús o el cielo estrellado.

—Oye... —le dice.

Después su pensamiento se va corriendo a buscar, en vano, las palabras que nunca utiliza.

—Estoy muy contento de que te hayas venido a vivir aquí —le dice finalmente.

Inna sonríe. A él le gusta que sonría y esté callada. Que no diga: «Yo también estoy contenta» o «Eres encantador». Él ha aprendido lo cerca que ella tiene esas palabras. Le suelta la mano antes de que ella tenga tiempo de decir nada.

Anna-Maria Mella se hundió en el sillón de las visitas de Rebecka Martinsson. Eran las dos y cuarto de la tarde.

—¿Qué tal va todo?

—No muy bien —respondió Rebecka con una media sonrisa—. Estoy bloqueada.

«Y no recibo ningún e-mail de Måns», pensó mientras miraba de reojo el ordenador.

—Uno de esos días, ¿eh? Haces un montón y después lo conviertes en tres montones nuevos. Pero ¿no tenías tribunales esta mañana?

—Sí, y ha ido bien. Sólo que esto...

Rebecka hizo un gesto hacia los expedientes y los papeles que cubrían todo su escritorio.

Anna-Maria le sonrió picara a la vez que exclamaba:

—¡Qué diablos! Esta conversación está tomando un cariz equivocado. Lo que había pensado yo es que siguieras ayudándonos en el caso de Inna Wattrang.

Rebecka Martinsson se puso contenta.

—Muy bien —respondió—. Tú pide.

—Me gustaría que te enteraras de cosas sobre ella. Es decir, todo lo que sale en los registros. La verdad es que no sé lo que estoy buscando...

—Algo fuera de lo normal —añadió Rebecka—.

Pagos, hechos y recibidos, la venta inesperada de alguna propiedad. ¿Miro

también qué intereses económicos tenía en Kallis Mining? ¿Entró como inversora privada? ¿Ha vendido o comprado de forma extraña? ¿En qué ganó y en qué perdió?

—Sí, por favor —respondió Anna-Maria levantándose—. Tengo que ir al baño. Pensaba ir a la cabaña donde la mataron, así que saldré ahora antes de que se haga oscuro.

—¿Puedo ir contigo?—preguntó Rebecka—. Sería interesante verlo.

Anna-Maria apretó los dientes e hizo una rápida elección. Ciertamente debería negarse, ya que Rebecka no tenía nada que ver con el lugar del crimen. Además, había riesgo de que le diera un ataque. ¿Qué podía provocarle el hecho de que se hubiera cometido un asesinato en una cabaña? Era imposible adivinarlo. Anna-Maria no era psicóloga. Por otra parte, Rebecka era una tía legal y colaboraba en la investigación. De lejos, tenía muchos más conocimientos en economía que ningún otro en su grupo. Ni soñar que alguien de los de Delitos Económicos dedicara el mínimo tiempo a buscar algo que Anna-Maria no supiera qué era exactamente. Además, Rebecka era una persona adulta y responsable de su propia salud.

—Pues date prisa —respondió.

Anna-Maria Mella disfrutó del viaje en coche hasta Abisko.

«No puede ser más bonito —pensó—. Con la nieve y el sol y con toda la gente en motonieve y esquiando por el lago.»

Rebecka Martinsson iba sentada a su lado y estudiaba el sumario de la causa mientras hablaba con ella.

—¿Tú tienes cuatro hijos?

—Sí —respondió Anna-Maria y se puso a hablar de ellos.

«Si pregunta, yo contesto», pensó.

Le explicó que a Marcus, que estudiaba el último año de bachillerato, apenas le veía el pelo.

—Claro que a veces viene a casa porque necesita dinero o a cambiarse de ropa. A mí no me parece que ensucie la ropa lo más mínimo, pero es una jodienda con tanta ducha, tanto cambiarse y tanto spray. Jenny tiene trece años y es igual. Peter hará nueve la semana que viene. Juega con piezas de Bionicle y es el niño de mamá. Es lo contrario de los mayores. Nunca va con los amigos y le gusta estar solo en casa. Claro que eso tampoco es bueno y una se intranquiliza.

—Y Gustav.

—Humm —murmuró Anna-Maria y se abstuvo de explicar cómo le había ido a Robert el otro día cuando fue a dejar a Gustav en la guardería. Todavía había límites. Esas cosas sólo le parecen divertidas a las otras madres.

Se quedaron calladas. Fue la noche en que nació Gustav cuando Rebecka, en defensa propia, mató a tres hombres en una cabaña en Jiekajärvi. La apuñalaron con

un cuchillo y si los compañeros de Anna-Maria no hubieran ido hasta allí habría muerto.

—A ése sí que le gusta darle besos a su madre —dijo Rebecka.

—Pero en realidad es el mayor fan que tiene su padre. Hace unos días Robert estaba en el baño meando. Estoy casada con uno de esos tipos que creen que se puede volver homo si se sienta. ¿Y quién limpia cuando han sido los chicos? Bueno, a lo que iba. Estaba meando y Gustav estaba a su lado con una mirada de total admiración. «Papá —dijo devoto—. ¡Tienes una pirula ENORME! Es como la pirula de un elefante.» Deberías haber visto a mi marido después de aquello. Fue como...

Hizo un gesto con el brazo como si batiera un ala y acabó imitando el quiquiriquí del gallo.

Rebecka se echo a reír.

—Pero ¿Marcus es el favorito o qué?

—Qué va, a todos se les quiere de la misma manera —respondió Anna-Maria con la mirada atenta a la carretera.

«¿Cómo narices puede haberlo adivinado Rebecka?» Anna-Maria intentó rebobinar las últimas frases. Era verdad. Marcus era su preferido de una manera un tanto especial. Siempre habían sido algo más que madre e hijo. También eran amigos aunque era algo que ella nunca dejó entrever, explicó o admitió ni siquiera para sí misma.

Cuando bajaron del coche junto a la cabaña de Kallis Mining, Anna-Maria pensó que casi se sentía engañada. Rebecka la había hecho hablar de sus cosas en el camino de subida, del trabajo y de la familia pero Rebecka no había dicho ni una sola palabra de sí misma.

Anna-Maria abrió la puerta y le enseñó la cocina a Rebecka, donde habían arrancado la plancha de linóleo.

—Estamos esperando la respuesta del laboratorio pero partimos de la base de que era la sangre de Inna Wattrang la que estaba en esa pequeña hendidura. Así que creemos que fue justo aquí donde la mataron. Hemos encontrado rastros de cinta adhesiva en una de sus muñecas, en un tobillo y en una silla como esas de ahí.

Señaló las sillas de cocina hechas con roble oscuro.

—Y esperamos saber de qué tipo de cinta se trata. A ver si nos llega el informe del médico forense aunque, de forma preliminar, ha dicho que no fue violada... pero ya sabes, me pregunto si hubo coito. En ese caso, aún se decantaría más hacia una especie de juego sexual...

Rebecka asintió con la cabeza para confirmar que escuchaba mientras miraba a su alrededor.

«Si espero a alguien —pensó Rebecka mientras se le formaba la imagen de Måns Wenngren en la cabeza—, me pongo una ropa interior atractiva. ¿Qué más hago?

Limpio y recojo, naturalmente, para que todo resulte bonito y agradable.»

Miró el montón de platos en el fregadero y los envases de leche vacíos.

—La cocina está bastante desordenada —le dijo al cabo a Anna-Maria.

—Deberías ver cómo está en mi casa a veces —murmuró la inspectora.

«Y compro algo rico para comer y algo para beber», continuó Rebecka con su reflexión.

Abrió la nevera. Allí había unos platos de comida precocinada para calentar en el microondas.

—¿Sólo había esto en la nevera?

—Sí.

«Sea como fuere, no era una amistad reciente —pensó Rebecka—. No necesitaba aparentar nada. Pero ¿por qué la ropa de deporte?»

No le cuadraban las cuentas. Cerró los ojos y empezó de nuevo.

«Él está de camino —pensó—. Por algún motivo no necesito ni arreglar la casa ni comprar nada. Me llama desde el aeropuerto de Arlanda.»

Pensó en la voz cansina de Måns al teléfono.

—El teléfono —le dijo a Anna-Maria sin abrir los ojos—, ¿Tenéis su móvil?

—No, no encontramos ninguno. Pero estamos investigando con los servidores, claro.

—¿Ordenador?

—No.

Rebecka abrió los ojos y miró a través de la ventana de la cocina hacia el lago Torneträsk.

—Una chica así, con un trabajo como el suyo —dijo—. Está claro que tenía portátil y móvil. La encontraron en una cabaña aquí fuera. Yo creo que deberíais enviar a los buzos que trabajan bajo el hielo a ver si el que la llevó hasta la cabaña echó el móvil en el agujero de pescar.

—Sí, es una buena idea —respondió Anna-Maria sin dudar.

Claro que debería sentirse agradecida. O decirle algo a Rebecka para elogiarla, pero no había manera. Lo que sintió fue rabia por no haberlo pensando ella antes. ¿Y para qué cojones tenía a los compañeros?

Anna-Maria miró el reloj. Los buzos podrían llegar antes de que se hiciera oscuro si venían directamente.

A las cuatro y cuarto de la tarde del lunes aterrizó un grupo de buzos formado por tres hombres y Sven-Erik. Con una sierra habían hecho un agujero en el hielo de un metro de diámetro. Habían trabajado con un taladro eléctrico y sierras de motor y después tuvieron un arduo trabajo para separar el grueso trozo cortado de la capa de hielo. Al grupo de buzos les ayudaron a cargarlo y a subirlo los inspectores Anna-

Maria Mella, Sven-Erik Stålnacke y la fiscal de refuerzo, Rebecka Martinsson. El sol achicharraba y debajo de sus mojados jerséis les dolían los músculos por el esfuerzo.

A medida que el sol iba desapareciendo, la temperatura bajó y empezaron a sentir frío.

—Tenemos que precintar la zona y marcar esto de puta madre para que nadie se caiga dentro —dijo Sven- Erik Stålnacke.

—Fue una suerte que fuera aquí mismo —dijo el que se encargaba de la cuerda a Anna-Maria Mella y a Sven- Erik Stålnacke—. No debería ser muy profundo, ya veremos.

El buzo de reserva estaba sentado sobre una protección contra el frío junto al agujero y levantó la mano como saludo cuando el compañero desapareció debajo del hielo con un foco de 75 vatios. El encargado de la cuerda soltó y a la superficie salieron algunas burbujas. El buzo nadaba debajo del hielo en dirección hacia la cabaña donde encontraron a Inna Wattrang.

Anna-Maria temblaba de frío. La ropa mojada le robaba el calor y debería correr un poco para mantener el cuerpo caliente, pero no tenía fuerzas.

Rebecka sí lo hizo. Corrió a lo largo de las huellas de la motonieve. Dentro de poco se haría de noche.

—Seguro que cree que somos subnormales —le dijo Anna-Maria a Sven-Erik Stålnacke—. Primero nos tiene que explicar acuerdos y fusiones y cambios en los movimientos de capital, y después nos enseña a hacer nuestro trabajo.

—Ni hablar —respondió Sven-Erik—. Pensó en una cosa antes que tú y eso lo puedes soportar, ¿no?

—No —replicó Anna-Maria sólo medio seria.

Al cabo de doce minutos el buzo salió a la superficie. Se quitó el regulador de la boca.

—No he podido ver nada en el fondo —dijo—, pero encontré esto aunque no sé si es algo. Flotaba debajo del hielo a quince metros del agujero, debajo de la cabaña.

Tiró sobre el hielo un bulto de tela. El encargado de la cuerda y el buzo de reserva ayudaron a su compañero a salir mientras Anna-Maria y Sven-Erik desdoblaban el bulto.

Era una gabardina de hombre, de popelina color beige. A prueba de viento, con cinturón y un ligero forro.

—No tiene por qué ser algo.

Tenía entre las manos una taza de café caliente.

—La gente tira cualquier mierda al agua —dijo—. Joder lo que hay ahí bajo. Envases de albóndigas congeladas, bolsas de plástico...

—Creo que es algo —dijo Anna-Maria al cabo de un rato.

En la hombrera izquierda de la gabardina había unas débiles manchas de color

rosa claro.

—¿Sangre? —preguntó Sven-Erik.

—¡Dios te oiga!—exclamó Anna-Maria mientras levantaba las manos en un gesto de oración ficticia a los poderes superiores—. Ojalá sea sangre.

MARTES - 18 DE MARZO DE 2005

Una avenida de tilos que conducía hasta la casa de Mauri Kallis, la Heredad Regla, recorría el kilómetro y medio que había desde la carretera. Los árboles eran viejas damas de más de doscientos años, huesudas aunque gráciles, y algunos de ellos huecos como robles. Estaban ordenados a pares, dos a dos, instruyendo a los visitantes que aquí reinaba un orden de muchos cientos de años. Aquí uno se sentaba bien a la mesa a la hora de comer y observaba unas formas corteses y esmeradas.

Al cabo de un kilómetro, la avenida acababa en una verja. A otros cuatrocientos metros otra verja, que estaba montada en un muro de obra vista encalado, rodeaba la zona del patio. Las verjas de hierro eran unos buenos trabajos de herrero, de dos metros de alto, que se abrían con control remoto instalado en los automóviles de la gente que vivía allí. Por el contrario, las visitas tenían que esperar en la parte de afuera de la verja y llamar al portero automático.

El edificio principal era una casa de piedra de color blanco con el tejado negro de pizarra, columnas a los dos lados de la entrada, alas y vitrales. La decoración era básicamente de la segunda mitad del siglo XVI. Sólo en los baños se había roto el estilo pasando al totalmente moderno diseño de Philippe Starck.

Regla era un lugar tan bello que los primeros veranos Mauri apenas podía soportarlo. Era más fácil en invierno. A menudo, en verano le acosaba la sensación de irrealidad cuando corría en coche o paseaba por la avenida. La luz se filtraba a través de las copas de los tilos y caía sobre el camino como una melodía. Casi podía sentir asco de aquel idilio pastoral en el que vivía.

Mauri Kallis estaba tumbado despierto en su dormitorio en el segundo piso. No quería mirar el reloj porque si eran las seis menos cuarto tendría que levantarse al cabo de un cuarto de hora y, en ese caso, era demasiado tarde para volverse a dormir. Por otra parte, quizá aún faltaba una hora para levantarse. Miró el reloj, siempre lo hacía al final. Las cuatro menos cuarto. Había dormido tres horas.

Tenía que dormir más, si no cualquiera se daría cuenta de que todo podía irse al infierno. Intentó respirar tranquilo y relajarse. Le dio la vuelta a la almohada.

Cuando consiguió llegar a un estado de duermevela, volvieron los sueños.

En el sueño estaba sentado al borde de la cama. Su habitación era igual que en la realidad. Amueblada austeramente con un pequeño y ligero escritorio con detalles de marquetería y la bonita y gastada silla gustaviana con apoyabrazos tapizados. Su vestidor, construido a propósito, era de nogal y cristal esmerilado, donde los trajes y las camisas colgaban bien planchados en línea, y los zapatos hechos a mano estaban en un armario especial hecho de un bloque de madera de cedro. Las paredes estaban pintadas del color del aceite de lino, azul pálido satinado.

Había dicho que no quería cenefas ni pinturas decorativas cuando su mujer

decidió renovar la casa.

Pero en el sueño vio la sombra de Inna en la pared. Y cuando volvió la cabeza estaba sentada en el alféizar de la ventana. Detrás de ella no brillaba la ría Mälaren. Al contrario, a través de la ventana vio los contornos de Terrassen, los altos edificios donde se crió.

Ella se rascaba y se arañaba la herida acuosa con forma de cinta alrededor del tobillo. La carne se le quedaba debajo de las uñas.

Volvía a estar completamente despierto. Oía los propios latidos de su corazón. Tranquilo, tranquilo. No puede ser, ya no lo soporta, tiene que levantarse.

Encendió la lámpara y apartó el edredón como si fuera el enemigo. Se sentó al borde de la cama y se puso de pie.

«No pensar en Inna. Ya no está. Regla sí. Ebba y los chicos. Kallis Mining.»

Él tenía la culpa. Intentaba pensar en los chicos, pero no podía. Sus nombres reales le parecían absurdos y ajenos, Cari y Magnus.

Cuando eran pequeños iban en sus caros cochecitos. Él siempre estaba fuera, de viaje. No los echaba nunca de menos. Por lo menos, no que él recordara.

En ese mismo momento oyó un fuerte golpe en el desván que había encima. Después otro golpe.

«Ester —pensó—. Ya está otra vez en marcha con sus pesas.»

Dios, parecía que iba a caerle encima el techo entero.

Fue Inna la que introdujo a Ester en su vida.

—Tienes una hermana —le dice.

Están sentados en el lounge de SAS en el aeropuerto de Copenhague, camino de Vancouver. Fuera parece que sea verano pero los vientos son todavía fríos. En menos de un año estará muerta.

—Tengo tres —contesta Mauri con una voz fría con la que indica que aquella conversación no le interesa.

No le apetece pensar en ellos. Su hermana mediana vino al mundo cuando él tenía nueve años. Al año los de los Servicios Sociales se la llevaron. A él lo fueron a buscar al cabo de otro año.

Suele intentar tener apartados los pensamientos de cuando era niño en Terrassen, el lugar donde los Servicios Sociales de Kiruna tenían viviendas para la gente que no podía tener contrato de alquiler propio. Las voces chillonas y el ruido de peleas y gritos que constantemente traspasaban las paredes pero sin que nunca nadie llamara a la policía. Las pintadas de la escalera que jamás se limpiaban y la sensación de desesperanza que se pegaba alrededor de los edificios.

Hay recuerdos en los que no piensa nunca. La voz de una niña llorando que está de pie en la cuna. Mauri tiene diez años, coge la chaqueta y sale del piso dando un

portazo. Ya no puede seguir oyéndola. La voz atraviesa la puerta cerrada y lo acompaña cuando baja la escalera. El sonido de sus propios pasos rebota contra las paredes de la entrada. En casa de un vecino suena Rod Stewart. Del cuarto de las basuras sale una peste dulzona a podrido. Hace dos días que no ve a su madre pero ya no le quedan fuerzas para seguir cuidando de la cría. Y los polvos para el biberón se han acabado.

Su hermana pequeña tiene quince años menos que él. Nació cuando Mauri ya vivía con la familia de acogida. Dejaron que su madre se hiciera cargo de ella durante un año y medio con ayuda de los de los Servicios Sociales. Después, su madre se puso tan mal que la ingresaron en un hospital y entonces también se llevaron a su hermana pequeña.

Mauri vio a sus hermanas en el entierro de su madre. Fue solo a Kiruna en avión. No dejó que los niños y Ebba lo acompañaran. Inna y Diddi no se ofrecieron.

Estaban él y sus dos hermanas, un cura y el jefe médico del hospital.

«Un clima de lo más apropiado», había pensado Mauri junto al ataúd. Llovía a raudales que bajaba del cielo en forma de cadenas grises y frías. El agua hacía hoyos en la tierra y formaba un delta de corriente de agua que se llevaba tierra y piedrecillas hasta la tumba. Un pobre caldo marrón bajando hasta dentro del agujero. Las hermanas tenían frío y allí estaban, de pie, con sus pobres y desangeladas ropas de funeral. Llevaban falda negra y blusa pero el abrigo era una inversión demasiado importante. Una de ellas llevaba uno azul oscuro y la otra no llevaba. Mauri les dejó su paraguas y la lluvia le estropeó su traje de Zegna. El cura tenía frío y temblaba con el libro de salmos en una mano y el paraguas en la otra, pero hizo un sermón agradable, bastante sincero sobre las dificultades que surgen cuando una persona no es capaz de cumplir con la obligación más importante que se tiene en la vida, hacerse cargo de sus hijos. Después vinieron palabras como «final inevitable» y «el camino hacia la conciliación».

Las hermanas lloraron bajo la lluvia y Mauri se preguntaba por qué lloraban.

Cuando se dirigían hacia los coches empezó a granizar. El cura corría con el libro de salmos apretado contra el pecho y las hermanas se cogieron del brazo para tener sitio debajo del paraguas de Mauri. El granizo rompía a trozos las hojas de los árboles.

«Es mi madre —pensó Mauri mientras dominaba una palpitante sensación de pánico—. No se morirá nunca. Nos moja y nos pega. ¿Qué podemos hacer? ¿Apretar el puño contra el cielo?»

Después del entierro las invitó a comer. Sus hermanas le enseñaron fotos de sus hijos y elogiaron las flores del ataúd. Se sentía muy incómodo. Le preguntaron por su familia y les contestó de forma breve.

Le hacía sufrir que el aspecto de ellas le recordara a la madre que tenían en

común. Incluso la forma de moverse se la recordaba. Era como si le dieran una colleja. La mayor de las hermanas, cuando lo observaba, entornaba los ojos y entonces él sentía como un inexplicable calambre de miedo que le recorría todo el cuerpo.

Al final acabaron hablando de Ester.

—¿Sabes que tenemos otra hermana? —preguntó la pequeña.

Claro que podían explicarle cosas. Ahora tenía once años. Su madre se quedó embarazada y tuvo a Ester en 1988. El padre era otro paciente y a Ester se la llevaron de inmediato. La cuidó una familia de Rensjön. Suspiran y dicen: «la pobre». Mauri aprieta los puños bajo la mesa mientras pregunta amablemente si quieren un dulce con el café. «¿Por qué dicen "la pobre" si no tuvo que padecer?»

Parecieron aliviadas cuando él empezó a despedirse. Nadie dijo la tontería de que deberían mantenerse en contacto.

Inna lo observa. Los aviones son como juguetes bonitos que despegan y aterrizan.

—Tu hermana más pequeña, Ester —le dice—, sólo tiene dieciséis años y necesita un lugar donde vivir. Su madre de acogida acaba de...

Mauri se pone las manos en la cara como si se estuviera echando agua y suspira.

—No, no.

—Puede vivir conmigo en Regla. Es sólo provisional. En otoño empezará el segundo curso en la Escuela de Arte Idun Lovén.

No suele interrumpir a Inna. Pero en estos momentos le dice. «Ni hablar.» No puede. Ni pensar en tener una imagen viva de su madre paseando por la propiedad. Le dice a Inna que le puede comprar un piso en Estocolmo, lo que sea.

—¡Si tiene dieciséis años!

Y le sonrío suplicante. Después se pone seria.

—Eres el único pariente que...

Abre la boca para nombrar a las otras dos hermanas pero ella, esta vez, no le permite que la interrumpa.

—... que puede hacerse cargo de ella. Y justo ahora tu nombre es una patata caliente... Oh, se me ha olvidado explicártelo. *Business Week* va a hacer un gran reportaje sobre ti...

—¡Nada de entrevistas!

—... pero para unas fotografías deberías prestarte. De todas formas, si se enteran de que tienes una hermana que no tiene adonde ir...

Ella gana. Mauri, cuando van a subir a bordo del avión que los llevará a Vancouver, piensa que en realidad no tiene importancia ninguna. Regla no es un hogar que se pueda invadir. En Regla tiene a su esposa y a sus hijos, a Diddi, con su mujer embarazada, y a Inna. En Regla hay mucha representación de la empresa. Allí

se puede cazar, salir en barco y organizar cenas con invitados.

Siente que le debilita la atención que últimamente le han prestado los medios de comunicación y la vida social que ha surgido a consecuencia de ello. Mucho más que cualquier trabajo que haya hecho nunca. Toda esa gente a quien tienes que estrechar la mano y con la que hay que hablar ¿de dónde sale? Se esfuerza al máximo constantemente para estar tranquilo y ser amable. Inna está a su lado perennemente y le apunta nombres y datos. Sin ella aquello no hubiera podido funcionar. Siente que necesitaría descansar. Actualmente, y periódicamente, se siente completamente vacío. Es como si la gente con la que se encuentra se llevara una parte de él. A veces se inquieta porque de pronto no sabe quién es, o con quién está, o sobre qué es la reunión. Otras veces se siente furioso, como un animal que quiere gruñir, atacar y quedarse en paz. Se irrita por cómo lleva abrochado el traje alguien para disimular que la camisa es la misma que ayer. Porque otro se limpia los dientes con una cerilla después de comer y por el asco que da cuando la pone a la vista en el borde del plato. Porque otro cree que es alguien y porque otro es un arrastrado.

Está deseando aterrizar. Como va camino hacia algún sitio no se siente desasosegado. Aunque esté quieto sentado, lea, duerma, vea una película o se tome algo. Él con Inna.

Mauri Kallis se observa en el espejo. Los ruidos de arriba continúan.

Siempre le había gustado el juego. Hacer grandes negocios había sido su forma de medirse con los demás. El que tiene más dinero gana cuando muere.

Ahora siente que todo aquello ya carece de importancia. Algo le ha alcanzado. Algo pesado. Siempre se había mantenido cerca, justo detrás. Una atracción hacia atrás, de vuelta a los altos edificios de Terrassen.

«Estoy perdiendo el control —piensa—. Lo estoy soltando.»

Inna había mantenido a distancia aquella fuerza que lo llevaba hacia atrás.

Justo ahora no quería estar solo. Faltaban dos horas para empezar a trabajar. Miró hacia el techo y oyó el ruido de una pesa que rodaba por el suelo.

Podría subir a hablar un rato o simplemente quedarse allí arriba, sin hacer nada.

Se puso el albornoz y subió a ver a su hermana.

Ester Kallis fue engendrada en un departamento de encierro psiquiátrico. La responsable de la sección P12 del Hospital Psiquiátrico de Umeå lo explica en una reunión de personal. Britta Kallis está embarazada de quince semanas.

Los otros jefes de sección despiertan de su ensimismamiento y sorben café. Es mejor tomarlo mientras esté bien caliente y así no se nota el sabor. Esto sí que va a ser un folletón interesante. Y, a Dios gracias, no es problema suyo.

Cuando la jefa de sección acaba de hablar, el jefe médico, Nils Gunnarsson, se coge la cabeza con las manos y arruga la boca en un gesto parecido al que hacen los hamsters.

—Vaya, vaya, vaya —dice pensativo.

«Como un pollo en el cascarón», piensa uno de los médicos del grupo con un repentino estremecimiento de ternura.

Éste sí que es un personaje. Con el pelo cano demasiado largo. Las enormes y anticuadas gafas son como gordos culos de botella y tiene la mala costumbre de tocarse los cristales con los dedos para ponerlas en su sitio cuando se le deslizan por la nariz. En una ocasión los empleados nuevos del hospital intentaron impedirle que saliera del departamento creyendo que era un paciente.

—¿Quién es el padre?

—Britta dice que es Ajay Rani.

Hay un rápido intercambio de miradas. Britta tiene cuarenta y seis años aunque parece que tenga sesenta. Está así por lo que fuma desde que tenía doce años y la fuerte medicación que toma. Un cuerpo hinchado en el sofá delante de la tele pensando machaconamente siempre en lo mismo, una y otra vez. Con incontrollables movimientos de boca, con la lengua que se le sale y la mandíbula moviéndose de un lado a otro.

Ajay Rani tiene treinta y tantos. Sus muñecas son pequeñas y tiene los dientes blancos. Todavía se espera mucho de él. Va a rehabilitación y estudia sueco para extranjeros.

El jefe médico, Nils Gunnarsson, pregunta qué ha dicho Ajay sobre el asunto. La jefa de sección sacude la cabeza y sonríe lamentándose. No, claro que no. ¿Quién querría saber de ella? Britta tiene el último puesto en la escala más inferior entre los pacientes.

—Y ella ¿qué dice? ¿Quiere tener al niño?

—Ella dice que es un niño del amor.

El jefe médico evita un «Dios mío» y ojea el informe de Britta. Nadie dice nada durante un rato. Su pensamiento roza avergonzado las pastillas abortivas y la antigua esterilización forzada.

—Tenemos que dejar de darle litio —ordena—. Intentaremos sacar adelante esa pequeña vida lo mejor que podamos.

«¿Quién sabe? —piensa—. Quizá Britta se arrepienta cuando se empiece a sentir peor y quiera sacarse al niño de encima. Sería lo mejor para todos los implicados.»

El jefe médico, Nils Gunnarsson, intenta cerrar el informe y acabar pero la jefa de la sección no deja que se vaya tan fácilmente. Llevada por la emoción advierte indignada:

—No pienso tener a Britta sin medicar en la sección sin más recursos. Se va a

armar un buen circo allí arriba.

El jefe médico promete hacer todo lo que pueda.

La jefa de la sección aún no está satisfecha.

—Lo digo en serio, Nisse. No me responsabilizo de la sección si tengo que tenerla con unos pocos sedantes. Me voy.

El jefe médico, con la boca seca, siente en su interior que Britta es capaz de prender fuego a la sección y la jefa de allí sería su primera víctima.

Seis meses más tarde ingresan a Britta en camilla en la sección de partos. No deja de jurar y maldecir. Las comadronas, las asistentes sanitarias y la obstetra observan impresionadas. ¿Va a parir así? ¿Atada? ¿De pies y manos?

—Es que es la única forma —aclara el jefe médico, Nils Gunnarsson, mientras se pone debajo del labio una porción de tabaco picado.

Los de partos lo miran asombrados mientras él va de un lado a otro en la sala como una parodia de un padre de familia de los viejos tiempos, cuando el hombre no podía estar presente en el parto.

Dos cuidadores de la sección están dentro. Un chico y una chica, tranquilos y decididos, con camiseta de manga corta. Él lleva tatuajes en los brazos y ella un anillo en la ceja y una chincheta en la lengua. Esto no se lo dejan a cualquiera. Son los de partos quienes se han visto defenestrados de sus puestos.

Britta está fuera de sí. Durante el embarazo su situación ha ido empeorando paulatinamente, ya que le han retirado la medicación que pudiera afectar al feto. Vuelve a tener alucinaciones y también brotes agresivos.

Entre contracción y contracción mete toda la bulla que puede. Maldice como una posea a Satanás, a sus peludos ángeles y a todos los que están presentes. Son todas unas putas, unas zorras y la puta que parió a Satanás... Luego busca el siguiente insulto. De vez en cuando se pierde hablando de forma incomprensible con seres que sólo ella puede ver.

Pero cuando le viene la siguiente contracción grita llena de pavor: «No, no», mientras el sudor le mana por todo el cuerpo. Entonces hasta los asistentes de su sección se preocupan. Uno intenta hablar con ella. «¡Britta! ¡Hola! ¿Me oyes?» Y el dolor aumenta. «¡Se va a morir, se va a morir!»

Se miran unos a otros. ¿Se muere? ¿Se puede morir así?

Entonces el dolor remite y vuelve la ira.

El jefe médico, Nils Gunnarsson, la escucha a través de la puerta. Está tan orgulloso de ella. De la manera en que se ayuda con su furia. Es todo lo que tiene en estos momentos. Su aliado contra el dolor, las alucinaciones, la enfermedad, el miedo. La tienen bien asida. La están ayudando a atravesar todo aquello y les grita que ellos tienen la culpa. El jodido médico y las putas zorras. Se da cuenta de que una

de las zorras sonrío. Claro que sí. ¿De qué se ríe? ¿Ehhh? ¿Por qué no contesta, esa jodida tirana? Que conteste cuando se le pregunta, jodida hija de Satanás... Y la zorra se ve obligada a intentar responder algo como que realmente no sonreía y le responde que coja el mango de una escoba y que se lo meta en el... Un nuevo latigazo de dolor le interrumpe la frase.

Ahora empiezan las contracciones de verdad. La comadrona y la obstetra la animan: «Venga, Britta.» Y Britta responde que se vayan al infierno. Le gritan que todo va muy bien y Britta les escupe intentando alcanzar a alguien.

Al final sale la niña. La ponen bajo custodia de inmediato, según el párrafo 2 de la Ley de Atención al Menor, y la sacan de allí. El jefe médico indica que le den a Britta un calmante y un analgésico. Se ha portado bien, ha luchado durante el parto y la clínica también ha luchado durante todo su embarazo.

No parece tener claro qué es lo que ha ocurrido. Debe seguir tumbada y atada mientras la cosen. Inmediatamente se tranquiliza y se siente muy cansada.

En alguna otra parte, la comadrona mira a la recién nacida. Pobrecilla, pobre pequeña vida. Vaya forma de empezar. Están todos completamente agotados.

Se ve que su padre tiene que ser indio. Es que esos niños son mucho más bonitos que los suecos. La niña es absolutamente bella con esa piel morena, tanto pelo y los ojos oscuros y serios. Casi quieren llorar. Es como si lo entendiera todo.

A la siguiente semana, y aunque nadie piense en ello, los que estuvieron presentes en el parto sufren incidentes de uno u otro tipo. Britta ha enviado sus maldiciones contra ellos y allí han quedado, sobre sus cabezas. La mayoría quedaron en agua de borrajas pero algunas echaron raíces en sus vidas.

Una de las enfermeras tuvo una infección en una muela. La obstetra, dando marcha atrás con el coche, rompe una de las luces traseras. También le entran a robar en casa. Otra pierde la cartera. La novia del cuidador de los brazos tatuados muere en un incendio que se declara en el piso donde viven.

Así de fuerte es la capacidad de Britta. A pesar de que es un fragmento de lo que podría haber sido y a pesar de no tener conciencia de lo que hace. A pesar de todo ello, las palabras adquieren fuerza cuando ella se encuentra en una situación que la supera. Por el lado materno ha heredado diversas facultades, aparte de las normales, pero han pasado muchas generaciones sin que nadie fuera consciente de ellas.

La pequeña Ester Kallis también tiene facultades. Y Ester va a tener una madre de acogida de la que también va a heredar otros talentos.

Me llamo Ester Kallis. Tengo dos madres y ninguna.

En la que yo pienso como madre, se casó con mi padre en 1981. Como dote llevó al matrimonio 50 renos. La mayor parte eran hembras, así que probablemente al cabo de poco podrían vivir de la cría de renos. Sin embargo, mi padre siempre tuvo que trabajar en otras cosas. Unas veces conducía el coche de Correos, otras trabajaba en la compañía ferroviaria y otras hacía lo que saliera. Nunca estaba sin hacer nada.

Compraron la casa de la antigua estación de tren de Rensjön y mi madre puso allí su taller, en la antigua sala de espera. La casa estaba entre la carretera de Noruega y las vías. Las ventanas vibraban cada vez que pasaba un tren cargado de mineral.

En el taller hacía un frío tremendo. En invierno mi madre pintaba con guantes de esos que no llevan dedos y gorro. Aun así, ella disfrutaba de aquella luz quebradiza. Mi padre pintó toda la sala de color blanco. Fue antes de que yo llegara. Eran aquellos tiempos en que quería hacer cosas para ella.

En 1984 nació Antte. En realidad no necesitaban más. Hubiera sido suficiente con Antte. Sabía llevar una motonieve por una grieta en el hielo sin caerse dentro, sabía dominar a los perros, una mezcla de ternura y frialdad que hacía que se esforzaran en trabajar o correr veinte kilómetros para encontrar un reno que se había escapado. Nunca tenía frío y acompañaba a mi padre para trabajar con los renos. Tampoco insistía en quedarse en casa para jugar con el ordenador como hacían muchos de sus compañeros.

Mientras mi padre y Antte estaban en las montañas, mi madre pintaba. Eran encargos que le había hecho Mattarahkka: zorros, perdices, alces, renos y cerámica. No contestaba al teléfono y se olvidaba de comer.

Mi padre y Antte podían llegar a una casa fría como el hielo y no haber nada en la nevera. Naturalmente, que lo primero que tuvieran que hacer, cansados y sucios, fuera sentarse en el coche e ir hasta la ciudad a comprar no estaba bien. Ella para eso no servía. Por ejemplo, cuando Antte y yo íbamos a la escuela, se le decía con bastante tiempo de antelación: el jueves hacemos una excursión adonde sea. Tenemos que llevarnos la comida. Y ella, llegaba el día, y no preparaba nada. El jueves por la mañana, allí estaba rebuscando en la nevera mientras el taxi de la escuela esperaba. Así que nos llevábamos lo que había. Por ejemplo, bocadillos con rodajas de albóndiga de pescado. En la escuela, los otros niños hacían gestos de vomitar cuando nosotros sacábamos la comida. Antte pasaba vergüenza. Yo lo veía porque se le ponían las mejillas rojas, manchas carmesíes en su piel blanca casi como el zinc, y las orejas calientes a contraluz, en las que se le veían las venillas, pequeños árboles de color cadmio. A veces, ostensivamente, tiraba lo que ella le había preparado y se pasaba el día hambriento y enfadado. Yo me lo comía. En ese sentido, yo era como ella. No me importaba demasiado lo que me metía dentro. Tampoco me preocupaban los compañeros de clase y la mayoría me dejaba en paz.

El peor era uno a quien le tenían manía. Se llamaba Bengt. No tenía amigos y era de los que me gritaba, me daba collejas y empezaba la gresca:

—¿Sabes por qué eres tan tonta? ¿Lo sabes, Kallis? Porque tu madre estaba en el manicomio y tomaba un montón de medicamentos que te dañaron el cerebro. ¿Te enteras? Y uno de esos que cuecen curry se la metió. Uno que cuece curry.

Gritaba mirando de reojo a los otros chicos con sus acuosos ojos azules. Una mirada de perseguido, que se le veía todo el iris, acuarela de cobalto diluido. Pero ¿de qué le servía? Estaba en lo más bajo de la escala social del colegio, junto a mí, aunque daba más pena porque a él eso sí le preocupaba.

A mí no. Yo ya era como ella. Ella, a la que en lapón yo la llamo *eatnážan*, madrecita.

Completamente ocupada en lo que ven los ojos. Todo a mi alrededor, la gente que en realidad está viva y llena de sangre, los animales con sus pequeñas almas, todas las cosas y las plantas, las relaciones entre ellos, todo eso son líneas, colores, contrastes, composiciones. Todo está dentro del rectángulo. Pierden: saber, olor y una dimensión. Pero si soy lista, gano y lo veo. Incluso si me observo a mí misma.

Así era ella, siempre un paso por detrás para observar. En marcha. Más o menos ensimismada. Recuerdo algunas cenas. Mi padre fuera, en algún trabajo. Ella había preparado algo rápido. Durante la cena estaba completamente callada pero Antte y yo éramos niños y solíamos pelearnos cuando estábamos sentados a la mesa. Quizá alguna vez tirábamos un vaso de leche o algo así y entonces, de pronto, suspiraba profundamente. Como de tristeza, porque habíamos interrumpido sus pensamientos, por obligarla a regresar. Antte y yo nos quedábamos callados mirándola como si de pronto un muerto se empezara a mover, cuando limpiaba la leche, brusca y de mal humor. A veces no tenía ganas y llamaba a uno de los perros para que la lamiera.

Hacía todo lo que debía, limpiaba, cocinaba, lavaba la ropa pero sólo las manos se ocupaban del quehacer. La mente la tenía en alguna otra parte, muy lejos. A veces mi padre intentaba enfadarla.

—Esta sopa está demasiado salada —se quejaba, y apartaba el plato.

Pero ella no se ofendía. Era como si otra persona hubiera cocinado aquella incomedible comida.

—¿Quieres que te haga un bocadillo? —le preguntaba.

Si él se quejaba de que la casa estaba revuelta, ella se ponía a recoger. Quizá fue mi padre quien decidió que me acogieran. A ella le dijo que necesitaban dinero. Quizá ella opinara lo mismo pero, ahora que lo pienso, creo que él inconscientemente creía que un recién nacido la obligaría a volver a este mundo. Como cuando Antte era pequeño. Entonces sí que estuvo presente. Quizá con otra criatura volvería a ser una auténtica esposa.

Él le quería abrir las puertas pero no sabía cómo y pensó que yo podía ser el

punto que se la devolviera a él y a Antte, pero ocurrió lo contrario. Ella pintaba y yo, tumbada sobre el suelo del taller, dibujaba.

—Pero ¿a ti qué es lo que te pasa? ¡Sal fuera a respirar aire fresco! —me ordenaba mi padre y se iba dando un portazo.

Yo no entendía por qué estaba tan enfadado si yo no había hecho nada malo.

Ahora sí que entiendo su irritación. Ya entonces la entendía, pero me faltaban las palabras. Aunque la pintaba. En mi habitación, en la buhardilla de la casa de Mauri, tengo casi todas las pinturas y dibujos. Hay un pastiche de Elsa Beskow. Cuando lo hice ni siquiera sabía qué significa la palabra pastiche.

Representa una madre y una niña que recogen arándanos. Un poco apartado, entre unos nudosos abedules, hay un oso que las mira. Se ha levantado y la cabeza le cae un poco pesada y torpe. La mirada es difícil de entender. Si tapo la mitad de la cara del oso con la mano, tiene diferentes expresiones. Una mitad es de enfado, la otra de tristeza.

Dios mío, el oso se parece tanto a mi padre que tengo que reírme. También es igual que Antte. Es ahora cuando me doy cuenta.

Recuerdo a Antte en el quicio de la puerta del taller de mi madre. Tiene once años y yo siete. Mi madre está escogiendo cuadros. Va a colgar cinco en una galería de Umeå y le resulta difícil decidirse. Me pregunta lo que opino.

Pienso y señalo. Mi madre asiente con la cabeza y cavila.

—Creo que deberías escoger éstos —dice Antte, que asoma por la puerta.

Señala otros cuadros diferentes a los que yo he elegido y nos mira altivo y peleón, ahora a mi madre, ahora a mí.

Mi madre se decide por los que yo he señalado y allí se queda Antte, en el quicio de la puerta, con su cabeza de oso colgando.

Pobre Antte. Creía que mi madre iba a elegir entre él y yo y, en realidad, eligió el arte. Nunca se le ocurriría elegir algo peor sólo por contentarlo. Así de fácil. Y de difícil.

Lo mismo pasaba con mi padre. Y él, en el fondo, lo sabía. Se sentía solo en lo que se refería a la casa, los niños, la cama, los vecinos, los renos y los asuntos de los lapones.

Recuerdo una vez antes de empezar la escuela, cuando mi padre y Antte se fueron una mañana muy pronto, cómo la ayudé a buscar el anillo de bodas en la cama grande. Se lo quitaba por la noche cuando dormía.

Ahora ya no está, pero cuando el cuerpo dejó de obedecerle tuvo que ser lo peor.

Antes de eso, se quedaba en el taller trabajando hasta altas horas de la noche. Poco rentable teniendo en cuenta los pedidos que le hacía Mattarahkka y una tienda de Luleå, que vendía sus joyas de plata y animales de cerámica.

Yo intentaba hacerme invisible. Me quedaba sentada en la escalera que subía al

primer piso, donde estaba la vivienda de dos dormitorios y una cocina, contemplando la antigua sala de espera. Nuestra casa estaba llena de olores. Viejos y nuevos. En invierno y con treinta grados bajo cero no se ventila. Huele a cerrado y a perros mojados. Huele a carne cocida y está el cortante olor a piel de reno vieja, ese que tiene cuando la grasa se ha puesto un poco ácida. En el taller había muchas cosas de piel de reno de cuando ella era pequeña. Cunas pequeñas, zapatos de invierno, mochilas y pieles. Por la noche, con el silencio aparecía también el olor de la trementina y de las pinturas, o el olor del barro que utilizaba para la cerámica. Conocía la escalera palmo a palmo y bajaba escalón tras escalón sin que se oyera nada, evitando los trozos que pudieran crujir. Bajaba la manilla de la puerta del taller con sumo cuidado. Me quedaba sentada en el recibidor y la veía a ella a través de la rendija de la puerta. Yo observaba su mano, la manera en que se movía por la tela. Con movimientos circulares amplios, largos trazos con el pincel grueso. Las diferentes marcas con el cuchillo de pintor. El delicado baile del pincel de pelo de marta cuando, miope, se inclinaba hacia adelante añadiendo pequeños detalles, una hierba que sobresalía del manto de nieve, o una pestaña sobre el ojo de un reno.

No solía darse cuenta de mi presencia o aparentaba no notarlo. A veces decía:

—Hace mucho rato que deberías estar acostada.

Entonces le respondía que no podía dormir.

—Pues ven a tumbarte aquí —me ofrecía.

En la sala había un viejo sofá. Tenía la estructura de madera de pino y estaba tapizado con una tela rosa jaspeada y cubierto de mantas para protegerlo de los perros. Cogí una y me la puse encima.

Musta y *Sampo* movieron la cola a modo de saludo y yo metí las piernas entre ellos para que no se tuvieran que mover.

En una caja de cartón, en el rincón, estaban todos mis dibujos, hechos a carbón, rotulador y ceras.

Tenía muchas ganas de pintar al óleo pero era demasiado caro.

—Cuando empieces a trabajar los veranos y ganes tu propio dinero —decía mi madre.

Yo quería poner capa sobre capa. Mis ansias eran totalmente físicas. Cuando preparaba un bocadillo tardaba una eternidad. Untaba la mantequilla, me esforzaba para que quedara tan lisa como la nieve recién caída, o quedara a capas, como la nieve que trae el viento.

A veces intentaba pedírselo pero ella era inexorable.

Un día ella estaba pintando un paisaje blanco y le dije:

—¿Puedo pintar algo ahí abajo, en la esquina? Lo puedes tapar luego. No se verá. Se interesó.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Será como un secreto. Tuyo, mío y del cuadro.

—No, se vería de todas formas, ya que el grueso del color sería diferente y que se formaría otra estructura justo ahí.

No me rendí.

—Pues mejor —le respondí—. Así, el que lo mire sentirá curiosidad.

Sonrió.

—Es una buena idea, lo admito. Quizá lo podríamos hacer de otra manera.

Me dio unos cuantos papeles en blanco.

—Pinta tus secretos —me ordenó—. Pégales encima un papel en blanco y luego pintas algo en él.

Hice como ella me había propuesto y todavía tengo aquel dibujo aquí, en la caja de cartón que hay en la habitación de la casa de mi hermano biológico.

Mauri. Está mirando mis dibujos y mis cuadros. Después de la muerte de Inna está como sin techo. Es propietario de toda Regla y aún más, pero eso no le ayuda mucho. Sube a estar aquí conmigo y a mirar mis dibujos. Sube a preguntarme un montón de cosas.

Yo hago como si no me importara y le explico. Hago pesas todo el rato. Si se me hace un nudo en la garganta, cambio de pesas o cambio de posición en el banco de entrenamiento.

Hice el dibujo como mi madre propuso. Nada especial, claro está, yo era una niña. Se ve un abedul en invierno y una montaña. Las vías del tren que serpentean a través del paisaje hacia Narvik. El dibujo está pegado a otro papel pero la esquina de abajo, a la derecha, está suelta y doblada hacia arriba. Enrollé la esquina del papel en un lápiz para que no se quedara pegado al dibujo de abajo. Quería que el observador sintiera ganas de intentar separar los papeles para poder ver el dibujo escondido. De éste se ve sólo el trozo de una patita de perro y la sombra de alguien o de algo. Yo sé que es una mujer con un perro a la que le da el sol por detrás.

Se puso muy contenta con el dibujo y se lo enseñó a mi padre y a Antte.

—¡Qué ideas! —dijo toqueteando la esquina enrollada.

Yo tuve una sensación extraordinaria. Si yo hubiera sido una casa, el tejado se hubiera levantado.

Reunión en la jefatura de Kiruna. Eran las siete pero nadie parecía cansado ni poco predispuesto. Las pistas estaban aún calientes y ellos no se habían encallado.

Anna-Maria Mella resumió señalando las imágenes que estaban expuestas en la pared:

—Inna Wattrang. Cuarenta y cuatro años. Sube a la cabaña de Kallis Mining...

—... el jueves por la tarde, según SAS —añadió Fred Olsson—. Tomó un taxi hasta Abisko. Caro viaje. Hablé con el chaval que la llevó. Iba sola. Le pregunté si habían hablado, pero me dijo que fue callada todo el tiempo y parecía deprimida.

Tommy Rantakyrö levantó la mano. —Conseguí ponerme en contacto con la mujer que suele limpiar la casa —informó—. Me explicó que siempre le dicen con tiempo si alguien va a ir a la cabaña. Entonces sube la calefacción antes de que lleguen y limpia cuando están allí. Nadie le había dicho nada. No sabía que alguien había estado en la casa.

—Parece que nadie sabía que iba a ir allí —continuó Anna-Maria—. El autor de los hechos la ha sujetado con cinta a una silla de la cocina y la ha torturado con descargas eléctricas. Ha llegado a una especie de estado de choque epiléptico, se ha mordido la lengua, ha tenido convulsiones...

Anna-Maria señaló las imágenes de las palmas de las manos que estaban incluidas en el informe de la autopsia. Se veía claramente el color rojo azulado de las marcas de las uñas.

—Pero —continuó— el motivo de la muerte parece ser una herida en el corazón con un objeto largo y afilado. Le ha atravesado el cuerpo. No es un cuchillo, dice Pohjanen, y además, y esto es lo extraño, no estaba sentada en la silla, sino tumbada en el suelo. Hay una marca en el suelo debajo del linóleo que encontró *Tintín*. Los del laboratorio dicen que la sangre de la marca del pinchazo es de Inna Watrang.

—Quizá se volcara la silla —propuso Fred Olsson.

—Quizá. O alguien la soltó y la tumbó en el suelo.

—¿Para tener relaciones sexuales? —preguntó Tommy Rantakyrö.

—Quizá. No hay semen en el cuerpo... pero aun así no podemos descartar el sexo, voluntario o involuntario. Después, el asesino la llevó hasta la cabaña de pesca.

—Y la cabaña estaba cerrada, ¿no? —quiso saber el inspector Fred Olsson.

Anna-Maria asintió con la cabeza.

—Pero no era una cerradura complicada —informó Sven-Erik—. Cualquiera de nuestros gamberros la hubiera podido abrir.

—Su bolso estaba en el lavabo del baño —continuó Anna-Maria—. Falta el móvil y el ordenador portátil porque tampoco están en Regla. Les pedimos a los compañeros de Strängnäs que lo comprobaran.

—Todo esto es muy raro —exclamó Tommy Rantakyrö.

Por un momento se quedaron todos en silencio. Tommy tenía razón. No podían ver el desarrollo de los hechos. En realidad, ¿qué había pasado en aquella casa?

—Bueno —explicó Anna-Maria—. Vamos a intentar mantener abiertas todas las posibilidades. Puede ser cualquier cosa. Un crimen por odio, sexo, un loco, chantaje, un secuestro que salió mal... Mauri Kallis y Diddi Watrang no dicen lo que saben de ella, eso es seguro. Si se tratara de un secuestro, esta gente no es de la que involucra a

la policía.

«Tampoco hemos encontrado ningún arma. Hemos buscado por toda la casa y *Tintín* también lo ha husmeado todo y no hay nada. De todas formas, quisiera una lista de las llamadas de su operador telefónico. Después sería estupendo conseguir su agenda pero seguro que está en el ordenador desaparecido y en el teléfono. Pero la lista de llamadas, sí, gracias. ¿Te encargas tú, Tommy?»

Tommy Rantakyro asintió.

—Y ayer —continuó Anna-Maria—, los buzos encontraron esta gabardina debajo del hielo.

Señaló una imagen de la gabardina de popelina de color claro.

—¿Realmente crees que es la gabardina del asesino?—preguntó Tommy Rantakyro—. Es una gabardina de verano.

Anna-Maria Mella apretó los dedos contra su cabeza en señal de reflexión.

—¡Naturalmente! —exclamó—. Es una gabardina para el verano. Y si es del asesino, éste venía del verano.

Los demás la miraban. ¿Qué quería decir?

—Aquí estamos en invierno —explicó Anna-Maria—. Pero en Escania y en el resto de Europa es primavera. Clima cálido y agradable. La prima de Robert y su marido estuvieron en París el fin de semana pasado. Y se sentaron en una terraza a tomar un café. Lo que quiero decir es: si venía del calor no era de aquí, sino de bastante lejos. De todas formas tuvo que venir en avión, ¿no? Y quizá alquiló un coche. Vale la pena comprobarlo. Sven- Erik y yo vamos al aeropuerto a ver si alguien recuerda a un hombre con una gabardina como ésa.

Mauri Kallis estaba de cuclillas en la habitación que Ester tenía en la buhardilla. Ojeaba sus pinturas y dibujos, que estaban en dos cajas de cartón de esas de mudanzas. Inna le había conseguido óleos, lienzos, caballete, pinceles, blocs de acuarelas. Todo *top of de Une*.

—¿Te falta alguna cosa? —le preguntó a la joven Ester que estaba allí minúscula con sus maletas.

—Pesas —respondió Ester—. Pesas y una barra.

Ahora Ester estaba tumbada de espaldas sobre un banco levantando pesas, mientras Mauri revolvía en las cajas de cartón.

«El día que vino yo tenía un miedo atroz», pensó.

Inna le había llamado para explicarle que ella, Ester y la tía de Ester estaban en camino. Mauri se paseó por su despacho, arriba y abajo, pensando en cómo se sintió en el entierro de su madre. Sus hermanas, que tanto le recordaban a ella. Y ahora se

iba a arriesgar a encontrarse con su madre en cualquier momento. Iba a ser como la ruleta rusa cada vez que asomara la nariz por la puerta de su dormitorio.

—Estoy ocupado —le dijo a Inna—. Enséñale la propiedad. Te llamaré cuando podáis venir.

Al final se armó de valor y llamó.

Y todo él fue un suspiro de alivio cuando apareció por la puerta. Tenía aspecto de india. No había huella ninguna de su madre.

La tía se sintió obligada a explicarse:

—Gracias por hacerte cargo de ella. Hubiera deseado poder hacerlo yo pero...

Y Mauri, casi confundido, cogió a Ester de la muñeca.

—Naturalmente —dijo—, naturalmente.

Ester miraba a Mauri de reojo. Otra vez miraba sus dibujos. Si volviera a dibujar, se pintaría a sí misma en su cabeza, levantando pesas y encima a Mauri con las cajas de cartón en los brazos. Lo levantaba a él y a su curiosidad. Lo llevaba encima sin que se viera nada. Desplazaba el dolor al pectoral mayor, al tríceps de Bracchi. Levantaba, nueve..., diez..., once..., doce.

«Aun así, lo quiero tener aquí», pensó. «A mi lado debe tener un lugar donde descansar. Ésa es la idea.»

Cuando Mauri repasaba los dibujos de Ester, veía otra vida. Se preguntaba qué hubiera sido de él si hubiera ido a parar allí arriba cuando era bien pequeño. Una excursión a una vida alternativa.

Los motivos eran casi todos traídos de la casa de su infancia, la antigua estación de ferrocarril de Rensjön. Separó unos dibujos hechos a lápiz de su familia de acogida. La madre estaba haciendo tareas de casa u ocupada en la cerámica. Estaba el hermano que arreglaba la motonieve en verano, un montón de delicadas flores silvestres lo encuadraban a él y al vehículo, llevaba un mono azul de trabajo y una gorra con un logo. El padre arreglaba la valla de los renos al otro lado de la vía, cerca del lago, donde estaban los renos de carga. Y, por todas partes, en casi todos los dibujos, los musculosos perros lapones con su brillante pelo y sus rabos enrollados.

Ester se esforzaba en poner la barra de las pesas en su base porque tenía los brazos acabados. No le prestaba atención ninguna, casi parecía que se había olvidado de que él estaba allí. Resultaba agradable poder estar allí sentado un rato.

Volvió a hojear los bocetos de *Nasti* en la jaula.

—Me gusta este hámster —dijo él.

—Es un lemming —le corrigió Ester sin mirarlo.

Mauri observó al lemming. La ancha cabeza con los ojos negros como botones. Las pequeñas patas. Consciente o inconscientemente, Ester las había hecho muy humanas. Eran como pequeñas manos.

Nasti sentado en las patas de atrás y asido a la jaula con las de delante. La parte

trasera de *Nasti* cuando se agacha sobre el cuenco de la comida. *Nasti* de espaldas sobre el serrín del suelo con las patas arriba. Frío y muerto. Como solía ocurrir en sus dibujos, había algo más aparte del motivo en sí. Una sombra. Un trozo de periódico fuera de la jaula.

Ester se puso boca abajo para hacer levantamiento de espaldas. Fue su padre quien llevó a casa a *Nasti*. Lo encontró en el lago. Mojado y casi muerto. Su padre se lo metió en el bolsillo y le salvó la vida. Vivió con ellos ocho meses. Uno aprende a querer a alguien en mucho menos tiempo.

«Entonces lloré —pensó Ester—, pero ella me enseñó para qué se pueden utilizar los dibujos.»

—Píntalo —le dice su madre.

Su padre y Antte aún no han llegado a casa. Me doy prisa en sacar papel y lápiz. Ya después de la primera línea se tranquiliza aquella sensación tan fuerte. La pena se apaga y se calla dentro del pecho. La mano utiliza el corazón y el sentimiento. El llanto deberá apartarse.

Cuando mi padre vuelve a casa lloro un poco más, por la oportunidad de llamar la atención. El dibujo de *Nasti* muerto ya está en el fondo de mi caja de cartón en el taller. Mi padre me consuela. Me puedo sentar en sus rodillas. Antte no se preocupa. Es demasiado mayor para sentir pena por un lemming.

—Sabes —dice su padre—. Son muy sensibles. No pueden hacer frente a todos los bacilos que hay por ahí. Lo pondremos en una caja de madera y lo enterraremos en verano.

Las semanas siguientes hago tres dibujos de la caja de madera. En el tejado hay un montón de nieve. La negra oscuridad se ve al otro lado de los cristales helados de las alargadas ventanas. Sólo mi madre y yo comprendemos que en realidad son dibujos de *Nasti*. Está allí en una caja.

—Deberías volver a pintar.

Ester cambia las pesas de la barra. Se mira las piernas. Los muslos empiezan a verse un poco más gruesos. *Quadriceps femoris*. Tiene que comer más proteínas.

Mauri busca unos dibujos de la tía de Ester. La hermana de su madre de acogida. En uno de ellos estaba sentada junto a la mesa de la cocina mirando desanimada el teléfono. En otro estaba tumbada en el sofá de la cocina leyendo una novela con una expresión de satisfacción. En una mano aguanta un cuchillo típico de la zona de Mora, en el que tiene clavado un trozo de carne seca.

Está a punto de preguntarle a Ester si sabe algo de su tía, pero se abstiene. Aquella gente es demoníaca, tanto la tía como el padre.

Ester dobla las rodillas por debajo de la barra de pesas. Mira a Mauri. La pequeña arruga que se le forma en el entrecejo. No debería estar enfadado con su tía. ¿Adónde va a ir su tía cuando necesite irse de su casa? Al igual que Ester, ella tampoco tiene otro sitio adonde ir.

De vez en cuando mi tía aparece por Rensjön para vernos. Todo suele empezar con una conversación telefónica con mi madre.

Ha estado llamando toda la semana. Mi madre ha ido con el teléfono pegado a la oreja sujetándoselo con el hombro e intentando que le llegara el cable.

—Humm —dice al teléfono mientras intenta alcanzar algún plato sucio, el cubo de la basura o el cuenco de los perros. No se puede quedar quieta sentada y hablar, es imposible.

A veces dice:

—¡Es un idiota!

Pero casi siempre está callada. Escucha durante un buen rato. Oigo que mi tía llora desconsolada al otro lado de la línea. A veces maldice.

Le voy a buscar a mi madre un alargó. Mi padre se irrita. Se siente invadido por esas conversaciones telefónicas sin fin. Cuando suena el teléfono, se levanta y abandona la cocina.

Así que un día mi madre dice:

—Va a venir Marit.

—Vaya, así que ya estamos otra vez —se resigna mi padre.

Se pone el mono para ir en motonieve y desaparece sin decirle a nadie adonde va y vuelve a casa mucho después de la cena. Mi madre le calienta la comida en el micro. Están callados. Si no fuera porque hace tanto frío en el resto de la casa, Antte y yo nos iríamos al taller o a la buhardilla, donde todo está desordenado. Allí, la ropa tendida se ha quedado tiesa por el frío y el hielo ha formado dibujos como helechos en los cristales de las ventanas.

Pero nos quedamos en la cocina. Mi madre friega los platos. Le veo la espalda y miro el reloj de pared. Al final Antte se levanta y pone la radio. Después va a la sala de estar, enciende la tele y se pone a jugar a fútbol con el ordenador. Sin embargo, el silencio supera todos los sonidos. Mi padre fulmina el teléfono con la mirada.

De todas formas, yo me alegro. Mi tía es un pájaro bonito. Lleva un bolso lleno de cosméticos y perfume que puedo probar si lo hago con cuidado. Mi madre es diferente cuando mi tía está en casa. Se ríe a menudo de un montón de tonterías.

Si todavía pudiera dibujar, reharía todos los dibujos que he hecho de ella. Tendría el aspecto que ella deseaba tener. La cara de una niña pequeña, la boca más tierna. Menos trazos entre las cejas y alrededor de la nariz y de la boca. Y no haría caso de la red en forma de abanico de finas arrugas que van desde la parte exterior de los ojos hasta los pómulos. El delta de las lágrimas.

Viene en tren desde Estocolmo. Tarda una tarde, una noche y medio día.

Estoy en la sala de estar del piso de arriba, donde mis padres duermen por la noche en un sofá-cama. Antte duerme en el sofá de la cocina. Sólo yo tengo habitación propia. Un cuartucho con sitio para una cama y una silla.

Hay una pequeña ventana que está tan alta que me tengo que subir a la silla para ver fuera. Allí estoy subida a veces y miro a los trabajadores del ferrocarril que llevan monos de trabajo de color amarillo y arreglan los cambios de vías. Yo tengo habitación propia porque soy una hija de acogida.

Pero ahora estoy en la sala de estar con la nariz apretada contra la ventana. Si cierro los ojos puedo ver a mi tía.

Estamos en mitad del invierno. Estocolmo es de color sepia y ocre en el papel de acuarela que se ha mojado con la lluvia. Hay unos troncos de árbol negros por el agua; delgadas líneas de tinta.

La veo en el tren. A veces fuma a escondidas en el lavabo. Si no, se sienta a mirar por la ventana. Casa tras casa. Bosque tras bosque. El alma con la sensación de volver a casa.

A veces mira el móvil. No hay cobertura. Igual él ha intentado llamarla. Se oye el sonido de aviso de los pasos a nivel, donde los coches esperan en fila.

Sólo tiene dinero para billete con asiento. Se pone el abrigo encima como si fuera una manta y se duerme vuelta hacia la ventana. Los radiadores eléctricos van a toda marcha. Huele a polvo quemado. Los pies y los delgados tobillos dentro de las medias de nylon salen por debajo del abrigo, descansan sobre el asiento de enfrente y le explican algo delicado y vulnerable. El tren se inclina, susurra y hace ruido. Es muy parecido a la vida antes del nacimiento.

Mi madre y yo la esperamos en el andén de Rensjön. Mi tía es la única que se apea. No han quitado la nieve. Caminamos con dificultad por encima. El atardecer tiene un color azul oscuro. Debajo de las maletas se pega una lámina de nieve.

Va demasiado pintada y la voz es demasiado alegre. Habla y anda a pasitos cortos sobre la profunda nieve. Con el abrigo de Estocolmo y aquellos zapatos se hielan de frío. Tampoco lleva gorro. Yo arrastro la maleta que deja una profunda huella en la nieve.

Mi tía se ríe contenta cuando ve la casa. En una de las alas, la nieve está a la altura de la ventana del piso de arriba. Mi madre le explica que hace quince días mi padre tuvo que salir por aquella ventana del piso de arriba, y que él y Antte tardaron cuatro horas en desenterrar la puerta.

Mi tía trae regalos. Un caro bloc de acuarela para mí con las páginas encuadernadas.

Mi madre me dice que no lo gaste todo de una vez y después reprende a mi tía:

«Es demasiado caro.»

Al principio mi tía quiere comer lo que ella y mi madre comían cuando eran pequeñas. Mi madre hace reno ahumado, morcillas, tortitas de sangre y tiras de carne de alce y por la noche mi tía corta la carne seca en delgadas lonchas y come mientras habla. Y bebe vino y licor que ella ha traído como regalo.

Mi padre pone la calefacción en la sala de estar y por la noche se va allí a ver la televisión. Mi madre y mi tía se quedan en la cocina a hablar. Ésta suele llorar pero, en mi familia, esas cosas hacemos como si no las viéramos.

—Siempre estás de un lado a otro —le dice mi padre cuando entra en la cocina a llenar el vaso de whisky de mi tía—. Igual deberías comprarte una caravana.

Mi tía no hace ningún gesto pero puedo notar que los iris de sus ojos se convierten en dos agujas.

—No sé elegir a los hombres —responde con una voz engañosa y suave—. Yo creo que es herencia por parte de madre.

Por la noche pone a cargar el móvil. Apenas se atreve a salir a dar una vuelta porque entonces el teléfono se enfría y la batería deja de funcionar.

Una noche suena el teléfono y es el cabrón con pintas. Mi tía habla bajito en la cocina. Mucho rato. Mi madre nos dice que vayamos a jugar. Jugamos casi dos horas en la oscuridad. Hacemos una cueva en un montón de nieve. Los perros también cavan como locos.

Cuando podemos entrar, mi tía ya ha acabado de hablar. Escucho mientras me quito el mono de invierno y las botas.

—No lo entiendo —reconoce mi madre—. Que puedas aceptarlo de nuevo. Sólo necesita chascar los dedos. Vaya desperdicio de energía el tuyo.

—Desperdicio de energía —repite mi tía—. ¿Qué es más importante que esforzarse en intentar encontrar un poco de amor antes de que la vida haya pasado de largo?

«Eso es lo que es difícil —piensa Ester poniendo más pesas en la barra—. Cuando Mauri sube a mi buhardilla y mira los dibujos. Ahora que he empezado a pensar en mi tía vuelven los otros recuerdos también. Primero recuerdas algo inofensivo pero detrás se hace sitio lo difícil.»

Lo difícil: mi tía y yo vamos por la carretera de Noruega camino del hospital de Kiruna. Está oscuro y hay nieve. Mi tía se coge fuerte al volante. Tiene carnet de conducir pero no está acostumbrada.

El final está cerca. Y pensar que no recuerdo dónde están Ante y mi padre.

—¿Te acuerdas de la mosca? —me pregunta la tía en el coche.

No le contesto. Nos encontramos de frente con un camión. Mi tía frena justo antes de chocar. Es lo último que se debe hacer, eso hasta yo lo sé porque es fácil que resbales y entonces te hacen puré. Pero tiene miedo y hace las cosas mal. Yo no tengo miedo, por lo menos no de eso.

No recuerdo la mosca, pero mi tía me lo ha contado otra vez antes.

Tengo dos años. Estoy sentada en las rodillas de mi tía junto a la mesa de la cocina. El periódico *NSD* está abierto ante nosotras. Hay la foto de una mosca. Yo intento sacar la mosca de la página del periódico.

Mi madre se ríe de mí.

—Eso no se puede hacer —me dice.

—No la enseñes a que no puede —responde mi tía de mal humor.

Mi tía es un poco débil en ese sentido, por parte de madre. La parte que puede parar la sangre y ver cosas. Seguramente está un poco enojada con mi madre porque sospecha que su hermana tiene más de aquella parte de lo que aparenta. No quiere que mi madre me enseñe a tapar lo que pasa. Desde que yo era una recién nacida me miraba a los ojos y le decía a mi madre: «¿Lo ves? Es *áhkku*, como la abuela.»

Una vez mi padre lo oyó.

—Cabezas de chorlito —les dijo a las dos—. Si ni siquiera es pariente nuestra. No tiene nada que ver con vuestra abuela.

—No entiendo qué pasa —me dijo mi tía como haciendo broma y hablándome sólo a mí aunque yo era un bebé, así que lo decía para que lo oyera mi padre—. Ése se cree que sólo se es pariente si se tiene algo biológico en común.

Yo intento coger la mosca de la foto del periódico y de pronto, puedo. Zumba por encima de nuestras cabezas, choca contra las gafas de leer de mi tía, baja al suelo revoloteando y allí se arrastra de un lado a otro, despega pesadamente y aterriza sobre mi mano.

Y yo grito. De forma loca y desgarradora. Mi tía intenta tranquilizarme, pero es imposible. Mi madre espanta la mosca para que se vaya por la ventana y se muere de frío inmediatamente. En la imagen sigue estando la mosca pero mi tía mete el periódico en el fuego de la cocina de leña y se destruye con un crepitar.

—Seguramente era una mosca de invierno que se ha despertado —me explica mi madre eligiendo ser realista.

Mi tía no dice nada. Ahora en el coche, catorce años más tarde, me pregunta:

—¿Por qué chillaste de aquella manera? Creíamos que no te podríamos calmar nunca más.

Yo le digo que no lo recuerdo. Y es verdad. Pero eso no significa que no lo sepa. Sé exactamente por qué grité. La sensación es la misma que cuando sucedió y me ha ocurrido más veces en la vida.

Te conviertes en uno más del resto aunque, a la vez, te vas separando. La

sensación de la disolución. Como cuando un viento baja por una depresión de terreno y aparta la niebla. Es horrible. Especialmente cuando se es pequeña y no se sabe que es pasajero.

Puedo saber que está en camino. Es como si perdiera la sensibilidad debajo de los pies, como mil agujas. Después es como un cojín de aire entre los pies y el suelo. Estás más unido a tu cuerpo de lo que parece y es desagradable separarte de él.

Le podría decir a mi tía: «Imagínate que de pronto desapareciera la ley de la gravedad.» Pero no quiero hablar de eso.

Sé por qué mi tía me recuerda lo de la mosca allí en el coche. Es su manera de decir que soy pariente de mi madre. Que llevo a la abuela de ellas dentro de mí.

En realidad, nadie lo quiere saber. Tampoco mi tía.

Tengo tres años. Vuelvo a estar sentada en las rodillas de mi tía junto a la mesa de la cocina. Mi tía y mi padre hace casi dos semanas que están molestos el uno con el otro y mi padre se ha ido con Antte a las montañas. Pero este día ha sonado el teléfono. Mi tía ha reservado el billete que la llevará a casa y ha hecho la maleta. Me enseña unas fotos. Este hombre tiene un gran barco de vela. Me enseña una foto del barco.

—Está en el mar Mediterráneo —me explica.

Van a ir navegando hasta las Islas Canarias.

—Lo recuerdo —respondo—. Tú estás sentada aquí llorando.

Señalo la proa del barco.

Mi tía se echa a reír. Eso no lo quiere oír. En estos momentos rechaza que Ester pueda ver cosas.

—Eso no lo puedes recordar, bonita. No he puesto nunca un pie en un barco de vela. Ésta será la primera vez.

Mi madre me advierte con la mirada. No quieren saberlo, significa. Que se puede recordar hacia adelante y hacia atrás. El tiempo va hacia los dos lados.

«Mauri tampoco quiere saber», pensó Ester poniéndose la barra de las pesas sobre los hombros. Está en peligro pero es absurdo intentar explicárselo.

—Me podrías pintar a mí —sugirió sonriendo.

«Es verdad —pensó Ester—. Lo podría pintar. Es la única imagen que tengo dentro de mí. Las demás se han acabado. Pero él no quiere verlo. Ha estado dentro de mí desde la primera vez que lo vi.»

Inna nos recibe a mi tía y a mí en la puerta de Regla. Le da un abrazo a mi tía como si fueran hermanas. Mi tía se relaja. Supongo que siente aflojarse los remordimientos de conciencia que siente por mí.

Yo me siento de lo más violenta por estar allí. Una carga para cada uno de ellos. No puedo pintar, no me puedo mantener, no tengo otro lugar adonde ir. Y, dado que

no quiero estar allí, desaparezco todo el tiempo. Pero da lo mismo. Cuando mis pies pasan sobre dos alfombras, camino de Inna, yo soy dos tejedores, un hombre con la lengua todo el tiempo en el hueco que hay en la fila de los dientes, y un joven. Rozo el panel de madera de una pared, soy un ebanista al que le duele la cadera en la que se apoya para cepillar la madera. Todas esas manos que han moldeado, tejido, cosido, tallado. Me canso tanto que no puedo tenerme en pie. Me obligo a alargar mi mano hacia Inna. Y la veo. Tiene trece años y apoya la mejilla contra la de su padre. Todos dicen que lo tiene a su merced pero tiene los ojos muy sedientos.

Inna nos enseña la casa. Apenas se pueden contar las habitaciones que hay. Mi tía mira a su alrededor impresionada. Todos aquellos antiguos muebles de madera brillante con las patas torneadas. Las macetas en el suelo con motivos chinos de color azul.

—Vaya sitio —me dice en un susurro.

Lo único que a mi tía no le gusta son los perros de la mujer de Mauri, que se pasean libremente por todas partes y se suben a los muebles. Es cuando se tiene que contener para no cogerlos del pescuezo y echarlos fuera.

No le contesto. Quiere que me sienta contenta de haber ido allí. Pero yo no conozco a aquella gente. No es mi familia. He sido transportada.

De pronto suena el teléfono de Inna. Cuando cuelga dice que ya puedo ir a ver a mi hermano.

Entramos en su sala, que es una combinación de dormitorio y despacho. Va vestido con traje, aunque está en su propia casa.

Mi tía le estrecha la mano y le agradece que se hagan cargo de mí.

Y él me sonríe. Y dice «naturalmente». Dos veces lo dice y me mira a los ojos.

Yo tengo que mirar hacia abajo de lo contenta que estoy. Y pienso que él es mi hermano y que tengo un lugar junto a él.

Me coge de la muñeca y entonces...

El suelo desaparece. La gruesa alfombra ondea como una serpiente de mar para deshacerse de mí. Me pica debajo de los pies. Necesitaría algo a lo que agarrarme, un pesado mueble, pero ya estoy junto al techo.

Los cristales de las ventanas caen en la habitación como una tremenda lluvia. Un viento negro absorbe las cortinas hacia dentro y les destroza los flecos.

Me he perdido a mí misma.

La habitación casi se oscurece del todo y se encoge. Es otro dormitorio desde hace mucho tiempo. Un dormitorio que está dentro de Mauri. Un hombre gordo está tumbado encima de una mujer en una cama. El colchón no tiene tela, es simplemente amarillo, sucio, de espuma. Su espalda es ancha y está sudada como una gran piedra lisa junto al borde del agua.

Después entiendo que la mujer es mi madre y la de Mauri. La otra. La que me

parió. Pero esto es de mucho antes de que yo existiera.

Mauri es pequeño, dos o tres años. Se cuelga del cuello del hombre encima de su espalda y grita «Mamá, mamá». Ninguno de los dos se preocupa de él más que si fuera un mosquito.

Es mi retrato de Mauri.

Una pequeña espalda pálida, como una gamba, encima de una espalda como una roca, allí, en la habitación oscura y cerrada.

Después me suelta la mano y vuelvo. Y entonces sé que debo llevarlo a cuestas. Ninguno de los dos tiene un lugar en Regla y nos queda poco tiempo.

Ester hizo una arremetida con la barra de pesas por encima de los hombros. Dio un pesado paso hacia adelante.

Mauri le sonrió y lo intentó de nuevo:

—Te puedo pagar. Hay mucho dinero para los artistas de retratos. El ego de la industria y el comercio es grande como los zeppelines.

—No te gustaría —respondió simplemente. Lo miró de reojo. Vio que intentaba elegir no sentirse herido. Pero ¿qué es lo que le podía decir?

De todos modos, ya no soportaba que siguiera rebuscando entre sus dibujos. Dobló las rodillas debajo de la barra de pesas y él desapareció por la escalera.

—Claro que me acuerdo de un cliente con una gabardina de ésas.

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke estaban en el aeropuerto de Kiruna hablando con un chico del alquiler de coches. Tenía unos veinte años y mascaba chicle de forma intensiva mientras buscaba en el archivo de su memoria. Tenía bastante acné en las mejillas y en el cuello. Anna-Maria intentaba no mirar un grano maduro, como una larva blanca saliendo de un cráter lunar de bordes rojos. Le puso delante su teléfono móvil. Tenía cámara y le enseñaba la imagen de la gabardina que los buzos habían encontrado debajo del hielo del lago Torneträsk.

—Recuerdo que pensé que iba a pasar frío.

Se echó a reír.

—¡Extranjeros!

Anna-Maria y Sven-Erik se quedaron callados. Esperaban sin preguntar. Era mejor que recordara libremente sin ser dirigido. Anna-Maria asintió con la cabeza animándolo y anotó en su memoria: «Extranjero.»

—No pudo ser la semana pasada porque estuve en casa con la gripe. Espera un momento...

Hizo algo con el ordenador y volvió después con un formulario cumplimentado.

—Aquí está el contrato.

«Es increíble —pensó Anna-Maria—. Lo vamos a detener.»

Casi no se podía contener hasta que pudo ver el nombre.

Sven-Erik se puso los guantes y pidió el formulario.

—Extranjero —dijo Anna-Maria—. ¿Qué idioma hablaba?

—Inglés. Sólo sé ése así que...

—¿Algún acento?

—No y sí.

Cambió el chicle de lugar y se lo puso entre los dientes de delante; la mitad le salía de la boca con lo que la velocidad al masticar iba cambiando. Anna-Maria se puso a pensar en una máquina de coser que va clavándose en un trozo de tela blanco.

—En realidad, británico. Aunque no ese inglés esnob, más... como de *working class*. Bueno —dijo asintiendo con un gesto de aprobación consigo mismo—. Sí, porque no estaba muy de acuerdo con la larga gabardina y los zapatos. A mí me pareció que parecía un poco ajado aunque estaba muy moreno.

—Nos quedamos con el contrato —le informó Sven-Erik—. Te quedas una copia pero, por favor, no hables de esto con los periodistas. Y queremos todos los datos que tengas en el ordenador, cómo pagó, bueno, lo que haya.

—Y necesitamos el coche —añadió Anna-Maria—. Si está alquilado haz que lo traigan y le das al cliente otro.

—Es por Inna Wattrang, ¿verdad?

—Cuando devolvió el coche, ¿llevaba la gabardina puesta? —preguntó Anna-Maria.

—No lo sé. Creo que dejó la llave en el buzón.

Puso en marcha el ordenador.

—Sí, probablemente cogió el avión del viernes por la noche. O quizá el que sale pronto el sábado.

«En ese caso quizás alguna azafata lo haya visto sin gabardina», pensó Anna-Maria.

—Damos el aviso del hombre del contrato —le dijo Anna-Maria a Sven-Erik cuando estaban de nuevo sentados en el coche—. John McNamara. Que nos ayude la Interpol en los contactos con los británicos. Después, el laboratorio puede ver si la sangre de la gabardina es de Inna Wattrang y si pueden hacer una prueba de ADN con ella...

—No es del todo seguro porque ha estado en el agua.

—En ese caso que haga la prueba el laboratorio Rudbeck de Uppsala. Tiene que poderse relacionar a ese hombre con la gabardina. No es suficiente con que haya

alquilado un coche cuando ella fue asesinada.

—Si no se encuentra nada en el coche...

—Los de la Científica tendrán que revisarlo.

Se volvió hacia Sven-Erik y sonrió abiertamente. Él apretó los pies contra el suelo del coche en una búsqueda instintiva del freno. Quería que mirara la carretera cuando conducía.

—Joder, qué deprisa hemos trabajado —le dijo Anna-Maria apretando el acelerador de lo contenta que estaba—. Y lo hemos hecho solitos, sin los de la Criminal Nacional. De cojones.

Rebecka cenó por la noche en casa de Sivving. Estaban en la sala de la caldera. Rebecka, junto a la mesita de fórmica, veía a Sivving preparar la cena en el pequeño hornillo eléctrico. Ponía rodajas de masa de pescado en una cazuela de aluminio y las calentaba con cuidado con un poco de leche. En una olla al lado cocía patatas variedad almendra. Sobre la mesa había bollitos de pan seco en una cesta hecha de finas láminas de madera y un paquete de margarina salada marca Bregott. El aroma de la comida se mezclaba con el olor de los calcetines de lana recién lavados que estaban tendidos en una cuerda.

—Vaya fiesta —exclamó Rebecka—. ¿O qué dices tú, *Bella*?

—Ni se te ocurra —le dijo Sivving de forma apagada a su hembra vorsteh, a la que le había ordenado que se quedara tumbada en su sitio al lado de la cama de él.

De los lados de la boca le caían dos hilillos de saliva. Sus ojos marrones testificaban un hambre al borde de la muerte.

—Después te daré mis restos —le prometió Rebecka.

—No hables con ella. Lo interpreta como que tiene permiso para salir de su sitio.

Rebecka sonrió. Miraba la espalda de Sivving. Era un ser fantástico. El pelo, que no lo tenía ralo aunque blanco como la seda y algo más fino que antes, le salía de la cabeza como una esponjosa cola de zorro. Llevaba unos pantalones del economato militar, metidos en unos gruesos calcetines de lana. Maj-Lis tenía que haber tejido una gran cantidad de ellos antes de morir. Y sobre la imponente barriga, llevaba una camisa de franela. Encima se había puesto un delantal de Maj-Lis, y como no le alcanzaba a abrochárselo detrás, se había metido las cintas en los bolsillos traseros del pantalón para mantenerlo sujeto.

La parte de arriba de la casa, Sivving la había decorado toda con motivos navideños. En cada ventana había puesto una lámpara en forma de estrella, en la ventana de la cocina otra estrella de cartón color naranja que había conseguido en el supermercado *ICA*, y en la sala de estar una estrella hecha de paja en trabajos

manuales. Había sacado los duendes navideños, candelabros de adviento y los mantelitos bordados de Maj-Lis. Dentro de poco, todo volvería a las cajas de cartón que subía a la buhardilla. Los manteles no hacía falta lavarlos, ya que no comía nunca sobre ellos. En la parte de arriba de la casa nada se ensuciaba.

Abajo, en la sala de la caldera donde se había trasladado a vivir, todo seguía igual. Nada de mantelitos y nada de duendecillos sobre la cómoda.

«Me gusta esto —pensó Rebecka—. Que todo sea igual. Las mismas cazuelas y los mismos platos en el estante de la pared. Todo tiene una función. La colcha no deja pasar los pelos del perro a las sábanas cuando *Bella* se sube encima a escondidas. La alfombra de trapo porque el suelo está frío, no como adorno.» Se dio cuenta de que se había acostumbrado. Ya no pensaba que era raro que Sivving se hubiera trasladado a vivir al sótano.

—Vaya historia lo de Inna Wattrang —comentó Sivving—. Todos los días sale en primera página.

Antes de que Rebecka tuviera tiempo de contestar, sonó su teléfono. El número empezaba por el 08 de Estocolmo. En pantalla vio que era del bufete de abogados.

«Måns», pensó Rebecka y se inquietó tanto que se puso de pie de golpe.

Bella aprovechó la ocasión para levantarse también. En medio segundo estaba delante de la cocina.

—Vete de aquí —la riñó Sivving.

Y a Rebecka le dijo:

—Dentro de cinco minutos están listas las patatas.

—Un minuto —le respondió Rebecka y salió hacia las escaleras. Cuando cerraba la puerta del sótano, oyó la voz de Sivving que ordenaba: «Vete a tu cama.»

No era Måns, era Maria Taube.

Maria Taube todavía trabajaba para Måns. En otra vida ella y Rebecka habían sido compañeras.

—¿Qué tal? —preguntó Rebecka.

—Una catástrofe. Vamos a subir hasta Riksgränsen a esquiar con el bufete. ¿Oyes lo que digo? ¿Qué ideas son esas? ¿Qué tiene de malo ir a un sitio donde haga calor a tomar el sol y beber copas con sombrilla? ¡Estoy en baja forma! Bueno, por lo menos mi hermana me deja el equipo de esquiar pero parezco una salchicha de las más gordas. Y eso que en Navidad pensé que pasadas las fiestas haría dieta y que podría adelgazar medio kilo a la semana. Como de todas formas después iba a hacer régimen y me quedaría delgadísima, pues en Navidad me puse las botas. De golpe estábamos en Año Nuevo y enero llegó y pasó en un suspiro y pensé empezar a adelgazar en febrero y si bajo un kilo a la semana...

Rebecka se echó a reír.

—... y ahora sólo quedan cuatro días —continuó Maria Taube—. ¿Qué crees?

¿Puedo adelgazar tres kilos?

—Los boxeadores suelen pasar un buen rato en la sauna.

—Humm, gracias por la idea. De verdad. «Muere en la sauna. Le dio tiempo de llamar al Libro de Réconds Guinness.» Y tú ¿qué haces?

—¿En estos momentos o en el trabajo?

—En estos momentos y en el trabajo.

—En estos momentos voy a cenar en casa de mi vecino y en el trabajo estoy estudiando un poco la empresa Kallis Mining para la policía.

—¿Inna Wattrang?

—Si.

Rebecka cogió aire.

—Por cierto —dijo—. Måns me envió un e-mail para decirme que subiera hasta Riksgränsen a tomar una copa cuando estéis vosotros.

—Oh, me encantaría. Por favor, ven a vernos.

—Humm.

«¿Y qué le digo ahora?—pensó Rebecka—. ¿Le pregunto si cree que le gusto?»

—¿Cómo está el jefe?

—Seguro que bien, me imagino. La semana pasada tuvieron una importante negociación en el caso de una compañía eléctrica. Y le fue bien, así que ahora está bastante humano. Antes de eso estaba... pues que pasábamos por delante de su puerta rezando para que no nos viera.

—Y los demás, ¿qué tal?

—No sé. Aquí no pasa nada. Bueno, sí, Sonja Berg se prometió el sábado pasado con un viajante de comercio.

Sonja Berg era la secretaria más antigua de Meijer & Ditzinger. Estaba separada y tenía dos hijos. La empresa había tenido la alegría de ver que el pasado año la cortejaba un hombre con un coche tan bonito y un reloj tan caro como los socios del bufete. El pretendiente era representante de calendarios y papel. Sonja se refería a él como su «viajante de cositas».

—¡Ohhh!, explica, explica —le pidió Rebecka expectante.

—¿Qué te puedo decir? Cuando le pidió la mano fueron a cenar al Grands Franska y la piedra del anillo, bueno, para que me entiendas, era tan grande como para llevar el brazo en cabestrillo. ¿Subirás hasta Riksgränsen?

—A lo mejor.

Maria Taube era buena persona. Sabía que no era por ella, sino por Rebecka. Desde que salió del hospital, se habían visto dos veces. Fue cuando Rebecka se sentía deprimida y vendió su piso. Maria la invitó a cenar a su casa.

—Prepararé algo sencillo —le dijo—. Y si no te apetece ver a gente o a mí, ya sabes, si sientes que te quieres quedar en casa fumando hasta que te quemes por

dentro, me llamas y lo dejamos correr. Lo que tú quieras.

Rebecka se echó a reír.

—Estás loca, no puedes hacerme esas bromas, porque estoy al límite. ¿Lo entiendes? Tienes que ser extra buena, extra buena y extra dulce conmigo.

Cenaron juntas, y la noche anterior al viaje de Rebecka a Kiruna estuvieron en el Sturehof tomando unas copas.

—¿No vas a subir al bufete a despedirte?

Rebecka negó con la cabeza. Con Maria Taube iba bien, todo iba bien con ella siempre, pero era completamente imposible exponerse ante todo el bufete de abogados. Y, tal y como se encontraba, tampoco quería ver a Måns. La cicatriz que le iba desde la nariz al labio aún se veía mucho. Roja y brillante. El labio superior había quedado un poco subido, así que parecía que llevara debajo una porción de tabaco picado o que tuviera el labio un poco leporino. Quizá la volvieran a operar, todavía no estaba decidido. Además, se le había caído un montón de pelo.

—Prométeme que mantendremos el contacto —le había pedido Maria Taube cogiéndole las dos manos.

Y lo habían mantenido. Maria Taube a veces la llamaba. Rebecka se ponía contenta pero ella nunca le devolvía la llamada. Parecía que así funcionaban bien. Maria no dejaba de llamar porque le tocara hacerlo a Rebecka.

Acabó la conversación telefónica con Maria Taube y bajó corriendo a la sala de la caldera. Sivving acababa de poner la comida en la mesa.

Comieron y dejaron que la comida les acallara la boca.

Pensó en Måns Wenngren. Cómo sonaba su risa. Las caderas tan estrechas que tenía. Los rizos de su oscuro pelo. Lo azules que eran sus ojos.

Si ella hubiera sido una tía buena y no fuera incapaz para las relaciones además de estar loca, se lo habría llevado a su casa hacía tiempo.

«No elegiría ningún otro», pensó.

Quería ir hasta Riksgränsen y verlo. Pero ¿qué se iba a poner? Tenía el armario lleno de bonitos vestidos y trajes para ir al trabajo pero ahora necesitaba algo diferente. Téjanos, estaba claro. Tenía que comprarse unos nuevos y alguna otra cosilla. Además, tenía que cortarse el pelo.

Seguía pensando en ello cuando se acostó por la noche.

«No debe parecer que me he esforzado en ponerme guapa —pensó—. Pero tiene que ser algo bonito. Quiero que le guste lo que vea.»

MIÉRCOLES - 19 DE MARZO DE 2005

Como era habitual, Anna-Maria Mella se despertó porque Gustav le daba patadas en la espalda.

Miró el reloj. Las seis menos diez. De todas formas dentro de poco sería la hora de levantarse. Atrajo hacia sí a su hijo y le apretó la nariz contra el pelo. Gustav se volvió hacia ella. Estaba despierto.

—Hola mamá —la saludó.

Al otro lado del niño gruñía Robert, que se tapó la cabeza con el edredón en un inútil intento de robar unos cuantos minutos más de sueño.

—Hola, amigo mío —le respondió Anna-Maria fascinada.

¿Cómo podía ser alguien tan precioso? Le acarició su suave pelo de niño y lo besó en la frente y en los labios.

—Te quiero —le dijo—. Eres el más guapo del mundo.

Él también le acarició el pelo y de pronto se puso serio, le tocó con cuidado alrededor de los ojos y dijo preocupado:

—Mamá, estás rota del todo.

Debajo del edredón al otro lado se oyó una risa ahogada mientras se veía que el cuerpo de Robert saltaba arriba y abajo.

Anna-Maria intentó darle una patada a su marido pero era difícil porque Gustav estaba en medio como un muro protector.

En ese mismo momento sonó su teléfono.

Era el inspector de policía Fred Olsson.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—No, ya he tenido una auténtica *wake up-call* —respondió riendo Anna-Maria que intentaba todavía darle una patada a Robert, a la vez que Gustav trataba de meterse debajo del edredón con su padre.

Robert se había enrollado en él y hacía todos los esfuerzos del mundo para que nadie lo destapara.

—Has dejado dicho que quieres oír las malas noticias de inmediato.

—No, qué va —se reía Anna-Maria saliendo de la cama de un salto—. Yo nunca he dicho eso y hoy ya me han dado la peor noticia del año.

—¿Qué es lo que está pasando por ahí?—preguntó Fred Olsson—. ¿Es que estáis de fiesta? Escucha lo que te digo: el hombre con la gabardina de color claro...

—John McNamara.

—John McNamara. No existe.

—¿Qué quieres decir con que no existe?

—Has recibido un fax de la policía británica. El John McNamara que alquiló un coche en Kiruna murió hace un año y medio en Iraq.

—Voy enseguida —dijo Anna-Maria—. ¡Joder!

Se puso la ropa y al edredón viviente le dio una palmadita de despedida.

A las siete menos cuarto, Mikael Wiik, el jefe de seguridad de Mauri Kallis, subía por la avenida de tilos que llevaba a Regla. Desde Kungsholmen, en el centro de Estocolmo, se tardaba una hora en llegar. Aquella mañana se había levantado a las cuatro y media para poder tener una reunión a primera hora con Mauri Kallis, pero no se quejaba. A él no le importaba madrugar y, además, el Mercedes que llevaba era nuevo. En fin de año había invitado a su pareja a un viaje a las Maldivas.

A doscientos metros de la primera verja de hierro pasó al lado de Ebba, la esposa de Mauri, que iba montada en un caballo negro. Empezó a aminorar la marcha con bastante margen, la saludó amablemente y Ebba le devolvió el saludo. Por el retrovisor vio cómo el caballo daba unos pasos de baile cuando las puertas de la verja empezaron a abrirse. El coche no lo había asustado.

«Putos caballos —pensó mientras cruzaba la segunda verja de hierro—. Nunca saben qué es peligroso de verdad. De pronto les da por encabritarse porque hay una ramita en el camino que ayer no estaba.»

Mauri Kallis ya estaba sentado en el comedor con una montaña de periódicos, dos suecos y el resto extranjeros, al lado de la taza de café.

Mikael Wiik saludó con un hola y se proveyó de café y un croissant. El desayuno de verdad se lo había tomado en casa antes de salir. No era la clase de tipo que se sentaba a zamparse un plato de gachas de avena delante de su jefe.

«Nadie conoce a un hombre tanto como su guardaespaldas», pensó mientras tomaba asiento. Sabía que Mauri Kallis le era fiel a su mujer, si no se tenían en cuenta las ocasiones en las que los socios en algún negocio invitaban a café, copa, puro y chicas, por así decirlo. O cuando el propio Kallis era el que invitaba, consciente de que eso era lo que el pez necesitaba para morder el anzuelo. En esos casos formaba parte del trabajo, así que no contaba.

Kallis tampoco bebía demasiado. Mikael Wiik sospechaba que lo hacía antes, cuando sólo estaban Kallis, Inna y Diddi Wattring. Claro que en los dos años que Mikael Wiik llevaba trabajando para él se había tomado una y dos copas de vino y alguna cosita más junto a Inna. Pero en el trabajo, nunca. Cuando había cenas de negocios o reuniones en algún local, uno de los cometidos de Mikael Wiik era hablar con los camareros y el personal de servicio y soltarles algo para que a Mauri Kallis le sirvieran bebidas sin alcohol y zumo de manzana en lugar de whisky sin que nadie se diera cuenta.

Cuando salía de viaje, Mauri Kallis se hospedaba siempre en hoteles con buenas

instalaciones deportivas y solía bajar al gimnasio a primera hora para entrenarse. Prefería el pescado a la carne y leía biografías y estudios, no novelas.

—El entierro de Inna —le dijo Mauri Kallis a Mikael Wiik—. Había pensado pedirle a Ebba que se encargara, así que tú y ella podríais hablar para ver cómo lo hacéis. La reunión con Gerhart Sneyers no la podemos aplazar porque vuela de Bélgica o Indonesia pasado mañana, o sea que tendremos cena sencilla y dejaremos la reunión para el sábado por la mañana. Habrá más gente del African Mining Trust, tendrás una lista mañana al mediodía como muy tarde. Viajan con su seguridad privada, evidentemente, pero bueno, ya sabes...

«Ya lo sé», pensó Mikael Wiik. Los caballeros que se dirigían a Regla iban bien protegidos pero eran bastante paranoicos, aunque algunos tenían motivos para serlo.

Gerhart Sneyers, por ejemplo. Propietario de minas y de compañías petroleras. Presidente del African Mining Trust, una unión de empresarios extranjeros con compañías en África.

Mikael Wiik recordó la primera reunión de Mauri y Gerhart Sneyers. Mauri e Inna habían volado hasta Miami sólo para verse con él. Mikael Wiik nunca había visto a Mauri tan nervioso.

—¿Cómo voy? —le preguntó a Inna—. Voy a cambiarme de corbata. ¿O paso de llevarla?

Inna le había impedido que volviera a subir a la habitación.

—Estás perfecto —le aseguró—. Y recuerda: es Sneyers quien ha querido tener esta reunión. Él es el que tiene que estar nervioso y quien te tiene que dar jabón. Tú sólo tienes que...

—... echarme hacia atrás y escuchar —terminó Mauri como si se lo supiera de memoria.

Se encontraron en el vestíbulo del hotel Avalon. Gerhart Sneyers rondaba los cincuenta y se mantenía en buena forma. Le empezaban a asomar las canas entre su pelo rojo tupido, era guapo de cara, con rasgos masculinos y bastante marcados, y tenía la piel blanca y cubierta de pecas. Primero saludó a Inna como un caballero, luego a Mauri Kallis. A los guardaespaldas no se les prestó la menor atención, aunque entre ellos sí se saludaron de manera casi imperceptible. Al fin y al cabo, se dedicaban a lo mismo.

Sneyers llevaba dos guardaespaldas. Iban vestidos con traje y gafas de sol, lo cual les daba un considerable aspecto de mañosos. Mikael Wiik se sentía como el chaval que llega del pueblo, con su chaqueta verde menta y su gorra. Su defensa interior se activó bastante con pensamientos despectivos.

«Seboso», pensó de uno de los guardaespaldas. «Ése no pasa de los cien metros. Aunque no le cuenten el tiempo.»

«Un cachorro», pensó del otro.

Bajaron todos en comitiva por Ocean Drive hacia un barco que había alquilado Gerhart Sneyers. El viento movía las hojas de las palmeras, pero aun así hacía suficiente calor como para sudar.

El cachorro se desconcentraba todo el rato; le brotaba una sonrisita burlona cada vez que veía algún musculitos haciendo footing por la orilla de la playa para quemar grasa y con los pantalones cortos metidos entre las nalgas para tener un bronceado uniforme.

El barco era un Fairline Squadron de 74 pies, cama doble en cubierta, motores Caterpillar dobles y una velocidad punta de 33 nudos.

—*It's what the celebrities want* —dijo el cachorro con su inglés macarrónico mirando la cama de la cubierta—. No es precisamente para tumbarse a tomar el sol —aclaró.

Mauri, Inna y Gerhart Sneyers habían bajado al camarote. Mikael Wiik se disculpó y les siguió el paso.

Cuando llegó al salón se quedó parado después de atravesar la puerta.

Gerhart Sneyers estaba a punto de decir algo, pero hizo una pausa cuando apareció Mikael Wiik, lo bastante larga como para que Mauri tuviera tiempo de pedirle que se marchara. Pero Mauri permaneció callado y se limitó a echarle una mirada a Gerhart en señal de que podía continuar.

«Una demostración de fuerza —pensó Mikael Wiik—. Mauri decide quién puede estar y quién no. Gerhart está solo, Mauri tiene a Inna y a mí.»

Inna le lanzó a Mikael la mirada más corta del mundo. Eres uno de los nuestros, nuestro equipo, los ganadores. Los peces gordos como Gerhart Sneyers van como locos por tener una reunión con nosotros.

—Lo dicho —le dijo Gerhart Sneyers a Mauri—. Llevamos tiempo con los ojos puestos en ti, pero quería ver qué rumbo tomabas en Uganda. No sabíamos si ibas a vender cuando terminara la prospección. Quería ver de qué madera estás hecho y he podido comprobar que de la buena. Los cobardes no se atreven a invertir en esas regiones, son demasiado inseguras. Pero *glory to the brave*, ¿no es cierto? ¡Por Dios, qué yacimiento! Allí pueden extraer oro hasta los niños con un palo de madera y un trapo, así que imagínate lo que podríamos hacer nosotros...

Hizo una pausa para que Mauri tuviera la oportunidad de decir algo, pero Mauri continuó callado.

—Ahora mismo eres propietario de grandes minas en África —continuó Sneyers —, así que nos sentiríamos halagados si quisieras entrar en nuestro pequeño... club de aventureros.

Está hablando del African Mining Trust, una unión de propietarios extranjeros de minas en África. Mikael Wiik los conoce de oídas por conversaciones de Inna y Mauri, y también les ha oído hablar de Gerhart Sneyers.

Gerhart Sneyers aparece en la lista negra de Human Rights Watch de compañías que negocian con oro sucio del Congo.

«Su mina en el oeste de Uganda es más bien una tapadera para blanquear dinero», había dicho Mauri. «Las guerrillas saquean minas en el Congo, Sneyers les compra oro a ellos y también a Somalia y luego lo vende como si lo hubiera extraído de sus minas en Uganda.»

—Tenemos muchos intereses en común —prosiguió Gerhart Sneyers—. Construir infraestructura, dispositivos de seguridad. En caso de disturbios, los miembros del grupo pueden tomar un avión en menos de veinticuatro horas. Desde cualquier punto. Créeme, si hasta el momento no te has visto metido en algo así, ten por seguro que tarde o temprano te va a tocar, a ti o a tu personal. También trabajamos a largo plazo —dijo mientras rellenaba las copas de Mauri e Inna.

Inna se había terminado la suya, se la había cambiado a Mauri sin que nadie se diera cuenta y se había terminado también la de él. Gerhart Sneyers continuó hablando: —Nuestro objetivo es meter a políticos europeos, americanos y canadienses en la junta directiva de nuestras empresas. Varias de las compañías madre del grupo cuentan con antiguos jefes de Estado entre sus directivos. También es una medida de presión. Ya sabes, son personas de gran influencia en los países que cooperan con el desarrollo. Sólo para que los negros no nos toquen las narices.

Inna se disculpó y preguntó por los servicios. En cuanto desapareció, Sneyers dijo:

—Vamos a tener problemas en Uganda. El Banco Mundial amenaza con congelar la ayuda para forzar unas elecciones democráticas, pero Museveni no está dispuesto a renunciar al poder. Y si se queda sin la ayuda tendremos un nuevo Zimbabwe. Ya no habría motivo para mantener buenas relaciones con Occidente y echarían a los inversores extranjeros de una patada. Y entonces nos quedaremos sin nada. Él se quedará con todo. Pero tengo un plan, aunque cuesta dinero.

—Veamos —dijo Mauri.

—Su primo Kadaga es general del ejército y han entrado en conflicto. Museveni cree que su primo no le es leal, lo cual es cierto, a decir verdad. Para reducirle el poder a Kadaga, Museveni está dejando de pagar los sueldos de sus soldados y tampoco les envía suministros. Sin embargo, Museveni tiene otros generales a los que sí apoya. La cosa ha llegado tan lejos que ahora Kadaga ni siquiera se acerca a Kampala por miedo a que lo encarcelen y que lo acusen de algún delito. Tiene montado todo un infierno allí arriba en el norte. El LRA y otros grupos están luchando contra tropas del gobierno para tomar el control sobre varias minas del Congo. Dentro de poco abandonaremos el norte de Uganda y entonces empezarán a luchar por esas minas. Para financiar sus guerras necesitan oro. Si el general Kadaga no puede pagar a sus soldados, se largarán con el mejor postor, otras tropas del

gobierno o los grupos guerrilleros. Está dispuesto a negociar.

—¿El qué?

—Se le dan medios económicos para rearmarse en poco tiempo y entrar en Kampala.

Mauri miró receloso a Gerhart Sneyers.

—¿Un golpe de Estado?

—Quizá no. Para las relaciones internacionales es mejor que haya un régimen legal. Pero si Museveni fuese... eliminado, entonces se puede proponer un nuevo candidato para unas elecciones. Y ese candidato necesita el respaldo del ejército.

—¿Y de qué candidato se trata? ¿Cómo se puede saber que las cosas van a mejorar con un presidente nuevo?

Gerhart Sneyers sonrió.

—Evidentemente, no puedo decirte de quién se trata, pero nuestro hombre tendrá la sensatez de llevarse bien con nosotros. Sabría que nosotros fuimos los que decidimos el destino de Museveni y que podríamos decidir también el suyo. Y el general Kadaga lo apoyará. Si Museveni desaparece del mapa, los demás generales también se apuntarán. Al menos la mayoría. *Museveni is a dead end*. Así que... ¿contamos contigo?

—Lo voy a pensar —respondió.

—No tardes demasiado. Y mientras piensas, transfiere dinero a un lugar desde donde puedas pagar sin que se pueda vincular a ti. Te pasaré el nombre de un banco de lo más discreto.

Inna regresó de su visita al baño. Gerhart Sneyers volvió a llenar sus copas y soltó su último cartucho:

—Fíjate en China. Les importa una mierda que el Banco Mundial no preste dinero a Estados no democráticos. Se meten a hacer préstamos de miles de millones para proyectos de industrias en países en vías de desarrollo y con ello se convierten en propietarios de las crecientes economías futuras. No pienso quedarme sentado mirando. Ahora tenemos una oportunidad en Uganda y el Congo.

Mikael Wiik salió de su ensimismamiento cuando Ebba Kallis entró en la cocina. Todavía llevaba puesta la ropa de montar y se bebió un vaso de zumo de un trago sin sentarse.

Mauri levantó la mirada del periódico.

—Ebba —dijo—. Los invitados de la cena de mañana, ¿lo tienes todo listo?

Ebba asintió.

—Y también había pensado pedirte que te encargaras del funeral de Inna —añadió—. Su madre... bueno, ya sabes... Tardaría un año en hacer la lista perfecta de invitados. Además, doy por hecho que me tocará a mí pagar la cuenta, así que estaré contento si eres tú y no ella quien lo compra todo.

Ebba asintió otra vez. No quería, pero no le quedaba elección.

«Él sabe que no me quiero encargar del funeral —pensó—. Y me menosprecia porque lo hago de todos modos. Soy su empleada más barata. Encima, me tocará a mí aguantar cuando venga la madre con sus deseos imposibles. No quiero montar ningún funeral —pensó Ebba Kallis—. ¿No la podemos simplemente... tirar a una zanja o algo así?»

No siempre había sentido eso. Al principio, Inna la había seducido a ella también y la dejó fascinada.

Es una noche a principios de agosto. Mauri y Ebba se acaban de casar y se han mudado a Regla, pero Inna y Diddi todavía no se han instalado allí.

Ebba se despierta porque siente que alguien le está clavando la mirada. Cuando abre los ojos ve a Inna inclinada sobre su cama y con un dedo cruzándole los labios pidiendo silencio. Sus ojos brillan con travesura en la oscuridad.

Inna está empapada y la lluvia sigue azotando la ventana. Mauri murmura algo en sueños y se da la vuelta. Inna y Ebba se miran conteniendo la respiración hasta que Mauri vuelve a respirar de manera pausada y constante. Entonces Ebba sale con cuidado de la cama y sigue los pasos de Inna mientras bajan a hurtadillas hasta la cocina.

Se quedan allí sentadas. Ebba va a buscar una toalla para que Inna se seque el pelo, pero no quiere ropa seca. Descorchan una botella de vino.

—Pero ¿cómo has entrado? —le pregunta Ebba.

—He subido hasta la ventana de vuestro dormitorio. Era la única que estaba abierta.

—Estás loca. Te podrías haber partido la crisma. ¿Y la verja? ¿Y el vigilante?

Un herrero de la localidad justo acaba de instalar las puertas de hierro automáticas, así que Inna no tiene mando en el coche y el muro que rodea la casa solariega mide dos metros de altura.

—He aparcado el coche fuera y he trepado por encima del muro. Mauri quizá debería considerar cambiar de empresa de seguridad.

De pronto un rayo ilumina la noche exterior y el trueno llega apenas pasados unos segundos.

—Vamos a bañarnos al lago —dice Inna.

—¿No es peligroso?

Inna sonríe y se encoge de hombros.

—Sí.

Bajan corriendo al embarcadero. Hay dos en el recinto de la propiedad: el viejo está un poco más allá y para llegar hay que cruzar un bosque bastante espeso. Ebba ha pensado construir una pequeña casa de baños en el futuro. Tiene muchos planes

para Regla.

La lluvia cae a cántaros. El camisón de Ebba queda empapado y se le pega en los muslos. Cuando llegan al embarcadero se desnudan. Ebba es delgada y tiene poco pecho, Inna guarda las curvas de una estrella de cine de los años cincuenta. Los rayos atraviesan el cielo y los dientes de Inna brillan blancos en la oscuridad y la lluvia. Se tira de cabeza desde el embarcadero mientras Ebba se queda de pie tiritando en el último travesaño. La lluvia azota la superficie del agua y parece que el lago esté hirviendo.

—¡Salta! ¡Está caliente! —grita Inna agitando las piernas en el agua.

Y Ebba se tira.

El agua está increíblemente caliente y el frío se le pasa de golpe.

Es una sensación mágica. Nadan en el agua como dos criaturas, de aquí para allá, se zambullen y vuelven a salir resoplando. La lluvia les golpea la cabeza, el aire de la noche es fresco, pero bajo la superficie el agua está caliente y es agradable como en una bañera. La tormenta se les concentra encima hasta el punto de que Ebba apenas tiene tiempo de ver el rayo cuando suena el trueno.

«A lo mejor me muero aquí», piensa.

Y en ese momento no le importa demasiado.

Ebba se sirvió un café largo y un plato grande de macedonia de fruta. Mauri y Mikael Wiik estaban hablando sobre los preparativos de seguridad de cara a la cena que se estaba preparando para el viernes. Los invitados eran visitantes que venían del extranjero. Ebba desconectó de la conversación y dejó que volvieran los recuerdos sobre Inna.

Al principio habían sido amigas. Inna había logrado que Ebba se sintiera de lo más especial.

Nada une más a dos mujeres que compartir experiencias que hayan tenido con sus madres locas. Las suyas estaban obsesionadas con la familia y coleccionaban un montón de basura. Inna le habló de los armarios de la cocina de su madre, que estaban repletos de vajilla de las Indias Orientales arreglada con pegamento y grapas de metal. Y, aparte, todos los fragmentos sueltos que no se podían tirar por nada del mundo. Ebba había contraatacado con la biblioteca de Vikstaholm, a la que a duras penas se podía entrar. Allí había estanterías metálicas puestas de cualquier manera colmadas de libros viejos y manuscritos de los que nadie se podía ocupar y que despertaban remordimientos de conciencia porque todos sabían que los habían toqueteado sin guantes, que las avispas se zampaban la celulosa y se iban deteriorando cada vez más con el paso de los años.

—Yo no quiero quedarme con toda aquella mierda —se rió Ebba.

Inna ayudó a que Ebba le quitara a su madre de la cabeza lo de deshacerse de parte de la herencia cultural a cambio de cierta compensación económica, ya que le

hizo ver que el yerno tenía dinero.

«Era como una hermana y mi mejor amiga», pensó Ebba.

Después las cosas cambiaron, cuando Ebba y Mauri tuvieron a su primer hijo. Él empezó a viajar más que antes y cuando estaba en casa se pasaba el día hablando por teléfono o se sumía en sus pensamientos.

Ella nunca logró comprender que no se interesara por su propio hijo.

—Esta etapa no se repetirá nunca —le dijo—. ¿No lo entiendes?

Recordó sus intentos frustrados de hablar con él. A veces se sentía enfadada y acusadora, a veces pedagógica y tranquila. Él no cambiaba nunca.

Las reformas de la casa de Inna y Diddi terminaron y finalmente se mudaron a Regla.

Inna perdió el interés por Ebba al mismo tiempo que Mauri.

Están en una fiesta para relacionarse con gente en la embajada americana. Inna está en la terraza hablando con un grupo de hombres de mediana edad. Lleva un vestido escotado y tiene una carrera en la media negra. Ebba se acerca al grupo, ríe alguna broma y le dice discretamente al oído a Inna:

—Se te ha hecho una carrera en la media. Tengo unas extra en el bolso, vamos al baño y te cambias.

Inna le lanza una rápida mirada impaciente y molesta.

—No seas tan insegura —le suelta irritada.

Después vuelve su atención hacia los demás y mueve el hombro lo justo para que Ebba casi se quede a su espalda.

Con eso queda excluida de la conversación y se aleja para buscar a Mauri. Echa de menos a su bebé. No debería haber ido.

Tiene la extraña sensación de que Inna se ha metido en el baño para romperse la media a propósito. Una carrera así le corta el aliento a cualquier mujer que la vea, pero los hombres no se fijan. Y, como de costumbre, Inna es de lo más abierta y natural.

«Es una señal —piensa Ebba—. Esa carrera en la media. Es una señal.»

Lo que no entiende es de qué ni para quién.

Ebba se incorporó para servirse otra taza de café y en ese instante alguien hizo sonar la aldaba del portón de entrada y se oyó un «hola» desde el recibidor. Era la voz de Ulrika, la esposa de Diddi.

Un segundo más tarde apareció en el umbral de la puerta con el bebé apoyado en la cadera. Se había recogido el pelo en un moño para que no se viera lo sucio que lo llevaba. Tenía los ojos enrojecidos.

—¿Sabéis algo de Diddi? —preguntó con voz quebradiza—. El lunes, después de que fuerais a Kiruna, no volvió a casa, y no ha aparecido desde entonces. He intentado llamarle al móvil, pero... —negó con la cabeza—. A lo mejor debería llamar a la policía.

—En absoluto —dijo Mauri Kallis sin levantar la vista del periódico—. Lo último que necesito es llamar la atención de esa manera. El viernes por la tarde vienen representantes del African Mining Trust...

—¡Estás loco! —gritó Ulrika.

La criatura que llevaba en brazos se echó a llorar, pero ella no parecía darse cuenta.

—No he sabido nada de él, ¿lo entiendes? Y a Inna la han asesinado. Sé que le ha pasado algo, lo presiento. Y mientras, ¡tú solo piensas en tus cenas de negocios!

—Esas «cenas de negocios» son las que te llevan la comida a la mesa y las que te pagan la casa en la que vives y el coche que llevas. Y sé muy bien que Inna está muerta. ¿Soy mejor persona si me olvido de todo y dejo que nos hundamos como si nada? Hago todo lo posible por mantenerme entero, y lo mismo con esta empresa. ¡No como Diddi! ¿Estamos de acuerdo?

Mikael Wiik tenía los ojos clavados en su zumo y hacía como si no estuviera presente. Ebba Kallis se puso de pie.

—Bueno —dijo como una madre.

Se acercó a Ulrika y le cogió al bebé para que se calmara.

—Pronto volverá a casa, lo prometo. Quizá sólo necesite estar a solas unos días. Ha sido un shock. Para todos.

Lo último lo dijo mirando a Mauri, quien seguía con la mirada fija en el periódico pero aparentemente no lo leía.

«Si pudiera escoger entre caballos y personas —pensó Ebba Kallis—, no tardaría ni medio segundo en decidirme.»

Anna-Maria Mella paseó la mirada por el despacho de Rebecka Martinsson en busca de un lugar donde sentarse.

—Échalas al suelo —dijo Rebecka señalando con la cabeza las actas que había amontonadas sobre la butaca para las visitas.

—No tengo fuerzas —dijo Anna-Maria resignada y se sentó encima—. No existe.

—¿Papá Noel?

Anna-Maria no pudo evitar sonreír a pesar de estar tan decepcionada.

—El tipo que alquiló el coche. El que llevaba una gabardina clara igual que la que los buzos sacaron del agua en el lugar donde encontramos el cuerpo. John

McNamara. No existe.

—¿En qué sentido no existe?

—Fallecido, hace un año y medio. Y la persona que alquiló el coche ha utilizado su identidad.

Anna-Maria Mella se frotó la cara con toda la mano, de arriba abajo, como solía hacer de vez en cuando. A Rebecka le fascinaba aquel gesto, lo encontraba de lo más singular en las mujeres.

—Entonces se podría descartar un juego sexual que saliera mal con algún conocido suyo —dijo Anna-Maria—. Él subió para matarla. ¿No es así? Si no, ¿por qué iba a usar una identidad falsa?

—Así que no se llamaba John McNamara —resumió Rebecka—. Pero ¿era extranjero?

—Hablaba inglés con acento británico, según el chico de Avis. Y tiene que ser él. Llevaba una gabardina clara parecida a la que encontraron los buzos debajo de la cabaña.

—¿Los del LEC, es decir, el Laboratorio Estatal de Criminología, os han dicho algo ya?

Anna-Maria negó con la cabeza.

—Pero la sangre de la gabardina tiene que ser de ella, no puede ser una casualidad. ¿Cuánta gente lleva una gabardina clara y de verano en pleno invierno? Nadie.

Miró fijamente a Rebecka.

—Fue una buena idea mandar a los buzos a mirar debajo de la cabaña —le dijo.

—Fue para buscar el teléfono —respondió Rebecka encogiéndose de hombros como quitándose méritos—. Y allí no estaba.

Anna-Maria juntó las manos por detrás de la nuca, se reclinó en la butaca y cerró los ojos.

—No la mató inmediatamente —comentó casi en sueños—. Primero la torturó. La sujetó a la silla de la cocina y la torturó con descargas eléctricas.

«Se destrozó la lengua a mordiscos», pensó Rebecka.

Anna-Maria abrió los ojos y se incorporó de nuevo.

—Hay que escoger las pistas que queremos seguir —dijo—. No tenemos recursos para investigarlo todo.

—¿Crees que se trata de un profesional?

—Qué decirte...

—¿Por qué se tortura a una persona? —preguntó Rebecka.

—Para martirizarla, porque se le tiene odio —sugirió Anna-Maria.

—Porque se quiere información —contraatacó Rebecka.

—Porque se quiere... advertir.

—¿Mauri Kallis?

—¿Por qué no? —dijo Anna-Maria—. Extorsión. Deja de hacer esto o lo otro, si no, mira lo que te va a pasar, y a tu familia también.

—¿Secuestro?—intentó Rebecka—. ¿Y no pagaron?

Anna-Maria asintió con la cabeza.

—Tengo que volver a hablar con Kallis y su hermano, pero si esto realmente tiene algo que ver con la empresa, tampoco tenemos nada del otro mundo.

Se quedó callada unos segundos y sacudió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Rebecka.

—Esa gente. ¿Sabes? En este trabajo te topas con muchos fulanos a los que les resulta bastante incómodo tratar con la policía. Como mínimo, todos han conducido demasiado rápido, así que hay una especie de respeto mezclado con un poco de miedo.

—Ya.

—Sí, o bien son tipejos que odian a la pasma, pero ahí también hay una especie de respeto implícito. En cambio, con esa gente, da la sensación que se creen que somos unos mequetrefes sin preparación que nos dedicamos a mantener limpias las calles y no tenemos por qué meternos en sus asuntos.

Anna-Maria miró la hora en el móvil.

—¿Te apetece comer conmigo? Había pensado ir al wok de las antiguas galerías Tempohuset.

De camino a la calle Anna-Maria llamó a la puerta del despacho de Sven-Erik Stålnacke.

—¿Te vienes a comer? —le preguntó.

—¿Por qué no? —respondió Sven-Erik intentando ocultar lo contento que se había puesto.

«Joder —pensó Anna-Maria—. ¿Cómo se ha podido quedar tan solo? Desde que su gato murió está como una flor marchita.»

Por la mañana había oído por accidente las plegarias matutinas en la radio del coche. Alguien estaba hablando de la importancia de detenerse, el valor del silencio.

«Una plegaria así debe de ser una bofetada en toda la cara para muchas personas —pensó Anna-Maria—. Tiene que reinar un silencio de mucho cuidado alrededor de Sven-Erik cuando no está trabajando.»

Se prometió a sí misma llevar a todo el grupo a hacer algo divertido después de la investigación. No es que hubiera dinero para ocio en el presupuesto, pero por lo menos para una tarde en la bolera y unas pizzas seguro que sí.

Después pensó que ya lo podía proponer él si es que quería hacer algo.

Caminaron por la avenida Hjalmar Lundbohm, subieron por la calle Geolog y entraron en la antigua Tempohuset.

Nadie se animó a romper el silencio.

«Rebecka también es una de esas personas solitarias —siguió Anna-Maria en sus reflexiones—. No, me quedo con tener que lidiar con cabroncetes que dejan tirada la ropa por el suelo y un hombre que tiene integrado algún fallo en el sistema que le impide terminar las cosas. Si cocina, después no recoge la mesa. Y si recoge, nunca limpia ni la mesa ni la encimera.

»Pero nunca cambiaría mi vida por la de ella —pensó Anna-Maria mientras colgaban las chaquetas en las sillas del restaurante y pasaban por caja para pagar el menú del día—. Aunque tenga la barriga súper plana y pueda dedicar todas sus fuerzas al trabajo. Alguna vez podría tenerle celos por eso del trabajo, pero ya está.»

Los rumores sobre Rebecka empezaron a correr cuando entró en la fiscalía. Se decía que se sacaba de encima los expedientes en un plis-plas, que ella misma negociaba los procesos, redactaba sola todas las presentaciones de demanda y así las viejas de la secretaría del tribunal en Gällivare no tenían que desplazarse hasta Kiruna.

Sus compañeros de trabajo la veían a veces en el tribunal cuando eran llamados para hacer de testigos. Tajante y bien preparada, así es como la describían; y se alegraban, porque estaban del mismo lado. Así los abogados se llevaban un buen rapapolvo, los muy mamones.

«Verás cuando los chicos se hayan ido de casa —pensó Anna-Maria sirviéndose una cucharada de wok de pollo con verduras y arroz en el plato—. Entonces le iré poniendo casos cerrados uno tras otro sobre la mesa.»

Sus pensamientos fueron a parar a un puñado de asuntos relacionados con el asesinato que se habían quedado en el aire y no pudo evitar sentir cierto remordimiento de conciencia.

Después se animó un poco y procuró desviar la atención hacia Rebecka y Sven-Erik.

Estaban intercambiando experiencias con gatos. Sven-Erik acababa de contar algo de *Manne* y ahora le tocaba a Rebecka.

—Sí, hay que ver qué personajes te acaban saliendo —dijo mientras se echaba salsa de soja sobre el arroz—. En casa de mi abuela todos se llamaban «gatito» a secas, pero igualmente te acuerdas de cómo eran. Recuerdo una época en la que mi abuela tenía dos perros y mi padre otro, así que teníamos tres perros en la casa, y nos hicimos con un gatito. Siempre que teníamos gatitos nuevos les dábamos la comida en la encimera porque al principio les tenían tanto miedo a los perros que no se atrevían a comer en el suelo. Pero ¡éste! Primero se zampaba su comida y después se tiraba al suelo y se ponía a comer de los cuencos de los perros.

Sven-Erik soltó una carcajada y se sirvió un plato de la comida más picante que había en el bufé.

—Tendrías que haberlo visto —continuó Rebecka—. Si hubiese sido un perro habría habido bronca, pero no sabían qué hacer con aquel animal en miniatura. Los perros nos miraban como diciendo: «¿Qué está haciendo? ¿Os importaría quitarlo de ahí?» Al segundo día atacó al perro dominante: se le tiró encima sin ningún temor a la muerte y se quedó colgando del pescuezo de *Jussi*. ¡*Jussi*! Era de lo más bonachón, pero ni por asomo se iba a rebajar a enfrentarse a la mosquita muerta aquélla, así que se quedó allí sentado con el gato colgado del cuello. El gato peleaba como un loco pataleando con las patas traseras y *Jussi*, todo serio, aguantaba con toda la dignidad, el muy infeliz.

—¿Qué está haciendo? ¿Os importaría quitarlo de aquí? —repitió Sven-Erik.

Rebecka se rió.

—Exacto. Y después le entraba el apretón por la comida de perro que se zampaba sólo para putear, pero como era pequeño no llegaba a trepar por el borde de la caja y se lo hacía encima. Mi padre lo limpiaba debajo del grifo, pero siempre se le impregnaba lo bastante como para seguir oliendo a demonios. Luego se acostaba en la cama más grande que había para los perros y ninguno se atrevía a echarlo, pero tampoco se querían tumbar al lado de aquella bola apestosa. Teníamos dos camas de perro en el recibidor. El gatito dormía como un rey en la grande, roncando, y los tres perros se apretujaban en la pequeña y nos miraban con cara de pena cuando pasábamos por allí. Aquel gato gobernó la casa hasta que murió.

—¿Cómo murió? —preguntó Sven-Erik.

—No sé, desapareció.

—Eso es lo peor —dijo Sven-Erik mojando un trozo de pan en la salsa picante de su plato—. Y por ahí viene uno que no tiene ni pajolera idea de gatos.

Anna-Maria y Rebecka siguieron la mirada de Sven-Erik y vieron al inspector Tommy Rantakyrö acercarse a su mesa. Cuando el gato de Sven-Erik desapareció, Tommy le hizo unas cuantas bromas de lo más estúpidas. Por otro lado, Tommy ignoraba felizmente que sus pecados no habían sido perdonados.

—Sabía que os encontraría aquí —dijo pasándole unos papeles a Anna-Maria—. Las llamadas entrantes y salientes del móvil de Inna Wattrang. Pero —continuó— ésas son del teléfono de la empresa. Aparte tenía un número particular.

—¿Y eso? —preguntó Anna-Maria cogiendo la otra impresión.

Tommy Rantakyrö se encogió de hombros.

—Qué sé yo. A lo mejor no podía hacer llamadas privadas con el móvil de la empresa.

Rebecka Martinsson soltó una risotada.

—Perdón —se disculpó—. Se me olvidaba que sois funcionarios. Ahora yo también lo soy, no tiene nada de malo. A ver, ¿qué sueldo tenía? Casi noventa mil, más los extras. En ese caso eres siervo de tu trabajo. Tienes que estar disponible las

veinticuatro horas y tus llamadas privadas son el más insignificante de tus gastos.

—Entonces, ¿por qué? —preguntó Tommy Rantakyrö herido.

—La empresa puede revisar los teléfonos de la empresa —pensó Anna-Maria—. Ella quería un teléfono que tuviera garantía de privacidad. Quiero nombre, dirección y número de pie de todas las personas con las que ha hablado por ese teléfono.

Agitó la impresión del móvil particular.

Tommy Rantakyrö levantó el dedo índice y el corazón como una muestra de honor en señal de que sus órdenes iban a ser cumplidas.

Anna-Maria Mella volvió a echarle un vistazo a las hojas.

—No hay llamadas los días antes de su muerte, qué lástima.

—¿Qué compañía es? —preguntó Rebecka Martinsson.

—Comviq —respondió Anna-Maria—, así que allí arriba no hay cobertura.

—Abisko es muy pequeño —observó Rebecka—, de manera que si hizo alguna llamada seguro que la hizo desde la cabina de la oficina de turismo. A lo mejor sería interesante comparar las llamadas salientes de allí con las listas de los móviles.

Tommy Rantakyrö parecía resignado.

—Pero pueden ser cientos de llamadas —se quejó.

—No lo creo —dijo Rebecka—. Si llegó el jueves y la asesinaron en algún momento entre la tarde del jueves y el sábado por la mañana, son menos de cuarenta y ocho horas, así que no pueden ser más de veinte llamadas. La gente esquía y se pasa las horas en el bar, no se meten en la cabina porque sí. Lo dudo mucho, vaya.

—Compruébalo —le dijo Anna-Maria a Tommy Rantakyrö.

—Alerta —avisó Sven-Erik con la boca llena de pan.

Per-Erik Seppälä, un periodista de la televisión pública SVT Norrbotten, se acercaba a su mesa y en cuanto lo vio, Anna-Maria le dio la vuelta a las listas de llamadas.

Per-Erik saludó y se paró unos segundos extra a observar a Rebecka Martinsson. Así que ése era su aspecto real. Él sabía que se había vuelto a instalar en la ciudad y que había empezado a trabajar en la fiscalía, pero nunca se había cruzado con ella. Le costaba dejar de mirar la cicatriz roja que le iba desde el labio superior hasta la nariz, la que le había quedado tras destrozarse la cara aquella vez hacía un año y medio. Él mismo había hecho un reportaje en el que reconstruía el transcurso de los acontecimientos. Lo pusieron en el telediario nacional.

Apartó la mirada de Rebecka y la dirigió a Anna-Maria.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó.

—Lo siento, no puede ser —lamentó Anna-Maria—. Daremos una rueda de prensa tan pronto como tengamos algo de interés para el público.

—No, no. O bueno, sí, es sobre Inna Wattrang, pero es una cosa que deberías saber.

Anna-Maria asintió con la cabeza en señal de que le escuchaba.

—No aquí, si eres tan amable —objetó Per-Erik.

—He terminado —le dijo Anna-Maria a sus compañeros y luego se levantó. Por lo menos le había dado tiempo a comerse la mitad.

—No sé si... si significa algo —titubeó Per-Erik Seppälä, pero te lo tengo que explicar, porque es que sí... bueno, por eso prefiero contarle a puerta cerrada. No me apetece morir antes de hora.

Bajaron por la avenida Gruv y pasaron por delante del antiguo parque de bomberos. Anna-Maria caminaba en silencio.

—¿Sabes Örjan Bylund? —continuó Per-Erik Seppälä.

—Humm —respondió Anna-Maria.

Örjan Bylund había trabajado de periodista para el diario *Norrländska Socialdemokraten*. Dos días antes de Nochebuena, que por otro lado era el día que cumplía sesenta y dos años, murió.

—Ataque al corazón, ¿no? —dijo Anna-Maria.

—Oficialmente, sí —dijo Per-Erik Seppälä—. Pero en verdad se suicidó. Se ahorcó en el despacho.

—Vaya —se sorprendió Anna-Maria.

Se extrañó de no haber estado al tanto de aquel detalle, porque era el tipo de cosas que los compañeros siempre saben.

—Pues así fue. En noviembre explicó que tenía algo grande entre manos relacionado con Mauri Kallis. Tienen concesiones por la zona, en las afueras de Vittangi y algunos lagos cerca de Svappavaara.

—¿Sabes de qué se trataba?

—No, pero pensé que... No sé... que tenía que contarle. Quiero decir, a lo mejor no es una casualidad. Primero él y después Inna Watrang.

—Pues a mí me resulta muy extraño no haber sabido que se suicidó. Se supone que siempre hay que llamar a la policía si se trata de un suicidio...

—Lo sé. Su esposa va a quedar destrozada. Fue ella quien lo encontró. Cortó la cuerda y llamó a los médicos. Era conocido en la ciudad y siempre acaban apareciendo chismorreos, así que la mujer llamó a un médico que conocía y él escribió el atestado de fallecimiento y llamó a la policía.

—Pero ¡qué coño! —exclamó Anna-Maria Mella—. Entonces tampoco le hicieron la autopsia.

—No sabía si debía... pero me sentí obligado a contártelo. Llega un momento en el que empiezas a dudar de si realmente fue un suicidio. Por eso de que estaba investigando lo de Kallis Mining y tal. Pero lo último que quiero es que Airi salga perjudicada de alguna manera.

—¿Airi?

—Su esposa.

—No, no —prometió Anna-Maria—. Pero tendré que hablar con ella.

Negó con la cabeza. ¿De dónde sacarían el tiempo para investigarlo todo, de hacer una recapitulación y hacerse una idea general? Empezaba a hacérsele grande.

—Si te enteras de algo más... —le dijo.

—Sí, sí, por supuesto. Vi a Inna Wattrang en una rueda de prensa que dio Kallis Mining aquí en la ciudad antes de que cotizara en bolsa una de las compañías de aquí arriba. Ella tenía un atractivo carisma, espero que encontréis al que lo hizo. Pero oye, sed delicados con Airi.

Rebecka Martinsson entró en su despacho muy animada. Le había ido bien no comer sola como de costumbre.

Puso en marcha el ordenador y el corazón le dio un vuelco.

¡Mail de Måns Wenngren!

«Vienes, ¿no?», era lo único que ponía.

Primero el mensaje le despertó cierta ilusión. Luego pensó que si de verdad le importaba le habría escrito más. Después pensó que si en realidad no le importaba, simplemente, no le habría escrito.

—Nunca fue una persona muy alegre. Eso ya lo sé. Tomaba antidepresivos... y de vez en cuando algún calmante. Pero aun así, nunca pensé que... ¿Queréis el café de cafetera americana o normal? A mí cualquiera de los dos me va bien.

Airi, la viuda de Örjan Bylund, se volvió de espaldas a Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke y metió unos bollos en el microondas.

Sven-Erik se sentía incómodo, no le gustaba hacer aquello de hurgar en heridas que justo empiezan a curarse.

—¿Fuiste tú quien convenció al médico para que no llamara a la policía? —le preguntó Anna-Maria.

Airi Bylund asintió con la cabeza, todavía de espaldas.

—Ya sabes cómo habla la gente. No responsabilicéis al doctor Ernander, todo fue idea mía.

—La cosa no funciona exactamente así —subrayó Anna-Maria—, pero nuestra intención no es responsabilizar a nadie.

Sven-Erik vio cómo Airi Bylund se llevó la mano rápidamente hasta la mejilla para secarse una lágrima que no quería que vieran y le invadió el deseo de abrazarla para darle consuelo. Después se dio cuenta de que su mano también había sentido el

deseo de agarrarle el culo, ancho y hermoso, y de la vergüenza que interrumpió enseguida el pensamiento. Por Dios, que esa pobre persona estaba llorando el suicidio de su marido.

A Sven-Erik aquella cocina le resultaba un espacio agradable. El suelo era de linóleo imitando baldosas de color terracota y tenía varias alfombras de trapo hechas en casa. Pegado a la pared había un sofá abatible que era un poco demasiado ancho y blando para sentarse, pero que incitaba a hacer la siesta después de comer. Tenía un montón de cojines agradables, no de esos pequeños y duros de simple decoración.

Quizá había demasiadas cositas por todas partes, pero con las mujeres siempre pasaba lo mismo: nunca quedaba una superficie libre. Por lo menos no se trataba de una colección extraña de duendecillos o hipopótamos ni botellas de cristal. Una vez habló con una testigo que tenía la casa abarrotada de cajetillas de cerillas de todos los rincones del mundo.

En la cocina de Airi Bylund había macetas apretujadas en la ventana, de las normales y de las colgantes, en la encimera estaba el micro y había una columna de cestas de bambú que servían para secar setas y especias, y en un gancho estaban colgadas varias manoplas que parecían estar hechas por algún nieto. Pegados a la pared de azulejos había una hilera de tarros de cerámica con tapa y con letras muy elaboradas que decían «Harina», «Azúcar», «Frutos secos» y demás. Uno estaba sin tapa y en él Airi Bylund había colocado batidores y utensilios de madera.

Aquellos tarros de cerámica tenían algo. A Hjördis también le encantaban; se los llevó cuando lo dejó. Y en casa de su hermana también había.

—¿Tenía despacho en casa?—preguntó Anna-Maria— ¿Podemos echar un vistazo?

Si la cocina de Airi Bylund estaba repleta de cosas, por lo menos estaba ordenada y limpia. En el despacho de su difunto marido había artículos de prensa arrancados e informes amontonados en columnas tambaleantes que se alzaban desde el suelo. Había una mesa plegable con un puzzle de mil piezas, que estaban colocadas boca arriba y separadas por colores. En la pared colgaban varios puzzles terminados y pegados sobre láminas de cartón piedra. Sobre un sofá viejo descansaban varias prendas de ropa y una manta.

—Bueno, no he tenido tiempo para... o no he tenido fuerzas —dijo Airi señalando el desorden con un gesto.

«Menos mal», pensó Anna-Maria.

—Mandaremos a alguien para que se lleve papeles, objetos y cosas así —explicó—. Lo tendrás todo de vuelta. ¿No tenía ordenador?

—Sí, pero se lo regalé a uno de mis nietos.

Los miró con sentimiento de culpabilidad.

—Su jefe no dijo nada acerca de que quisieran que se lo devolviera, así que...

—Tu nieto, el que se quedó con el ordenador...

—Axel. Tiene trece años.

Anna-Maria sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Cuál es su número?

Axel estaba en casa y le contó que el ordenador estaba intacto en su habitación.

—¿Has formateado el disco duro? —le preguntó Anna-Maria.

—No, ya estaba formateado. Pero sólo tiene veinte gigas y quiero bajarme cosas de Pirate Bay, o sea que si queréis el ordenador de mi abuelo quiero uno nuevo con un procesador de 2,1 gigahercios.

Anna-Maria no pudo contener una carcajada. Menudo negociante.

—Ni lo sueñes —le contestó—. Pero como soy tan buena te lo devolveré cuando hayamos terminado.

Cuando terminó de hablar con Axel le preguntó a Airi:

—¿Formateaste tú el disco duro?

—No —respondió Airi Bylund—. Ni siquiera sé programar el vídeo. —Clavó la mirada en Anna-Maria—. Procura aprender cómo funcionan esas cosas, porque de repente te encuentras con que estás sola.

—¿Y vino alguien del periódico y le hizo algo al ordenador?

—No.

Anna-Maria marcó el número de Fred Olsson, que contestó al primer tono.

—Si alguien ha formateado un disco duro, ¿verdad que se pueden recuperar, como mínimo, los documentos y las cookies?

—Claro —dijo Fred Olsson—. Siempre y cuando no se le haya hecho un PEM.

—¿Un qué?

—Someterlo a un pulso electromagnético. Hay algunas empresas especializadas que lo hacen. Tráemelo, tengo algunos programas para recuperar la información de un disco duro.

—Me paso hoy —dijo Anna-Maria—. No te vayas del trabajo, puedo tardar un rato.

Después de la conversación, Airi Bylund parecía pensativa. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntó Anna-Maria.

—No, nada... Pero cuando lo encontré... Fue aquí, en el despacho, por eso la lámpara del techo está ahí en la cama.

Anna-Maria y Sven-Erik miraron el gancho de la luz del techo.

—La puerta del despacho estaba cerrada —continuó Airi Bylund—. Pero el gato estaba dentro.

—¿Sí?

—Nunca lo dejaba estar aquí. Hace diez años tuvimos otro gato que siempre se

colaba y se meaba en sus montones de papeles y en sus zapatillas de piel. Después de aquél, todos los gatos tuvieron prohibida la entrada.

—A lo mejor no le importó cuando...

Sven-Erik se calló a mitad de la frase.

—Ya, yo también lo pensé —afirmó Airi Bylund.

—¿Crees que fue asesinado? —le preguntó Anna- Maria sin rodeos.

Airi Bylund se quedó callada unos segundos antes de responder.

—Quizá me gustaría que fuera así. De algún modo extraño. Es tan difícil de entenderse llevó la mano a la boca.

—Pero no era una persona alegre. Nunca lo fue.

—Así que tienes gato —comentó Sven-Erik, a quien se le hacía arduo el estilo directo de Anna-Maria.

—Sí, sí —dijo Airi Bylund con una pequeña sonrisa—. Está durmiendo en el dormitorio. Ven, que te enseñe una cosa de lo más entrañable.

Sobre la colcha de ganchillo de la cama doble había una gata durmiendo con cuatro gatitos amontonados de cualquier manera a su alrededor.

Sven-Erik cayó de rodillas como ante un altar.

La gata se despertó al instante, pero no se movió del sitio, y uno de los gatitos también abandonó el sueño y se acercó con torpeza hasta donde estaba Sven-Erik. Era una hembra, gris y rayada y con un anillo casi negro alrededor de un ojo.

—¿Verdad que es divertida?—comentó Airi—. Parece que se haya metido en una pelea.

—Hola, boxeadora —le dijo Sven-Erik a la gatita.

El animal se paseó sin ningún tipo de reparo por el brazo de Sven-Erik ayudándose de sus garras de lo más afiladas para no perder el equilibrio. Le subió hasta el hombro y luego cruzó hasta el otro pasándole por detrás de la nuca.

—Hola, pequeñita —le dijo con devoción.

—¿La quieres?—le preguntó Airi Bylund—. Me está costando colocarlas.

—No, no —se opuso Sven-Erik al mismo tiempo que sentía el pelo suave de la gata contra su mejilla.

El animal saltó a la cama y despertó a uno de sus hermanos a base de morderle la cola.

—Llévatela y nos vamos —le animó Anna-Maria.

Sven-Erik negó rotundamente con la cabeza.

—No —dijo—. Te acabas atando demasiado.

Se despidieron. Airi Bylund los acompañó hasta la puerta. Antes de marcharse, Anna-Maria le preguntó:

—Tu marido, ¿fue incinerado?

—No, lo enterraron. Pero yo siempre he dicho que a mí me tienen que esparcir

sobre Taalojärvi.

—Taalojärvi —repitió Sven-Erik—. ¿Cómo te llamabas de soltera?

—Bueno, Tieva.

—Vaya —dijo Sven-Erik—. ¿Sabes qué? Hace unos veinte años subí en motonieve hasta Salmi. Iba de camino a Kattuvuoma y justo enfrente del pueblo, en el lado este del estrecho de Taalojärvi, había una cabaña. Yo llamé para preguntar por el camino hasta Kattuvuoma y la mujer que vivía allí me dijo que «normalmente cruzas por el lago, luego las ciénagas y después a la izquierda y llegas a Kattuvuoma». Y estuvimos hablando un poco más y me pareció que era un poco reservada, pero al final hice de tripas corazón y me puse a hablar en finlandés, y de golpe la mujer se volvió mucho más amable.

Airi Bylund se rió.

—Ya me imagino, se pensaría que eras un *rousku* de esos, un suequito más.

—Exacto. Y cuando me monté en la moto y estaba a punto deirme me preguntó: «Pero ¿tú de dónde vienes y de quién eres, muchacho, si sabes hablar finlandés?» Así que le conté que era hijo de Valfrid Stålnacke, de Laukkuluspa. «*Voi hyvänen aika* —dijo juntando las manos—. Madre mía. Pero ¡chico! ¡Si somos familia! No puedes ir por el lago. Hay muchos hoyos y es muy peligroso. Tú sigue la orilla.»

Sven-Erik se rió.

—Se llamaba Tieva. ¿Era tu abuela?

—¿Estás tonto o qué?—dijo Airi Bylund sonrojándose—. Era mi madre.

En cuanto salieron a la calle Anna-Maria empezó a dar pasos como un soldado en plena marcha. Sven-Erik la seguía con pasitos apresurados.

—¿Vamos a buscar el ordenador? —le preguntó.

—Quiero sacarlo —dijo Anna-Maria.

—Pero si es pleno invierno. La tierra está helada.

—No me importa. ¡Voy a sacar el cuerpo de Örjan Bylund ahora! ¡Pohjanen tiene que hacerle la autopsia! ¿Adónde vas?

—Voy a informar a Airi Bylund, evidentemente. ¡Ve tú! Nos vemos en la comisaría.

Rebecka Martinsson llegó a casa a las seis de la tarde. El cielo se había vuelto a nublar y estaba oscureciendo. Justo cuando bajó del coche frente a la casa de fibrocemento gris empezaron a caer los copos de nieve, estrellas ligeras como plumas que resplandecían cuando atravesaban el haz de luz de la lámpara que colgaba de la pared del establo y el del farolillo de la escalinata.

Se quedó quieta y sacó la lengua, los brazos abiertos en cruz, la cara hacia arriba

y los ojos cerrados, sintiendo los copos aterrizándole sobre las cejas y en la lengua. Pero no era la misma sensación que cuando era pequeña. Igual que hacer ángeles en la nieve, también era una de esas cosas tan fantásticas de hacer cuando eres pequeño, pero si lo intentabas de mayor se te metía la nieve por el cuello del abrigo.

«No es para mí», pensó abriendo los ojos y mirando el río, encamado en su propia oscuridad.

Al otro lado de la cala brillaban las luces de unas pocas casas.

«Él no piensa en mí. Que me escriba un e-mail no significa nada.»

Al mediodía le había escrito como mínimo veinte respuestas a Måns Wenngren, pero las iba borrando todas. No tenía que parecer tan ansiosa.

«Olvidalo —intentaba decirse a sí misma—. No está interesado.»

Pero el corazón le protestaba testarudo.

«Anda que no», le decía mientras le iba sacando imágenes para que las viera. Måns y Rebecka en la barca. Ella está remando, él deja la mano muerta en el agua. Lleva la camisa blanca arremangada, tiene la cara relajada y suave. Después: Rebecka en el suelo de la habitación delante del hogar encendido. Måns entre sus piernas.

Cuando se desnudó para quitarse el traje del trabajo y ponerse unos téjanos y un jersey, aprovechó para mirarse en el espejo. Pálida y delgada. Los pechos, demasiado pequeños. ¿Y no tenían una forma extraña? No eran dos montículos, sino más bien dos cucuruchos de helado puestos del revés. De repente se sintió molesta y ajena ante aquel cuerpo que nadie quería y en el que ninguna criatura había terminado de crecer. Se puso la ropa a toda prisa.

Se sirvió un whisky y se sentó a la vieja mesa abatible que su abuela tenía en la cocina. Se tomó la copa con tragos más largos que de costumbre. A medida que le iban cayendo calientes dentro del estómago los pensamientos dejaron de importunarle en la cabeza.

La última vez que estuvo enamorada de verdad... fue de Thomas Söderbergi, y eso debería decir algo sobre su capacidad de escoger a los hombres. Mejor no pensar en ello.

Después tuvo algún que otro novio suelto, todos ellos estudiantes de Derecho en la universidad. Ninguno que ella hubiera escogido por voluntad propia, sino que, simplemente, se había dejado invitar a cenar, se había dejado besar y se había dejado caer en alguna cama. Triste y predecible desde el principio y el desprecio había estado presente todo el tiempo. Los había repudiado a todos porque eran puros niños de papá, chicos de clase media-alta, todos convencidos de que sacarían mejores notas que ella tan sólo con que estudiaran un poco. Rebecka despreciaba sus patéticas rebeliones contra los padres que consistían en un consumo moderado de drogas y un consumo un tanto mayor de alcohol. Incluso aborrecía el desprecio de todos hacia la

vida burguesa antes de que ellos mismos se pusieran a trabajar y se casaran y se convirtieran también en pequeños burgueses.

Y ahora Måns. Pon un poco de internado, buen arte, arrogancia, alcohol y perspicacia jurídica en un cuerpo de hombre y agítalo.

«Seguro que papá no era consciente de la suerte que tuvo cuando mamá lo escogió.» Así es como iba a decirlo. Su madre escogió a su padre como quien coge una fruta del árbol.

De repente a Rebecka le invadieron las ganas de ver fotos de su madre. Pero, tras la muerte de su abuela, ella misma había arrancado todas las imágenes de los álbumes en las que aparecía.

Se calzó las botas y cruzó la calle corriendo hasta la puerta de Sivving.

En el cuarto de la caldera había un suave aroma a salchicha de Falun asada. En el escurridor había un plato, un vaso y una olla de aluminio recién fregados y al lado, sobre una paño de cocina de cuadros rojos, una sartén bocabajo. Sivving estaba tumbado encima de la cama dormitando con el diario sensacionalista *Aftonbladet* tapándole la cara. En uno de los calcetines de lana tenía un tomate de considerables proporciones. Rebecka quedó curiosamente conmovida cuando lo vio así.

Bella se incorporó con tal alegría por la visita que a punto estuvo de volcar la silla. Rebecka la acarició y el golpeteo rítmico de la cola del animal contra la mesa de la cocina y sus gemidos contentos terminaron por despertar a Sivving.

—Rebecka —dijo con alegría—. ¿Has tomado café?

Aceptó la invitación y mientras él preparaba la cafetera le explicó el motivo de la visita.

Sivving subió las escaleras y regresó al cabo de un rato con dos álbumes bajo el brazo.

—Hay varias fotos de tu madre —dijo—. Pero la mayoría son de Maj-Lis y los niños, claro.

Rebecka fue pasando las hojas con las imágenes de su madre. En una salían ella y Maj-Lis sentadas sobre una piel de reno en la nieve a finales de invierno. Estaban riendo a la cámara y la miraban con los ojos entreabiertos.

—Nos parecemos —dijo Rebecka.

—Sí —reconoció Sivving.

—¿Cómo se conocieron ella y mi padre?

—No lo sé. Sería en algún baile. La verdad es que tu padre era buen bailarín, siempre y cuando se atreviera.

Rebecka trató de imaginarse la escena: su madre en brazos de su padre en la pista de baile. Él, con la seguridad que le daba el alcohol, le pasaba la mano por la espalda.

Las fotos la llenaron de una antigua sensación, una mezcla extraña de vergüenza y rabia. La ira en respuesta a la compasión altanera de la gente del pueblo.

A Rebecka la llamaban pobre niña sin que ella lo oyera. *Piik riepu*. Menos mal que tenía a su abuela, decían. Pero ¿cuánto aguantaría Theresia Martinsson? Ésa era la cuestión. Problemas y carencias los tenía todo el mundo, pero no poder cuidar de su propia hija...

Sivving la observaba a un lado.

—A Maj-Lis le gustaba mucho tu madre —le dijo.

—¿Ah, sí?

Rebecka se dio cuenta de que la voz le había salido como un mero susurro.

—Siempre tenían un montón de cosas de las que hablar; se pasaban las horas sentadas en la cocina riendo.

«Cierto —pensó Rebecka—. Yo también me acuerdo de aquella faceta de mi madre.» Buscó alguna foto en la que su madre no apareciera posando, en la que no se girara en el ángulo más elegante para mirar a la cámara y sonreír.

Toda una estrella de cine, para el rasero de Kurravaara.

Dos recuerdos:

El primero. Rebecka se despierta por la mañana en su pequeño apartamento del centro. Se han mudado de Kurravaara. Su padre se ha quedado en la planta baja de la casa de la abuela. Dicen que lo más práctico es que Rebecka se quede con su madre en la ciudad. Cerca de la escuela y todo eso. Se despierta y huele a limpieza. Todo está que reluce de limpio. Además, su madre ha cambiado de sitio todos los muebles del piso. La mesa está con el desayuno puesto, panecillos *scones* recién hechos. Su madre está fumando en el balcón y parece contenta.

Debe de haberse tirado toda la noche arrastrando muebles y limpiando. ¿Qué van a pensar los vecinos?

Rebecka baja las escaleras sigilosa como un gato con la mirada fija en el suelo. Si Laila, la vecina de abajo, abre la puerta se morirá de vergüenza.

El segundo. La señorita dice: Poneos por parejas.

Petra: No quiero sentarme al lado de Rebecka.

La señorita: ¿Qué tonterías son esas?

La clase escucha. Rebecka clava la mirada en el pupitre.

Petra: Huele a pis.

Es porque no tienen electricidad en el piso. Se la han cortado. Es septiembre, así que no pasan frío, pero no pueden lavar la ropa en la lavadora.

Cuando Rebecka llega a casa llorando su madre se enfurece. Se la lleva a rastras a la oficina de la Dirección Nacional de Telecomunicaciones y le echa la bronca al personal. No sirve de nada que intenten hacerle comprender que tiene que dirigirse a la compañía eléctrica, que no son lo mismo.

Rebecka se quedó mirando la foto de su madre. Le llamó la atención que tuviera más o menos la misma edad que ella.

«Lo hizo lo mejor que pudo, supongo», pensó.

Se quedó observando a la mujer sonriente de la piel de reno y sintió que la atravesaba un sentimiento de reconciliación. Era como si algo alcanzara un estado de paz en su interior. Quizá fue por tomar conciencia de que su madre no era tan mayor.

«¿Qué tal lo habría hecho yo si hubiese decidido tener a mi hijo, tal como hizo mi madre? —pensó—. ¡Dios mío!

»Y después, cuando me dejaba en casa de la abuela porque no le quedaban fuerzas, era como si igualmente estuviera poniendo orden. Los veranos también me los pasaba aquí, en Kurra.

»Y aquí todos los niños iban guarros. Seguro que olían a pis ellos también.»

Sivving interrumpió sus pensamientos.

—Oye, a lo mejor podrías ayudarme... —comenzó diciendo.

Siempre procuraba darle tareas que hacer. Rebecka sospechaba que no era porque necesitara ayuda, sino porque pensaba que ella lo necesitaba. Un poco de trabajo físico como remedio contra las cavilaciones.

Ahora la quería subir al tejado para quitar la nieve de un saliente.

—Es que se va a derrumbar cualquier día de estos y no quiero que le caiga encima a *Bella*. O a mí, si me olvido.

Se subió al tejado de Sivving en la oscuridad de la tarde. La luz exterior del jardín no era de gran ayuda. Estaba nevando y la nieve de debajo del saliente estaba dura y resbaladiza. Cuerda a la cintura, pala en mano y arriba. Sivving también tenía una pala, pero para apoyarse. Le señalaba, le gritaba consejos y le daba órdenes. Rebecka lo hacía a su manera, lo cual lo irritaba, porque la manera de él era la mejor. Siempre solía ser así entre ellos. Cuando Rebecka bajó estaba sudada de pies a cabeza.

Pero no le sirvió de mucho. Cuando se metió en la ducha volvió a pensar en Måns. Miró el reloj. Sólo eran las nueve.

Necesitaba más trabajo para ocupar la cabeza. Lo mejor sería ponerse con el ordenador a investigar un poco más sobre Inna Wattrang.

A las diez menos cuarto llamaron a la puerta y se oyó la voz de Anna-Maria Mella desde el recibidor:

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Rebecka abrió la puerta del pasillo del piso de arriba y gritó:

—¡Aquí arriba!

—Santa Claus existe —dijo Anna-Maria con un suspiro cuando llegó al final de la escalera.

Cargaba una caja de cartón de esas en las que se embalan los plátanos. Rebecka se acordó de la broma que le había hecho por la mañana y se rió.

—He sido muy buena —aseguró.

Anna-Maria también se rió. Con Rebecka las cosas fluían muy bien ahora que trabajaban juntas en el caso del asesinato de Inna Wattrang.

—Son documentos y más cosas sacados del ordenador de Örjan Bylund —dijo Anna-Maria un poco más tarde haciendo un gesto hacia la caja.

Se sentó a la mesa de la cocina y le habló del periodista muerto mientras Rebecka preparaba café.

—Le dijo a un amigo que tenía algo en marcha sobre Kallis Mining. Un mes y medio después, apareció muerto.

Rebecka se dio la vuelta para mirarla.

—¿Cómo?

—Se ahorcó en su casa, en el despacho. Aunque no estoy del todo segura de que fuera así. He pedido permiso para exhumar el cuerpo y hacerle la autopsia. Espero que la administración provincial se decida rápido. Mira esto.

Le dejó un *pen-drive* sobre la mesa.

—El contenido del ordenador de Örjan Bylund. El disco duro estaba formateado, pero Fred Olsson lo ha apañado.

Anna-Maria miró a su alrededor. Era una cocina muy acogedora. Muebles rústicos sencillos mezclados con algo de los años cuarenta y cincuenta. Una docena de bandejas sujetas a una cinta bordada. Todo muy pulcro y con un aire anticuado. A Anna-Maria le recordó a la casa de su propia abuela.

—Qué bonito lo tienes todo —dijo.

Rebecka le sirvió un café y respondió:

—Gracias. Tendrás que tomártelo solo.

Rebecka paseó la mirada por su cocina. A ella también le gustaba cómo la tenía. No era un mausoleo a la memoria de su abuela, pero había procurado conservar la mayoría de las cosas. Cuando se mudó, tuvo una sensación muy clara de que así era como lo quería. Cuando le dieron el alta de la clínica psiquiátrica, un día se quedó mirando su apartamento de Estocolmo. Las sillas de diseño, las lámparas Paul Henningsen, el sofá italiano de Asplund que se regaló a sí misma cuando la aceptaron en el colegio de abogados. «Ésta no soy yo», pensó. Y lo vendió todo junto con el piso.

—Hay un pago efectuado a Inna Wattrang que voy a mirar —le dijo Rebecka a Anna-Maria—. Alguien le ha hecho un ingreso en efectivo de doscientas mil coronas a su cuenta privada.

—Sí, gracias —dijo Anna-Maria—. ¿Mañana?

Rebecka asintió con la cabeza.

«Qué bien», pensó Anna-Maria. Eran justo todas esas pequeñas cosas para las que nunca se tiene tiempo. Le podría decir a Rebecka que se apuntara la noche de la bolera. Así ella y Sven-Erik podrían hablar de gatos.

—En realidad soy demasiado vieja para estas cosas —comentó Anna-Maria echándole una mirada a la taza—. Ahora, si tomo café a última hora de la tarde, me despierto a medianoche y le empiezo a dar vueltas a las cosas—

Hizo un círculo con el dedo para indicar el giro eterno de los pensamientos.

—Yo también —reconoció Rebecka.

Se rieron, conscientes de que, a pesar de todo, las dos se habían tomado una taza, sólo para acercarse la una a la otra.

Fuera la nieve seguía cayendo.

JUEVES - 20 DE MARZO DE 2005

Estuvo nevando toda la noche del miércoles, pero por la mañana paró y el sol lució en un cielo despejado. Sólo hacía tres grados bajo cero. A las nueve de la mañana desenterraron el ataúd de Örjan Bylund. La tarde anterior, los trabajadores del cementerio habían estado quitando la nieve y colocaron un aparato encima de la tumba para calentarla.

Anna-Maria se había peleado con los encargados.

—Se necesita el permiso de la administración —le decían.

—Para sacar el cuerpo —dijo Anna-Maria—. Pero yo sólo quiero que pongáis la unidad de calor ahora para que lo podáis sacar más rápido cuando el permiso llegue.

Ya habían eliminado la capa de tierra helada y estaban cavando con el pequeño Kubota propiedad del cementerio.

Había una decena de fotografías en el lugar a los que Anna-Maria miraba sin poder evitar sentir cierta culpabilidad cuando pensaba en Airi Bylund.

«Pero estoy investigando un caso de asesinato, así que no hay otra —se justificaba—. Ésos lo único que quieren son fotos para las páginas centrales.»

Y se las llevaron: el hoyo sucio, la tierra, los restos lúgubres de rosas, el ataúd negro... Y, envolviéndolo todo, el resplandor de la luz característica del paso del invierno a la primavera, nieve recién caída del cielo y el brillo del sol.

El forense Lars Pohjanen y su asistente, Anna Granlund, estaban esperando en el hospital para recibir el cuerpo.

Anna-Maria Mella miró el reloj.

—Media hora —le dijo a Sven-Erik—. Después, lo llamamos para ver cuánto ha avanzado.

En el mismo instante empezó a vibrarle el teléfono en el bolsillo. Era Rebecka Martinsson.

—He investigado un poco el ingreso aquel en la cuenta de Inna Wattrang —dijo—. Y hay algo: el 15 de enero alguien entró en una pequeña sucursal del banco SEB que está en la calle Hantverkar en Estocolmo e ingresó 200.000 coronas. En el aviso del pago la persona escribió «No por tu silencio».

—No por tu silencio —repitió Anna-Maria—. Quiero ver ese aviso.

—Les he pedido que lo escaneen y me lo manden por e-mail. Échale un ojo a tu correo cuando puedas —le dijo Rebecka.

—Deja la fiscalía y vente a trabajar con nosotros —exclamó Anna-Maria—. El dinero no lo es todo.

Rebecka se rió al otro lado.

—Tengo que irme —dijo después—. Tengo una causa penal ahora.

—¿Hoy también? ¿No tenías una el lunes y otra el martes?

—Humm —asintió Rebecka—. Es Gudrun Haapalahti, de la secretaría del tribunal. Ya no nos envía a nadie.

—Deberías quejarte —le propuso Anna-Maria en un intento de ayudar.

—Prefiero la muerte, la verdad —se rió Rebecka—. Nos vemos.

Anna-Maria miró a Sven-Erik.

—¡Vas a ver! —gritó.

Llamó a Tommy Rantakyrö.

—Oye, ¿me puedes mirar una cosa?—empezó diciendo y, sin esperar respuesta, continuó—: Entérate de si alguna de las personas con las que Inna Wattrang habló por alguno de sus dos teléfonos vive o trabaja en las proximidades de la oficina de SEB en la calle Hantverkar de Estocolmo.

—¿Cómo es que me ha tocado a mí este infierno telefónico?—se lamentó Tommy Rantakyrö—. ¿Desde cuándo quieres que mire? ¿Seis meses?

Se oyó un suspiro al otro lado.

—Pues empieza en enero. El ingreso en su cuenta se hizo el 15.

—Por cierto, te iba a llamar justo ahora—dijo Tommy Rantakyrö antes de que Anna-Maria colgara.

—¿Sí?

—Alguien, y tiene que haber sido ella, llamó a casa de Diddi Wattrang, su hermano, el jueves por la noche, bastante tarde.

—Él me dijo que no sabía dónde estaba Inna —comentó Anna-Maria.

—La conversación duró exactamente cuatro minutos y veintitrés segundos. Creo que miente, ¿qué opinas?

Mauri Kallis estaba de pie, arriba en su despacho, y observaba el patio desde la ventana.

Ebba, su esposa, apareció caminando por la gravilla blanca con el casco bajo el brazo y el semental árabe nuevo cogido sin demasiada firmeza. La crin negra brillaba de sudor y avanzaba cabizbajo en una postura cansada y satisfecha.

Ulrika Wattrang se acercaba desde el otro lado. No llevaba al chiquillo con ella, probablemente lo había dejado en casa con la canguro.

La cuestión era si Diddi había vuelto a casa o no. A Mauri le daba lo mismo, se las apañaría igual de bien sin él en la reunión con el African Mining Trust. Incluso mejor. Últimamente ya no podía contar mucho con Diddi. Además, Mauri igual podía tener un mono para hacer el trabajo que hacía Diddi. No había que esforzarse mucho para encontrar a un inversor interesado en el proyecto de Mauri. Ahora que habían perdido el trono de las acciones de tecnologías de la información y que parecía

imposible satisfacer el hambre de acero que tenía China, estaban haciendo cola para poder participar.

Iba a deshacerse de Diddi. Sólo era una cuestión de tiempo que él, su mujer y su principito recogieran los bártulos y se largaran a freír espárragos.

Ulrika se paró a hablar con Ebba.

Ebba miró de reojo hacia la ventana y Mauri buscó refugio detrás de la cortina, que se movió un poco aunque no tanto como para percibirse desde fuera.

«No me importa», pensó con odio al mirar a Ebba.

Cuando ella le propuso habitaciones separadas lo aceptó sin discusiones. Lo más probable era que se tratara de uno de los últimos intentos de su mujer de provocar un conflicto pero, al contrario, él se sintió de lo más aliviado. Así se libraba de fingir que no se enteraba cuando ella lloraba de espaldas a él.

«Diddi tampoco me importa —pensó—. A decir verdad, no recuerdo qué es lo que me pareció tan fantástico en él.

»Quien me importaba era Inna», pensó luego.

Está nevando. Faltan dos semanas para Navidad. Mauri y Diddi están en tercero de Empresariales. Mauri ya trabaja a tiempo parcial en OMX, la compañía líder de servicios financieros. Ha empezado a seguir el mercado de materias primas con especial interés. Pasarán diecisiete años hasta que aparezca en la portada de *Business Week*.

El barrio alrededor de la plaza de Stureplan parece un anuncio, o uno de esos juguetes, una bola de plástico en la que nieva cuando la agitas.

Hay mujeres hermosas sentadas en las cafeterías y a su lado tienen bolsas de papel de los almacenes NK llenas de paquetes. Fuera, los copos de nieve descienden revoloteando.

Niños y niñas con abrigo y trenzas, como adultos en miniatura, van cogidos de la mano de sus padres bien arreglados y caminan casi de espaldas tratando de que les dé tiempo de ver la decoración navideña de los escaparates. Diddi se lo pasa en grande con las decoraciones del barrio de Östermalm.

—Menudo complejo de Londres que tienen —se ríe.

Van de camino al Riche con una agradable sensación de ligera ebriedad, a pesar de ser sólo las seis y cuarto de la tarde. Pero han decidido hacer una cena de empresa por Navidad.

En el cruce de la calle Birger Jarl con Grev Ture se topan con Inna.

Va cogida del brazo de un hombre mayor que ella. Mucho mayor. Es enjuto de aquella manera antigua. La muerte se hace notar en su expresión a través del esqueleto, que aprieta la piel desde dentro y dice: dentro de poco sólo quedará yo. La piel tampoco tiene demasiada capacidad para oponerse: se tensa sin elasticidad sobre

la frente donde destaca el cráneo. Los pómulos sobresalen por encima de las mejillas caídas. Los huesos también se le marcan en las muñecas.

Mauri no reparará hasta un poco más tarde en que Diddi está a punto de pasar de largo sin saludar, pero Mauri se detiene, por supuesto, y se hace necesaria una presentación.

Inna no parece importunada lo más mínimo. Mauri la mira y piensa en si ella ya es un regalo de Navidad. Su sonrisa y sus ojos siempre parecen contener una alegre sorpresa.

—Os presento a Ecke —dice ella abrazándosele cariñosa.

Todos esos apodos de la clase alta y la nobleza. Mauri nunca deja de asombrarse. Noppe, Bobbo y Guggu. Inna se llama en realidad Honorine. Y un William nunca pasa a ser Wille mientras que Walter siempre acaba siendo Walle.

El hombre saca de su abrigo de lana, caro pero un tanto descuidado, una mano huesuda llena de manchitas marrones de la edad. A Mauri le despierta cierto asco y tiene que reprimir un impulso de olerse después su propia mano para ver si huele a sucio.

—No lo entiendo —le dice a Diddi después de despedirse de Inna y su acompañante—. ¿Ése es Ecke?

Inna lo ha nombrado algunas veces. No puede acompañarlos porque se va al campo con Ecke, ella y Ecke han visto tal y cual película. Mauri se imagina un chico de la clase alta con pelo rubio repeinado hacia atrás. A veces piensa que quizá esté casado, dado que nunca tienen la ocasión de conocerlo. Inna es muy reservada pero siempre lo es con sus novios. Mauri también ha pensado que sus parejas le sacan algunos años y que a Inna no le gusta que tengan nada en común con su hermano y Mauri, chavalitos que todavía van a la facultad. Pero ¡no que les sacaran tantos!

Al ver que Diddi no responde, Mauri continúa:

—¡Es un viejo! ¿Qué le encuentra?

Entonces Diddi dice gracioso, aunque Mauri puede notar cómo se aferra a su desenfado, cómo está a punto de escurrírsele de las manos aunque se agarre a él, que es lo único a lo que se puede coger:

—Eres realmente ingenuo.

Se quedan de pie en la acera delante del Riche, completando la imagen de postal navideña. Diddi dispara su cigarro a la nieve y mira intensamente a Mauri.

«Me va a besar», piensa Mauri sin que le dé tiempo a decidir si eso le asusta o no hasta que el instante ha pasado.

En otra ocasión, también en invierno y también nevando. Inna tiene un buen amigo, como ella los llama. Pero éste es otro, lo de Ecke se terminó hace mucho tiempo. Va a ir a la cena de los Nobel con el hombre en cuestión y Diddi decide que

él y Mauri tienen que ir a su pisito de la calle Linné con una botella de champagne a ayudarla a subirse la cremallera del vestido.

Está radiante cuando les abre la puerta: vestido largo de color rojo amapola y labios húmedos del mismo tono.

—¿Bien? —les pregunta.

Pero Mauri no puede responder. Acaba de aprender lo que significa quedarse sin aliento.

Menea la botella de champagne y se escabulle a la minúscula cocina para ocultar sus emociones y buscar unas copas.

Al volver, ella está sentada a la mesa poniéndose más sombra de ojos. Diddi está detrás, inclinado sobre su hermana y apoyándose con una mano sobre la mesa. La otra se le ha deslizado por debajo del vestido y le acaricia los pechos.

Los dos se quedan mirando a Mauri a la espera de su reacción. Diddi levanta ligeramente una ceja, pero no aparta la mano.

Mauri no se mueve del sitio. Se queda inexpresivo durante tres segundos, manteniendo un control total sobre toda la red de finas fibras musculares que le cubre la cara. Cuando han pasado esos segundos levanta las cejas con soltura en un gesto de Oscar Wilde indescriptiblemente decadente y dice:

—Muchacho, cuando tengas una mano libre, tengo una copa para ti. ¡Salud!

Sonríen. Sin duda, es uno de ellos.

Y beben de sus copas de champán heredadas.

Ebba Kallis y Ulrika Wattrang se encontraron en el patio delantero de Regla. Ebba miró hacia la ventana de Mauri. La cortina se movió ligeramente.

—¿Sabes algo de Diddi? —preguntó Ebba.

Ulrika Wattrang negó con la cabeza.

—Estoy tan preocupada —dijo—. No puedo dormir. Ayer me tomé una pastilla, pero no me gusta porque estoy dando el pecho.

Echnaton, impaciente, pegó un tirón a las riendas. Quería volver al establo para que le quitaran la silla y se ocuparan de él.

—Pronto te llamará —dijo Ebba mecánicamente.

Una lágrima apareció por debajo del mechón tupido que le caía por la cara a Ulrika. Negó desconfiada con la cabeza.

«Uf, qué cansada estoy de todo esto —pensó Ebba—. Estoy harta de sus lloros.»

—Tienes que recordar que para él es un periodo muy duro ahora mismo —le dijo con condolencia en la voz.

«Como para todos», pensó con fuerza.

En el último medio año Ulrika había ido varias veces a su casa para llorar. «No hace más que rechazarme, está completamente ausente, ni siquiera sé qué se ha

tomado, trato de preguntarle si por lo menos Philip es importante para él, pero no hace más que...» Solía abrazar tan fuerte al bebé que a veces lo despertaba y se ponía a llorar desconsolado. Entonces a Ebba le tocaba cogerlo en brazos y pasearlo hasta que se calmaba.

Echnaton acercó el hocico a la cabeza de Ebba y resopló de manera que se le agitó todo el pelo. Ulrika se rió entre las lágrimas.

—Está loco por ti —dijo.

«Sí que lo está —pensó Ebba mirando de nuevo la ventana de Mauri—. Los caballos me quieren.»

Este semental en concreto se lo había apropiado por una miseria teniendo en cuenta su pedigrí. Sólo porque era una auténtica pesadilla montarlo. Ebba recordó su expectativa cuando lo bajaron del remolque. Los ollares dilatados y los ojos dibujando círculos en esa divina cabeza negra. Tenía sujetas las patas de atrás y había que andar con cuidado. Aquella vez lo bajaron entre tres hombres.

—Suerte —le deseó el hombre entre risas cuando por fin lograron meterlo en la cuadra y ya podían marcharse para seguir celebrando la Navidad. El semental se quedó allí dentro con los ojos desorbitados.

Ebba no lo llevó al cercado con fusta y atado corto, sino que lo montó para quitarle el diablo del cuerpo. Lo dejó correr y saltar, largo y alto. Se puso el chaleco protector y le dio gas en lugar de frenarlo. Al volver estaban cubiertos de barro. Una de las chicas del establo que solía ayudar a Ebba los vio y se echó a reír. *Echnaton* se quedó quieto en el pasillo del establo con las piernas temblando por el cansancio. Ebba lo limpió a manguerazos con agua tibia. Él resopló satisfecho y de pronto apoyó la frente contra la de ella.

Ebba tenía en la actualidad una docena de caballos. Compraba potros y casos perdidos y los domaba. En breve empezaría a criarlos ella misma. Mauri se solía reír diciendo que compraba más de los que vendía, y ella le seguía amablemente el juego de esposa que tenía dos hobbies caros: caballos de raza y perros callejeros.

—Regla es tuya —le dijo Mauri cuando se casaron.

Para darle seguridad económica y compensar que Kallis Mining era propiedad exclusivamente de él.

Pero él había comprado y reformado Regla con dinero prestado sin llegar nunca a liquidar el préstamo.

Si Ebba dejaba a Mauri tendría que renunciar también a Regla, los caballos, los perros, el personal de servicio, los... Toda su vida estaba allí.

Ella tomó la decisión que quiso. Sonreía cuando Mauri estaba con ella y con sus hijos como si estuviera de visita, mantenía al día a su marido sobre cómo le iba el colegio a los niños y lo que les gustaba hacer en su tiempo libre. Se encargó del funeral de Inna sin rechistar.

«Yo también me parezco a él —pensó Ebba mirando al caballo—. Estamos esclavizados, la libertad es imposible. Si consigues permanecer agotada te libras de volverte loca.»

Justo cuando le pasó esa idea por la cabeza, apareció Ester corriendo a zancadas por el jardín.

El jueves a la hora de comer, Anna-Maria Mella abrió con llave la puerta de su casa y entró diciendo: «Hola, casita.» Se le alegró el corazón al ver que la mesa estaba limpia y sin rastro del desayuno.

Se sirvió un plato de leche con cereales, una rebanada de pan con paté y después marcó el número de Lars Pohjanen, el forense.

—¿Y bien? —fue lo único que dijo Anna-Maria, sin ni siquiera presentarse cuando él descolgó.

Al otro lado del teléfono se oyó algo que recordaba a una urraca que se acaba de quedar atrapada en una chimenea. Había que conocer a Pohjanen para saber que aquel ruido no era más que su risa.

—*Hätähou su*, culo inquieto.

—Dale a *hätähou su* lo que quiere. ¿De qué murió Örjan Bylund? ¿Se ahorcó él mismo?

—Lo que quiere —repitió la voz chirriante y descontenta de Pohjanen al otro lado—. ¿Qué les pasa a tus compañeros? Me lo tendríais que haber enviado para hacerle la autopsia cuando lo encontrasteis. Me sorprende que los policías sean tan pésimos en seguir las normas. Parece que sólo lo tenga que hacer el resto del mundo.

Anna-Maria Mella se calló el punzante comentario de que la policía nunca acudió al lugar de los hechos porque un médico, es decir, un colega de Pohjanen, decidió saltarse las normas y rutinas, y diagnosticó un infarto en el acta de fallecimiento y dejó que la funeraria fuera a recoger el cuerpo. Pero era más importante que Pohjanen estuviera de buen humor a que ella tuviera razón.

Emitió un sonido que bien se podía interpretar como una disculpa y dejó que Pohjanen empezara a hablar.

—Vale —continuó el forense en un tono más suave—. Suerte que lo enterraron en invierno y los tejidos blandos no se ven tan afectados. Pero claro, ahora que está descongelado la cosa se acelera.

—Humm —respondió Anna-Maria pegándole un bocado a la tostada con paté.

—Es comprensible que creyeran que se trataba de un suicidio. Las heridas externas son de ahorcamiento. Hay una estría de cuerda alrededor del cuello... y ya lo habían bajado cuando el médico del distrito le hizo la observación, ¿no es cierto?

—Sí, su mujer cortó la soga. Quería evitar el chismorreó, Örjan Bylund era una persona conocida en Kiruna. Estuvo trabajando en el periódico más de treinta años.

—Entonces es difícil ver si las heridas coinciden con la... hrrr... hrr... manera de ahorcarse... hrr...

Pohjanen interrumpió su informe para carraspear.

Anna-Maria Mella se apartó el teléfono de la oreja. No tenía ningún problema para hablar de muertos mientras comía, pero oír aquel gorgoteo ruidoso le quitaba el apetito. Y él era el que hablaba de polis que se saltaban las reglas, él, que era médico y fumaba como un carretero a pesar del cáncer de faringe del que le operaron unos años atrás.

Pohjanen continuó:

—Ya empecé a dudar con la inspección exterior. Había pequeñas hemorragias en las conjuntivas de los ojos. Nada grave, alfilerazos. Y después están las heridas internas, hemorragias a diferentes niveles, alrededor de la laringe y en la musculatura.

—¿Y?

—Pues que si es un ahorcamiento, en principio sólo tienes hemorragias debajo y alrededor de la marca de la soga, ¿no?

—Vale.

—Pero las hemorragias son demasiado grandes y están muy separadas. Además, hay una fractura en el cartílago tiroideos y en uno de los cuernos del hueso hioides.

Pohjanen sonó como si hubiera terminado y fuera a colgar.

—Espera un segundo —dijo Anna-Maria—. ¿Qué conclusiones sacas de todo esto?

—Pues que lo estrangularon, qué si no. Las heridas internas en la garganta no te las puedes hacer en un ahorcamiento. Apuesto por una estrangulación. Con las manos. Y había bebido. Bastante. Así que yo de ti interrogaría a la mujer. Es bastante habitual que aprovechen cuando el marido está piripi.

—No ha sido la esposa —dijo Anna-Maria Mella—. Es más complicado que eso. Mucho más complicado.

Mauri Kallis vio que Ester se acercaba por el jardín haciendo footing. Saludó a Ulrika y a Ebba con la cabeza y siguió corriendo en dirección al bosquecillo que quedaba entre el embarcadero nuevo y el antiguo. Solía hacer esa ruta por el sendero que baja al embarcadero viejo, donde el ingeniero de montes de Mauri tenía atracada su lancha fueraborda.

No dejaba de sorprender esa obsesión suya con el entrenamiento. Parecía que hubiera sustituido a su afición por la pintura. Leía textos sobre proteínas y

musculación, hacía pesas y salía a correr.

Y cuando corría parecía que cerrara los ojos. Era una práctica especial que hacía: intentaba correr sin chocar contra los árboles, simplemente dejando que los pies siguieran el sendero aunque ella no lo mirara.

Mauri recordó una cena que tuvieron hacía no mucho tiempo. Los primos de Ebba de Escania, Inna, Diddi y su mujer y el principito. Ester se acababa de instalar en el desván e Inna la había convencido para que bajara a cenar con ellos. Ester intentó escabullirse.

—Tengo que entrenar —le dijo con la mirada clavada en el suelo.

—Si no comes, por mucho que te entrenes no te servirá de nada —le contestó Inna—. Vete a correr y cuando hayas acabado ven a cenar con nosotros. Después te puedes ir cuando hayas terminado. Nadie se dará cuenta si te escapas un poco antes.

Ester se sentó a la mesa en mitad de la cena. Una mesa con mantel de lino blanco, candelabros, cubiertos de plata y toda la parafernalia. Llevaba el pelo mojado y tenía la cara llena de arañazos. Incluso le salía sangre en dos sitios.

Ebba la presentó a los demás, pálida e incómoda bajo la sonrisa, con palabras como «escuela de arte» y «exposición que ha despertado mucho interés en la Galería Lars Zanton».

A Inna le costó aguantarse la risa.

Ester cenó concentrada y en silencio con sangre en la cara, metiéndose bocados demasiado grandes y sin tocar la servilleta, que permaneció al lado del plato.

Cuando salieron a fumar al porche después de la cena, Diddi comentó:

—La he visto correr a través del bosquecillo del embarcadero viejo con los ojos vendados. Así es como se hace eso...

Terminó la frase encorvando los dedos en forma de garra y simulando arañarse y herirse la cara.

—¿Por qué? —preguntaron los primos de Ebba.

—¿Porque está loca? —sugirió Diddi.

—¡Sí! —asintió Inna feliz—. Supongo que os dais cuenta de que tenemos que hacer que vuelva a pintar otra vez.

Ester atajó por el césped arrollando casi a Ulrika, a Ebba y al caballo negro. Antes habría visto su cabecita grácil, sus líneas y sus ojos grandes y hermosos. Líneas y líneas. Las oscilaciones de su lomo cuando Ebba lo montaba y lo hacía girar en el cercado. Las curvaturas de todo su cuerpo: el cuello, el lomo, las patas, los cascos. Las líneas de Ebba, espalda recta, cuello recto, nariz recta y las riendas rectas y tirantes en las manos.

Pero ahora Ester ya no se fijaba en esas cosas. Ahora observaba los músculos del caballo.

Saludó a Ulrika y a Ebba con la cabeza y se imaginó que era una yegua árabe.

«Ligera es mi carga», pensó mientras se acercaba a la arboleda que había entre el jardín y la ría Málaren. Empezaba a conocerse el camino. Pronto podría recorrerlo entero con los ojos vendados sin chocar contra ni un solo árbol.

Los primeros en darse cuenta de que su madre estaba enferma fueron los perros, pues ella se lo ocultaba a Ester, a Antte y a su padre.

«No me enteraba de nada —pensó Ester mientras corría con los ojos vendados por el sendero que atravesaba el bosquecillo tupido de maleza hacia el viejo embarcadero de la Heredad Regla—. Mira que es raro. A menudo el tiempo y el espacio no son paredes impenetrables sino de cristal que me dejan ver a su través. Puedes saber cosas de la gente, grandes y pequeñas, pero de ella no podía ver nada. Estaba demasiado ocupada con la pintura, demasiado contenta de poder pintar al óleo como para comprender lo que pasaba. Ni tampoco quería entender por qué de repente me dejaba coger el pincel.»

Aceleró los pasos. De vez en cuando alguna rama le arañaba la cara, pero no pasaba nada, era casi como un alivio.

—Oye —le dice su madre—. Tú siempre has querido saber pintar al óleo, ¿quieres aprender ahora?

Me deja tensar el lienzo y cuando hago fuerza lo hago con tanto ahínco para que quede bien, que me da dolor de cabeza. Estiro, doblo y pongo las grapas. Mi padre ha hecho el marco porque no quiere que mi madre compre de los baratos de madera seca porque se agrietan.

Mi madre no dice nada y entiendo que lo he tensado perfecto. Ella suele comprar lienzo barato para ahorrar dinero, pero entonces hay que darle una base con témpera. Me toca hacerlo a mí. Después me marca unas líneas de ayuda con carboncillo y yo me quedo al lado observando. Pienso, rebelde, que, cuando pueda pintar yo sola, cuando haga mis propios cuadros, no tiraré ni una sola línea con el carboncillo. Me pondré directamente con el pincel y ya montaré las estructuras en mi cabeza con umbra quemada o *caput mortuum*.

Mi madre instruye y yo relleno con color los espacios en blanco. La nieve, con blanco para mezcla y amarillo cadmio. La sombra de la montaña, con azul cerúleo. Y la roca, tirando hacia el violeta oscuro.

A mi madre le cuesta no sostener ella el pincel y en varias ocasiones me lo quita de la mano.

—Trazos grandes con el pincel, no estés dudando de esa manera y temblando como un corderito. Más color, no seas tan cobarde. Más, más amarillo. No cojas el pincel así, o crees que es un bolígrafo.

Al principio lo aguanto, porque ella sabe lo que hace. Cuando los colores quedan así de estridentes e inquietos, como ella los quiere, los cuadros se hacen difíciles de

vender. Ya ha pasado antes que mi padre mira el cuadro recién pintado por la noche y dice: «Así no.» Y entonces ella lo cambia. El contraste de colores tiene que ser más ameno. En esos momentos yo le decía para consolarla:

—El cuadro de verdad está ahí debajo. Nosotras lo hemos visto.

Mi madre continuaba pintando pacientemente, pero aplastaba el pincel contra el lienzo.

—No sirve de nada —decía—. Son todos una panda de idiotas.

«Se volvió más y más impaciente —pensó Ester a medida que avanzaba por entre los árboles—. Yo no lo entendía. Sólo los perros sabían lo que pasaba.»

Mi madre ha preparado un guiso de carne y coloca la gran olla sobre la mesa de la cocina para que se enfríe un poco. Después lo repartirá en tupperwares y lo congelará. Mientras se enfría se mete un rato en el estudio a moldear perdices de cerámica.

Oye un ruido en la cocina y se seca la arcilla de los dedos para ir a ver. Se encuentra a *Musta* subida a la mesa. Ha empujado la tapa de la olla y está pescando los huesos del guiso. Se quema el hocico al tocar el líquido caliente, pero no puede dejar de intentarlo una y otra vez. Se quema y ladra enfadada como si la sopa lo hubiera hecho adrede y necesitara un poco de disciplina.

—Me cago en la leche —dice mi madre agitando el brazo en el aire para bajar a *Musta* de la mesa y, si puede, soltarle un guantazo.

Musta arremete como un rayo. Intenta atraparle la mano y levanta el labio superior enseñándole los dientes al mismo tiempo que gruñe amenazadora.

Mi madre retira estupefacta la mano. Ningún perro se ha atrevido jamás a hacerle nada por el estilo. Coge la escoba que hay en la esquina y trata de hacerla bajar de la mesa.

Entonces *Musta* se vuelve de verdad. El guiso de carne es suyo y nadie se lo va a quitar.

Mi madre se retira de la cocina caminando de espaldas y justo en ese momento llego yo de la escuela, subo las escaleras y casi choco con ella en el pasillo de arriba. Mi madre se vuelve con la cara pálida y la mano ensangrentada apretada contra el pecho. A su espalda veo a *Musta* subida a la mesa de la cocina como un demonio negro con colmillos, el pelo erizado y las orejas hacia atrás. Me quedo mirando a la perra y después a mi madre. Por el amor de Dios, ¿qué ha pasado aquí?

—Llama a tu padre y que venga a casa —me ordena mamá con voz áspera.

Un cuarto de hora más tarde, mi padre sube con el Volvo la rampa del jardín. No dice gran cosa. Va directo a coger la escopeta y la tira en el portaequipajes. Después

va a buscar a *Musta*, a la que no le da tiempo de bajarse de la mesa cuando lo ve entrar. Gimotea de dolor y sumisión cuando mi padre la agarra del pescuezo y de la cola. La lleva hasta el coche y la mete dentro. La perra se tumba encima de la funda de la escopeta.

El coche significa trabajo agradable al aire libre, por lo que no comprende lo que va a pasar. Es la última vez que la vemos. Mi padre vuelve a casa por la tarde sin la perra y no hablamos del tema.

Musta era una líder nata. Probablemente, a mi padre le supo muy mal perder una compañera de trabajo para el monte como ella. Podía salir corriendo en mitad de la montaña tras algo que se movía y volver con la pieza al cabo de dos horas.

Se dio cuenta de lo que le estaba pasando a mi madre. Que se estaba debilitando. Y, evidentemente, *Musta* trató de quitarle el liderazgo.

Aquella tarde mi madre se quedó sentada en la cocina ensimismada. Me reprendía para que me mantuviera alejada y yo entendí que estaba avergonzada por haberle tenido miedo a la perra. *Musta* estaba muerta por culpa de su miedo y su debilidad.

Sven-Erik Stålnacke fue a ver a Airi Bylund a la hora de comer. Se había ofrecido para hacerlo y Anna-Maria se sintió aliviada de no tener que ir ella. Sentados a la mesa, en la cocina de Airi, Sven-Erik le explicó que su marido no se había suicidado sino que había sido asesinado.

Las manos de Airi Bylund se movieron indecisas, sin saber dónde meterse. Al final empezaron a planchar una arruga inexistente del mantel.

—Así que no se quitó la vida —dijo tras un largo silencio.

Sven-Erik Stålnacke se bajó la cremallera de la chaqueta. Airi acababa de hacer bollos y hacía calor. La gata y los gatitos no habían asomado la cabeza.

—No —respondió.

Los músculos que rodeaban la boca de Airi Bylund empezaron a tensarse. La mujer se puso rápidamente de pie y empezó a preparar la cafetera.

—He pensado tanto en ello —dijo de espaldas a Sven-Erik—. Me preguntaba por qué. Sí que era un hombre que cavilaba mucho, pero que fuera a dejarme así... sin una sola palabra. Y los chicos. Son adultos, pero igualmente... Que nos abandonara, sin más.

Puso unos cuantos bollos en un plato y lo llevó a la mesa.

—También estaba enfadada. Dios, lo enfadada que he estado con él.

—Él no lo hizo —dijo Sven-Erik mirándola a los ojos.

Ella le aguantó la mirada fijamente y en sus ojos se reflejó la ira, la tristeza y el sufrimiento de los últimos meses. Un puño cerrado maldiciendo al cielo, una

impotente desesperación bajo un por qué sin respuesta, la búsqueda de la propia culpa.

«Tiene los ojos bonitos», pensó él. Un sol negro con rayos azules en un cielo grisáceo. Ojos y culo bonitos.

Entonces empezó a llorar sin dejar de mirar a Sven- Erik mientras las lágrimas le corrían por la cara.

Sven-Erik se puso de pie y la rodeó con los brazos. Con una mano le sostuvo la nuca, sintiendo el tacto de su pelo suave. La gata llegó del dormitorio dando pasitos y con los cachorros pegados detrás, se paseó por entre los pies de Sven-Erik y Airi Bylund.

—Santo cielo —dijo Airi al final sorbiendo y secándose los ojos con la manga del jersey—. Se enfría el café.

—No importa —aseguró Sven-Erik al tiempo que la mecía despacio—. Lo podemos calentar después en el micro.

Anna-Maria entró en el despacho de Alf Björnfot, el fiscal jefe, a las dos y cuarto.

—Buenas, Anna-Maria —le dijo alegre—. Qué bien que hayas podido venir. ¿Qué tal te va?

—Bastante bien, creo yo —respondió ella.

Se preguntaba por qué la habría llamado y estaba deseando que fuera directamente al grano.

Rebecka Martinsson también estaba presente. Junto a la ventana saludó a Anna-Maria con un leve movimiento de cabeza.

—¿Y Sven-Erik?—preguntó el fiscal—. ¿Dónde lo tienes?

—Lo llamé y le dije que querías vernos. Supongo que está de camino. ¿Puedo preguntar qué...?

El fiscal se inclinó hacia delante y agitó un fax.

—Los del LEC están listos con el análisis de la gabardina que los buzos sacaron del lago Torneträsk —dijo—. La sangre del hombro derecho es de Inna Wattrang. De la parte de dentro del cuello han podido sacar una muestra de ADN y...

Le pasó el fax a Anna-Maria Mella.

—... la policía británica tenía una coincidencia de ese perfil de ADN en su registro penal.

—Morgan Douglas —leyó Anna-Maria.

—Ex paracaidista del ejército británico. A mediados de los noventa atacó a un oficial, fue condenado por agresión grave y lo despidieron. Empezó a trabajar en Blackwater, una compañía que se dedica a la protección de personas y propiedades en distintos focos de disturbios en el mundo. Ha estado en África central y fue de los primeros en llegar a Iraq. Allí, uno de sus compañeros más cercanos fue capturado y ejecutado por un grupo de resistencia islámico hace poco más de un año. Adivina

cómo se llamaba.

—¿John McNamara, quizá?—propuso Anna-Maria Mella.

—Bingo. Utilizó el pasaporte de su difunto amigo cuando vino a Suecia y alquiló el coche en el aeropuerto de Kiruna.

—¿Y ahora? ¿Dónde está?

—La policía británica no lo sabía —dijo Rebecka Martinsson—. Dejó Blackwater, eso es seguro, pero no quieren decirnos por qué, aseguran que fue por voluntad propia. Es difícil conseguir que ese tipo de empresas te respondan a las preguntas y colaboren con la policía. No tienen ganas de que se les investigue. Pero el anterior jefe de Morgan Douglas en Blackwater dijo que les parece que empezó a trabajar en otra empresa del sector y que volvió a irse a África.

—Lo hemos estado buscando, evidentemente —comentó Alf Björnfot—. Pero es poco probable que demos con él. Supongo que si regresa a Inglaterra...

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —le interrumpió Anna-Maria—. ¿Lo vamos a dejar aquí?

—No lo creo —dijo Alf Björnfot—. La clase de tipo que alquila un coche y viaja con un pasaporte falso...

—... cobró por asesinar a Inna Wattrang —irrumpió Anna-Maria—. Así que la pregunta es quién pagó.

Alf Björnfot asintió con la cabeza.

—Había una persona que sabía dónde estaba ella —dijo Anna-Maria—. Y mintió al respecto. Su hermano. Ella lo llamó desde la cabina de la oficina de turismo.

—Tendrás que bajarte en avión mañana por la mañana —le sugirió Alf Björnfot mirando la hora.

Alguien llamó brevemente a la puerta y Sven-Erik entró en el despacho.

—Tienes que ir a casa a preparar la maleta —le dijo Anna-Maria—. O no, igual nos da tiempo de volver con el vuelo de la noche mañana mismo. Si no, ya nos compraremos un cepillo de dientes y... pero... ¿qué llevas ahí?

—Bueno, al final he sido padre —dijo Sven-Erik.

Se le enrojecieron las mejillas. Por la abertura de la chaqueta asomaba una cabeza de gatito.

—¿Es la de Airi Bylund? —le preguntó Anna-Maria—. Sí, sí que lo es. Hola, boxeadora.

—¡Sí, mira! —exclamó Rebecka, que se había acercado a Sven-Erik para saludar—. Vaya ojo te han puesto, pequeña.

Acarició la cabeza de la gatita con la mancha oscura alrededor del ojo. El animal no tenía ningún interés en saludar, lo único que quería era salir del abrigo de Sven-Erik y explorar el nuevo entorno. Le trepó por el hombro e hizo equilibrios con arrogancia. Cuando Sven-Erik intentó cogerla para dejarla en el suelo se quedó

enganchada con las garras.

—Me puedo ocupar de ella mientras estáis fuera —se ofreció Rebecka.

Alf Björnfot, Anna-Maria y Rebecka tenían un resplandor como si estuvieran mirando al Mesías en el pesebre.

Sven-Erik se reía de la gata, que se empecinaba en agarrarse a la chaqueta y luego seguía trepando hasta la espalda de manera que Sven-Erik tuvo que inclinarse para que no se cayera. Los demás tuvieron que ir quitándole las garras una a una.

La llamaban boxeadora, granuja, flaquita y diablilla.

Ebba Kallis se despertó a la una y media de la mañana porque alguien estaba llamando al timbre. Fuera estaba Ulrika Wattrang, en pijama debajo de una bata y tiritando.

—Lo siento —empezó con voz desesperada—, pero ¿tienes tres mil coronas? Diddi ha vuelto en taxi desde Estocolmo y el taxista está hecho una furia porque Diddi ha perdido la cartera y yo no tengo tanto dinero en la cuenta.

Mauri apareció en la escalera.

—Diddi ha vuelto —le dijo Ebba sin mirarlo—. En taxi. Y no tiene para pagarlo.

A Mauri se le escapó un sonido de resignación y se fue al dormitorio para coger la cartera.

Los tres se apresuraron a cruzar el patio hacia la casa de Diddi y Ulrika.

Diddi estaba fuera del taxi con el taxista.

—No —dijo el conductor—. Ella no se vuelve conmigo. Os quedáis los dos aquí. Y págame la carrera.

—Pero no sé quién es —se defendió Diddi—. Me voy a dormir.

—Tú no vas a ninguna parte —contestó el taxista agarrando a Diddi de la manga—. Primero, paga.

—Bueno, bueno —dijo Mauri acercándose—. ¿Tres mil? ¿Seguro que has visto bien?

Le pasó la American Express al conductor.

—Oye, me he paseado por medio Estocolmo dejando a gente y ha sido un lío de narices. Si quieres ver la carrera, no hay problema.

Mauri negó con la cabeza y el taxista pasó la tarjeta. Mientras tanto, Diddi se quedó dormido apoyado en el coche.

—Y ella, ¿qué? —dijo el conductor después de que Mauri hubiera firmado el recibo.

Hizo un gesto hacia el interior del coche.

Mauri, Ulrika y Ebba miraron dentro.

Había una mujer de unos veinticinco años dormida. Tenía el pelo largo y teñido de rubio. A pesar de que el interior del coche estaba bastante oscuro se podía ver que iba muy maquillada y que tenía pestañas postizas y pintalabios de color rosa bebé. Llevaba medias con dibujos y botas blancas de tacón alto. La falda era mínima.

Ulrika se tapó la cara con las manos.

—No lo puedo aguantar —gimió.

—No vive aquí —dijo Mauri fríamente.

—Si la tengo que llevar a casa, cuesta dinero —dijo el taxista—. Lo mismo. Se me ha acabado el turno de trabajo.

Mauri le volvió a dar la tarjeta sin decir nada.

El taxista entró en el coche y la pasó otra vez por el lector. Salió al cabo de un momento para que le firmara el segundo recibo. Nadie dijo nada.

—¿Abrís la verja? —dijo el conductor metiéndose en el coche.

Cuando arrancó el motor y emprendió la marcha Diddi se cayó de bruces en la cuesta.

Ulrika soltó un grito.

Mauri se le acercó y lo puso de pie. Lo giraron de espaldas a la luz exterior y le examinaron la cabeza.

—Le sale un poco de sangre —dijo Ebba—. Pero no es nada grave.

—La verja —exclamó Ulrika y se fue corriendo a la casa para abrirla con el control remoto.

Diddi cogió a Mauri por los brazos.

—Creo que he hecho una estupidez de verdad —dijo.

—¿Sabes qué? Tendrás que confesarte a otra persona —dijo Mauri con dureza y se soltó de un tirón—. Venir aquí con una puta barata. ¿La has invitado al funeral?

Diddi se tambaleó.

—A la mierda —dijo después—. Que te jodan, Mauri.

Mauri dio media vuelta y se dirigió a su casa a paso rápido. Ebba se apresuró a seguirlo.

Diddi abrió la boca como para gritarles algo, pero Ulrika ya estaba a su lado.

—Vamos —le dijo rodeándolo con el brazo—. Ya basta.

VIERNES - 21 DE MARZO DE 2005

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke aparcaron el Passat delante del par de verjas del camino que llevaba a Regla. Eran las diez de la mañana. Habían tomado un vuelo unas horas antes en Kiruna y habían alquilado el coche en el aeropuerto de Arlanda, en Estocolmo.

—Vaya fuerte —dijo Anna-Maria echando un vistazo por entre la verja, desde la cual se veía la otra y el muro que rodeaba la casa solariega—. ¿Cómo va esto?

Estudió el interfono unos instantes y después pulsó el botón que tenía dibujado un teléfono. Al cabo de un momento se oyó una voz que les preguntaba quiénes eran y qué querían.

Anna-Maria Mella se presentó a ella y a Sven-Erik y expuso sus intenciones: querían hablar con Diddi Wattrang o con Mauri Kallis.

La voz del interfono les pidió que esperaran un momento, y estuvieron allí un cuarto de hora.

—¿Qué están haciendo? —resopló Anna-Maria pulsando el botón como una enloquecida, pero ya no respondía nadie.

Sven-Erik se apartó un poco para «cambiarle el agua al canario».

«Qué sitio tan bonito», pensó.

Encinas retorcidas y árboles cuyos nombres desconocía. No había nieve. Había anémonas de bosque y escilas que empezaban a brotar por entre el manto marrón de hojas del año anterior. Olía a primavera. El sol brillaba. Pensó en su gatita. En la gatita y en Airi, que le había dicho que se podía ocupar de la *boxeadora* cuando hiciera falta, pero en esta ocasión Rebecka Martinsson había sido muy rápida en ofrecerse. Y casi que mejor así. ¿Qué pensaría Airi si se llevara la gata y de pronto volviera el mismo día para pedirle que le hiciera de canguro?

Anna-Maria lo llamó desde la verja.

—¡Viene alguien!

Un Mercedes se acercaba a la verja. Mikael Wiik, el jefe de seguridad de Mauri Kallis, se bajó del vehículo.

Al lado de la verja grande había otra más pequeña para cruzar a pie. Mikael Wiik saludó amablemente a Anna-Maria Mella y a Sven-Erik Stålnacke, pero no abrió ninguna de las dos puertas.

—Tendríamos que hablar con Diddi Wattrang —le pidió Anna-Maria.

—Lo lamento, pero es imposible —dijo Mikael Wiik—. Diddi Wattrang está en Toronto.

—¿Y Mauri Kallis?

—Lo lamento. Tiene los próximos días totalmente ocupados. ¿Hay algo en lo que os pueda ayudar?

—Sí —dijo Anna-Maria impaciente—. Puedes ayudarnos a hablar con Diddi Wattrang o con Mauri Kallis.

—Te puedo dar el número de la secretaria de Kallis. Ella te podrá concertar una cita.

—Vamos, hombre, déjalo ya —dijo Anna-Maria—

Déjanos entrar. ¿No ves que estamos investigando un asesinato?

La expresión de Mikael Wiik se hizo un tanto más dura.

—Ya habéis hablado tanto con Kallis como con Wattrang. Tenéis que entender que son personas muy ocupadas. Puedo conseguir una cita con Kallis el lunes y, normalmente, sólo eso ya es imposible. Cuándo vuelve Wattrang, no lo sé.

Le pasó a Anna-Maria una tarjeta de visita por entre los barrotes.

—Éste es el número directo de la secretaria de Kallis. ¿Hay algo más que pueda hacer por vosotros? Ahora tengo que...

No le dio tiempo a decir nada más. Un vehículo apareció por la avenida que subía a Regla, una furgoneta Chevrolet con cristales tintados. El vehículo se detuvo detrás del coche de alquiler en el que iban Anna-Maria y Sven-Erik y un hombre se bajó. Iba vestido con traje oscuro y polo negro.

Anna-Maria le miró el calzado: botas de gore-tex fuertes pero ligeras.

En el coche había otro hombre sentado en el sitio del copiloto. Llevaba el pelo rapado y una chaqueta oscura. También le dio tiempo a vislumbrar a por lo menos otros dos hombres en el asiento de atrás antes de que la puerta se cerrara. ¿Quiénes eran ésos?

El hombre que se había bajado no pronunció palabra, ni siquiera para presentarse, sólo saludó escueto con la cabeza a Mikael Wiik, que le respondió al saludo de la misma manera y de forma casi imperceptible.

—Si no hay nada más... —les dijo Mikael Wiik a Anna-Maria y a Sven-Erik.

Anna-Maria se sorprendió de su propia frustración pero no se le ocurría nada para hacer frente a su recelo de dejarles entrar.

Sven-Erik le lanzó una mirada que quería decir «Ni idea».

—¿Y vosotros quiénes sois?—le preguntó Anna-Maria al hombre recién aparecido.

—Me apartaré para que podáis salir—fue lo único que él respondió y volvió a meterse en la camioneta Chevrolet.

La visita a Regla terminó antes de ni siquiera haber comenzado. Antes de que Anna-Maria se sentara de nuevo en el coche, se fijó en una chica joven al otro lado del muro. Iba vestida con ropa de correr y estaba quieta en medio de un campo de anémonas de bosque.

—¿Qué hace? —le preguntó a Sven-Erik mientras daba marcha atrás para dar la vuelta.

Sven-Erik oteó a través de la verja.

—Está mirando las flores —respondió Sven-Erik—, pero parece un poco desorientada. Uy, uy, niña, cuidado con la raíz esa.

Esto último se lo dijo a la chica con la ropa de correr, que estaba dando unos pasos hacia atrás sin mirar dónde pisaba.

Ester Kallis estaba mirando al suelo. De repente había flores en la cuesta. Nunca se había dado cuenta. Todas esas flores, ¿estaban ayer aquí? No lo podía decir. Miró a su alrededor por unos segundos sin fijarse en los coches ni en las personas que había junto a la verja.

Después miró el bosque de encinas.

Entonces sintió su presencia. Sabía que estaba allí, quizá a un kilómetro de distancia. Un lobo que se había subido a una encina.

Los observaba a todos a través de sus prismáticos y llevaba la cuenta de cuántos entraban y cuántos salían. Ahora la miraba fijamente a ella.

La chica dio unos pasos hacia atrás y por poco se tropieza con una raíz.

Después emprendió la marcha. Empezó a correr al galope alejándose del bosque y de las flores. Todo esto tiene que quedar pronto atrás.

Están a principios de verano. Ester tiene quince años, acaba de terminar noveno y como regalo de fin de curso le han regalado pinturas y un bloc de acuarela. El monte está floreciendo y ella, tumbada bocabajo sobre la hierba, dibuja a lápiz. Por la tarde se va a casa, devorada por los mosquitos pero satisfecha, y le hace compañía a su madre en el estudio coloreando los dibujos del día. Es agradable tener papel de verdad que acepta los colores sin abultarse. Su madre se toma su tiempo en mirar unas flores que ha encontrado, dríadas de ocho pétalos, bastones del rey Carlos, cerca de Njuotjanjohka, camemoro de hoja fina y botones de oro regordetes. Ester se ha esmerado con los detalles y su madre le elogia las bonitas vetas que ha hecho en los pétalos.

—Son encantadoras —le dice.

Después la anima a que escriba en latín el nombre de las plantas, al lado del lapón.

—A ellos les gusta —asegura.

«Ellos» son los turistas de la estación de esquí. Su madre opina que Ester debería enmarcar los dibujos con un paspartú, «es barato y chulo», y luego venderlos en la estación turística de Abisko. Ester titubea.

—Te podrías comprar tus propios óleos con ese dinero —dice su madre, con lo cual acaba de zanjar el tema.

Ester está sentada en el vestíbulo de la estación turística. Un tren cargado de mineral sube en dirección a Narvik y ella mira por la ventana. Son las diez de la mañana. Fuera hay un grupo de montañistas que están al sol regulando las correas de las mochilas. Hay un perro alegre merodeando por entre sus pies que le recuerda a *Musta*.

De repente nota la presencia de alguien que está mirando sus pinturas. Vuelve la cabeza y ve a una mujer de mediana edad con un anorak rojo y pantalones de color pastel marca Fjällräven que parecen recién estrenados. «Ellos» compran ropa por miles de coronas para salir de excursión.

La mujer está inclinada sobre las pinturas.

—¿No serás tú la que los ha hecho?

Ester asiente con la cabeza. Sin duda, debería decir algo más, pero la boca se le bloquea, no consigue pronunciar ni una palabra ni tampoco elaborar un solo pensamiento.

A la mujer no parece afectarle mucho su silencio. Ahora ha cogido los cuadros y los estudia con detenimiento. Después se fija en Ester con la misma mirada.

—¿Cuántos años tienes?

—Quince —logra esputar y vuelve a clavar los ojos en el suelo.

La mujer agita un poco la mano en el aire y al instante un hombre de la misma edad aparece a su lado. Saca una cartera y la mujer compra tres cuadros.

—¿Dibujas más cosas, aparte de flores?

Ester asiente y de alguna manera queda decidido « van a ir a visitar el estudio de su madre para echar vistazo.

A media tarde aparecen en un Audi de alquiler. La mujer se ha cambiado de ropa y ahora lleva unos téjanos y chaquetilla de lana que, de tan sencilla, parece cara. El hombre aún lleva los pantalones inmaculados de Fjällräven, camisa y un sombrero de cuero de estilo cowboy. Camina un poco detrás de la mujer, que es quien primero estrecha la mano. Se presenta como Gunilla Petrini, le cuenta a su madre que es asesora de la galería de arte Färgfabriken y que forma parte del consejo de arte del Estado.

Su madre cruza una larga mirada con Ester.

—¿Qué? —le susurra Ester en la cocina mientras Gunilla Petrini repasa la caja con los cuadros de Ester.

—Dijiste que era una turista que quería venir a mirar.

Ester asiente con la cabeza. Son turistas.

Su madre revuelve la despensa y encuentra medio paquete de galletas María para invitar y Ester observa asombrada cómo las coloca con esmero en forma de aro en una fuente.

Gunilla Petrini y su marido echan también un vistazo a los cuadros de su madre con cordial interés, pero revuelve las cajas de los de Ester como una liebre en un campo de cultivo.

Al marido le gustan los dibujos de cuando Ester y su madre estuvieron en el balneario de Kiruna. En ellos aparece una mujer, Siiri Aidanpää, con los ojos cerrados bajo el aire caliente del secador de pelo. Tiene rulos en la cabeza y pendientes de plata que representan símbolos lapones aunque ella no lo sea. Los grandes pechos están sostenidos por un enorme sujetador sin encajes y tanto la barriga como el culo son de tamaño más que notable.

—Qué hermosa es —dice refiriéndose a la mujer de setenta años.

Ester le ha dibujado las bragas de color salmón. Es el único color de todo el cuadro. Ha visto fotografías coloreadas a mano y perseguía darle esa dulzura.

En la otra imagen del balneario aparecen hombres de mediana edad nadando en fila en la piscina y los antiguos vestuarios de principios de los ochenta, de madera oscura con camastro y un pequeño armario, el cartel junto a las duchas con el texto «Lámpara Ultravioleta» escrito con letras plateadas con tipo de letra futurista. El resto de pinturas son del lago Rensjön y de Abisko.

«Qué pequeño es el mundo», piensan Gunilla Petrini y su marido.

—La cuestión es que soy asesora de Färgfabriken —le vuelve a decir Gunilla Petrini a su madre.

Hablan a solas en una habitación. Ester y el marido de Gunilla, fuera, miran los renos de carga que hay en un cercado más allá de las vías del tren.

—Estoy en el consejo de arte del Estado y trabajo de compradora para una serie de grandes empresas. Tengo influencia en el mundo del arte en Suecia.

Su madre asiente. Le parece haber entendido lo que pasa.

—Estoy impresionada con Ester, y normalmente no me impresiono. Ha terminado la básica, ¿qué va a hacer ahora?

—Ester no es ninguna lumbrera, pero ha entrado en el programa de cuidados especiales.

Gunilla Petrini se controla. Se siente como un caballero que aparece en el último momento para salvar a la niña. ¡El programa de cuidados especiales!

—¿Os habéis planteado dejarla estudiar arte? —le pregunta con su tono más suave—. Quizá es demasiado joven para Bellas Artes, pero hay estudios preparatorios, como la Escuela Idun Lovén, por ejemplo. El director y yo somos viejos amigos.

—Estocolmo —dice su madre.

—Es una gran ciudad, pero yo cuidaría de ella, por supuesto.

Gunilla Petrini oye mal. Lo que transmite la voz de la madre no es preocupación porque Ester sea tan joven y se vaya a la capital. Es la angustia, su propio

desasosiego de estar atrapada en esta vida con familia e hijos. Son todos los cuadros no pintados que tiene perdidos en el alma.

Por la noche se sientan con su padre en la cocina para explicárselo todo.

—Lo que pasa es que les parece exótica —dice su madre haciendo ruido con los platos en el fregadero—. Una chica india vestida de lapona que pinta montañas con renos.

—No quiero ir —dice Ester en un intento de amansar a su madre sin acabar de entender por qué.

—Sí que quieres —le responde su madre con determinación.

Su padre no dice nada. Cuando la cosa va en serio, la que manda es su madre.

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke se marcharon de Regla. Por el retrovisor la inspectora jefe vio a Mikael Wiik abrirle la verja a la Chevrolet de los cristales tintados.

—¿Quiénes eran esos tipos? —preguntó.

Antes de terminar la frase ya lo había comprendido. Las botas, el saludo como de compañeros entre Mikael Wiik y el conductor.

—Personal de seguridad —le dijo a Sven-Erik—. Me pregunto qué tendrán en marcha.

—Igual ellos también tienen reuniones de importancia —dijo Sven-Erik—. Pero a diferencia de los políticos suecos, éstos llevan guardaespaldas.

El teléfono de Anna-Maria Mella empezó a sonar y Sven-Erik tuvo que coger el volante mientras ella lo buscaba en el bolsillo. Era Tommy Rantakyrö.

—Aquí el departamento de telefonía —dijo con voz quejumbrosa.

Anna-Maria se rió.

—El pago ese que se hizo a la cuenta de Inna Wattrang —continuó—. El que se hizo desde la oficina de SEB de la calle Hantverkar. Hay un tipo que ha llamado un montón de veces a Inna Wattrang a su número privado desde una dirección cercana.

—Mándame un mensaje con la dirección, si eres tan amable, que Sven-Erik se estresa si hablo por teléfono, anoto direcciones y conduzco al mismo tiempo.

Le sonrió burlona a su compañero.

—Enseguida —dijo Tommy Rantakyrö—. Las manos al volante.

Anna-Maria Mella le pasó el teléfono a Sven-Erik y medio minuto más tarde llegó el nombre y la dirección.

—«Malte Gabrielsson, Norr Mälarstrand, 34.»

—Vamos directamente —dijo Anna-Maria—. Total, no tenemos nada mejor que hacer.

Una hora y diez minutos más tarde estaban esperando delante del portal de Norr Mälarstrand, 34. Aprovecharon para entrar cuando una mujer salió con un perro.

Sven-Erik buscó el nombre de Malte Gabrielsson en el tablón informativo donde había una relación de los vecinos de la finca. Anna-Maria miró a su alrededor. A un lado estaba el portal y al otro el jardín interior.

—Mira —dijo señalando el patio con la barbilla.

Sven-Erik echó un vistazo, pero no entendía lo que le quería decir.

—Tienen recogida de papel allí fuera. Ven.

Anna-Maria salió al jardín y empezó a revolver las bolsas de papel.

—Bingo —dijo al cabo de unos minutos levantando una revista de golf con el nombre de Malte Gabrielsson en la etiqueta de destinatario—. Esta bolsa es de Malte Gabrielsson.

Siguió hurgando entre los papeles y al cabo de un rato le pasó un sobre a Sven-Erik. En la parte de atrás alguien había anotado en bolígrafo una lista de la compra.

—«Leche, mostaza, *crème fraîche*, menta...» —leyó Sven-Erik.

—No, fíjate en la letra, es la misma. La del aviso de ingreso: «No por tu silencio.»

Malte Gabrielsson vivía en la tercera planta. Llamaron al timbre y al cabo de un rato la puerta se entreabrió. Un hombre que rondaba los sesenta se los quedó mirando por encima de la cadena de seguridad. Iba en bata.

—¿Malte Gabrielsson? —preguntó Anna-Maria.

—¿Sí?

—Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke, de la policía de Kiruna. Nos gustaría hacerte unas preguntas sobre Inna Watrang.

—Perdona, ¿cómo habéis podido entrar? Hay código de entrada.

—¿Podemos pasar?

—¿Soy sospechoso de algo?

—En absoluto, solo queremos...

—Oye, mira, estoy tremendamente resfriado y... bueno, estoy abatido, simplemente. Si tenéis preguntas tendrá que ser más adelante.

—No tardaremos mucho —empezó Anna-Maria, pero antes de terminar la frase Malte Gabrielsson ya les había cerrado la puerta en las narices.

Anna-Maria apoyó la frente contra el marco.

—Dame fuerzas —dijo—. Empiezo a estar hasta el moño de que esta gente me trate como a una de sus chicas polacas de la limpieza.

Se puso a aporrear la puerta como enloquecida.

—¡Abre, cojones! —rugió.

Empujó la tapita de la rendija para el correo y gritó hacia el interior del piso.

—Estamos investigando un caso de asesinato. Yo de ti hablaría con nosotros ahora. Voy a mandar a mis compañeros de uniforme a tu trabajo para que te interroguen. Llamaré a las puertas de todos tus vecinos y les preguntaré sobre ti. Sé que le pagaste doscientas mil a Inna Wattrang antes de que muriera. Lo puedo demostrar. La letra del aviso del ingreso es tuya. No me voy a rendir.

La puerta volvió a abrirse y Malte Gabrielsson quitó la cadenita.

—Entrad —dijo echando una ojeada al rellano.

De repente era la amabilidad personificada. Allí en bata, se hizo cargo de sus abrigos en el recibidor como si nunca se hubiera negado a cooperar.

—¿Queréis tomar algo?—les preguntó cuando se sentaron en el salón—. No he podido bajar a comprar por el resfriado, pero ¿un té o un café, quizás?

Los sofás eran blancos, la alfombra blanca y las paredes blancas. Unos cuadros grandes de pintura abstracta y algunos objetos de arte hacían juego con el color. Era un piso muy luminoso, de techos altos y ventanas grandes. No había nada que no armonizase con el resto. En la placa que había fuera, junto a la puerta, sólo aparecía su nombre. Se deducía que vivía solo en aquel apartamento.

—No, gracias, está bien así —dijo Anna-Maria Mella.

Después fue directa al grano.

—«No por tu silencio», ¿qué dinero era ése?

Malte Gabrielsson sacó un pañuelo de tela del bolsillo de la bata, lo tenía doblado varias veces, y se secó la destrozada nariz con toquecitos suaves. Anna-Maria sintió un escalofrío con la idea de coger ese pañuelo lleno de mocos y echarlo a la lavadora.

—Era un regalo, nada más —aseguró.

—Venga, hombre —dijo Anna-Maria con amabilidad—. Ya te he dicho que no me pienso dar por vencida.

—Vale, de acuerdo —reflexionó—. Supongo que tarde o temprano saldrá a la luz. Nos estuvimos viendo durante un tiempo, Inna y yo. Y después tuvimos una bronca y le di una bofetada o dos.

—¡Ah!

De pronto, con su bata, Malte Gabrielsson parecía triste, afligido y vulnerable.

—Creo que fue porque yo sabía que se había cansado. Me iba a dejar de todos modos. Yo no lo podía soportar y me permití... perder el control, o como se le pueda llamar. Así me podía engañar a mí mismo diciéndome que era por eso. Pero ella me habría dejado de todos modos. Lo sabía, lo sentía. He pensado mucho en ello después.

—¿Por qué le diste el dinero?

—Un pronto, me imagino. Le dejé un mensaje en el contestador. Le dije: «No es por tu silencio. Soy un cerdo. Si quieres ir a la policía, hazlo. Cómprate algo hermoso. Un cuadro o una joya. Gracias por todo este tiempo, Inna.» Me apetecía que

fuera así, ser yo el cerdo. Y que fuera yo quien hubiera terminado con la relación por haberle puesto la mano encima.

—Doscientas mil es bastante dinero por una bofetada o dos —apuntó Anna-Maria.

—Es maltrato de todas formas. Soy abogado. Si me hubiera denunciado me habrían echado del colegio.

De repente se quedó mirando a Anna-Maria y dijo con severidad:

—Yo no la maté.

—Tú la conocías. ¿Hay alguien que de verdad quisiera verla muerta?

—No sé.

—¿Qué relación tenía con su hermano?

—No hablaba mucho de él. Me daba la sensación de que estaba un poco harta. Creo que estaba cansada de cubrirle las espaldas por sus errores. ¿Por qué no le preguntáis a él sobre su relación con ella?

—Me encantaría, pero está de viaje de negocios en Canadá.

—Vaya, así que Mauri y Diddi están en Canadá.

Malte Gabrielsson se toqueteó de nuevo los orificios de la nariz.

—Por lo que veo no han guardado luto por mucho tiempo.

—Mauri Kallis no está en Canadá, solo Diddi Wattrang —corrigió Anna-Maria.

Malte Gabrielsson interrumpió su gesto de secarse.

—¿Sólo Diddi? ¡Ni de broma!

—¿Qué quieres decir?

—Según me contó Inna, hace tiempo que Mauri dejó de mandar a Diddi solo a encargarse de sus asuntos. No tiene criterio. Tomó una serie de decisiones de lo más estúpidas, *quick and dirty*. Qué va, si viaja es con Inna, bueno, con ella ya no, pero antes, o con Mauri. Nunca solo. Siempre queda en ridículo. Además, no creo que Mauri se fíe de él.

Cuando estaban en la calle otra vez Sven-Erik suspiró:

—Pobre gente.

—¿Te da lástima ese tipo? —exclamó Anna-Maria—. ¡Vamos, hombre!

—Es una persona que está realmente sola. Abogado y ganará todo el dinero que quieras, pero cuando se pone enfermo no tiene quien le haga la compra. Y el piso, ¿eso era un hogar? Debería hacerse con un gato.

—¿Para meterlo en la lavadora o qué? Un puto mal- tratador que se compadece de sí mismo porque ella lo iba a dejar de todos modos. Y una bofetada o dos, sí, sí, lo que yo te diga. Pero bueno. Oye, ¿comemos algo?

Inna Wattrang cruza la verja con el coche y empieza a subir hacia la Heredad Regla. Es dos de diciembre. Aparca delante de la antigua lavandería, donde ahora vive ella, y se prepara para bajar del coche. No es tan fácil.

Ha conducido desde Estocolmo y ahora que ha llegado se queda de golpe sin fuerza en los brazos. Apenas le quedan fuerzas para sacar la llave del contacto.

¡Que pudiera llegar a casa! Dios, ha conducido en la oscuridad siguiendo las luces rojas de los demás vehículos. Tiene un ojo morado y no lo puede abrir por la inflamación, y ha tenido que conducir con la cabeza reclinada porque de lo contrario le volvía a sangrar la nariz.

Tantea en busca del cierre del cinturón para soltarse, pero se da cuenta de que ni siquiera se lo ha llegado a poner. Tampoco se ha enterado del tintineo de recordatorio.

Se le ha paralizado el cuerpo. Cuando abre la puerta para bajarse del coche siente un dolor punzante e intenso por encima del pecho, y cuando respira fuerte le viene una segunda oleada de dolor. Le ha roto las costillas.

Casi le entran ganas de reírse de una situación tan lastimosa. Bajarse del vehículo se convierte en una ardua proeza. Con una mano se apoya en la puerta, no se puede erguir, se queda doblada y respira con inspiraciones cortas y por tandas por las costillas rotas. Remueve dentro del bolso en busca de las llaves y cruza los dedos para que no le empiece a sangrar de nuevo la nariz. Le gusta mucho este bolso de Louis Vuitton.

Coño con las llaves. No ve nada. Se dirige hacia la farola negra de hierro forjado que hay junto al hastial. Y entonces, justo cuando está bien visible en el haz de luz, oye voces. Son Ebba y Ulrika, las esposas de Mauri y Diddi. A veces cogen el barco para cruzar hasta Hedlandet y pasar un rato con otras esposas. Hacen catas de vinos, cenas de mujeres y buenos momentos sin niños. Cuando vuelven con el barco suelen cruzar luego por el jardín de Inna, es el camino más corto. Las oye reír y charlar.

«Ellas también han tenido una noche de provecho», piensa Inna con media sonrisa.

Por un momento piensa en esconderse como pueda, pero la verían retirarse como Quasimodo hasta desaparecer en las sombras.

Ulrika es la primera en verla.

—Inna —grita, suena un tanto interrogante, algo así como ¿qué le pasa a Inna, está borracha o qué? ¿Por qué está doblada hacia delante de una manera tan extraña?

Después oye a Ebba.

—¿Inna? ¡Inna!

Sus pasos se aceleran sobre la gravilla.

Un montón de preguntas. Es como estar encerrada en un armario con un enjambre de abejas.

Les miente, claro. Se le da bastante bien, pero ahora está demasiado cansada y

magullada.

Les explica una historia de que la ha asaltado un grupo de chavales en Humlegården... sí, le han cogido el monedero... No, Ulrika y Ebba no pueden llamar a la policía... ¿Por qué? ¡Porque no, cojones!

—Sólo necesito echarme —intenta hacerles comprender—. ¿Alguna de vosotras me puede sacar las putas llaves de este puto bolso?

Soltaba tacos por no derramar lágrimas.

—Puede ser peligroso tumbarse —dice Ulrika mientras Ebba busca en el bolso las llaves de la casa de Inna. ¿Te han dado alguna patada? Podrías tener una hemorragia interna. Al menos deberíamos llamar a un médico.

Inna suspira por dentro. Si hubiese tenido una pistola les habría pegado un tiro para que la dejaran en paz.

—¡No tengo ninguna hemorragia interna! —resopla.

Ebba ha encontrado la llave. Abre la puerta y enciende la luz del recibidor.

—Y aquí está tu monedero —dice sacándolo del bolso con una extraña expresión en la cara. Con la luz del recibidor pueden ver de verdad lo maltrecha que está Inna. No saben qué creer.

Inna esboza una sonrisa como puede.

—Gracias. De verdad que sois... una monada las dos...

Joder, suena como si fueran dos ositos de peluche, no consigue acertar el tono de voz, lo único que quiere es que se vayan.

—... podemos hablar de esto mañana, ahora quiero quedarme sola... gracias. Por favor, no les digáis nada a Diddi ni a Mauri, ya hablaremos mañana.

Les cierra la puerta a pesar de sus caritas de corzo estupefacto.

Se quita los zapatos sacudiendo los pies y sube la escalera por tramos. Remueve el armarito de las medicinas, toma Xanor formando un cuenco con la mano para coger un poco de agua del grifo y tragárselo; después Imovane, pero no se los traga enteros, sino que los chupa con paciencia para quitarles la película protectora y que así le hagan efecto más rápido.

Se pregunta si se ve capaz de bajar a la cocina a por una botella de whisky.

Se sienta en el borde de la cama y se desploma hacia atrás. Siente el sabor amargo del Imovane cuando lo engulle. Lo nota afilado. Ahora ya está todo bien.

La puerta de entrada se abre y se cierra abajo en el recibidor. Unos pasos rápidos en la escalera y la voz de Diddi:

—Solo soy yo.

Es su saludo permanente. Siempre abre la puerta y entra con las mismas palabras. Desde que se casó aquello hace que Inna se sienta como una concubina con residencia propia.

—¿Quién? —es lo único que le pregunta cuando la ve. La sangre en la camisa, la

nariz hinchada, el labio partido, el ojo inflamado.

—Ha sido Malte —responde—. Se ha puesto un poco... ha perdido un poco el control.

Le dedica una sonrisa lo más traviesa que puede. Reírse, ni de broma con esas costillas, que todavía le duelen a pesar de las pastillas.

—Si te parece que yo tengo mal aspecto deberías ver su alfombra blanca del dormitorio —bromea.

Diddi intenta sonreír de vuelta.

«Dios, qué aburrido se ha vuelto», siente Inna. Le gustaría vomitarle encima.

—¿Es muy grave? —pregunta él.

—Empiezo a estar mejor.

—¿Quieres que te cuidemos un poco?—dice Diddi—. ¿Quieres algo en especial?

—Hielo, mañana voy a tener un aspecto de mierda. Y una raya.

Diddi prepara lo que le pide. También le pone un whisky y ella se empieza a sentir bastante bien teniendo en cuenta las circunstancias. Ya no se muere del dolor y el whisky le está calentando el cuerpo y la está relajando, mientras que la cocaína le mantiene la cabeza despejada.

Diddi le desabrocha los botones de la camisa y se la quita con cuidado. Empapa una toalla con agua caliente y le limpia la sangre de la cara y del pelo.

Inna se sujeta un paño de cocina con hielo contra el ojo y va soltando frases de Rocky Balboa.

—*I can't see nothing, you got to open my eye... cut me, Mick... you stop this fight and I'll kill you...*

Diddi se sienta entre sus rodillas y desliza las manos por debajo de su falda. Le desabrocha los ligeros y le besa el interior de las rodillas al mismo tiempo que le quita las medias.

Sus dedos avanzan con una caricia hacia el interior de sus muslos. Le tiemblan de deseo. Debajo de las bragas está pringada de semen de otro hombre. Le resulta de lo más sexy.

Suelen reírse de sus novios, él y Mauri. Siempre encuentra a los hombres más inverosímiles. ¿De dónde los saca? Él y Mauri se lo preguntan a menudo.

Pon a Inna en un islote pelado en medio del mar y seguro que aparecerá un velero con un tipo con peluca y vestido y deseos oscuros que Inna sabrá satisfacer.

A veces ella les cuenta cosas para divertirlos. Como el año pasado, cuando les mandó un mensaje desde un hotel de lujo de Buenos Aires. «Llevo una semana sin salir de la habitación del hotel», ponía.

Cuando volvió a casa, Mauri y Diddi la estaban esperando como dos labradores a la expectativa de que les lanzara un hueso. «¡Cuenta, cuenta!»

Inna se pegó un buen hartón de reír.

El amigo en cuestión era un controlador de barcos.

—Va por las grandes ciudades portuarias del mundo—les explicó—. Se aloja en hoteles de lujo con vistas al puerto y se queda allí una semana anotando barcos. Podéis cerrar la boca mientras hablo.

Mauri y Diddi la obedecieron.

—También filma —continuó—. Y cuando su hija se casó, el año pasado, pasó un vídeo de barcos que entraban y salían de diferentes puertos del mundo. Veinte minutos. A los invitados parece que no les entusiasmó.

Hizo un gesto dubitativo con la mano para ilustrar el interés de los comensales.

—¿Tú qué hacías?—le preguntó Mauri—. Mientras él controlaba los barcos.

—Bueno —respondió—. Leí un montón de libros. Él quería, más que nada, que me estuviera allí escuchando mientras me hablaba. Pero preguntadme sobre buques cisterna, ya veréis. Me lo sé todo.

Se rieron. Diddi pensó con cariño que ésa era su hermana. Para ella todo estaba bien. Iba encontrando a sus extraños compañeros de juego, los amaba, los encontraba interesantes, les ayudaba a cumplir sus sueños. Y a veces era tan inofensivo como con aquél.

Lo cierto era que, a sus ojos, todo era inofensivo.

«Siempre hemos jugado a juegos inocentes —piensa ahora Diddi y tantea con los dedos el sexo de Inna—. Todo está bien siempre y cuando no se le haga daño a alguien que no quiere.»

Echa en falta aquella sensación en la que vivía antes. La sensación de que la vida es efímera como el éter. Cada segundo existe únicamente en ese momento y después ya habrá desaparecido. La sensación de ser un niño de ojos grandes ante todas las cosas.

La pierde con Ulrika y el bebé. No acaba de entender cómo de pronto se hubo casado.

Quiere que Inna le haga recuperar la frivolidad y el desenfado. Quiere desplazarse ingrávido por la vida como en el mar. Llegas a una playa, paseas un rato por ella, te encuentras una concha hermosa, se te cae, te vuelve a arrastrar la marea. Así, justo así es como tiene que ser la vida.

—Para —dice Inna irritada apartándole la mano.

Pero Diddi no la quiere escuchar.

—Te quiero —murmura con los labios rozándole la rodilla—. Eres deliciosa.

—No quiero —dice—. Para.

Y cuando ve que no para le dice:

—Piensa en Ulrika y el principito.

Diddi para en seco. Se aparta un poco en el suelo y coloca las manos sobre las rodillas como si fueran piezas de cerámica, cada una en un pedestal. Espera a que ella

le dé sosiego, que vierta aceite sobre las olas.

Pero lo único que hace es rebuscar la cajetilla de tabaco y se enciende un cigarrillo.

Diddi se mosquea, se siente despreciado y ofendido, le entran ganas de herirla.

—¿Qué te pasa? —le pregunta añadiendo a la voz el mensaje de que se ha vuelto una mojigata.

Él siempre ha querido a sus mujeres, y a unos pocos hombres, de manera delicada. Nunca ha entendido eso de la violencia y la mano dura. Pero nunca ha tenido la sensación de tenerlo que defender. Las veces que la compañía del momento se lo ha pedido, él siempre se ha negado amablemente pero deseándoles todo el placer del mundo. Incluso se quedó mirando en una ocasión, por pura cortesía. Y quizá porque estaba demasiado cansado para irse en mitad de la noche.

Pero Inna. Ella lo ha hecho casi todo y mírala ahora. Así que, ¿qué le pasa?

Eso es lo que le pregunta.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa, que sólo los más pervertidos te ponen últimamente? ¿Necesitas que te apaleen como a una puta de mierda?

—Para ya —responde con un tono algo cansado y suplicante en la voz.

Pero Diddi está casi desesperado. Siente que la está perdiendo de verdad, o que quizá ya la ha perdido. Inna ha desaparecido en un mundo habitado por viejos malolientes con deseos extraños. Le vienen imágenes a la cabeza de pisos carcomidos en barrios ricos de las capitales de Europa, en los que el aire quieto contiene un ligero olor a sedimentación y suciedad en las tuberías de los grandes cuartos de baño. Apartamentos en los que las cortinas llenas de polvo le impiden siempre el paso a la luz del sol.

—¿Qué te pasa con los hombres viejos y asquerosos? —le pregunta impregnando la voz intencionadamente de desprecio.

—Para ya.

—Recuerdo cuando tenías doce años y...

—¡Para! ¡Para, para!

Inna se incorpora. Las drogas ya se han ocupado del dolor del cuerpo. Cae de rodillas delante de él, le agarra la barbilla entre los dedos y lo contempla compasiva. Le acaricia el pelo y lo consuela mientras con voz suave dice lo más terrible:

—Lo has perdido. Ya no eres un niño. Y es tan triste. Mujer, hijo, casa, cenas de pareja, invitaciones a la casa de campo... Te pega de verdad. Y se te está cayendo el pelo. Este flequillo desgreñado y largo es realmente patético. Dentro de poco te lo tendrás que peinar para taparte la calva. Por eso ahora necesitas dinero constantemente. ¿No te das cuenta tú solo? Antes lo tenías todo gratis, compañía, coca. Y ahora lo tienes que comprar.

Se pone de pie y le da una calada al cigarrillo.

—¿De dónde sacas el dinero? ¿Cuánto te gastas? ¿Ochenta mil al mes? Sé que le robaste dinero a la empresa, cuando Quebec Invest vendió y bajó el valor de Northern Explore. Sé que fuiste tú el que lo arregló. Un periodista del NSD me llamó y me hizo un montón de preguntas. Mauri se volvería loco si se enterara. ¡Loco!

Diddi está a punto de ponerse a llorar. ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Cuándo cambió de forma lo suyo con Inna?

Tiene ganas de salir corriendo y dejarla allí, pero al mismo tiempo es lo último que quiere. Tiene la sensación de que si se va ahora no podrá volver nunca más.

Siempre han sido infieles, él e Inna. Bueno, no infieles, pero nunca han dejado que nadie supusiera un peso para ellos. Las personas van y vienen en la vida. Te abres de par en par y al final, tarde o temprano, te acabas yendo. Pero Diddi siempre ha sentido que él e Inna son la excepción, el uno para el otro. Mientras su madre había sido un bastidor de papel siempre ocupada pensando en el dinero y la posición social, Inna ha sido la carne, la sangre, la vida.

Él no es la excepción para Inna. Se ha desprendido de ella y ella lo ha permitido.

—Vete —le dice con su voz amable, esa voz que es para cualquiera.

Es tan sumamente tierna y amable.

—Ya hablaremos de esto mañana.

Diddi niega con su cabeza rubia de modo que el flequillo lacio se agita sobre la frente. Mañana no hablarán de ello, todo está dicho y queda atrás.

Sigue negando con la cabeza mientras baja por las escaleras y cuando cruza el patio, y al atravesar la oscuridad de su jardín hasta llegar junto a su esposa y su hijito.

En la puerta se topa con Ulrika.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta.

El principito está durmiendo y Ulrika se acurruca en el pecho de su marido, que se obliga a sí mismo a rodearla con los brazos. Por encima de su cabeza se cruza con su propia cara en el espejo dorado del recibidor.

No reconoce a la persona que lo está mirando. La piel es como una máscara que se ha soltado de sus puntos de sujeción.

Y resulta que Inna conoce la historia con Quebec Invest, eso es malo, muy malo. ¿Qué era lo que había dicho? Que un periodista del NSD le había estado preguntando.

Inna está tumbada en la cama con una toalla empapada encima de la nariz, que le había empezado a sangrar otra vez. Oye la puerta del recibidor que se vuelve a abrir y a cerrar. Ahora oye la voz de Mauri:

—¿Hola?

Inna suspira por dentro. No tiene fuerzas para explicar nada, ni para prohibirles que llamen a la policía y a un médico.

Mauri por lo menos llama. Primero golpea la puerta de entrada y luego en el

marco mientras grita un saludo para que se oiga en el piso de arriba. Casi llama también en la barandilla de la escalera mientras avisa de que va a subir. Y llama con cuidado a la puerta abierta del dormitorio antes de entrar.

Le mira la cara hinchada, los labios rotos, el brazo amoratado y le dice:

—¿Crees que podrás maquillarte todo eso? Mañana me tienes que acompañar a Kampala a una reunión con la ministra de Comercio.

Inna no puede contener una risotada. Está de lo más encantada de que Mauri se haga el duro y como que pasa de todo.

Cuando el tres de diciembre Inna y Mauri llegan a Kampala y abandonan el aire acondicionado del avión, el calor y la humedad les explota en la cara como un airbag. El sudor les cae a chorretones por el cuerpo. El taxi no tiene aire acondicionado y los asientos son de piel sintética, por lo que enseguida están con la espalda y el culo empapados tratando de sentarse sólo en una nalga para evitar el contacto. El taxista se da aire con un abanico grande y canta sin pudor las canciones que la radio va emitiendo de manera incesante. El tráfico es caótico; de vez en cuando se quedan parados y el taxista asoma medio cuerpo por la ventanilla y empieza a discutir con otros taxistas o a gritarles y hacerles gestos a los niños que aparecen misteriosamente de la nada para vender esto y lo otro o simplemente mostrar una mano abierta. «Miss», dicen llamando con ojos lastimeros a la ventanilla de Inna. Ella y Mauri permanecen sentados allí detrás con los cristales subidos como en una urna de vidrio y sudando como animales.

Mauri está enfadado porque se suponía que los iban a ir a recoger en el aeropuerto, pero allí no había nadie, así que han tenido que coger un taxi. La última vez que estuvo en Kampala vio los parques verdes y hermosos y los montes que rodean la ciudad. Ahora no ve más que marabúes que se juntan en bandadas sobre los tejados con sus asquerosas papadas de color rojo.

En el palacio del gobierno el aire acondicionado está en marcha. Está puesto a veintidós grados e Inna y Mauri empiezan a tener frío por la ropa empapada de sudor. Una secretaria los guía por dentro del edificio y tan pronto han subido la ancha escalera de mármol con alfombra roja y barandilla de ébano, la ministra de Comercio acude a su encuentro. Es una mujer de unos sesenta años con caderas anchas y fuertes. Lleva un traje de color azul oscuro y el pelo planchado y recogido en un moño a lo Grace Kelly. Sus zapatos de tacón negros están desgastados y los dedos presionan el cuero por dentro. Riendo y hablando les estrecha la mano derecha abrazándolos con la izquierda. De camino a su despacho les pregunta cómo ha ido el viaje y qué tiempo hace en Suecia, y cuando llegan les invita a sentarse y les sirve té

frío.

Junta las manos de golpe y pregunta horrorizada qué le ha pasado a Inna.

—*Girl, you look like someone who's tried to cross Luwum street during rush-hour.*

Inna le suelta la historia de cómo fue asaltada por una pandilla de chavales en Humlegården.

—Te lo juro —dijo en forma de conclusión—, el más pequeño no tendría más de once.

«Los detalles son lo que hacen más creíble la mentira», piensa Mauri. Inna sabe mentir con una facilidad digna de admiración.

—¿Hacia dónde va el mundo? —se pregunta la ministra de Comercio mientras sirve más té.

Hay un segundo de silencio. Todos están pensando en lo mismo, pero nadie hace ningún comentario. Que una banda de críos asalte a una mujer y le dé una paliza para robarle el monedero es una misa de domingo comparado con los problemas en Uganda. En la parte norte del país, las fuerzas militares y el LRA infunden terror en la población civil: ejecuciones, torturas y violaciones son parte del día a día. Y el LRA recluta regularmente y por la fuerza a niños para convertirlos en soldados. Llegan por la noche, apuntan a los padres a la cabeza, obligan a los niños a matar a la familia vecina *or your mother will die* y luego se los llevan. No hay que preocuparse porque vayan a huir. ¿Adónde irían?

Por miedo a que los raptén, cada noche unos 20.000 niños caminan hasta la ciudad de Gulu para dormir cerca de iglesias, hospitales y estaciones de autobús, para luego, por la mañana, volver a casa otra vez.

Pero Kampala es una ciudad bien organizada en la que puedes ir a una cafetería o dedicarte al comercio. Nadie quiere saber nada de los problemas que hay en el norte. Así que ni Inna ni Mauri ni la ministra de Comercio dicen una sola palabra más sobre niños y violencia.

Prefieren pasar al tema que les concierne y por el cual se han reunido hoy. También es un campo minado. Todos están deseando llegar a un acuerdo, pero ninguno quiere aceptar las condiciones del otro.

Kallis Mining ha cerrado su explotación minera en Kilembe. Cinco meses antes, tres ingenieros de mina belgas fueron asesinados cuando la guerrilla hema atacó un autobús que iba de camino a Gulu. Ahora la infraestructura se está desmoronando por completo. Kallis Mining construyó, junto con otras dos compañías mineras, una carretera que va desde el noroeste de Uganda hasta Kampala. Hace tres años estaba nueva pero ahora tiene tramos que son prácticamente intransitables. Distintas unidades milicianas la han minado, bloqueado y hecho saltar por los aires. Cuando cae la noche pueden montar barreras y entonces puede pasar cualquier cosa. Son niños de once años drogados, embotados y con armas en las manos. Y, un poco más

allá, sus hermanos de armas con más experiencia.

—No construí la mina para que cayera en manos de las guerrillas —dice Mauri.

Las fuerzas de seguridad que había colocado alrededor de la zona hace tiempo que salieron por piernas y desde entonces están explotando ilegalmente la mina. No está claro quién manda allí, utiliza el material que la compañía no logró sacar a tiempo y destroza la maquinaria. Mauri ha oído rumores que son grupos que están aliados con las tropas del gobierno, es decir, es más que probable que sea Museveni quien le esté robando.

—Es un problema de la nación entera —asegura la ministra de Comercio—. Pero ¿qué podemos hacer? Nuestro ejército... no puede estar en todas partes al mismo tiempo. Estamos intentando proteger las escuelas y los hospitales.

«Una mierda —piensa Mauri—. Cuando no me están robando a mí, las tropas del gobierno están en plena labor de tomar el control y saquear minas en el noreste del Congo y transportar el oro hasta la frontera.»

Evidentemente, la versión oficial es que todo el oro que venden en el extranjero ha sido extraído en Uganda, en minas propiedad del Estado, pero todo el mundo sabe cuál es la realidad.

—Vais a tener problemas para atraer a inversores extranjeros —dice Mauri—. Se echarán atrás si no podéis asegurar el orden en la región norte.

—Estamos muy interesados en los inversores extranjeros. Pero ¿qué podemos hacer? Le hemos ofrecido comprar su mina...

—¡Por una miseria!

—Por lo que usted pagó en su momento.

—¡Y después he invertido más de diez millones de dólares en infraestructura y equipamiento!

—Pero ¡ahora no tiene valor para nadie! Tampoco para nosotros. ¡Esa región significa muchos problemas!

—¡Sí, lo tengo muy claro! Y usted no parece darse cuenta de que sólo hay una manera de alejarse del problema: proteger a los inversores. ¡Se harían ricos!

—¿Nosotros? ¿Cómo?

—Infraestructura. Escuelas. Viviendas sociales. Oportunidades de trabajo. Recaudaciones fiscales.

—¿De verdad? Durante los tres años que usted estuvo a cargo de la actividad la compañía no registró ninguna ganancia, así que no hubo ninguna recaudación fiscal.

—¡Ya discutimos sobre eso en su día! Al principio hay que invertir. Está claro que no se puede contar con beneficios durante los cinco primeros años.

—Y nosotros no sacamos nada. Usted se lo queda todo. Y ahora que tiene problemas acude a nosotros y quiere ayuda militar para proteger su actividad. Y yo digo: permita que el Estado se haga copropietario de la compañía. Me sería más fácil

proporcionar medios para proteger una compañía de la que nosotros también fuéramos propietarios.

Mauri asiente con la cabeza y da la sensación de estar reflexionando.

—En ese caso, quizá podríamos recibir ayuda con otras dificultades que hemos tenido. De repente nuestra concesión referente a los vertidos dejó de ser válida y, hacia el final, tuvimos muchos problemas con el sindicato. Quizá el presidente podría cumplir su compromiso respecto a nuestro antiguo convenio. Cuando adquirimos la mina prometió construir una central junto al Nilo Alberto.

—Considere mi oferta.

—Que es...

—El Estado compra el cincuenta por ciento de las acciones de Kilembe Gold.

—¿Remuneración?

—Oh, seguro que llegamos a un acuerdo. Ahora mismo el presidente está apostando por asistencia sanitaria y campañas sobre el sida. Somos un ejemplo para los países vecinos. Podríamos ceder ganancias futuras hasta que el pago esté finiquitado.

La ministra de Comercio habla con ligereza, como si fueran viejos amigos.

A pesar de la perspicacia a la hora de elegir las palabras, el tono de Mauri oscila, como de costumbre, entre inexpresivo y amable.

Inna siempre suele aligerar el ambiente, pero no encuentra fuerzas para hacerlo del todo. Bajo sus voces amables y livianas le llega un restallido de disparos.

Mauri e Inna se toman unos cuantos whiskys en el bar del hotel. Por encima de sus cabezas tienen un ventilador en el techo y de fondo un pianista realmente malo. Demasiados empleados y muy pocos clientes. Los que hay son occidentales, conscientes de que los precios triplican los del resto de bares de la ciudad, pero se dicen a sí mismos que les da lo mismo. De todos modos, no deja de ser una ínfima fracción de lo que se paga en casa.

Al mismo tiempo sienten ira por la sensación de ser engañados constantemente. Siempre toca pagar demasiado, sólo por ser blanco. Es un trapicheo eterno con los precios, si se tienen fuerzas. Y aun así siempre sales estafado.

Sólo te das cuenta parcialmente de lo mucho que te irrita que uno de los camareros coquettee con una de las chicas del bar. ¿Quién es el que está aquí para divertirse? ¿Ellos o los clientes? ¿Quién paga y quién cobra?

Mauri bebe para salir de la espiral y dejar de darle vueltas a todo. Por su cuerpo corre un agua turbia, algo escamosa y negra, que sube a la superficie todo el tiempo. No quiere reconocerlo, quiere tranquilizarse y quiere dormir y pensar en todo esto mañana.

Si Inna no hubiera sido apaleada justo entonces, quizá todo hubiera salido

diferente. Quizá habrían hablado sobre el tema y ella le habría ayudado a tomarse aquello un poco más a la ligera. A lo mejor incluso habría conseguido hacerle reír al decirle: Así son las cosas, viento a favor y en contra.

Pero Inna no se siente con fuerzas. Bebe para amortiguar el incesante dolor de la cara y se pregunta si se le infectará la herida del labio o del ojo, porque todavía no se han curado y podrían convertirse en heridas tropicales.

Tras este suceso se calma un poco. Ya no vuelve a ser exactamente la misma. Se verá que hay otras razones.

Mauri se despierta por la noche por culpa de los torbellinos, los sedimentos negros que se han desbordado.

El aire acondicionado se ha estropeado. Le abre las ventanas a la oscuridad de la noche, pero no hay frescor ninguno, sólo el chirrido perseverante de los grillos y el juego de las ranas bombina.

¿Cómo se lo podría explicar a alguien? ¿Cómo lo iba a entender alguien?

Cuando Inna llega corriendo seguida de su secretaria y orgullosa le muestra la portada de *Business Week*, y él ve su propia cara, no siente la alegría que experimentan las dos mujeres. ¿Orgullo? Nada más lejos. Se siente cada vez más empalado por la vergüenza.

Es el chapero de todos. Lo mismo podría ser un trofeo andante en una cárcel de máxima seguridad.

Cuando la Confederación Sueca de Organizaciones Empresariales le invita a dar una conferencia y cobra treinta mil coronas por cada participante y se llena el local, entonces no es más que la puta de todos ellos.

Lo muestran como prueba de que todo el mundo tiene las mismas posibilidades. Todo el mundo lo puede conseguir, todo el mundo puede llegar a lo más alto siempre que quiera. Sólo hay que mirar a Mauri Kallis.

Gracias a Mauri, todos los chavales y las chavalas de los barrios periféricos de Tensta y Botkyrkan, todos los vagos del interior de Norrland tendrán que acarrear con sus propias decisiones. Retiradles el subsidio, que el trabajo valga lo suyo. Estimulad a la gente para que sea como Mauri Kallis.

Y le dan palmaditas en la espalda y le estrechan la mano pero él nunca llega a ser uno de ellos. Ellos tienen apellido, familia y dinero antiguo.

Mauri es y será un advenedizo sin estilo ninguno.

Recuerda la vez que conoció a la madre de Ebba. Lo habían invitado a su propiedad. Naturalmente aquello era tremendamente impresionante hasta el día que pudo ver las cuentas y entendió que dejaban hacer cursillos allí no porque aquello tuviera un valor cultural que pertenecía a todo el mundo, como había dicho su madre en una entrevista en la revista *Gods & Gårdar*, sino simplemente para tener ingresos y poder conservar el lugar.

De todas formas, el primer día Mauri acudió con un ramo de flores y una caja de bombones sencillos, marca Aladdin. Vestía traje a pesar del calor del verano, ya que era a mediados de julio. No sabía qué se había de poner para ir a casa de alguien que era propietario de un lugar como aquél. Era como un palacio.

La madre le sonrió cuando él le entregó las flores y la caja de Aladdin. Una sonrisa indulgente y algo divertida. Los bombones baratos los sacaron para el café y se quedaron allí, en su caja, medio derretidos. Nadie cogió ni uno solo. La madre tenía el jardín lleno de rosas y otras flores y dentro de la casa, en grandes jarrones, había magníficos centros florales. No tenía ni idea de adonde había ido a parar su pequeño ramo. Seguro que directamente al contenedor de compost.

Él y Ebba fueron andando hasta los antiguos baños para saludar al padre de ella. El banderín de la casa estaba a la vista. Una señal de que papá estaba bañándose y entonces no se le podía molestar. Pero, como era la primera vez que el novio de Ebba iba a visitarlos, su padre había dejado dicho que fueran hasta allí. El calor había hecho que Mauri se quitara la americana y la llevaba colgada del brazo. Llevaba desabrochado el último botón de la camisa y la corbata doblada en el bolsillo. Los demás llevaban ropa de verano de colores claros que parecía descuidada pero cara a la vez.

El padre de Ebba estaba sentado en una tumbona en el embarcadero. Se levantó y los saludó afectuosamente cuando llegaron. Estaba completamente desnudo y ni un ápice importunado. El pequeño pene le colgaba lacio allí abajo.

Era Mauri el equivocado.

«Bueno —piensa Mauri en estos momentos bajo la calurosa noche africana mientras la suma de las ofensas y humillaciones se abren paso a su alrededor—. Fue la última vez que el padre de Ebba apareció desnudo ante él. Cuando después fue corriendo con sus viejos amigos a que Mauri invirtiera su dinero, llevaba traje y lo invitó a comer al conocido restaurante Riche.»

Recuerda la primera vez que sobrevoló el norte de Uganda.

Era una pequeña Cessna y lo acompañaban Inna y Diddi. Mauri había iniciado negociaciones con el gobierno de Uganda para comprar la mina de Kilembe.

Cuando subieron a la avioneta habían intercambiado miradas. Saltaba a la vista que el piloto iba drogado.

—Algunos ya están volando —dijo Inna en voz alta.

De todas formas nadie entendía el sueco.

Se rieron y entraron. Se aferraron a su imprudencia. Ante la muerte, nos reímos.

Así que, al principio del viaje, Mauri luchó contra su miedo pero después quedó completamente hechizado. Un espeso y verde bosque tropical vestía las arqueadas líneas de las montañas y en los valles, entre las montañas, serpenteaban ríos de agua dulce. En esos ríos nadaban cocodrilos de color verde resplandeciente. Las montañas

estaban llenas de una fértil tierra roja y amarilla que podía dar de comer a todos.

Fue una experiencia espiritual. Mauri se sentía como un príncipe que extendía los brazos y volaba sobre su reino.

El ruido de los motores de la avioneta lo protegían de la conversación con sus amigos. Le llovía por dentro, le fluía, era una sensación de ser uno con todo aquello.

¿Quién iba a ser él en Canadá?

Para no hablar de Kiruna.

La gran empresa LKAB siempre sería la protagonista allí arriba. Incluso, aunque él empezara a extraer y pusiera en marcha una mina, apenas podría vender nada. La infraestructura era un sector muy limitado. El transporte del mineral estaba copado por LKAB. Ni siquiera lo que pudieran vender podrían transportarlo fuera. Tendría que quedarse allí esperando con la gorra en la mano mientras lo ninguneaban.

Pero aquí se iba a hacer rico. De verdad. El que entrara primero ganaría una fortuna. Y construirían ciudades, carreteras, ferrocarril y centrales de energía.

Después les dijo a Diddi y a Inna:

—En realidad la mina sólo es un agujero en el suelo embarrado. No tienen equipos ni azadas, extraen a mano y, sin embargo, encuentran lo suficiente. Ahí abajo hay una riqueza increíble.

—Y un montón de problemas —había replicado Diddi.

—Claro que sí —respondió Mauri—. Pero si no hubiera problemas estaría aquí todo el mundo. Quiero ser el primero. Congo es un país demasiado loco, pero ¡aquí! Por lo menos Uganda ha firmado acuerdos internacionales que protegen a los inversores extranjeros, MIGA, OPIC...

—Esperemos que quieran proteger el dinero de ayuda que les mandan.

—Quieren explotar la minería de verdad. Están sentados sobre un tesoro pero les falta capacidad para extraer. Hace cinco años, la guerrilla hema hizo saltar por los aires con dinamita justo esta mina. Había unos cuantos geólogos que lo desaconsejaron pero nadie los tuvo en cuenta. Así que allí abajo murieron más de cien personas como ratas.

—Habrán problemas —insistió Diddi desconfiado.

—Naturalmente —le respondió Mauri—. Cuento con ello. Es asunto nuestro.

—Eres mi amo —dijo Inna—, y opino que debes comprarla.

Inna duerme y entonces no le duele la cara que le han roto. Mauri está junto a la ventana de la habitación del hotel escuchando las ranas bombina en la noche ugandesa.

«Gerhart Sneyers ha tenido razón todo el tiempo», piensa.

«No tienen capacidad propia para extraer sus recursos naturales», dice Sneyers dentro de la cabeza de Mauri, como si todos los países africanos fueran iguales. «Pero

tampoco soportan que lo hagamos nosotros porque entonces consideran que los recursos naturales en su país no son propiedad suya. No se puede razonar con ellos.»

Llegado a ese punto Mauri sintió náuseas con la charla de Sneyers. Le había parecido que estaba cargada de prejuicios y pensaba que Sneyers había olvidado por completo la historia del colonialismo de África. Además, Sneyers no se privaba de utilizar palabras como «negratas» y consideraba que los países aquellos eran «subnormales».

Ya en julio, cuando mataron a los ingenieros belgas, Mauri comprendió que los problemas en Uganda no eran pasajeros. Aparcó el proyecto de Kilembe, se llevó a casa los trabajadores europeos e instruyó a doscientas personas, hombres y mujeres del lugar, para que vigilaran la zona de la mina. Un mes más tarde le notificaron que habían abandonado la mina a su destino.

Para conseguir más inversores, Kallis Mining había prometido un beneficio mínimo garantizado con el proyecto. Empezaron a llamar de inmediato exigiendo los pagos prometidos.

Tras la reunión de mayo en Miami, Sneyers le dio un número de cuenta y le dijo que ingresara de allí dinero para futuras inversiones.

—Que no se pueda hacer un seguimiento —le dijo.

En julio Mauri había empezado a meter dinero en aquella cuenta. Unas cuantas ventas aisladas. Si no por otra cosa, podía necesitar el dinero para pagar futuras exigencias por parte de los inversores de Kilembe. No podía ponerse a vender llevado del pánico para conseguir capital, porque eso podría dañar la reputación del grupo Kallis en el mercado y todos agudizarían el oído. También ha pagado las fuerzas armadas que se crearon alrededor de Kadaga, al norte del país. Kadaga ha asegurado las zonas en torno a Kilembe y otras minas. Pero Gerhart Sneyers le ha dicho a Mauri Kallis que ésa no es la solución a largo plazo. Kadaga puede poner paz en las minas pero no en la infraestructura. Es decir, es imposible transportar nada desde las minas de manera segura. Además, la extracción en estos momentos sería ilegal si la hiciera Mauri Kallis. Los permisos necesarios por parte de las autoridades habían dejado de tener validez.

La reunión de hoy con la ministra de Comercio de Uganda decide finalmente la cuestión. Si Mauri ha dudado antes, ahora ya no. Ha intentado ser honesto en un país más que corrupto pero ahora se acabó lo de ser tan inocente.

Gerhart Sneyers tiene razón. Museveni *is a dead end*.

Además, Museveni es un dictador y un opresor. Deberían hacerle un consejo de guerra. Quitarlo de en medio parece que sea más y más un derecho moral.

Mauri piensa defender su propiedad. Y no piensa inclinarse ante nadie.

Rebecka Martinsson repasó varios archivos del ordenador de Örjan Bylund. Estaba sentada en la cama que había en la pequeña habitación con el ordenador en las rodillas. Se había puesto el pijama y cepillado los dientes, aunque sólo eran las siete. *La boxeadora* investigaba todos los rincones y recodos y, de vez en cuando, volvía hasta donde estaba Rebecka sólo para pisar el teclado del ordenador.

—Oye, tú —le dijo Rebecka apartándola—. Si no haces bien las cosas me chivaré a Sven-Erik.

La estufa de leña calentaba. El fuego había prendido bien y dado que la leña era de abeto, sonaba como si explotara dentro. *La boxeadora* daba un salto cada vez que pasaba y parecía a la vez asustada y curiosa.

«Vaya monstruo», pensaba Rebecka. A través del regulador de tiro que estaba medio abierto se veía el resplandor del fuego como un ojo rojo.

¿Qué es lo que había estado buscando Örjan Bylund? Cuando Rebecka buscó por Kallis Mining en Google encontró 280.000 resultados. Estuvo ojeando las filas de las cookies de Örjan Bylund para ver qué páginas había estado mirando.

Kallis Mining era el principal accionista de la empresa minera Northern Explore AB, que cotizaba en bolsa. En septiembre las acciones habían fluctuado, arriba y abajo como una montaña rusa. Primero la empresa de inversiones canadiense, Quebec Invest, vendió todo lo que tenía. Aquello había creado inquietud y la cotización había ido hacia abajo. Después apareció el informe sobre el resultado positivo de unas prospecciones en las afueras de Svappavaara. Entonces la cotización dio un salto hacia arriba.

«¿Quién gana con la montaña rusa? —pensó—. El que compra cuando la cotización está baja y vende cuando ha subido, naturalmente. *Follow the money.*»

Örjan Bylund había estado consultando un artículo que hablaba del nuevo consejo de administración que se había formado en una junta extraordinaria después de que la empresa canadiense vendiera su cartera. Había entrado una persona de Kiruna.

«Sven Israelsson en la junta directiva de Northern Explore», decía el titular.

Fue interrumpida por el teléfono, que sonaba con su sencilla melodía.

En la pantalla del móvil apareció el número de Måns Wenngren.

El corazón le empezó a latir en el pecho como si estuviera siguiendo un programa de entreno de gimnasia olímpica.

—Hola Martinsson —le dijo con su lenta voz.

—Hola —respondió ella intentando que se le ocurriera algo pero tenía la cabeza sin ideas.

Cuando hubo pensado una eternidad, pudo decir:

—¿Qué tal?

—Bien, muy bien. Estamos en Arlanda, todo el grupo, sacando las tarjetas de embarque.

—Vaya... qué bien.

Él se echó a reír al otro lado de la línea.

—A veces es difícil hablar contigo, Martinsson. Seguro que será divertido aunque la naturaleza se ve mejor en la tele. ¿Vendrás?

—A lo mejor. Es un poco lejos.

Se hizo el silencio. Después Måns dijo:

—Venga, vente. Quiero que subas.

—¿Por qué?

—Porque quiero intentar convencerte para que vuelvas al bufete.

—No volveré.

—Es lo que dices ahora, pero aún no he empezado a convencerte. Hemos reservado una habitación para ti de sábado a domingo. Puedes subir y enseñarnos a esquiar.

Rebecka se echó a reír.

—Seguramente sí que iré —le dijo.

Sintió alivio al notar que no le suponía un esfuerzo ver a la gente del bufete. Vería a Måns. Él quería que subiera. Ella no sabía hacer slalom porque no tenían medios cuando era pequeña y porque ¿quién la podía llevar a las pistas de la ciudad? Pero daba lo mismo.

—Tengo que colgar —dijo Måns—. ¿Lo prometes?

Se lo prometió y él le respondió con una voz cálida:

—Adiós, Martinsson. Nos vemos pronto.

Y ella susurró:

—Adiós.

Rebecka miró de nuevo la pantalla de su ordenador. A nivel internacional, la salida de Quebec Invest de Northern Explore había dado lugar a un pequeño artículo en el diario inglés del sector, *Prospecting & Mining*; el titular de la noticia decía: «*Chicken race.*» «Lo dejamos demasiado pronto», dijo el presidente de Quebec Invest Inc. en un comentario refiriéndose a que Northern Explore AB, poco tiempo después de que la empresa inversora canadiense vendiera sus acciones, encontró oro y cobre. Añadió que las deficiencias en los análisis de las prospecciones eran demasiado grandes y que como accionistas de Northern Explore había sido difícil hacer un cálculo de probabilidades de hallar cantidades que valiera la pena extraer. El presidente de Quebec Invest calificaba como «improbable» el hecho que entre Kallis Mining y Quebec Invest hubiera más colaboración en el futuro.

«¿Por qué?—pensó Rebecka—. Deberían tener ganas de otra oportunidad, especialmente cuando Kallis Mining demostró que había tenido éxito.

»Y ¿quién era Sven Israelsson, el nuevo miembro del consejo de administración?

¿Por qué Örjan Bylund tenía tantas búsquedas con ese nombre?»

Hizo una búsqueda de Sven Israelsson y encontró unos artículos interesantes. Continuó leyendo.

La boxeadora se concentró en un botón que pendía de un hilo del pijama. Le pegó, dejó que se balanceara, lo cogió de nuevo con las dos patas y lo mordió con sus afilados dientes. Era una peligrosa gata asesina. El botón era la muerte del corderillo.

A las siete y media Rebecka Martinsson llamó al fiscal jefe, Alf Björnfot.

—¿Sabes dónde trabajaba Sven Israelsson antes de que lo eligieran miembro del consejo de administración de Northern Explore? —preguntó.

—No —respondió Alf Björnfot mientras apagaba la televisión. Sólo había estado haciendo zapping en busca de algo soportable.

—Era el jefe de la empresa de prospecciones, Skandinaviska Grundämnesanalys AB, de Kiruna. Hace dos años, esta empresa estuvo a punto de ser comprada por una empresa americana, pero Kallis Mining entró y adquirió la mitad de las acciones con lo que se quedó en Kiruna. Es bastante interesante, teniendo en cuenta que una empresa inversora canadiense, Quebec Invest, vendió todas sus acciones de Northern Explore el pasado año, justo antes de que Northern Explore comunicara que habían encontrado cobre y oro en cantidades importantes en las afueras de Svappavaara.

—Vaya... y la relación con Sven Israelsson es...

—Esto es lo que yo pienso: Sven Israelsson es jefe de la empresa que analiza las pruebas de las prospecciones que Northern Explore hace en las afueras de Svappavaara. Probablemente siente una gran lealtad hacia Kallis Mining, dado que esta empresa convirtiéndose en accionista mayoritaria de SGAV la ha salvado de que la compraran otros. Todos hubieran perdido el trabajo o hubieran tenido que irse a vivir a Estados Unidos. En un artículo que he encontrado, el presidente de Quebec Invest está indignado porque dice que los análisis de las prospecciones eran defectuosos y considera «improbable» que haya una futura colaboración entre Quebec Invest y Kallis Mining. Me pregunto por qué anda indignado.

—¿Te lo preguntas?—replicó Alf Björnfot—. Perdieron un montón de dinero porque vendieron demasiado pronto.

—Sí, sí, pero estos inversores están acostumbrados a correr riesgos y a cometer errores y no se enfadan cuando los llaman los periodistas. Y a Sven Israelsson lo incluyen en el consejo de administración de la empresa filial Northern Explore. Claro que se tarda un tiempo para que le autoricen la explotación y empezar a extraer pero, una vez empiezan, Northern Explore se convierte en una empresa archimillonaria. Sven Israelsson es químico en una pequeña empresa de análisis. ¿Cómo es posible que le hayan dado un puesto en el consejo de administración de Northern Explore? Hay algo que falla. Lo que pienso es lo siguiente: Sven Israelsson tenía todas las

posibilidades del mundo de manipular los resultados de las prospecciones. Creo que ayudó a guardar las pruebas que demostraban un resultado positivo. Creo que Sven Israelsson ayudó a Kallis Mining a hacer salir al principal accionista de la empresa. Quizá le enviaron una señal a Quebec Invest de que el resultado iba a ser negativo y entonces Quebec Invest vendió llevado por el pánico y para salvarse de una gran pérdida cuando el mercado reaccionara. Cuando Quebec Invest vendió, las acciones bajaron. Al cabo de poco más de un mes, Northern Explore dejó salir la noticia de que los resultados eran positivos. Quizá fue por eso por lo que Quebec mostraba indignación en la prensa y decía que no veían ninguna posibilidad de una futura colaboración con Kallis Mining. Se sintieron estafados pero no podían demostrar nada. Si alguien de Kallis Mining o Sven Israelsson había comprado acciones antes de que se hicieran oficiales los resultados, es delito por información privilegiada. Creo que a Sven Israelsson le dieron un puesto en el consejo de administración, con todo lo que ello significa en cuanto a remuneración, bonificación y otras prebendas, como agradecimiento por la ayuda prestada. Y además...

Rebecka hizo una pequeña pausa.

—... en noviembre se compró un Audi nuevo. En ese momento las acciones de Northern Explore AB habían subido un 300 %, contando desde la cotización anterior a que bajaran.

—Coche nuevo —exclamó Alf Björnfot mientras se levantaba del sofá sujetando el teléfono inalámbrico entre la oreja y el hombro para poder ponerse los zapatos—. Siempre se compran un coche nuevo.

—Ya lo sé.

—Entonces nos vemos dentro de un cuarto de hora —le indicó Alf Björnfot y se puso la chaqueta.

—¿Dónde?

—En casa de Israelsson, naturalmente. ¿Tienes la dirección?

Sven Israelsson vivía en una casa de madera pintada de rojo en la calle Matojärvi. En un montón de nieve unos niños habían empezado a cavar una cueva. Las palas que había esparcidas por el suelo testificaban que el trabajo había sido interrumpido de golpe cuando empezaba el programa infantil *Bolibompa* y les esperaba la cena.

Sven Israelsson era un hombre de unos cuarenta años. Rebecka se sorprendió. Creía que sería mayor. Tenía un pelo grueso y castaño con bastantes canas. Parecía en buena forma, fibroso, como si nadara o corriera.

Alf Björnfot se presentó a sí mismo y a Rebecka con el nombre y cargo. Fiscal jefe y fiscal de refuerzo era suficiente para asustar a la gente. Sven Israelsson no parecía tener miedo. Más bien era algo que muy rápido apareció en su mirada. Algo parecido a la resignación. Como si esperara que la ley llamara a su puerta. Después se recuperó.

—Adelante —les dijo—. No os quitéis los zapatos si no queréis. Fuera sólo hay nieve limpia.

—Trabajas para Skandinaviska Grundämnesanalys AB —afirmó para empezar Alf Björnfot cuando se sentaron a la mesa de la cocina.

—Cierto.

—De la que Kallis Mining es propietaria al 50%.

—Sí.

—Y el pasado invierno te nombraron miembro del Consejo de Administración de Northern Explore AB, una filial de Kallis Mining.

Sven Israelsson asintió con la cabeza.

—El pasado otoño, Quebec Invest vendió un gran paquete de acciones de Northern Explore. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé. Se enfriarían. No se atreverían a esperar al último resultado de la prospección. Igual pensaron que las acciones caerían como una piedra si el resultado era negativo.

—El presidente de Quebec Invest dijo en una entrevista que era impensable una futura colaboración con Kallis Mining —dijo Rebecka—. ¿Por qué crees que lo dijo?

—No lo sé.

—En noviembre te compraste un Audi nuevo —dijo Alf Björnfot—. ¿De dónde salió el dinero?

—¿Soy sospechoso de haber cometido algún delito? —inquirió Sven Israelsson.

—De momento y formalmente, no —informó Alf Björnfot.

—Hay circunstancias en torno a esta historia que indican un grave delito por información privilegiada o de colaboración en ese delito —informó Rebecka.

Hizo un gesto con el pulgar y el índice como midiendo cinco centímetros y continuó:

—Estoy a esta distancia de saber quién compró acciones en el corto período desde la venta de Quebec hasta que se hicieron oficiales los resultados positivos.

A menudo, las compras delictivas con ayuda de información privilegiada se hacen en pequeñas cantidades con diversos intermediarios y administradores. Así no lo ven los inspectores de Hacienda en un control rutinario, pero yo voy a hacer un seguimiento de cada una de las ventas durante ese período. Y si te encuentro a ti o a Kallis Mining entre los compradores, te va a caer una buena denuncia.

Sven Israelsson cambió de postura en la silla donde estaba sentado con el gesto de estar buscando algo que decir.

—Es más que eso —añadió Alf Björnfot—. Te tengo que preguntar una cosa. Por favor, no mientas y piensa que este dato lo podemos comprobar por otras fuentes. ¿Se puso en contacto contigo el periodista Örjan Bylund y te hizo preguntas respecto a esta historia?

Sven Israelsson lo pensó un momento.

—Sí —dijo luego.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Que le fuera a preguntar a Kallis Mining.

«Inna Wattrang era la jefa de información de Kallis Mining», pensó Rebecka Martinsson.

—A Örjan Bylund lo asesinaron —informó Alf Björnfot sin rodeos.

—¿Qué cojones dices?—exclamó Sven Israelsson desconfiado—. Murió de un infarto al corazón.

—Lo siento pero no —replicó Alf Björnfot—. Lo mataron cuando empezó a investigar esta historia.

Sven Israelsson palideció y se cogió al borde de la mesa con las dos manos.

—Bueno —continuó Alf Björnfot—. No creo que tuvieras nada que ver con eso, pero ahora te das cuenta de que es un asunto serio. ¿Por qué no nos lo explicas todo? Así verás cómo se alivia esa presión que sientes en el pecho.

Sven Israelsson asintió de nuevo con la cabeza.

—Teníamos un chico en el laboratorio —dijo al cabo de un instante—. Y nos enteramos de que le pasaba información a Quebec Invest.

—¿Cómo os enterasteis? —le inquirió Alf Björnfot.

Sven Israelsson hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—Por pura casualidad. Estaba en casa hablando por teléfono con el presidente de Quebec y tenía el móvil en el bolsillo. Se había olvidado de bloquearlo y sin querer llamó al último número marcado, que era el de un compañero y éste oyó lo suficiente para entender de qué iba la conversación.

—¿Y qué hiciste?

—El que oyó la conversación me lo explicó y cuando llegó el momento oportuno dejamos que le pasara información errónea.

—Exactamente ¿qué?

—Era un momento crítico en las prospecciones en las afueras de Svappavaara y parecía que Northern Explore no iba a encontrar nada allí. Habían hecho gran cantidad de mediciones a más de setecientos metros de profundidad y los gastos se dispararon. Luego hicieron prospecciones a casi mil metros y ésa era la última oportunidad en aquella zona. Todo dependía del resultado. Sólo son los grandes los que tienen recursos para esa clase de prospecciones. Dios mío, hay un montón de pequeñas empresas que sólo pueden hacer pruebas desde el aire y después envían patrullas a pie que cavan un poco de tierra para inspeccionar una zona.

—Y entonces encontraron oro.

—Más de cinco gramos por tonelada y eso está muy bien. Además de un dos por ciento de cobre. Pero yo falseé un informe y dijimos que no habíamos encontrado

nada y que se podía descartar la posibilidad de realizar extracciones rentables en la zona. Entonces hice que el que filtraba información viera el informe. Quebec Invest vendió sus acciones en Northern Explore AB una hora después.

—¿Qué pasó con el compañero?

—Hablé con él... y después de la conversación presentó la dimisión y eso fue todo.

Alf Björnfot se quedó callado unos segundos mientras pensaba.

—¿Hablaste con alguien de Kallis Mining sobre esto? ¿Sobre la filtración? ¿Sobre lo de pasar información errónea?

Sven Israelsson dudó.

—El periodista Örjan Bylund ha sido asesinado, Inna Wattrang lo mismo —explicó Alf Björnfot—. No podemos descartar que estos hechos tengan algo que ver entre sí. Cuanto antes salga la verdad, mayor es nuestra posibilidad de detener a quien lo hizo.

Alf Björnfot se inclinó hacia atrás, hasta el respaldo de su silla y esperó. El hombre que tenía delante era un hombre con conciencia. Pobre hombre.

—Fuimos Diddi Wattrang y yo quienes ideamos todo esto —contestó Sven Israelsson finalmente.

Los miraba suplicante.

—Él hacía que pareciera correcto. Llamaba traidores a Quebec Invest y decía lo que yo también había pensado muchas veces de los inversores extranjeros. Que no tienen interés en poner en marcha ninguna mina en la zona. Sólo tienen interés en conseguir dinero rápido. Negocian permisos y concesiones, pero no son empresarios. Aunque encuentren grandes cantidades para extraer, no pasa nada. Se venden los derechos unos a otros, pero no hay nadie que quiera poner en marcha nada. O falta dinero, ya que cuesta muchos millones poner en marcha una mina, o falta quién sabe qué. Y todos estos inversores extranjeros no sienten nada por estas tierras. ¿Les preocupan acaso los puestos de trabajo y la gente de aquí?

Sven Israelsson volvió a hacer una mueca parecida a una sonrisa.

—Era como él decía, que Mauri Kallis por lo menos era de aquí y tenía voluntad, dinero y espíritu emprendedor. Con Quebec Invest fuera, la posibilidad de que hubiera una explotación de la mina era cien por cien mayor. Claro que lo he pensado después. Cada día. Pero entonces parecía que era moralmente correcto hacer lo que le hicimos a Quebec Invest, que eran unos canallas. Eran ellos los que tenían un chivato entre nosotros. Jodidas ratas, pensé. Robar a un ladrón. Traicionar a un traidor. Sólo tuvieron lo que se merecían. Y no nos iban a desenmascarar porque entonces se descubrirían ellos mismos.

Sven Israelsson se quedó callado. Rebecka Martinsson y Alf Björnfot lo observaban mientras la sensación de que todo se había acabado le calaba dentro. Lo

que estaba esperando tomaba forma ahora en su cabeza. Perder el trabajo. Ser denunciado. Lo que diría la gente.

—Cuando me ofrecieron el puesto en el consejo de administración —dijo secándose las lágrimas que empezaban a abrirse paso—, entonces parecía sólo como una muestra de que Kallis Mining quería invertir aquí arriba. Querían ese arraigo local. Pero cuando recibí el dinero... en un sobre, no en una cuenta... entonces ya no me pareció tan bien. Me compré el coche y cada vez que me sentaba en él...

Interrumpió la frase sacudiendo la cabeza.

«Un hombre con conciencia», pensó Alf Björnfot de nuevo.

—Mira tú qué cosas pasan —le dijo Alf Björnfot a Rebecka cuando dejaron la casa de Sven Israelsson.

—Tenemos que llamar a Sven-Erik Stålnacke y a Anna-Maria y explicárselo —dijo Rebecka—. Que llamen a Diddi Wattrang para interrogarlo respecto a un grave delito de información privilegiada.

—Anna-Maria le ha llamado antes. Diddi Wattrang está en Canadá. Pero la llamaré de todas formas y cuando tengamos los datos sobre la venta de acciones, entonces se le puede pedir ayuda a la policía canadiense para que lo detengan.

—¿Qué piensas hacer ahora?—preguntó Rebecka—. ¿Quieres acompañarme hasta Kurravaara? Le he prometido a mi vecino, Sivving Fjällborg, comprarle unas cosillas y seguro que nos querrá invitar a tomar café. Le gustará que vayas.

Sivving se puso contento con la visita. Le gustaba hablar con gente nueva. Él y el fiscal pronto se pusieron de acuerdo en que no eran familia pero tenían unos cuantos conocidos en común.

—Pues aquí vives bien —dijo Alf Björnfot a la vez que miraba el cuarto de la caldera.

Bella estaba tumbada y triste en su cama mientras veía a los demás sentados a la mesa plegable de Sivving comiendo panecillos de pan seco con mantequilla y queso.

—Sí, aquí abajo todo es muy fácil —dijo Sivving filosófico mientras mojaba su pan en el café—. ¿Qué se necesita? Una cama y una mesa. También tengo una tele pero para lo que hay que ver. Y ropa, tengo dos de todo. ¡No más! Hay gente que se las apaña con menos pero yo no quiero quedarme en casa porque tenga que lavar. Bueno, la verdad, calzoncillos tengo cinco pares y calcetines también.

Rebecka se echó a reír.

—Pero deberías tener menos —le dijo mirando los calcetines rotos y los gastados calzoncillos que estaban tendidos en la cuerda.

—Bah, mujeres —se rió Sivving buscando apoyo en Alf Björnfot con la mirada

—. ¿A quién le preocupa lo que llevo debajo? Maj-Lis siempre estaba igual. Preocupada de llevar siempre una muda bonita y limpia. No por mí, sino ¡por si la atropellaban y acababa en el hospital!

—Es verdad —se rió Alf Björnfot—. ¡Imagina si el médico te ve con la muda sucia o los calcetines con agujeros!

—Oye —le dijo Sivving a Rebecka—. Haz el favor de apagar el ordenador. Aquí estamos intentando pasárnoslo bien.

—Ya voy —respondió Rebecka.

Estaba con su ordenador portátil buscando datos sobre la economía de la familia de Diddi Wattrang.

—¿Maj-Lis era tu mujer? —preguntó Alf Björnfot.

—Sí, murió de cáncer hace cinco años.

—Mira esto —dijo Rebecka girando el ordenador hacia Alf Björnfot—. Diddi Wattrang siempre tiene su crédito al mínimo a finales de mes, menos cincuenta, menos cincuenta. Así ha sido durante años. Pero justo después de que Northern Explore AB encontrara oro, su mujer aparece en el registro de vehículos como propietaria de un Hummer.

—Siempre compran coches —exclamó Alf Björnfot.

—Uno de éstos me gustaría tener a mí —dijo Sivving—. ¿Cuánto cuesta? ¿700.000?

—Diddi Wattrang ha cometido un delito de información privilegiada pero me pregunto si esto tiene alguna relación con Inna Wattrang.

—Quizá lo descubrió y lo amenazó con denunciarlo —dijo Alf Björnfot.

Se dirigió de nuevo a Sivving.

—Así que tú y tu mujer erais vecinos de la abuela de Rebecka.

—Sí, y Rebecka vivió también allí casi toda su infancia.

—¿Por qué, Rebecka? ¿Murieron tus padres cuando eras pequeña? —preguntó Alf Björnfot sin rodeos.

Sivving se puso de pie de golpe.

—¿Alguien quiere un huevo duro en el pan? Los tengo cocidos en la nevera. Son de esta mañana.

—Mi padre murió justo cuando yo acababa de cumplir ocho años —dijo Rebecka—. Conducía un tractor de esos para andar por el bosque. Era invierno y estaba trabajando cuando el tractor empezó a perder líquido del sistema hidráulico. No se sabe exactamente qué pasó, porque estaba solo. El caso es que se bajó del tractor, miró el tubo y entonces se soltó.

—Joder —exclamó Alf Björnfot—. Aceite hirviendo del hidráulico.

—Humm, la presión es muy alta y todo aquel aceite le cayó encima. Creen que murió en el acto.

Rebecka se encogió de hombros. Un gesto como de que hacía mucho de aquello. De que lo sentía muy lejano.

—Descuidado y torpe —dijo en voz baja—. Pero a veces somos así.

«Aunque él no debería haberlo sido —pensó con la vista puesta en la pantalla del ordenador—. Yo lo necesitaba. Me hubiera tenido que querer tanto que no hubiera podido ser ni descuidado ni torpe.»

—Le podía haber pasado a cualquiera —intervino Sivving, que no quería permitirle a Rebecka desacreditar a su padre delante de extraños—. Uno está cansado, se baja de la máquina y hace frío. Aquel día hacía veinticinco grados bajo cero. Y seguramente también estaría estresado. Si la máquina se queda parada no se gana dinero ese día.

—¿Y tu madre? —preguntó Alf Björnfot.

—Se separaron un año antes de que muriera mi padre. Pero yo tenía doce años cuando ella murió. Vivía en Åland. Yo vivía con mi abuela. La atropello un camión.

Es invierno. Rebecka va a cumplir doce años dentro de poco. Ha estado fuera con otros niños saltando desde el tejado de un cobertizo. Directamente a la nieve. Tiene mojada toda la espalda y lleva las botas llenas de nieve. Debe ir a casa a cambiarse.

Su hogar es ahora la casa de su abuela. Al principio, cuando murió su padre, vivía con su madre, pero fue poco más de un año. Su madre solía trabajar lejos. Aquello era muy complicado. La madre dejaba a Rebecka con la abuela, a veces porque tenía que trabajar, a veces porque estaba cansada. Después la iba a buscar y podía estar enfadada. Enfadada con su abuela, aunque era ella la que le había pedido que se hiciera cargo de Rebecka.

Cuando Rebecka sube a casa con la ropa mojada, su madre está sentada junto a la mesa de la cocina. Está de muy buen humor. Tiene las mejillas sonrosadas y se ha teñido el pelo de verdad en la peluquería, no en casa de una amiga, como suele hacer.

Ha conocido a otro hombre, explica. Vive en Åland y quiere que su madre y Rebecka se vayan a vivir con él.

Su madre explica que tiene una casa muy bonita. Y que por allí viven muchos niños. Rebecka va a tener un montón de amigos.

Rebecka siente cómo se le encoge el estómago. La casa de su abuela es una casa muy bonita. Ella quiere vivir allí. No quiere irse a ningún otro sitio.

Mira a su abuela. La abuela no dice nada pero aguanta la mirada de Rebecka con la suya.

—Ni hablar —dice Rebecka.

En cuanto se ha atrevido a decir las palabras que había estado repitiendo en silencio, siente toda la verdad que hay en ellas. No se irá nunca. Nunca a ningún sitio con su madre. Ella vive en Kurravaara y en su madre no puede confiar. Un día es

como es hoy, a todo el mundo le parece guapa, lleva ropa bonita y habla con las chicas mayores de la escuela. Una de esas chicas un día suspiró después de ver a su madre y Rebecka oyó que decía: «Una madre así me gustaría tener, una que entienda las cosas.»

Pero Rebecka conoce mejor a su madre. Cuando se tumba en la cama sin hacer nada y Rebecka tiene que ir a comprar y se alimenta de bocadillos y no se atreve a hacer nada porque todo lo que haga estará mal hecho.

Su madre intenta por todos los medios convencer a Rebecka. Habla con su voz más zalamera. Intenta abrazarla pero Rebecka se escabulle. La rechaza. Sacude la cabeza todo el tiempo. Ve que su madre mira a su abuela pidiendo que la apoye cuando dice:

—La abuela ya no puede tenerte viviendo siempre aquí y yo soy tu madre.

Pero la abuela no dice nada y Rebecka sabe que está de su parte.

Cuando su madre ya se ha cansado de ser amable, cambia radicalmente.

—Pues no vengas —le grita a Rebecka—. Pasa de mí.

Y le explica lo mucho que ha trabajado desde que su padre murió para que Rebecka pudiera tener chaquetas de invierno nuevas y que ella podría haberse puesto a estudiar si no hubiera tenido aquella responsabilidad.

Rebecka y la abuela siguen calladas.

Siguen calladas mucho tiempo después de que la madre se haya ido de allí. Rebecka hace compañía a su abuela en el establo. Aguanta el rabo de la vaca mientras la abuela la ordeña. Como solía hacer cuando era pequeña. Están en silencio. Pero cuando *Mansikka* de pronto eructa, no tienen más remedio que echarse a reír.

Después todo continúa casi como siempre.

Su madre se va a vivir a otro sitio. Llegan postales para Rebecka donde le explica lo fantástico que es todo allí, en Åland. Rebecka lee y se le encoge el corazón de ansiedad. No hay ni una sola palabra donde su madre diga que la echa de menos. Ni siquiera que la quiere. Pone que han salido con el barco o que crecen manzanos y perales en el jardín, o que han ido de excursión.

A mitad del verano llega una carta. Vas a tener un hermanito, pone en la carta. La abuela también la lee. Está sentada junto a la mesa de la cocina con las viejas gafas de su padre, que compró en la gasolinera.

—*Jesús siunakhoonja Jumala varjelkhood* —dice cuando la ha acabado de leer—. Jesús nos bendiga y Dios nos ampare.

«¿Quién me explicó que había muerto?», pensó Rebecka. «No lo recuerdo.

Recuerdo tan poco de aquel otoño. Pero recuerdo ciertas cosas.»

Rebecka está tumbada en el sofá cama de la alcoba que hay junto a la cocina. *Jussi* no está a sus pies porque la abuela y la mujer de *Sivving*, *Maj-Lis*, están junto a la mesa de la cocina y *Jussi* se ha tumbado debajo. Cuando la abuela está en el establo o se ha ido a dormir, *Jussi* suele tumbarse en la cama de Rebecka.

Maj-Lis y la abuela creen que Rebecka se ha quedado dormida pero no es así. La abuela llora. Lloro con un trapo de cocina contra la cara. Rebecka cree que es para amortiguar el ruido y que así ella no se despierte.

Nunca ha oído ni visto llorar a su abuela, ni siquiera cuando murió su padre. El ruido hace que tenga mucho miedo y que se sienta muy mal. Si la abuela llora, el mundo se desmorona.

Maj-Lis está sentada al otro lado y susurra consoladora.

—No creo que fuera un accidente —dice la abuela—. El conductor dice que lo miró y que se le echó encima.

—Tiene que haber sido muy duro perderlos a los dos cuando eras tan pequeña —dice *Alf Björnfot*.

Sivving sigue todavía junto a la nevera. Aguantando los huevos sin saber qué hacer.

«Cuando pienso en aquellos tiempos me avergüenzo —piensa Rebecka—. Desearía tener las imágenes correctas en la cabeza. Una niña junto a una tumba con lágrimas en la cara y flores sobre el ataúd. Dibujos de mi madre en el cielo o cualquier otra cosa, pero yo me sentía completamente fría.»

—Rebecka —la llama su profesora.

¿Cómo se llamaba? ¡Eila!

—Rebecka —dice Eila—. No has hecho los deberes de matemáticas hoy tampoco. ¿Te acuerdas de lo que hablamos ayer? ¿Recuerdas que me prometiste que empezarías a hacer los deberes?

Eila es buena. Tiene el pelo rizado y una bonita sonrisa.

—Lo intento —se excusa Rebecka—, pero empiezo a pensar en que mi madre está muerta y entonces no puedo hacerlos.

Mira hacia el pupitre para que parezca que llora pero no es verdad.

Entonces Eila se queda callada y le pasa la mano por el pelo.

Rebecka se siente satisfecha. No le apetece estudiar matemáticas. Así se salva.

Otra vez: se ha escondido en la leñera de la abuela. El sol pasa a través de las grietas de la pared. Unas delgadas cortinas de polvo parece que se levanten constantemente con la luz.

La hija de Sivving, Lena, y Maj-Lis la están llamando. «¡Rebecka!» No contesta. Quiere que la estén buscando para siempre. Se enfada y se desilusiona cuando dejan de llamarla.

Y aún otra vez: Está jugando junto a la orilla del río. Se imagina que martillea y clavetea en el embarcadero. Está construyendo una balsa. Navega corriente abajo por el río Torne. Sabe que el río desemboca en el mar Báltico. Continúa en la balsa a través del mar hasta la costa de Finlandia. Hasta Åland. Allí desembarca y hace autostop hasta la ciudad de su madre. A la casa bonita de aquel señor. Llama a la puerta. El señor abre. No entiende nada. «¿Dónde está mamá?», pregunta Rebecka. «De paseo», responde el señor. Rebecka echa a correr. Tiene prisa. En el último segundo agarra a su madre, en el instante en que iba a tirarse a la carretera. El camión pasa de largo, casi las roza. ¡Salvada! Rebecka la ha salvado. «Podría haber muerto —dice su madre—. Mi niña.»

—No puedo recordar que estuviera triste —dice Rebecka a Alf Björnfot—. Yo vivía con mi abuela. De todas formas, en mi vida ha habido mucha gente buena. Lamentablemente creo que no lo aproveché. Yo notaba que los adultos se apenaban por mí y así me prestaban más atención.

Alf Björnfot parecía tener dudas.

—Pobre niña —dijo—. Tenían motivos para sentir lástima por ti. Y tú merecías que te prestaran más atención.

—¡Qué cosas dices!—exclamó Sivving—. Tú no te aprovechaste. Intenta no pensar así. Además, de eso hace mucho tiempo.

Ester Kallis estaba sentada en su habitación, en la buhardilla de Regla. Estaba en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas, dándose impulso.

Tenía que bajar a la cocina a buscar la cazuela de macarrones de la nevera.

Pero es complicado. Aquello estaba lleno de gente haciendo cosas, dentro de la casa y fuera también. Había personal de servicio contratado y un cocinero que hacía la comida. En el jardín había hombres con equipo de comunicación y armados. Hacía un momento que había oído al jefe de seguridad, Mikael Wiik, hablar con ellos

cuando estaban justo debajo de su ventana medio abierta.

—Cuando lleguen, quiero vigilantes armados junto a la verja. No porque se necesite, simplemente para que los invitados del cliente se sientan tranquilos. ¿Entendido? Esta gente suele viajar por zonas problemáticas, pero también aquí, en Alemania, en Bélgica, en Estados Unidos, están acostumbrados a ver a mucha gente de seguridad a su alrededor. Así que, cuando vengan, quiero dos hombres junto a la verja y dos aquí arriba junto a la casa. Y cuando estén dentro, tomaremos posiciones.

Tenía que bajar a buscar la cazuela de los macarrones. No había que pensar más.

Ester bajó por la escalera que subía al desván, pasó por delante de la puerta del dormitorio de Mauri y continuó hacia abajo por la ancha escalera de roble que llevaba hasta el recibidor.

Lo cruzó por encima de la gran alfombra persa, paseó su propia imagen delante del pesado espejo del 1700 sin mirarse y entró en la cocina.

Ebba Kallis estaba allí hablando de vinos con el cocinero contratado, a la vez que daba instrucciones a los camareros. Ulrika Wattrang estaba junto al banco de trabajo de mármol y arreglaba unas flores en un florero gigantesco. Las dos mujeres parecían arrancadas de una revista con sus sencillos trajes de cena bajo el delantal.

Ebba estaba de espaldas cuando Ester entró en la cocina. Ulrika la vio por encima del hombro de Ebba y le hizo a ésta una señal arqueando las cejas un par de veces. Ebba se volvió.

—Oh, hola, Ester —dijo en un tono amable acompañado de una sonrisa totalmente incómoda—. No he puesto servicio para ti porque he pensado que quizá no querías sentarte con nosotros. Ya sabes, sólo se habla de negocios... aburridísimo. Ulrika y yo no tenemos más remedio.

Ulrika puso los ojos en blanco para demostrar a Ester lo pesado que era estar obligada a asistir.

—Sólo bajaba a buscar mis macarrones —dijo Ester bajito y con la mirada en el suelo.

—Oh, pero naturalmente hay muchas cosas para comer —exclamó Ebba—. Te mandaremos un menú de tres platos en una bandeja.

—Dios, qué agradable —dijo Ulrika—. ¿No podéis hacérmelo a mí también? Y así me voy a ver una película y me como todas estas cosas tan ricas.

Se echaron a reír un poco avergonzadas.

—Sólo quiero los macarrones —respondió Ester obstinada.

Abrió la puerta de la nevera y sacó una gran cazuela con macarrones fríos. Muchos hidratos de carbono.

Entonces Ester miró a Ulrika. Se vio obligada. Estaba allí cuando Ester cerró la nevera y se dio la vuelta. Ulrika estaba blanca como el papel, con un agujero rojo en medio de la cara.

Oyó una voz. De Ebba o de Ulrika.

—¿Cómo estás? ¿No te sientes bien?

Claro que se sentía bien. Sólo tenía que subir la escalera de vuelta a su habitación en la buhardilla.

Subió la escalera. Un instante después estaba sentada en su cama. Comía macarrones con la mano directamente de la cazuela, ya que no había cogido el tenedor. Cuando cerró los ojos vio a Diddi durmiendo profundamente en la cama del matrimonio Wattrang. Con la ropa puesta, aunque Ulrika le había sacado los zapatos ayer por la noche cuando llegó a casa. Vio al jefe de seguridad, Mikael Wiik, repartir a sus hombres por la zona. No esperaba que surgieran problemas, quería que los invitados vieran la vigilancia y se sintieran seguros. Vio a Mauri ir de un lado para otro en su despacho, nervioso ante aquella cena. Vio que el lobo había bajado del árbol.

Abrió los ojos y observó su óleo del lago Torneträsk.

«La abandoné —pensó—. Me fui a Estocolmo.»

Ester va en tren a Estocolmo. Su tía la espera en la estación. Parece un cromó o un cartel de película. Lleva su estirado y negro pelo de lapona ondulado y con laca, con un peinado a lo Rita Hayworth. Sus labios son rojos y lleva una falda estrecha. El perfume es dulce y pesado.

Ester va a una entrevista en la escuela de arte. Lleva anorak y zapatillas de gimnasia.

En la Escuela de Arte Idun Lovén han revisado sus pruebas de acceso. Es buena, pero demasiado joven, en realidad. Por eso la junta directiva quiere hablar con ella.

—Recuerda que tienes que hablar —le ordena su tía—. No te quedes allí callada. Por lo menos contesta cuando te pregunten. ¡Prométemelo!

Ester lo promete desde un estado de aturdimiento. Hay tanto a su alrededor: el aullido chirriante del metro cuando entra en las estaciones, textos por todas partes, publicidad. Intenta leer y ver lo que quieren vender, pero no le da tiempo, los tacones de su tía son baquetas que mantienen su ritmo rápido a través de un montón de gente que a Ester tampoco le da tiempo de mirar.

Los que la van a entrevistar son tres hombres y dos mujeres. Todos son de mediana edad hacia arriba. Su tía debe esperar fuera, en un pasillo. Invitan a Ester a entrar en una sala de conferencias. En las paredes cuelgan grandes cuadros. Las pruebas de acceso de Ester están apoyadas contra la pared.

—Nos gustaría hablar un poco contigo de tus cuadros —dice amablemente una de las mujeres.

Es la directora. Le han estrechado la mano y le han explicado quiénes son y cómo se llaman, pero Ester no lo recuerda. Sólo se acuerda que aquella mujer que habla

ahora ha dicho que es la directora.

Sólo hay un óleo. Se llama *Solsticio de verano* y representa el lago Torneträsk y una familia que va a subir al barco que está en la playa. Hay sol de medianoche y nubes de mosquitos. Un chico y su padre ya están sentados en el barco. La madre medio arrastra a una niña que quiere quedarse en tierra. La niña llora. Sobre la cara, tiene la sombra de un pájaro que pasa volando. Al fondo se ve la montaña, todavía con manchas de nieve. Ester ha pintado el agua de color negro. El brillo del agua está aumentado. Si sólo se les mira a ellos, se tiene la sensación de que el mar está más cerca del observador que la familia. Aunque en la composición de la imagen, la familia está en primer término. Quedó bien aquello de los espejados aumentados. Hacen que el agua parezca amenazadora y grande. Y debajo de la superficie aparece algo blanco pero también puede ser el espejo de una nube.

—No estás acostumbrada a pintar al óleo —dijo uno de los caballeros.

Ester niega con la cabeza porque es verdad.

—Es una imagen interesante —dice amablemente la directora—. ¿Por qué no quiere la niña subir al barco?

Ester tarda en dar una respuesta.

—¿Tiene miedo al agua?

Ester asiente con la cabeza. ¿Por qué tiene que explicarlo? Entonces se estropeará todo. La sombra blanca que está en el agua es el caballo del arroyo que se despierta la noche del solsticio de verano. Cuando Ester era pequeña, leyó algo del caballo del arroyo en un libro sueco de la biblioteca de la escuela. En el dibujo, va nadando por allí abajo deseando que un niño caiga en el agua para llevárselo hasta el fondo y comérselo. La niña sabe que es ella. La sombra del pájaro sobre su cara es un arrendajo funesto, un pájaro de mal agüero. Los padres sólo ven la nube en el cielo. Al niño del barco le han prometido que llevará el timón y quiere irse.

Sacan otros cuadros. Es *Nasti*, el lemming, en su jaula. Dibujos a lápiz de su casa en Rensjön, de dentro y de fuera de la casa.

Preguntan una cosa y otra. No sabe qué es lo que quieren que les diga. ¿Y qué puede decir? Si tienen los dibujos delante de las narices, sólo tienen que mirarlos. Se niega a dar explicaciones, por eso responde con monosílabos y sin ganas.

Su tía y su madre están sentadas en su cabeza discutiendo intensamente.

Su madre: «Es natural que no se hable de los dibujos. Uno no sabe bien de dónde salen. Y quizá igual tampoco quiera saberlo.»

Su tía: «Pues te diré una cosa. A veces una se tiene que esforzar un poco. Di algo, Ester, porque quieres entrar en esta escuela, ¿no? Dentro de poco se van a creer que eres subnormal o algo así.»

Todos miran aquellos perros haciendo caca. Era la asistente social, Gunilla Petrini, quien eligió los dibujos que Ester iba a enviar. Y a ella le gustaron los perros.

Ése es *Musta*, seguro, que arrogante echa nieve sobre sus excrementos con las patas de atrás.

El pointer del vecino, *Herkules*, es un perro de caza rígido y bastante militar. De pecho ancho y nariz ganchuda. Pero cuando quiere hacer caca, por alguna razón, siempre se busca una pequeña planta de pino. Necesita hacer caca con el agujero del culo pegado a un árbol. Ester está contenta de la manera como ha captado su expresión, satisfacción y esfuerzo en un solo trazo, allí donde está con el lomo encorvado sobre el pequeño pino.

También miran un cuadro de un dibujo que hizo una vez desde Kiruna. Es una mujer que lleva un pekinés atado a una correa. Sólo se le ven las pantorrillas por detrás y son bastante gruesas. Calza zapato cerrado con tacón alto. El pekinés está agachado en posición de cagar pero parece que el ama se ha cansado de esperar y tira de él para seguir el paseo. También se le ve a él por detrás, todavía agachado para cagar y dejando unas huellas en el suelo con las patas de atrás como de que es arrastrado.

Ahora le pregunta algo. Dentro de su cabeza su tía la empuja impaciente.

Pero Ester cierra la boca. ¿Qué puede decir? ¿Que le interesan las cacas?

Su tía quiere saber cómo ha ido. ¿Cómo lo puede saber Ester? A ella no le ha gustado todo aquello del hablar. Pero lo intentó. Como con los dibujos de *Nasti*. Entiende que querían darle más importancia a los dibujos. Su encarcelamiento. Su pequeño cuerpo. Las palabras del padre le salieron de dentro: «Son tan sensibles —dijo—. Sobreviven en las montañas pero cuando les afecta algo como los bacilos de un resfriado...» En ese momento todos se la quedaron mirando expectantes.

En estos momentos se siente como una idiota. Piensa que habla demasiado. Aunque a ellos les parezca que apenas ha dicho nada, eso lo entiende.

«Se ha ido todo a la mierda —siente por dentro—. No me admitirán.»

Ester Kallis puso la cazuela vacía al lado de la cama. Tenía que quedarse esperando. No estaba segura qué.

«Ya se verá. Es como una trampa. Ocurre y ya está.»

No debía encender la luz de su habitación. No podían descubrirla.

Abajo tenían la cena. Como un rebaño de renos pastando. Ignoraban que la manada de lobos se acercaba cubriendo las vías de escape.

Fuera, la noche estaba oscura como el carbón. No había luna. Si cerraba los ojos o los abría no había casi ninguna diferencia. Hasta la habitación llegaba un poco de luz de la farola que había fuera, en la pared.

Los muertos se acercaban. ¿O era ella la que se acercaba? Notó unos cuantos.

Parientes por parte de madre que nunca había conocido.

Inna también. No tan lejos como podía uno creer. Quizá estaba inquieta por su hermano. Pero no se podía hacer nada. Ester tenía que pensar en su propio hermano.

No hacía tanto tiempo que Inna estaba allí sentada, en la habitación de Ester. La hinchazón de su cara empezaba a bajar. Los morados habían cambiado de color, de rojo y azul a verde y amarillo.

—¿Por qué no sacas la paleta y me pintas? —le había preguntado—. Ahora que tengo tantos colores.

Últimamente estaba cambiada. Se quedaba en casa los fines de semana. No estaba tan contenta como antes. A veces, subía a estar un rato con Ester.

—No sé —le había respondido—. Es que estoy muy cansada de todo. Cansada y desanimada.

A Ester le gustaba estar así. Desanimada.

«¿Por qué se ha de estar siempre contenta?», le hubiera querido preguntar a Inna.

Aquella gente. Contentos y felices y muchos conocidos. Eso era lo más importante.

Pero aun así. Inna sólo se exigía a sí misma. No a Ester.

En ese sentido, Inna era como su madre.

«Me dejaban ser como era —pensó—. Mi madre le prometió al profesor de la escuela que me diría que mejorara. Intentaría enseñarme matemáticas y a escribir.»

«Es que es tan callada —decían los profesores—. No tiene amigos.»

«Como si eso fuera una enfermedad.

»Pero mi madre me dejaba tranquila. Me dejaba que dibujara. Nunca me preguntaba si tenía amigos que quisiera traer a casa. Estar sola era una cosa natural.»

En la escuela de arte no fue lo mismo. Allí se tenía que aparentar que no se estaba sola. Para que los demás no tuvieran que molestarse ni sentir remordimientos de conciencia.

Ester empieza en la Escuela de Arte Lovén, de Estocolmo. Gunilla Petrini tiene un conocido que tiene un piso que se ha de renovar en la calle Jungfru en el barrio de Östermalm. Por eso los propietarios pasan el invierno en Bretaña. A la pequeña Ester le dejan una habitación, no importa. Los operarios llegan pronto por la mañana y cuando Ester vuelve de la escuela ya se han ido hasta el día siguiente.

Ester está acostumbrada a la soledad. No tenía amigos en la escuela. Sus quince años de vida los ha vivido en un rincón sentada consigo misma los días que iban de excursión, comiéndose su bocadillo. Pronto dejó de esperar que alguien se sentara a su lado en el autobús.

Si bien es cierto que es por su culpa. No tiene costumbre de ponerse en contacto con nadie, porque está convencida de que la rechazarán si lo intenta. Cuando hacen

pausas, Ester está sola. No inicia ninguna conversación. Los demás alumnos notan la diferencia de edad y se excusan con que Ester seguro que tiene compañeros de su edad con los que sale en su tiempo libre. Ester se despierta sola. Se viste y desayuna sola. Cuando sale, a veces se encuentra con los hombres del mono azul de trabajo que están renovando el piso. Saludan con la cabeza o le dicen hola, pero hay una distancia de muchos kilómetros entre ellos.

Estar aislada en la escuela no la hace sufrir. Pinta modelos a *contrapposto* y aprende al observar a sus compañeros mayores. Cuando los demás salen a tomar el aire, ella suele quedarse en el estudio y se pasea para mirar. Intenta descubrir cómo uno ha hecho aquellas líneas con tanta facilidad o cómo otro ha encontrado los colores adecuados.

Cuando no tiene que ir a clase de pintura de modelos, sale a pasear. Y es fácil estar sola en Estocolmo. No hay nadie que pueda ver que no está con el grupo. No es como en Kiruna, donde todos saben quién es. Aquí mucha gente pasea camino de diferentes lugares. Es una liberación ser uno entre la multitud.

En Östermalm hay mujeres mayores ¡que llevan sombrero! Todavía son más divertidas que los perros. Los sábados por la mañana Ester persigue a las señoras con el bloc de dibujo. Las dibuja con líneas rápidas, sus frágiles cuerpos, sus medias gruesas de nylon y sus bonitos abrigos. Cuando oscurece desaparecen de las calles como conejos miedosos.

Ester se va a casa y come leche ácida y bocadillos. Después vuelve a salir. Las tardes de otoño todavía son cálidas y negras como el terciopelo. Pasea por los puentes de la ciudad.

Una noche está en el puente de Väster mirando un parque de caravanas que hay abajo. Durante una semana va a mirar a una familia que vive allí. El padre está sentado en una silla de camping fumando. Entre las caravanas hay ropa tendida. Los niños juegan a pelota. Se llaman unos a otros en un idioma extranjero.

Ester empieza a pensar que los echa de menos. Aquella familia allí abajo a los que ni siquiera conoce. Podría cuidar de los niños. Doblar la ropa seca. Acompañarlos por Europa.

Llama a casa pero la conversación no es fluida. Ante le pregunta cómo le va en Estocolmo. Nota por la voz que ya es una extraña. Le gustaría explicarle que Estocolmo no está tan mal. Que el otoño es bonito aquí con los árboles de hoja caduca como amables gigantes contra un cielo despejado y azul. Las hojas amarillas, grandes como la mano de Ester, caen como copos sobre las calles con un crujido seco. Y que hay una pequeña floristería cerca de donde vive donde puede quedarse de pie mirando. Pero sabe que él no quiere oírlo.

Su madre parece que siempre esté ocupada. A Ester no se le ocurre nada de que hablar, así que siente como si su madre estuviera todo el tiempo a punto de colgar.

Y llega el invierno. Viento y lluvia en Estocolmo. A las señoras no se las ve mucho. Ester pinta una serie de paisajes. Montañas y rocas. Diferentes estaciones del año y luz. La asistente social, Gunilla Petrini, se lleva algunos a casa y se los enseña a los amigos.

—Son muy solitarios —dice alguien del grupo.

Gunilla Petrini está de acuerdo por fuerza.

—Sus dibujos son diferentes y no le da miedo la desolación. Realmente está a gusto con el concepto de la nimiedad del hombre comparado con el mundo y la naturaleza, ¿verdad? Ella es así también como persona.

Enseña unos cuadros y se dan cuenta de lo magnífica dibujante que es. ¿Cuántos artistas lo son actualmente? Ester está como sacada de la máquina del tiempo. Les parece ver los espejados del agua de Gustaf Fjaestad y los bosques en invierno de Bror Lindh. A partir de ahí entran de nuevo en lo de la desolación de la pintura de la naturaleza.

—No tiene ningún problema en estar sola —les explica el marido de Gunilla Petrini.

—Es una buena cualidad para un artista —dice alguien.

Explican su vida. Lo de la enferma mental que tiene un hijo con otro paciente. Un indio. Lo de la niña con aspecto indio que crece en una familia lapona.

Un hombre mayor del grupo examina los cuadros, se sube y se baja las gafas a lo largo del tabique nasal. Es el propietario de una galería en el barrio de Söder y es conocido por su rapidez en comprar artistas antes de que salten a la fama. Tiene varios Ola Billgren y compró a Karin Mamma Andersson bastante pronto. Tiene un Gerhard Richter absurdamente grande en su casa. Gunilla Petrini lo ha invitado esta noche con segundas intenciones. Le llena la copa.

—Es interesante la línea de sus montañas —dice—. Siempre hay una rendija, una grieta, una depresión o una separación en el paisaje. ¿Lo veis? Aquí y aquí.

—Un mundo allí detrás —dice alguien.

—Narnia, quizás —dice alguien en broma.

Y queda decidido. Ester tendrá su propia exposición en la galería. Gunilla Petrini quiere dar saltos de alegría. Aquello va a llamar la atención. La edad de Ester, su vida.

Rebecka llevó a Alf Björnfot hasta el pequeño apartamento donde pernoctaba en la calle Köpman. No valía la pena acostarse, no estaba lo bastante cansado como para quedarse dormido. Además, estaba demasiado contento como para irse a dormir. La visita a casa del vecino de Rebecka Martinsson había sido muy agradable. Se sentía

inspirado por Sivving Fjällborg, que había elegido irse a vivir al cuarto de la caldera.

Por eso se sentía tan a gusto en su pisito de Kiruna. No se necesitaba más. Aquello era un remanso. El piso de Luleå era otra cosa.

Apoyados en la pared estaban sus esquíes. Si los preparaba ahora, mañana podría utilizarlos. Los puso sobre los respaldos de dos sillas con la parte exterior hacia arriba, puso papel higiénico sobre las sujeciones y luego cera. Esperó tres minutos y después la pulió.

Le dio tiempo de encerar los esquíes, doblar el montón de ropa que estaba sobre el sofá y fregar los platos antes de que sonara el teléfono.

Era Rebecka Martinsson.

—He encontrado las ventas que Kallis Mining ha hecho estos últimos meses —le informó.

—¿Estás en el trabajo?—preguntó Alf Björnfot—. ¿Es que no tienes un gato en casa al que cuidar?

Rebecka ignoró la pregunta y continuó:

—En poco tiempo han vendido gran cantidad de pequeños paquetes de distintos proyectos por todo el mundo. En Colorado, la fiscalía ha iniciado una investigación sobre una filial de Kallis Mining por delito contable grave. La filial compró inventario, a amortizar a largo plazo, por un importe de cinco millones de dólares. La fiscalía considera que se trata de facturas ficticias y el pago no se ha localizado en la contabilidad de los vendedores que ellos decían estaban en Indonesia, sino en un banco de Andorra.

—Vaya —exclamó Alf Björnfot.

Tenía la sensación de que Rebecka se esperaba que él sacara alguna conclusión sobre lo que acababa de decir. Pero no tenía ni idea de qué podía ser.

—Parece como si Kallis Mining necesitara hacerse con dinero pero no quisiera llamar la atención al liberar capital. Por eso venden pequeños paquetes en distintos lugares del mundo. Por eso han vaciado de dinero la empresa de Colorado y lo han ingresado en Andorra. Andorra mantiene un fuerte secretismo bancario, así que me pregunto, ¿por qué necesita Kallis Mining hacerse con dinero? y ¿por qué ingresan el dinero en un banco de Andorra?

—Sí, ¿por qué?

—El pasado verano tres ingenieros fueron asesinados por un grupo guerrillero cuando salían de la mina de Kallis Mining en el norte de Uganda. Inmediatamente después, Kallis Mining suspendió la actividad allí porque había jaleo. Luego, las cosas empeoraron y la mina cayó en manos de distintos grupos que luchaban por ella. Lo mismo ocurrió con las demás minas en la parte norte del país. Pero en enero la situación se estabilizó un poco. El general Kadaga ha tomado el control sobre la mayor parte de los grupos del norte. Joseph Cony y los de la LRA se han retirado

hasta la parte sur de Sudán. Otros grupos se han ido al Congo y continúan allí la lucha entre ellos.

Alf Björnfot oía cómo Rebecka pasaba hojas.

—Y ahora —dijo— viene lo realmente interesante. Desde hace tiempo ha habido confrontaciones entre el presidente y el general Kadaga. Hace un año lo expulsaron del ejército y se ha mantenido fuera de Kampala por miedo a que el presidente lo metiera en la cárcel y le hiciera un juicio por algún delito inexistente. El presidente quiere deshacerse de él. Kadaga se ha ido salvando como ha podido con un grupo de seguidores, cada vez más reducido. En estos momentos su ejército privado ha crecido e incluso han conseguido poner bajo su control grandes zonas en el norte. En el noticiario *New Vision* han comunicado que el presidente Museveni acusa a un hombre de negocios holandés de apoyar económicamente a Kadaga. El hombre de negocios se llama Gerhart Sneyers y es propietario de una de las minas de Uganda que tuvieron que cerrar. Las acusaciones, lógico, son rechazadas rotundamente por Sneyers. Las niega como rumores sin base ninguna.

—¡Vaya! —exclamó de nuevo Alf Björnfot.

—Yo pienso esto. Creo que Mauri Kallis y Gerhart Sneyers, y quizá otros hombres de negocios extranjeros, apoyan a Kadaga. Son muchos los que están a punto de perder sus intereses en la región. Por eso liberan capital todo lo discretamente que pueden y financian su guerra con la promesa de que Kadaga deje sus minas en paz. Quizás esperan poder volver a la actividad si la situación se estabiliza. Y si un banco de Andorra paga a los soldados, la identidad del que paga está protegida por el secreto bancario que ofrecen allí.

—¿Hay alguna forma de tener pruebas de todo esto?

—No lo sé.

—Pues, de momento, tenemos sospechas de información privilegiada por parte de Diddi Wattrang. Empezaremos por ahí —decidió Alf Björnfot.

Los invitados a la cena de Mauri Kallis llegaron sobre las ocho del viernes. Los coches con las ventanas tintadas rodaron por la avenida hacia la casa solariega. La gente del jefe de seguridad, Mikael Wiik, los recibía junto a la verja de entrada.

Arriba, en la casa, los invitados eran recibidos por Ebba, la mujer de Mauri Kallis, y por Ulrika Wattrang. Eran Gerhart Sneyers, propietario de minas y de petroleras, además de presidente del African Mining Trust; Heinrick Kock, presidente de Gems and Mineral Ltd.; Paul Lasker y Viktor Innitzer, los dos propietarios de minas en el norte de Uganda, además del antiguo general Helmuth Stieff. Gerhart Sneyers había oído lo de Inna Wattrang y les manifestó sus condolencias.

—Es la obra de un loco —dijo Mauri Kallis—. Todavía parece irreal. Era una leal colaboradora y buena amiga de la familia.

Mientras otros se estrechaban la mano, Mauri aprovechó para preguntarle a Ulrika:

—¿Vendrá Diddi a la cena?

—No lo sé —respondió Ulrika mientras le ofrecía una bebida a Viktor Innitzer—. La verdad es que no lo sé.

«No soy un drogadicto.» Esto se lo repetía Diddi Wattrang a sí mismo cada vez más a menudo el último medio año. Los drogadictos se inyectan y él no era un drogadicto.

El lunes, Mikael Wiik lo había dejado en la plaza Stureplan y desde entonces empezó una carrera que duró hasta el viernes, cuando llegó a casa en taxi. Se había despertado en la oscuridad y tenía el pelo mojado de sudor. Fue cuando logró encender la lámpara que había junto a la cama cuando se dio cuenta de que estaba en casa, en Regla. Los últimos días y noches pasados estaban tras él como imágenes de recuerdos fragmentarios. Instantáneas de fotomatón sin orden ni concierto. Una chica que ríe a carcajadas en un bar. Unos tipos con los que se ha puesto a hablar y lo acompañan a una fiesta. Su cara en el espejo de un lavabo, Inna en su cabeza en ese mismo momento. Él se queda allí dentro y moja un trozo de papel higiénico, pone las anfetaminas, forma una pelota de papel y se la traga. El local es como un almacén con una pista de baile de la que sale algo parecido al vapor. Cientos de manos en el aire. Se despierta en la sala de estar del piso que tiene la empresa para pernoctar en Estocolmo. En el sofá hay cuatro personas. No los había visto nunca antes. No sabe quiénes son.

Después tuvo que conseguir un taxi. Cree recordar que Ulrika lo ayudó a salir del coche y que ella lloraba. Pero puede haber sido en otra ocasión.

No era un drogadicto, pero el que lo viera ahora buscando en el botiquín podría creerlo sin problemas. Tiró por el suelo el paracetamol, las tiritas, los termómetros, las gotas para la nariz y mil otras cosas en busca de Benzo. Buscó por todos sus cajones, detrás de un escritorio abajo en el sótano, pero esta vez Ulrika había conseguido encontrarlo todo.

Tiene que haber algo. A falta de Benzo, coca, hierba. Nunca le habían gustado mucho los alucinógenos, pero en estos momentos podía muy bien fumar algo o ponerse unas gotas de lo que fuera. Algo que pusiera fin a aquello negro que se retorció y serpenteaba en su interior.

Abajo, en la nevera de la cocina, encontró una botella de jarabe para la tos. Dio unos cuantos tragos largos. Detrás de él había alguien. La niñera.

—¿Dónde está Ulrika? —inquirió.

La chica respondió sin poder apartar la vista de la botella de jarabe en su mano.

La cena. Dios mío. La cena de Mauri.

—Di la verdad, ¿qué te parece Mauri Kallis? —le preguntó.

Y cuando ella no respondió, exclamó él con una voz excesivamente explícita:

—¡Quiero decir, de verdad!

Le estaba apretando el hombro como para extraerle una respuesta.

—Suéltame —le dijo con una voz sorprendentemente decidida—. Suéltame. Me estás asustando y eso no me gusta.

—Perdóname —se excusó él entonces—. Perdóname, perdóname. Voy a... No puedo...

No podía respirar. Sentía como si se le hubiera encogido la garganta, era como respirar por una caña.

Se le cayó la botella de jarabe al suelo y se rompió. Desesperado, se aflojó la corbata.

La niñera se soltó mientras él se dejaba caer en una silla de la cocina, intentando recuperar el aliento.

¿Miedo? ¿Era eso lo que había dicho? No sabe nada. Nada en absoluto de lo que es tener miedo.

Recordó cuando le explicó a Mauri lo de Quebec Invest. Que Sven Israelsson le había explicado que tenían un informador en SGAB.

—El informador pasa los datos de los resultados de las pruebas con antelación —le había dicho a Mauri.

Mauri palideció y luego se puso furioso. Se veía claramente, aunque no dijo nada.

«Todo es personal —pensó Diddi—. Mauri presume de ser uno de esos tipos *it's just business*, pero cerca de la superficie le engaña esa sensación de inferioridad que hace que todo se convierta en humillación.»

Mauri había dicho que le podían dar la vuelta a aquello para que estuviera a su favor. Si las prospecciones daban un resultado positivo le dejarían saber al informador datos erróneos y comprarían acciones cuando Quebec Invest vendiera y la cotización hubiera bajado.

Diddi se haría cargo de ello y el nombre de Mauri se mantendría fuera.

Era seguro de cojones, había dicho Mauri. ¿Quién se iba a chivar? Quebec Invest no.

Diddi había dudado. Si era seguro de cojones, ¿por qué él y no Mauri tenía que hacerse cargo de ello?

Entonces Mauri le sonrió.

—Porque tú eres mucho mejor que yo convenciendo a la gente—le argumentó—. Tenemos que conseguir que Sven Israelsson esté con nosotros.

Después habló de la cantidad de dinero que le correspondería a Diddi. Medio millón, por lo menos. Directamente al bolsillo.

Aquello decidió el asunto. Diddi necesitaba dinero.

Inna se había enfrentado a él hacía dos semanas. Fue la última vez que la vio en Regla. Estaban sentados en un banco en la parte sur del jardín de la casa de ella, recostados contra la pared. Adormilados con el sol de la primavera.

—Fue Mauri ¿verdad? —le había preguntado—. El que arregló lo de Quebec Invest.

—No te pongas a escarbar en eso —le había respondido Diddi.

—Estoy investigándolo —había insistido Inna—. Creo que él y Sneyers apoyan a Kadaga. Creo que van a intentar derrocar a Museveni. O hacer que lo asesinen.

—Hazlo por mí, Inna. No escarbes en eso —le repitió.

Mauri Kallis y sus invitados fueron a estirar las piernas antes de tomar el postre. Viktor Innitzer le preguntó al general Helmuth Stieff sobre las perspectivas de Kadaga de mantener el control en el distrito de las minas al norte de Uganda.

—El presidente no lo puede permitir —respondió el general—. Son recursos importantes para el país y considera a Kadaga como un enemigo personal. En cuanto las elecciones hayan pasado, enviará allí más tropas. Me refiero también a los otros grupos guerrilleros. Sólo se han retirado de momento.

—Y nosotros, por nuestra parte —añadió Gerhard Sneyers—, necesitamos una situación más tranquila en el país para poder realizar nuestra actividad. Necesitamos suministro de energía y una infraestructura que funcione. Museveni no nos volverá a dejar entrar, sería inocente creer lo contrario. Nadie ha podido hacer nada allí desde hace meses. ¿Durante cuánto tiempo podréis seguir convenciendo a vuestros posibles inversores de que es algo pasajero? ¿Que es *care and maintenance* durante un período? Los problemas del norte de Uganda no se solucionarán porque nosotros esperemos. Museveni está loco. Mete en la cárcel a sus opositores políticos y si consiguiera el control de las minas, no creáis que nos las va a devolver a nosotros. Asegurará que están abandonadas y por eso vuelven a ser propiedad del Estado. La ONU y el Banco Mundial no moverán ni un dedo.

Heinrich Kock se puso blanco. Tenía accionistas detrás del cogote, igual que Mauri. Además, tenía tanto capital propio metido en Gems and Minerals Ltd., que si perdieran la mina sería su ruina.

Mañana discutirían abiertamente las alternativas que había. Gerhart Sneyers había declarado de forma expresa que ellos no eran diplomáticos, confiaban los unos en los otros y hablaban con sinceridad. Por ejemplo, se podía discutir quién podría suceder al presidente en caso de un inesperado fallecimiento y qué posibilidades se tenían en unas elecciones futuras si el presidente actual no se presentara como candidato.

Mauri observaba a Heinrich Kock, Paul Lasker y a Viktor Innitzer. Estaban admirados formando un círculo alrededor de Gerhart Sneyers. Escolares alrededor del más chulo.

Mauri Kallis no confiaba en Sneyers. De lo que se trataba era de guardarse las espaldas. Kock e Innitzer, en especial, estaban sentados en las rodillas de Sneyers. Mauri no pensaba hacer lo mismo.

Fue una decisión bien tomada lo de dirigirse a Mikael Wiik cuando surgió la historia con el periodista Örjan Bylund. Mikael Wiik había demostrado ser el hombre que Mauri esperaba que fuera cuando lo contrató.

Entonces fue cuando Diddi se volvió loco y se convirtió en una amenaza.

Diddi Wattrang va de un lado a otro en el despacho de Mauri. Es el nueve de diciembre. Mauri e Inna acaban de llegar de Kampala. Mauri es diferente al hombre que salió de viaje. Después de la reunión con la ministra de Comercio se puso furioso pero ahora está completamente tranquilo.

Sentado en el borde del escritorio, casi le sonríe a Diddi.

—¿Lo entiendes?—dice Diddi—. Ese Örjan Bylund ha hecho preguntas sobre Kallis Mining y los negocios con Quebec Invest. Estoy listo.

Se aprieta el puño cerrado contra el diafragma. Parece como si le doliera.

Mauri lo intenta calmar.

—Nadie puede demostrar nada. Quebec Invest no puede chivarse porque es tan culpable como nosotros. Estarían acabados si sale a la luz. Y lo saben. Sven Israelsson, lo mismo. Además, el amo le ha dado un buen hueso. Tienes que tranquilizarte. Ahora quédate sentado y quieto en el barco.

—No me digas que me tranquilice —le corta Diddi.

Mauri levanta las cejas sorprendido. Un ataque de ira de Diddi. No lo había visto desde aquella vez cuando fue a su habitación de estudiante porque quería dinero. Cuando aquella española lo había abandonado. Por Dios, hacía una eternidad.

—No creas que voy a asumir la culpa si la historia sale a la luz —gruñe Diddi—. Te señalaré a ti, puedes estar seguro.

—Pues vale —le responde Mauri Kallis frío como el hielo—. Pero ahora quiero que te vayas.

Cuando Diddi ha cerrado la puerta de golpe tras de sí Mauri se queda pensando un momento. Diddi lo ha asustado un poco pero no piensa dejarse llevar por el pánico. Sabe que él actúa de forma racional y sopesada.

Lo último que necesita en estos momentos es un periodista indagando en los negocios de la empresa. Si busca un poco hacia atrás, encontrará a Mauri Kallis entre los que compraron acciones de Northern Explore tras la salida de Quebec Invest y las vendió después del informe que decía que se había encontrado oro. Si alguien

investiga los pagos de unos cuantos negocios dentro del círculo de la empresa y ve que van a un banco de Andorra, entonces estarían cerca del peligro. Si se ponen en contacto con un tratante de armas que explica que los pagos por las armas a Kadaga se han hecho desde Andorra...

Así que Mauri Kallis habla con su jefe de seguridad y le dice:

—Tengo un problema y necesitaría un hombre discreto con tu capacidad que se pueda hacer cargo de la solución.

Mikael Wiik asiente con la cabeza. No dice nada y hace un gesto de aprobación. Al día siguiente le da un número de teléfono a Mauri.

—Es un solucionador de problemas —le dice escueto—. Dile que te ha dado el número un buen amigo.

En la nota no hay nombres. Sólo un número. El prefijo es de Holanda.

Mauri se siente como en una película mala cuando al día siguiente marca aquel número. Una mujer responde con un *Hello*. Mauri escucha tenso aquella voz, la entonación, busca sonidos de fondo. Tiene un poco de acento, cree. Un poco cascada, también. Una mujer checa, fumadora, de unos cuarenta años.

—Este número me lo ha dado un amigo —le explica—. Un buen amigo.

—La consulta cuesta dos mil euros —dice la mujer—. Después recibirá una oferta.

Mauri no negocia el precio.

Mikael Wiik permitió que los chicos de seguridad comieran por turnos. No había nada que señalar en cuanto a los preparativos en torno a la reunión. Los chicos suecos, que había seleccionado él mismo, lo admiraban. Lo envidiaban por el trabajo en casa de Mauri Kallis. Aquello era una perita en dulce. También le parecía notar una deferencia entre los chicos de Sneyers. Más respeto.

—*Nice place* —dijo uno de ellos haciendo un gesto con la cabeza que incluía toda la propiedad.

—Mejor que la medalla al mérito del ministro de defensa francés —añadió el otro.

Así que lo sabían. Era de allí de donde venía el respeto que demostraban. También era una señal de que Gerhart Sneyers controlaba tanto a Kallis como a su gente.

Y tenían razón. Era mejor trabajar para Kallis que en el Grupo Especial de Protección.

—Allí abajo era duro, ¿no? Tienen que pasar muchas cosas para que los franceses le den una medalla a un extranjero.

—Pero si fue al jefe al que le dieron la medalla —se escabulló Mikael Wiik.

No quería hablar de aquello. Su novia a veces lo despertaba por la noche y lo

sacudía. «Estás gritando —le solía decir—. Vas a despertar a los vecinos.»

Y tenía que levantarse. Empapado en sudor.

Los recuerdos le atormentaban. Aprovechaban cuando dormía. No habían palidecido en absoluto con el paso del tiempo. Más bien al contrario. El sonido era cada vez más claro, los colores y los olores más definidos.

Había un sonido que lo podía volver loco. El sonido de una mosca, por ejemplo. A veces podía dedicar una tarde entera a darles caza para sacarlas de la cabaña de verano de su novia. Él, en verano, prefería quedarse en la ciudad.

Nubes de moscas. Es Congo-Kinshasa. Un pueblo cerca de Bunia. El grupo de Mikael Wiik ha llegado tarde. La gente del pueblo está descuartizada delante de sus casas. Cuerpos sin ropa. Niños con los vientres reventados. Tres miembros del grupo atacante están sentados y apoyados contra la pared de una casa. No se han ido con los suyos y están totalmente aturridos por las drogas. No parece que sean conscientes de lo que se les acusa. No les molesta el cargado olor a muerte o las nubes de gordas moscas zumbando sobre los cuerpos.

El superior de Mikael Wiik intenta en diferentes idiomas, inglés, alemán, francés. «Levantaos. ¿Quiénes sois?» Siguen apoyados contra la pared, los ojos en una neblina. Al final, uno de ellos coge el arma que estaba en el suelo, a su lado. Quizá tiene doce años, coge su arma y en ese momento le disparan allí donde está.

Después disparan a sus dos compañeros. Los entierran. Informan que todos los hombres de la guerrilla habían huido cuando llegaron al lugar.

A veces caía la lluvia contra los cristales de las ventanas. Si empezaba a llover por la noche cuando dormía, era lo peor. Entonces empezaba a soñar con la estación de lluvias.

Llueve a cántaros durante semanas. El agua baja por las montañas y arrastra el barro. Las pendientes quedan erosionadas. Las carreteras se convierten en ríos de color rojo.

Mikael Wiik y sus compañeros hacen broma porque no se atreven a quitarse las botas ya que los dedos gordos igual se quedan dentro. Cada rozadura es una herida tropical. La piel se ablanda, se pone blanca y se cae a cachos.

El GPS y la radio dejan de funcionar. El equipo no está hecho para esta clase de lluvia. No se puede proteger de ella.

Trabajan bajo el mando de la OTAN. Tienen que proteger una carretera y se han quedado atrapados en un puente. Pero ¿dónde cojones están los franceses? En el grupo sólo son diez y esperan apoyo. Los franceses van a hacer la protección desde la otra parte pero quién está allí ahora no se sabe. Antes, ese mismo día, han visto a tres

hombres en traje de camuflaje que desaparecen en la jungla.

Una desagradable sensación de que a su alrededor hay un grupo de guerrilleros se hace cada vez más patente.

Mikael Wiik sacó un paquete de cigarrillos e invitó a los muchachos de Sneyers.

Aquella vez todo se acabó abriendo fuego. No sabe a cuántos mató él. Sólo recuerda el miedo cuando la munición se estaba acabando. La vieja historia que había oído de lo que hacía aquella gente con sus enemigos, eso es lo que lo hacía despertarse por las noches. Fue después de aquello que les dieron la medalla.

Se convirtió en una extraña manera de vivir. Cuando entre operación y operación estaban en la ciudad, iba al bar con sus compañeros. Se sabía que se bebía demasiado, pero nunca antes habían tenido tanta realidad que manejar. La niñas negras, sólo niñas, intentaban acercarse diciendo «*mister, mister*». Se las podía follar por prácticamente nada pero primero querían beber tranquilos con sus amigos. Así que se las ahuyentaba como si fueran perros y le decían al camarero que había detrás de la barra que se irían a otro lado si no podían relajarse. Entonces el empleado las echaba fuera.

Si querías, siempre había las que esperaban en la calle. Aunque la lluvia cayera a cántaros, se quedaban allí apoyadas contra la pared de la casa. Sólo había que llevárselas al hotel.

En uno de los bares se encontró con un comandante jubilado de la Bundeswehr. Tenía unos cincuenta años y era propietario de una empresa que ofrecía protección a personas y propiedades. Mikael Wiik lo conocía.

—Cuando te canses de arrastrarte por el barro —le había dicho el comandante al entregarle una tarjeta de visita con sólo un número de teléfono. Nada más.

Mikael Wiik sonrió y sacudió la cabeza.

—Cógela —insistió el comandante—. No se sabe en un futuro. Sólo son operaciones aisladas y cortas. Bien pagado. Y mucho más fácil que lo que hicisteis hace una semana.

Mikael Wiik se metió la tarjeta en el bolsillo para acabar con la discusión.

—Pero no estará sancionado por la ONU —había preguntado.

El comandante se echó a reír cortésmente para demostrar que no se lo tomaba a mal. Le dio una palmada en la espalda a Mikael y se fue de allí.

Tres años más tarde, cuando Mauri Kallis fue a ver a Mikael Wiik diciendo que tenía un problema que quería solucionar de una vez por todas, Mikael se puso en contacto con el comandante alemán y le dijo que tenía un amigo que quería utilizar sus servicios. El comandante le dio un número de teléfono al que Mauri podía llamar.

Fue una sensación extraña comprobar que aquel mundo todavía existía. Disturbios, guerrilleros, drogas, malaria, críos con los ojos vacíos. Seguía ocurriendo

pero ahora sin él.

«Me retiré a tiempo —piensa Mikael Wiik—. Hay otros que ya no pueden vivir otro tipo de vida. Pero yo tengo novia, una mujer de verdad con un trabajo de verdad. Además, tengo un piso y un buen trabajo, y vivo el día a día tranquilamente.»

Si no le hubiera dado el número de teléfono a Kallis, lo hubiera sacado de cualquier otro sitio. «¿Y qué sé yo para qué lo quiere? Probablemente no lo utilice nunca. Se lo di a principios de diciembre, mucho antes de que mataran a Inna. Y ella... no pudo ser un profesional quien diera cuenta de ella. Todo... tan revuelto.»

Mauri Kallis ingresa 50.000 euros en una cuenta en Nassau, Bahamas. No recibe notificación ninguna, ni de que se ha recibido el ingreso ni de que el trabajo se ha realizado según lo requerido. Nada. Ha dicho que quiere que borren el disco duro de Örjan Bylund, pero cómo lo han hecho no lo sabe.

Una semana después de haber hecho el ingreso, encuentra una noticia en el periódico *NSD* que dice que el periodista Örjan Bylund ha muerto. Parece como si hubiera sido de enfermedad.

«Ha sido muy fácil y ahora hay que seguir», pensó Mauri Kallis sonriendo cuando su mujer brindó con Gerhart Sneyers.

Con Inna no fue fácil. Durante la última semana había reflexionado más de cien veces sobre las alternativas que había y cada vez llegaba a la conclusión de que no había ninguna. Había sido el paso necesario.

Es jueves, trece de marzo. Dentro de un día Inna Wattrang estará muerta. Mauri está en casa de Diddi. Éste está en la cama, arriba, en el dormitorio.

Ulrika fue a casa de Mauri y Ebba. Lloraba, no llevaba ropa de abrigo, sólo una chaqueta de punto. Llevaba al niño en brazos envuelto en una manta, como una refugiada.

—Tienes que hablar con él. No lo puedo despertar —le dijo Ulrika a Mauri.

Mauri no quería ir. Tras lo de Quebec Invest y de que Diddi le explicara lo del periodista Örjan Bylund, no se relacionaban. Y menos si estaban solos. No. Desde que se han convertido en *partners in crime*, utilizan toda su habilidad para evitarse el uno al otro. La culpabilidad compartida no los ha unido, todo lo contrario.

Pero allí está, en el dormitorio de Diddi y de Ulrika, observando a Diddi que duerme. No hace ningún intento de despertarlo. ¿Por qué iba a hacerlo? Diddi se ha encogido en posición fetal.

A Mauri le invade una chirriante irritación cuando lo ve.

Mira el reloj y piensa cuánto tiempo tiene que seguir allí hasta que se pueda ir. ¿Cuánto tiempo le hubiera costado despertarlo? No demasiado, seguro.

Y justo entonces, cuando se vuelve para irse, suena el teléfono.

Creyendo que es Ulrika la que llama para preguntar cómo le va, coge el auricular y contesta.

Pero no es Ulrika. Es Inna.

—¿Qué haces ahí? —pregunta.

No se da cuenta de lo diferente que está. Es después, cuando lo piensa. Se pone tan contento de oír su voz.

—Hola —la saluda—. ¿Dónde estás?

—¿Quién eres? —pregunta con su extraña voz.

Ahora lo nota. Que es otra Inna. Quizá ya lo sepa.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, aunque no quiere saberlo.

—¡Ya lo sabes!

Inna inspira profundamente en el auricular y después lo suelta.

—Hace un tiempo, un periodista, Örjan Bylund, hizo unas preguntas sobre la salida de Quebec Invest de Northern Explore AB y unas cuantas cosas más. Murió muy poco después.

—Vaya.

—¡No me vengas con ésas! Primero creí que había sido Diddi, pero no tiene la capacidad suficiente. Sólo ganas de dinero para dejarse utilizar. ¿No es cierto? Te he estado investigando, Mauri. Era más fácil para mí que para el periodista, ya que yo estoy dentro. Has vaciado de dinero las empresas del grupo, grandes cantidades. Gran parte de los conceptos por los que las empresas realizan los pagos es aire. El dinero desaparece en una cuenta secreta en Andorra. ¿Y sabes una cosa? Más o menos a la vez que empezaste a vaciar de dinero las empresas del grupo, se movilizaba el general Kadaga. Unos grupos de salteadores de caminos se le unieron porque, de pronto, allí había abastecimiento. La lealtad sólo se siente hacia el que paga. En noticias que nadie lee fuera de África Central, se dice que las armas entran de contrabando a través de las fronteras para esos grupos. ¡En avión! ¿De dónde sacan el dinero? Y tienen el control en la zona minera de Kilembe. Tú les has pagado, Mauri. Has pagado a Kadaga y a los guerrilleros que se le han unido. De esa manera protegerán tu mina para que no la saqueen y la destrocen. ¿Quién eres?

—No sé qué te ha dado...

—¿Sabes que más hice? Me vi con Gerhart Sneyers en la Indian Metal Conference, en Bombay. Tomamos unas copas por la noche y le pregunté: «Vaya, así que tú y Mauri estaréis pronto de nuevo con los plátanos en Uganda.» ¿Sabes qué me dijo?

—No —responde Mauri.

Se había sentado en la cama al lado del durmiente Diddi. Toda la situación era irreal.

«Esto no está ocurriendo», le grita alguien por dentro.

—Dijo... ¡nada! Dijo: «¿Qué es lo que Mauri te ha dicho?» La verdad es que me entró miedo. Y por primera vez no se puso pesado con lo de que Museveni era un nuevo Mobutu, un nuevo Mugabe. La verdad es que no dijo ni una sola palabra de Uganda. Te voy a decir lo que yo pienso. Pienso que tú y Sneyers proveéis a Kadaga de dinero y armas y creo que pensáis deshaceros de Museveni. ¿Tengo razón? Si me mientes te juro que le voy a explicar todo lo que sé a algún medio de comunicación hambriento, para que sepan la verdad.

El miedo muerde a Mauri como si fuera un animal.

Traga saliva y respira hondo.

—Es la propiedad de la empresa —dice—. La protejo. Tú, que eres abogada, ¿has oído hablar de actuar en legítima defensa?

—¿Has oído tú hablar de niños soldados? Les das a esos putos perturbados dinero para drogas y armas. Esa gente que protege tu propiedad porque les pagas secuestran niños y les cortan el cuello a los padres.

—Si la guerra civil no se acaba nunca en el norte —intenta explicar Mauri—, si los disturbios siguen como hasta ahora, nunca habrá tranquilidad entre la población. Generación tras generación los niños serán soldados. Pero ahora, justo ahora, hay una posibilidad de que eso se acabe. El presidente no recibe ayuda. El Banco Mundial la ha congelado. Está debilitado. El ejército no tiene dinero y se ha dispersado. El hermano de Museveni está ocupado saqueando minas en Congo. Con otro gobierno quizá los niños de mañana puedan ser campesinos o mineros.

Inna se queda callada un rato. Ya no parece enojada. Quizá dolorida. Es como una pareja, tras todas las tormentas, por fin deciden tomar caminos diferentes. Entonces empiezan a pensar en todo lo que han pasado juntos y todo no ha sido malo.

—¿Te acuerdas del pastor Kindu? —pregunta.

Mauri recuerda. Era el pastor de una población minera cerca de Kilembe. Cuando el gobierno empezó con los hostigamientos, una de las primeras cosas que hizo fue dejar de recoger la basura. Dijeron que había huelga pero eran los militares los que amenazaban a los que llevaban los camiones de la basura. Al cabo de sólo unas semanas, la población estaba como bajo una capa de una peste agridulce a basura podrida. Empezaron los problemas con las ratas. Mauri, Diddi e Inna fueron allí. No se dieron cuenta de que aquello era sólo el principio.

—Tú y el pastor organizasteis un grupo de camiones y sacasteis la basura de la ciudad —dijo Mauri. A su voz le acompaña una triste sonrisa—. Volviste haciendo peste. Diddi y yo te pusimos contra la pared de una casa y te limpiamos con agua limpia y una manguera. Las mujeres de la limpieza estaban en la ventana que daba al

jardín, riéndose.

—Está muerto. Esos hombres a los que tú pagas lo asesinaron. Después prendieron fuego a su cuerpo y lo arrastraron con un coche.

—Sí, pero eso ¡ha estado ocurriendo todo el tiempo! No seas tan inocente.

—¡Oh, Mauri!, de verdad que... te respetaba.

Él lo intenta. Hasta el último momento intenta salvarla.

—Ven a casa —le pide—. Así podremos hablar.

—¿A casa? ¿Eso es Regla? No pienso volver allí en la vida. ¿Es que no lo entiendes?

—¿Qué piensas hacer?

—No sé. No sé quién eres. El periodista, Örjan Bylund...

—Sí, pero ¿no creerás que yo tengo algo que ver con eso?

—Mientes —dice cansada—. Y ya te he dicho que no mientas.

Oye un claro clic cuando ella corta la comunicación. Parecía como si... parecía como una cabina de las antiguas. ¿Dónde cojones estaba?

Tiene que pensar con claridad. Esto puede acabar mal, muy mal. Si la verdad sale a la luz, entonces...

En la cabeza se le aparecen una serie de imágenes. Cómo se convierte en persona *non grata* en Occidente. Ningún inversor quiere ser relacionado con él. Aún peores imágenes: investigaciones con la Interpol involucrada. Él mismo ante el Tribunal Internacional por crimen contra la humanidad.

No vale la pena arrepentirse de los pasos que se han dado anteriormente. La cuestión es qué es lo que se tiene que hacer ahora.

¿Dónde cojones estaba? ¿Una cabina telefónica?

Cuando piensa en la conversación, recuerda que realmente había un ruido de fondo...

¡Perros! Un coro de perros aullando, cantando, ladrando. Perros de tiro. Una trailla de perros justo antes de salir.

Y entonces sabe exactamente dónde se encuentra. Ha ido a la casa que la empresa tiene en Abisko.

Cuelga el teléfono con cuidado. No quiere despertar a Diddi. Después coge el auricular otra vez y lo limpia con la sábana de la cama de Diddi.

Ester empujó la cazuela vacía de macarrones y la dejó debajo de la cama. Que se quedara allí. Se puso la ropa oscura que llevó en el entierro de su madre, un polo y un par de zapatos Lindex.

Su tía hubiera querido que llevara falda pero no tuvo ganas de insistir. Ester estaba más callada de lo normal y no era sólo por tristeza. Rabia también. Su tía había intentado explicárselo:

—No quería que te lo dijéramos porque ella quería que pintaras para la

exposición. Que no te preocuparas. La verdad es que nos prohibió decírtelo.

Así que no le dijeron nada. Hasta que fue completamente necesario.

Es la inauguración de la exposición de Ester. Hay mucha gente bebiendo vino caliente y comiendo galletas de jengibre. Ester no entiende cómo pueden ver las pinturas pero quizá ésa sea la intención. Dos periódicos la entrevistan y le hacen fotos.

Gunilla Petrini la lleva a que salude a gente importante. Ester lleva vestido y se siente rara. Cuando aparece su tía en el local, se pone contenta.

—Es increíble —le susurra su tía impresionada mirando a su alrededor.

Después hace gestos de desagrado por el vino caliente cuando descubre que es sin alcohol.

—¿Has hablado con mi madre? —le pregunta Ester.

En la cara de su tía se produce un cambio. Una duda o quizá es que aparta la mirada que hace que Ester pregunte:

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Quiere que su tía responda: «Nada.»

Pero su tía le dice:

—Tenemos que hablar.

Se van hacia un rincón de la sala que está llena de gente que se besa en la mejilla y se estrecha la mano mientras observan un poco los cuadros de Ester. El tono de voz empieza a ser bastante alto y hace calor. El receptor de Ester sólo puede entender parte de lo que dice su tía.

—Ya habrás notado que se le empiezan a caer las cosas... que no puede aguantar el pincel... te dejaba pintar el fondo... no quería que lo supieras ahora con la exposición y todo... es una enfermedad de los músculos... al final los pulmones... ya no podrá respirar.

Ester quiere preguntar por qué, por qué nadie le ha dicho nada. ¡La exposición! ¿Cómo pueden pensar que ella se preocupa por aquella maldita exposición?

Su madre muere el día después de Navidad.

Ester le ha dicho adiós. Ella y su tía han limpiado como locas la casa de Rensjön y han estado yendo al hospital de Kiruna. Ester intenta encontrar a su *eatnážan* detrás de aquella máscara rígida que tiene por cara, la que le ha dado la enfermedad. Los músculos debajo de la piel han dejado de funcionar.

Su madre puede hablar pero es un balbuceo y se cansa enseguida. Quiere saber cómo ha ido la inauguración.

—No entiende nada —resopla la tía.

Han hecho varias reseñas de la exposición. No han sido buenas. Bajo el título de: «Joven, joven, joven», un crítico ha explicado que Ester Kallis ciertamente es hábil para su edad, pero no tiene nada que decir. Se siente completamente indiferente ante todos aquellos pequeños cuadros de la naturaleza.

Es lo que dicen todos. Ester Kallis es una niña. ¿Qué propósito tenía la exposición? Uno de los críticos cuestiona tanto al dueño de la galería como a Gunilla Petrini. Escribe que Ester Kallis no es la joven genio que desean que sea y, lamentablemente, Ester es la que tiene que pagar el precio de sus ansias por llamar la atención.

Gunilla Petrini llama a Ester el mismo día que sale la primera reseña.

—No te preocupes —le dice—. Sólo que salga una reseña ya es bueno. Muchos ni siquiera consiguen eso. Pero ya hablaremos de ello en otro momento. Cuida de tu madre ahora. Salúdala de mi parte.

—¿Qué me dices a esto?—le dice su tía que va a citar en voz alta una reseña—. Aquí dice que Ester Kallis ha «crecido entre lapones». ¿Qué quieren decir con esto? Más o menos como con Mowgli, crecido entre lobos pero no se puede convertir en lobo porque es una cuestión de raza.

Su madre mira a Ester con su extraña cara inexpresiva. Se esfuerza en encontrar las palabras.

—Está bien —dice con agudeza—. Que no tengas un nombre lapón, que no tengas aspecto de lapón. ¿Lo entiendes? Si se hubieran dado cuenta de que eras lapona, nadie se hubiera atrevido a hablar mal de ti. Tus cuadros hubieran sido...

—... buenos para ser de una moza lapona —añade su tía.

Pero su madre quiere expresarlo mejor que eso:

—... expresión de nuestra exótica cultura, no auténtico arte. No serías nunca famosa en las mismas condiciones. Quizá se tenga un poco de ventaja, al principio. Un poco de atención gratuita. Pero después no llegas más...

—... que hasta Luleå —dice su tía buscando en el bolso el paquete de cigarrillos. Va a salir al balcón a fumarse uno.

—Quizá les parece que no pueden juzgar bien nuestro arte. Quizá es por eso por lo que opinan lo mismo de los que son mediocres como de los mejores. Y es bueno para los mediocres, pero tú...

—... tienes que competir con los mejores —acaba la frase su tía.

—Para mí fue una jaula. No hubo nadie que considerara que lo que yo hacía podía ser interesante para nadie más que para los turistas y para otros lapones.

Observa a Ester. Ésta no puede descifrar su mirada.

—Hay mucho de nuestra abuela dentro de ti —dice.

—Ya lo sé —replica su tía—. Igual que *áhkku*. Siempre lo has dicho.

Por detrás, Ester oye que la tía rompe a llorar.

—Muchas veces, en casa, en Rensjön —dice su madre—, recuerdo que te miraba. Cómo te movías. Tus maneras con los animales. Pensaba: Dios mío, así lo hacía mi abuelita. Pero tú nunca la conociste.

Ester no sabe qué responder. En sus primeros recuerdos siempre había dos mujeres presentes en la cocina. Y la otra no era su tía, eso sí que lo sabía. Su tía no llevaba el gorro lapón ni tampoco un vestido floreado con botones delante y mandil.

Luego muere su madre. Bueno, no inmediatamente tras la conversación, pero una semana después ya ha pasado todo. Su padre y Antte la llevan a casa. Una vez muerta, es sólo de ellos. La madre de Antte y la mujer de su padre. Ester no puede estar en el reparto de gananciales. La tía tampoco.

Después del café del funeral, su padre y la tía se enzarzan en una disputa. Ester oye a través de la puerta de la cocina de la casa parroquial.

—La casa es demasiado grande para el chico y para mí —dice su padre—. ¿Y qué voy a hacer con el taller?

Le explica que lo va a vender todo. Los renos también. Tiene un amigo que tiene una serie de cabañas en las afueras de Narvik. Su padre y Antte pueden comprar parte de la sociedad y también trabajar a jornada completa.

—¿Y Ester? ¿Adónde se va a ir?

—Ella tiene sus cosas —se defiende el padre—. Puede ir a esa escuela de arte. ¿Qué puedo hacer yo? ¡No me voy a ir a vivir a Estocolmo con ella! Tampoco voy a quedarme con todo esto por ella, ¿no? Yo no era mayor que ella cuando me las tuve que apañar solo.

Por la noche, en la casa de Rensjön, cuando miran la televisión la tía, el padre, Antte y Ester, su padre saca la cartera, quita la goma que la envuelve y saca veinte billetes de quinientas coronas que le da a Ester.

—Mira en el taller si hay algo que quieras llevarte —le dice.

Enrolla los billetes de Ester y les pone la goma alrededor.

—Joder —exclama su tía levantándose con tanta furia que las tazas de café suenan sobre los platos. La mitad de aquello era de ella—. ¡Diez mil! ¿Te parece que es la cantidad que se merece Ester?

El padre responde con el silencio.

Su tía sale corriendo hacia la cocina y abre los grifos del todo para fregar. Ester, su padre y Antte oyen a través del ruido del agua que cae que llora a lágrima viva.

Ester mira a Antte. Tiene la cara blanca como el papel, azul a la luz del televisor. Ella intenta comportarse. No quiere saber. Se alza hacia el techo a la luz del televisor como a través de agua azul y desde allí mira a Antte y a su padre. Es el mismo televisor pero en otra sala de estar y con otros muebles.

Es un piso pequeño. Están medio sentados en un sofá y miran la televisión con poco interés. Antte tiene unos años más y se ha puesto bastante gordo. Su padre tiene

un rasgo de amargura alrededor de la boca. Ester ve que a su padre le gustaría conocer a otra mujer. Que había más posibilidades si trabajaba en una zona de cabañas en las afueras de Narvik.

«No hay otra mujer —piensa Ester—. Tampoco hay cabañas.»

Cuando Ester aterriza está en la cocina. Su tía ha dejado de llorar y está fumando debajo del extractor. Habla de lo que va a ser de Ester y que está muy enfadada con su padre. También habla de su nuevo novio.

—Jan-Åke me ha pedido que me vaya con él a España. En invierno juega a golf. Le voy a preguntar si te puedes venir con nosotros antes de que empiece el colegio. El piso no es que sea muy grande pero ya lo arreglaremos de alguna manera.

—No hace falta —dice Ester.

Su tía se siente aliviada. Probablemente el amor entre ella y Jan-Åke no es de los que pueden aguantar a una adolescente.

—¿Seguro? Puedo preguntárselo.

Ester le dice que seguro. Pero su tía le insiste un rato más, así que Ester se ve obligada a mentir y decirle que tiene amigos en Estocolmo, compañeros de clase, a los que puede ir a ver.

Al final su tía parece satisfecha.

—Te llamaré —le dice.

Expele el humo y mira hacia afuera, la oscuridad del invierno.

—La última vez que estoy en esta casa —se lamenta—. Es difícil aceptarlo. ¿Has mirado en el taller lo que te quieres llevar y eso?

Ester sacude la cabeza. Al día siguiente su tía le hace la maleta. Está llena de tubos de colores y pinceles y papel de calidad. Hasta arcilla, que pesa una barbaridad.

Ester y su tía se despiden en la estación central. Su tía tiene un billete y quiere celebrar el fin de año con su nuevo novio, como se llame. Ester ya lo ha olvidado.

Ester arrastra su maleta, pesada como el plomo, hasta la habitación en la calle Jungfru. El piso está en silencio y vacío. Los trabajadores tienen vacaciones durante las fiestas. Faltan más de tres semanas para que empiece la escuela otra vez. No conoce a nadie. No va a encontrarse con nadie hasta entonces.

Se sienta en una silla. Todavía no ha llorado por su madre pero siente que no es éste un buen momento. Está sola completamente y tampoco se atreve.

Se queda sentada allí en la oscuridad. No sabe cuánto tiempo.

«Justo ahora, no —se dice a sí misma—. Otro día. Quizá mañana. Mañana es Nochevieja.»

Pasa una semana. A veces, Ester se despierta y fuera hay luz. A veces, se despierta y está oscuro. A veces, se levanta y pone a calentar agua para el té. Se queda de pie mirando el cazo cuando empieza a hervir. A veces, no se acuerda de

apartar el cazo del fuego y se queda allí mirando cómo se evapora todo. Entonces tiene que empezar de nuevo y poner más agua en el recipiente.

Una mañana se despierta y se siente mareada. Entonces se da cuenta de que hace tiempo que no come.

Va hasta el Seven-Eleven. Es desagradable salir. Parece como si la gente la mirara, pero no tiene más remedio. Los troncos de los árboles están negros por la humedad. La gravilla está mojada en las aceras, con cacas de perro deshecha y basura. El cielo está pesado y se siente cerca. Es imposible imaginar que por encima, allá arriba, está el sol. Que la capa de nubes es como un paisaje de nieve un día a final del invierno.

Dentro de la tienda siente el olor dulce de pan recién hecho y salchichas asadas. Se le contrae el estómago tan fuerte que le duele. Se vuelve a sentir mareada y se coge al canto de una estantería pero es de plástico para poner las etiquetas de los productos y los precios y se cae al suelo con el plástico en la mano.

Otro cliente, un hombre que estaba junto a las neveras, deja rápidamente la cesta en el suelo y va hacia ella.

—¿Qué te ha pasado, hija? —pregunta.

Es mayor que su madre y su padre, pero no viejo. Tiene los ojos temerosos y lleva un gorro azul de lana. Por un momento casi está en sus brazos cuando la ayuda a ponerse de pie.

—Ven aquí. Siéntate. ¿Quieres algo?

Asiente con la cabeza y él le va a buscar café y un bollo recién hecho.

—Uy, uy, uy —le dice riendo cuando ve que se lo come todo con voracidad y se toma el café a grandes tragos aunque está muy caliente.

Se da cuenta de que tiene que pagar lo que ha tomado pero no sabe si lleva dinero consigo. ¿Cómo pudo salir de casa sin pensar en ello? Busca en los bolsillos de la chaqueta y allí está el dinero que le dio su padre. Un rollo con veinte billetes de quinientas y una goma alrededor.

Lo saca.

—Dioses —exclama el hombre—. Yo te invito al café y al bollo pero utiliza eso poco a poco. —Él coge un billete del rollo y se lo pone en la mano. El rollo con el resto del dinero se lo mete en el bolsillo de la chaqueta de ella y, con cuidado, lo cierra con la cremallera, como si fuera una niña pequeña. Después mira el reloj.

—¿Te puedes apañar tú sola? —le pregunta.

Ester asiente con la cabeza. El hombre se va y Ester compra quince bollos y café para llevarse a la habitación de la calle Jungfru.

Al día siguiente vuelve al Seven-Eleven a la misma hora y compra más bollos. Pero el hombre no está allí. Al día siguiente tampoco está. Y tampoco al otro día. Ella vuelve y lo espera otro día, después deja de ir a aquel lugar.

Continúa durmiendo durante el día. Es duro cuando está despierta. Piensa en su madre. En que ya no es de nadie ni de ningún sitio. Se pregunta si la casa de Rensjön aún está vacía.

Su tía la llama un día al móvil.

—¿Qué tal?

—Bien —responde Ester—. Y tú, ¿cómo estás?

En el mismo momento que pregunta, sabe que su tía aprovecha para llorar cuando Jan-Åke está jugando al golf.

«Es todo tan raro —piensa Ester—. Todos los que penamos por ella. ¿Cómo estamos tan solos con nuestra pena?»

—Bueno —dice su tía—. Lars-Tomas naturalmente no ha llamado.

No. Su padre no ha llamado. Ester se pregunta si su padre y Antte pueden hablar entre sí. No. A Antte le han hecho callar las frases de su padre: «Se tiene que mirar hacia adelante» y «Ya se arreglarán las cosas de alguna manera».

Una mañana se despierta y, cuando pasa por el recibidor para ir hacia la cocina a poner el agua para el té, se encuentra con un operario. Lleva unos pantalones azules de trabajo y una gruesa chaqueta de forro polar.

—¡Uy! —exclama él—. Qué susto. Sólo he venido a buscar unas cuantas cosas. Cuánta nieve ha caído.

Ester lo mira sorprendida. ¿Ha nevado?

—Por lo menos hay un metro —informa él—. Mira por la ventana y lo verás. Íbamos a continuar aquí hoy pero no se puede llegar hasta aquí.

Ester mira a través de la ventana. Es otro mundo.

Nieve. Tiene que haber nevado toda la noche. Más que eso. No ha notado nada. Los coches de la calle parecen pequeñas colinas nevadas. En la calle hay una nieve muy profunda y las farolas llevan gruesos gorros blancos de invierno.

Sale tambaleante a aquello blanco. Una madre camina con dificultad por en medio de la calle mientras arrastra a su hijo sentado en un pequeño trineo de plástico. Un hombre que lleva un bonito abrigo largo y negro va esquiando también por en medio de la calle. Ester tiene que sonreír de cómo consigue llevar el palo del esquí y el maletín en la misma mano. Él le devuelve la sonrisa. Toda la gente con la que se encuentra sonríe. Sacuden la cabeza en un gesto de sorpresa por la de nieve que ha caído. Todos parecen tomárselo con mucha calma. La ciudad está en silencio. Los coches no pueden circular.

Los árboles están llenos de pajaritos. Ahora, sin coches, Ester puede oírlos. Hasta entonces sólo había grajillas, palomas, urracas y cuervos.

Hay mucha nieve nueva, la que en lapón llaman *vahea*. Suelta, fría, ligera hasta el fondo. No con aquel chapoteante fluido de agua debajo.

Vuelve a casa al cabo de una hora con la cabeza llena de imágenes de la nieve. La pena ha dado un paso hacia atrás.

Necesitaría una tela. Grande de verdad y kilos de color blanco.

En el piso, entre el comedor y la antigua habitación de servicio, los operarios han tirado un tabique. Está allí, en el suelo, casi entero. Ester lo observa. Es una pared vieja. Las paredes viejas llevan un lienzo tensado.

En el recibidor hay unos cuantos sacos de yeso, lo sabe seguro.

Es como si se estuviera quemando. Le entra algo parecido a una obsesión por hacer cosas. Busca un cubo de plástico y dentro pone un saco de yeso. Es pesado y Ester suda.

Cuela el yeso entre los dedos y lo mueve con todo el brazo. El color blanco le llega hasta el codo.

Pero si el cuerpo tiene fiebre, la cabeza está llena de nieve fría como el hielo. La luz es grisácea y pobre de color. Quizá se pueda ver alguna que otra rama de abedul a la derecha, abajo, en la esquina. En el centro del dibujo hay un reno hembra y su cría. Han dormido donde suelen hacerlo y durante la noche la nieve los ha cubierto. La nieve nueva y profunda aísla del frío.

Ester pone cuidadosamente el yeso sobre la gran pared. Lo embadurna con las manos. Trabaja por etapas porque el motivo es muy grande. Cuando el yeso se quema, pero antes de que acabe de arder, se vuelve cremoso. Entonces se puede pintar encima. Dibuja directamente con los dedos. Utiliza algo de desechos y polvo de la obra para darle estructura en la esquina. Arranca trozos del empapelado a tiras y forma ramas de árbol en el fondo.

Tarda varios días en acabar el cuadro. Ester trabaja duro. Cuando el yeso se ha quemado, revuelve todo el piso en busca de colores básicos. Los pintores han dado una base de color al techo del dormitorio y la pintura está todavía allí. Es perfecta. Cuando haya dado la base, podrá poner pigmento sin que el yeso se rompa. Va a buscar los colores de su madre en la maleta, pinta en varias capas, las primeras delgadas, delgadas, mucha trementina y poco pigmento del tubo. Nada de óleo, no tiene que brillar. Opaco, frío, azul. Y la sombra donde han dormido los animales: amarillo, marrón, umbra. Se tiene que ver que están a gusto juntos allí, debajo de la nieve.

Pone capas más gruesas con color y menos trementina. Ahora tiene que esperar a que se seque. Se queda dormida con la ropa puesta, se despierta y pone más capas de color. Parece como si el cuadro la despertara cuando está listo para una nueva capa. Da vueltas a su alrededor, come lo que encuentra en la despensa. Bebe té. Siente que no puede salir a la calle porque fuera el tiempo ha cambiado y es suave. Todo se ha deshecho. No puede verlo. Vive en un mundo de nieve en su gran cuadro blanco.

Pero un día no es el cuadro que la despierta, sino la asistente social, Gunilla

Petrini.

El curso ha empezado. El director de la Escuela de Arte Lovén ha llamado a Gunilla y le ha preguntado por Ester. Gunilla Petrini ha llamado a su tía. Ésta también ha llamado a Ester pero el móvil de Ester está descargado. Su tía y Gunilla se han inquietado muchísimo. Gunilla Petrini ha llamado a sus amigos, los que le han dejado una habitación a Ester. Los amigos le han dado a Gunilla el nombre del constructor que está renovando el piso. Ha ido hasta allí y le ha abierto el piso. Ahora está en el quicio de la puerta mientras Gunilla Petrini, aliviada, se sienta en el borde de la cama de Ester.

Dios mío, qué preocupados estaban. Creía que le había pasado algo.

Ester sigue tumbada en la cama. No se levanta. En cuanto Gunilla Petrini la despierta, vuelve el mundo de verdad. No quiere levantarse. No puede estar de pie y llorar a su madre.

—Creía que estabas con tu familia —dice Gunilla Petrini—. ¿Qué has estado haciendo aquí?

—He pintado —responde Ester.

Y cuando lo dice sabe que ha sido su último cuadro. No va a pintar nunca más.

Gunilla Petrini quiere verlo, así que Ester se levanta y va hacia el comedor. El constructor también las acompaña.

Ester mira el cuadro y piensa aliviada que ha quedado listo. No lo sabía pero ahora lo ve.

Gunilla Petrini primero no dice nada. Se pasea alrededor del enorme cuadro que está tumbado en el suelo. El reno y su cría debajo de la nieve. Después se vuelve hacia Ester con la mirada escrutadora, interrogante, extraña.

—Un retrato de ti y de tu madre —dice.

Ester prefiere no responder. Va con cuidado para no mirar el cuadro.

—Bonito —dice el constructor con sinceridad—. Un poco grande, quizá.

Mira inseguro la puerta y después la ventana y sacude la cabeza preocupado.

—Voy a sacarlo —dice Gunilla Petrini con voz de conquistador del mundo—. Lo voy a sacar en una pieza. Tendréis que tirar paredes si es necesario.

«¿Adónde voy yo?», piensa Ester.

La sensación de que no va a volver a pintar desciende sobre ella como una pesada ancla.

No pintar. No volver a la escuela.

Anna-Maria Mella y Sven-Erik Stålnacke están sentados en el Hotel Vanadis hablando. La habitación está tradicionalmente decorada con moqueta y colcha

floreada de material sintético.

—Mañana vamos a hablar con los padres de Inna Wattrang —dice Anna-Maria—. Y lo intentamos de nuevo con Diddi Wattrang. Me pregunto qué es lo que ocurrió en la cabaña de Abisko. Hay tantas cosas raras. Por ejemplo, ¿por qué llevaba ropa interior tan atractiva debajo de la ropa para entrenar?

Inna Wattrang rebusca en su maleta. Es el catorce de marzo. Ayer habló por teléfono con Mauri pero ahora no le apetece pensar en ello.

Dentro de dos horas y cinco minutos estará muerta.

«Hay otros trabajos», piensa.

También piensa en Diddi. Tiene que conseguir dar con él. Hablará con Ulrika.

«Voy a cerrar los ojos», piensa.

Se va a tomar un mes libre. Empezará la semana que viene y ahora irá a entrenar. En la maleta ha metido ropa de deporte, cuando repasa el equipaje, se da cuenta de que ha olvidado la ropa interior deportiva. Es igual. Entrenará con la que lleva puesta y después ya la lavará.

Se pone los zapatos para correr.

Sigue las huellas de las motonieve sobre el lago Torneträsk. La gente está fuera de sus cabañas pescando en el hielo o están sentados sobre pieles de reno en sus motonieve con la cara hacia el sol. El sol calienta y ella suda pero se siente fuerte. La desilusión que le ha producido Mauri se le está pasando.

«¡Qué bonito! —piensa—. La verdad es que hay vida fuera de Kallis Mining.»

Las montañas al otro lado del agua lucen de color de rosa con el sol de la tarde. Sobre los despeñaderos y las faldas escarpadas, hay nubes azules. Alguna que otra nubecilla se ha quedado atrapada en las cimas y parece que lleven gorritos de lana.

«Todo se arreglará», piensa.

Cuando vuelve, se está poniendo el sol. Parece casi como si tuviera un agujero y sus brillantes entrañas cayeran en el cielo contra el horizonte. Está tan ocupada mirando el sol que no descubre al hombre que está delante de la cabaña hasta llegar al patio.

De pronto está allí. Lleva puesta una gabardina delgada y clara.

—*Excuse me* —dice y explica que su coche se ha quedado parado en la carretera y que el teléfono no tiene cobertura.

¿Le podría dejar el suyo?

Sabe que miente. Se da cuenta inmediatamente y también de que es peligroso.

Es ese bronceado tan profundo y la gabardina demasiado delgada. Es esa mueca que quiere parecer una sonrisa debajo de los inexpresivos ojos. Y que se acerque a ella sin parar mientras habla.

No le da tiempo de hacer nada. Él ve que ella tiene la llave en la mano. Ha

llegado a su altura. No ha acabado de hablar. Todo ocurre muy deprisa.

El hombre se llama Morgan Douglas. En el pasaporte que lleva en el bolsillo interior pone John McNamara.

Morgan Douglas se despertó la madrugada del catorce de marzo porque sonó su teléfono móvil. Le despertó la señal del móvil, el ruido del interruptor de la lámpara de la cama, el conocido sonido por el suelo cuando las cucarachas huyen de la luz, la chica a su lado que murmuraba algo inaudible, se ponía el brazo sobre los ojos y volvía a dormirse y, también, la voz del teléfono que él reconocía.

La mujer lo saludó muy cortésmente y le pidió disculpas por molestarle a unas horas tan intempestivas. Dentro de poco pasaría a su encargo.

—Es un trabajo que se tiene que hacer ahora. En el norte de Suecia.

Se pone tan jodidamente contento al oír su voz, que tiene que esforzarse para hablar despacio cuando responde, para no parecer desesperado. Hace tiempo que va mal de dinero porque sólo ha tenido pequeños encargos como cobrar deudas y cosas así. Pero ese tipo de trabajo lo puede hacer cualquier negrata porque no se paga bien. Ahora sí hay dinero. Podrá vivir bien un tiempo y mudarse a otro sitio mejor.

—El pago habitual en su cuenta tras haber realizado el trabajo. Mapa, información, foto y un adelanto de cinco mil euros para el viaje están en el Coffee House de Schiphol. Pregunte por Johanna y saludela de...

—No —replica—. Lo quiero ya en el aeropuerto de N'Djili. ¿Cómo voy a saber que no se trata de un engaño?

Se queda callada. Da lo mismo. Que se crea que es un paranoico. La verdad es que no tiene dinero para el billete de Kimbasa a Ámsterdam, pero eso no piensa reconocerlo.

—No hay problema, *sir* —responde ella al cabo de unos segundos—. Lo arreglaremos según sus deseos.

Acaba la conversación y saluda de parte del coronel. Le gusta. Ella le habla con respeto. Esa gente se da cuenta de lo que significa haber sido paracaidista en el ejército británico. Hay tanta gente que no entiende una mierda porque nunca han estado allí.

Morgan Douglas se viste y se afeita. En el espejo del baño crecen las manchas del tiempo. Dentro de poco no podrá verse la cara. El grifo tose, las tuberías hacen ruido y al principio el agua es de color marrón. Una mañana, cuando entró a mear, había una rata enorme que se dio la vuelta y se lo quedó mirando. Se agachó, se introdujo sin prisas debajo de la bañera y desapareció.

Cuando esté listo, despertará a la chica que todavía está durmiendo.

—*You have to leave* —dice.

Ella se sienta medio dormida en el borde de la cama. Él coge su ropa del suelo y

se la tira. Mientras se viste, ella dice:

—*My little brother. He must go to doctor. Sick. Very sick.*

Miente, seguro, pero él no dice nada. Le da dos dólares.

—*You have a little something for me, yes?* —le dice ella mirando la silla donde él dejó ayer la pipa de cristal. Él ya la ha envuelto en una tela y se la ha metido debajo de la ropa interior. Ha puesto lo que necesita en los bolsillos de la gabardina y debajo de la ropa. Tiene que dejar la maleta, si no el tipo de la recepción le armará un jaleo de cojones por la habitación y lo acusará de querer marcharse sin pagar, que es justo lo que piensa hacer. Éste es un sitio de mierda y ni siquiera han limpiado la habitación en las semanas que ha estado aquí. Así que puede olvidarse de pagar.

—No, no tengo nada —le responde y la empuja fuera de la habitación.

La manda callar cuando bajan la escalera. El portero está durmiendo detrás del mostrador, probablemente tenga otro trabajo durante el día. El vigilante de noche tampoco está a la vista, seguro que está durmiendo en alguna otra parte.

El fluorescente emite un zumbido y parpadea con su fría luz.

—*I stay here* —susurra la chica—. *Until tomorrow. It's no safe on the street, you know.*

Señala un sillón en el triste vestíbulo. Está tan gastado que los muelles asoman a través de la tela.

Morgan Douglas se encoge de hombros. Si el tío de la recepción se despierta antes que ella, le quitará el dinero, pero ése no es su problema.

Coge un taxi hasta el aeropuerto. Al cabo de dos horas ve a un hombre que parece un funcionario de la embajada. No hay mucha gente en la sala de espera. El hombre del traje va directamente hacia él y le pregunta si no tienen un amigo en común.

Morgan Douglas responde como debe y el hombre del traje le da un sobre tamaño A4, se da la vuelta y se va de allí de inmediato.

Morgan Douglas abre el sobre. Toda la información está allí, y el adelanto en dólares, no en euros. Mejor. Falta una hora y media para que salga su avión y es un largo viaje.

Le da tiempo de hacer algunas compras. Sólo para relajarse antes del viaje y así aguantarlo. Entre una cosa y otra, va a estar en marcha tres días seguidos. Lo necesita para hacer el trabajo.

Se sienta en un taxi otra vez y se dirige hacia un barrio periférico. Todavía es de noche cuando llega hasta su camello. No le da tiempo de decir «no hay crédito» porque Morgan Douglas le alarga unos cuantos billetes de dólar sin doblar a través de la ranura de la puerta.

Cuando amanece y el aire se dobla como vidrio caliente, Morgan Douglas ya está sentado en el avión que lo llevará a Ámsterdam. *Speedballing*. Nada de locuras. Felicidad tranquila. Se siente tan estupendamente.

En Ámsterdam compra dos botellas de Smirnoff y se bebe una en el avión a Estocolmo. Cuando todos se levantan, lo hace él también.

Después está en alguna otra parte. Mucha gente va de un lado a otro. Alguien lo coge del brazo.

—*Mr. John McNamara? Mr. John McNamara?*

Es una azafata.

—*Boarding time, sir. The plane to Kiruna is ready for take-off.*

Una hora y media más tarde está en un lavabo mojándose la nuca con agua fría. Ahora tiene que estar bien despierto. Se siente tan jodidamente mal. Sí, está en el aeropuerto de Kiruna. Alquila un coche y se dice a sí mismo: «E10 hacia el norte.» Va a arreglar ese puto asunto bien rápido. Necesitaría algo para estar en forma, para volver a ser el de antes.

Morgan Douglas ve a Inna Wattrang. Tiene frío en los pies. Ha estado esperando una eternidad. Se empieza a poner nervioso. Se le ha metido en la cabeza que el coche no se va a poner en marcha cuando tenga que volver. Pero ya está aquí. Es como en la foto. Poco más de uno setenta, entre sesenta y setenta kilos. No hay problema. Tiene la llave de la casa en la mano.

Sigue hablando y gesticula para que no se note tanto que los pasos que da hacia ella son rápidos y largos.

En un instante está a su lado. Da otro paso más para quedarse a su espalda y a la vez le pone el brazo izquierdo alrededor de la garganta. La levanta lo justo hasta que el dolor la hace ponerse de puntillas.

Siente como si la nuca se le fuera a romper si pierde el contacto con el suelo, así que cae hacia atrás, hacia él, de manera que la mitad de su cuerpo queda sobre la cadera de él.

Ahora va hacia la puerta. Ella se da cuenta de que ni siquiera se tropieza con ella. Con su fría mano, abre la cerradura de la puerta. Ella ni ha notado que le ha quitado la llave.

Reconoce que la puede manejar a su antojo. «Éste no es un loco. Éste no es un violador. Es un profesional», piensa.

Mira a su alrededor en el recibidor y cuando empieza a dirigirse hacia la cocina, con ella todavía bien sujeta, se resbala un poco. La nieve debajo de sus zapatos ha formado una capa de hielo, pero recupera el equilibrio y la sienta en una silla. Se pone detrás y ella nota que la presión alrededor de su cuello se hace más fuerte a la

vez que oye el ruido de un trozo de cinta cuando se separa del rollo.

Todo va increíblemente deprisa. Le sujeta con cinta las muñecas en los apoyabrazos de la silla y las piernas en las patas. No la corta, deja pasar la cinta de una mano a la otra, la baja hasta los pies con un trozo largo y deja el rollo en el suelo cuando ha acabado.

Se pone delante de ella.

—*Please* —ruega ella—. *Do you want money? I have...*

No alcanza a decir más que eso. Él le da un golpe en la nariz. Es como abrir un grifo. La sangre mana caliente sobre la cara y baja por la garganta. Ella traga y traga.

—Cuando te pregunte, respondes. Si no, cierras el pico. ¿Lo entiendes? Y si no lo consigues, te pondré cinta en la boca y así tendrás que respirar por esa nariz sangrante.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a tragar. Siente el corazón latir entre las orejas.

Morgan Douglas vuelve a mirar a su alrededor. Debería haberla matado directamente si el trabajo no incluyera saber si le ha explicado algo a alguien... ¿Cómo se llamaba? Era un nombre alemán, cree. Lo tiene en el sobre.

Tiene que asustarla para que hable. Es más fácil asustar a las mujeres si se les enseñan fotos de sus hijos, pero no hay fotos en el sobre. De todas formas ya la asustará, ya. Eso debería ir rápido.

Revuelve los cajones de la cocina en busca de un cuchillo pero no encuentra ninguno.

Sale al recibidor. Sobre una cómoda hay una lámpara. La desenchufa y arranca el cable. Aprovecha para mirar en el sobre el nombre por quien debía preguntar. «Gerhart Sneyers», ponía. Y «Uganda».

Arrastra la silla con ella encima hasta dejarla junto a un enchufe.

Inna abre los ojos como platos cuando él, con ayuda de los dientes, rompe el cable, quita el plástico, separa los dos hilos de cobre y pone uno alrededor de uno de sus tobillos.

Él lleva zapato plano. Cuando se agacha se le levanta un poco la pernera del pantalón. Inna ve las marcas de su tobillo.

—Tengo coca de la buena en el bolso —le dice deprisa.

Se interrumpe.

—¿Dónde está tu bolso?

—En el recibidor.

Lleva el bolso hasta el baño. Es una antigua costumbre. Ha estado en cientos de lavabos y ha cogido de todo. Cuando vivía en Londres, su ciudad, asustaba a las chicas diciendo que era un policía de incógnito, las arrinconaba contra una pared cuando venían de ver a su camello, les cogía la droga y les preguntaba según el

patrón habitual: «¿Viste algún arma allí dentro?» «¿Cuántos son?» Aparentaba ser amable, las soltaba con un «¿Por qué te haces esto a ti misma? Busca ayuda». Después se iba derecho al lavabo más cercano y se metía toda la mierda que encontraba.

Ahora revuelve el bolso Prada de Inna Wattrang como un oso hormiguero en un termitero. Se guarda el móvil, también es una antigua costumbre. Coge todo lo que sea fácil vender. Después encuentra tres papelinas. El corazón le palpita de alivio y alegría. Nieve pura. Forma dos rayas en el espejo de mano de ella y se lo mete todo, no hay que guardar. Sólo tarda dos segundos en sentir el subidón.

Está delante del espejo y se siente tranquilo y con la cabeza completamente despejada.

Vuelve a la cocina. Allí está ella intentado liberar las manos sujetas con la cinta. Naturalmente, es imposible. ¿Quién se cree que es? ¿Un aficionado? Enchufa el cable pero justo cuando le va a preguntar si le ha explicado algo a alguien, resbala. Es la nieve de debajo de sus zapatos y de los de ella que se ha deshecho. El agua ha hecho que el suelo esté resbaladizo.

Cae de culo cuan largo es. Las piernas al aire. Le da tiempo de pensar en el agua y en el cable enchufado y colea como un pez cuando intenta ponerse de pie, muerto de miedo de electrocutarse.

Inna Wattrang se echa a reír. En realidad, quizá lllore pero lo que le sale de dentro parece una risa histérica. Se ríe sin parar y las lágrimas le caen por la cara.

Aquello es demasiado cómico cuando él de pronto resbala como si alguien le hubiera quitado la alfombra de debajo de los pies. Y los movimientos para ponerse de nuevo en pie. Es un número cómico de los peores. Impagable de verdad. Ella se ríe. Está histérica. Es agradable ponerse histérica. Se sale del miedo y entra en la locura. Dentro de la risa loca.

Él tiene miedo y por eso le coge un cabreo mayúsculo. Se pone de pie otra vez y se siente como un idiota. Y ella se está riendo. En su cabeza sólo hay una idea: la va a hacer callar. Coge el hilo suelto del cable y se lo pone en el cuello. La corriente le recorre todo el cuerpo hasta el tobillo. La risa se acaba inmediatamente. Su cabeza se echa hacia adelante, los dedos se separan, él aguanta, aguanta, la hace callar. Y cuando le aparta el cable, la cabeza de ella sigue yendo de adelante hacia atrás, una y otra vez. Las manos se cierran y se abren, se abren y se cierran. Y vomita sobre su propio jersey.

—Vale ya —le ordena él, porque aún no le ha dado tiempo de preguntarle lo de Sneyers.

Se cae la silla y él se aparta. Los ojos le dan vueltas, sus mandíbulas muerden una y otra vez y al cabo de unos segundos, antes de que él se dé cuenta, se rompe a mordiscos su propia lengua.

—Vale ya —le grita dándole una patada en el vientre allí tirada donde está.

Pero ella no para y entonces él comprende que es el momento de acabar con aquello. En el informe dirá que ella no se lo había explicado a nadie.

En la sala de estar, junto al hogar, allí hay un colgador con un pincho de barbacoa. Corre a buscarlo. Cuando vuelve, ella todavía está tumbada de espaldas, convulsionándose sujeta a la silla con la cinta. Le clava el pincho a través del corazón.

Muere al instante. A pesar de ello, sus músculos siguen contrayéndose.

Mira a su alrededor y le invade una sensación turbia de que aquello no ha salido demasiado bien. Las instrucciones eran que debería parecer un crimen fortuito. Sin sospechas de que conocía al que lo había perpetrado. No debería ser encontrada en la casa.

Aquello es desfavorable pero de ninguna manera una catástrofe. La cocina no está demasiado desordenada y el resto de la casa no se ha tocado. Esto lo arregla él. Mira el reloj. Aún tiene mucho tiempo. Dentro de poco fuera se hará de noche. Mira a través de la ventana. Ve un perro suelto por allí. Ya ha visto unos cuantos. Si la deja fuera, en alguna parte, alguien la encontrará. En ese caso, la policía se puede poner en marcha antes de que despegue el avión. Seguro que encuentra una solución... Abajo, en el hielo, hay unas cabañas sobre trineos. Sólo tiene que llevarla hasta alguna de ellas cuando se haga de noche. Cuando la encuentren él ya estará muy lejos de allí.

Ya ha dejado de moverse.

Ahora descubre dónde estaban los cuchillos. Están colgados de una lista magnética junto a los fogones. Bien. Así podrá cortar la cinta con la que está sujeta.

Cuando se hace oscuro, Morgan Douglas baja a Inna Wattrang hasta una cabaña sobre el hielo. Las huellas de las motonieve son duras y es cómodo caminar por ellas. La cabaña es fácil de abrir. La pone dentro sobre una litera. En el bolsillo lleva una linterna que encontró en el armario de la limpieza. La cubre con un edredón. Cuando la luz le da en el hombro, ve que tiene una mancha roja en la clara gabardina. Se la quita y al levantar la trampilla que hay en el suelo, ve que hay un agujero sobre el hielo. Sólo se ha formado una fina capa que él puede romper. Mete la gabardina en el agujero. Se irá flotando por debajo del hielo.

Cuando vuelve a la casa, la limpia. Silba cuando friega el suelo de la cocina. Mete su ordenador, la cinta arrugada que ha utilizado, el trapo del suelo y el pincho de la barbacoa en una bolsa de plástico que se lleva con él en el coche.

En el camino de Abisko a Kiruna, se para en el arcén. Sale del coche. Ha

empezado a hacer viento. Frío de verdad. Se adentra un paso en el bosque para tirar la bolsa con el ordenador y lo demás. Inmediatamente se hunde en la profunda nieve. Se hunde casi hasta la cintura. Tira la bolsa en el bosque. La nieve la tapará. Probablemente nadie la encuentre nunca.

El teléfono de ella, que tiene en el bolsillo, también lo tira. ¿En qué estaba pensando cuando se lo guardó?

Después tiene muchas dificultades en salir de la cuneta. Se arrastra hacia el coche y consigue quitarse un poco la nieve de encima.

El trabajo está hecho. Éste es un país de mierda donde hace un frío tremendo.

Rebecka Martinsson se había quedado un rato en el trabajo después de haber llevado a Alf Björnfot a su domicilio. Cuando llegó a su casa, la *boxeadora* la esperaba en el recibidor, clavando sus afiladas uñas en sus caras y finas medias de Wolford. Enseguida se puso unos téjanos y una chaqueta vieja. A las nueve y media llamó a Anna- Maria Mella.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—Qué va —aseguró Anna-Maria—. Estoy tumbada en una cama limpia de hotel esperando el desayuno de mañana.

—¿Qué es lo que le pasa a las mujeres con los desayunos de hotel? Huevos revueltos, salchichas baratas y bollos. No entiendo lo que pasa.

—Vete a vivir con mi marido y con mis hijos unos días y lo entenderás perfectamente. ¿Ha ocurrido algo?

Anna-Maria se sentó y encendió la lámpara que estaba junto a la cama. Rebecka le explicó la conversación con Sven Israelsson. Sobre la venta de sus acciones de Quebec Invest en Northern Explore AB. Y que parecía como si el grupo de empresas alrededor de Kallis Mining se hubiera vaciado de dinero para financiar la actividad militar en Uganda.

—¿Lo puedes demostrar? —preguntó Anna-Maria.

—Aún no pero tengo un noventa y nueve por ciento de probabilidades de tener razón.

—De acuerdo. ¿Hay algo que sea suficiente para una detención o para un registro domiciliario? ¿O algo que pueda enseñar para que me dejen entrar en Regla? Sven-Erik Stålnacke y yo fuimos allí hoy y nos tuvimos que dar la vuelta en la verja de entrada. Dijeron que Diddi Wattrang estaba en Canadá. Pero yo creo que estaba en casa sin hacer nada. Quiero preguntarle sobre la conversación con Inna antes de que la mataran.

—Diddi Wattrang es sospechoso de grave delito de información privilegiada. Le

puedes pedir a Alf Björnfort una solicitud de arresto porque él es el jefe del grupo que lleva este asunto.

Anna-Maria saltó de la cama y empezó a ponerse los téjanos sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Voy a hacerlo —dijo—. Maldita sea. Voy a ir ahora mismo.

—Tranquila —le pidió Rebecka.

—¿Por qué? —bufó Anna-Maria—. Me han hecho enfadar mucho.

En cuanto Rebecka colgó el teléfono tras la conversación con Anna-Maria Mella, volvió a sonar. Era Maria Taube.

—Hola —dijo Rebecka—. ¿Ya habéis llegado a Riksgränsen?

—Oh, sí. ¿No oyes el ruido? A lo mejor no sabemos esquiar muy bien pero ¡sabemos qué se hace en un bar!

—Vaya, entonces Måns también estará contento.

—Muy contento, te diría. Está aparcado cerca del barman y tiene a Malin Norell alrededor del cuello. Así que creo que está pero que muy a gusto.

Rebecka notó un puño frío en el corazón.

Hizo un esfuerzo por mantener alegre la voz. Contenta y normal. Contenta y ligera. Sólo interesada por cortesía.

—Malin Norell —repitió—. ¿Quién es?

—Una de derecho empresarial. Vino desde Wings hace un año y medio. Es un poco mayor que nosotras, treinta y siete, treinta y ocho o así. Divorciada. Tiene una hija de seis años. Creo que ella y Måns tuvieron algo cuando empezó a trabajar con nosotros, pero no sé... ¿Vendrás mañana?

—¿Mañana? No, he de... es que hay mucho trabajo justo en estos momentos y... y no me siento muy bien- creo que estoy pillando un catarro.

Maldijo para sí. En dos mentiras siempre hay una de más. Sólo tienes que encontrar una excusa cuando quieres mentir sobre algo.

—Vaya, qué pena —respondió Maria—. Tenía ganas de verte.

Rebecka asintió con la cabeza. Tenía que acabar la conversación. Ahora.

—Nos vemos —consiguió decir.

—¿Qué te pasa? —preguntó Maria un poco intranquila—. ¿Ha ocurrido algo?

—No. Todo bien... sólo que...

Rebecka se interrumpió. Le dolía la garganta. Tenía un nudo que no dejaba que salieran las palabras.

—Ya hablaremos en otra ocasión —susurró—. Te llamaré.

—No, espera —pidió Maria Taube—. ¿Rebecka?

Pero no obtuvo respuesta. Rebecka había colgado.

Rebecka estaba en el baño delante del espejo. Se miraba la cicatriz que le iba

desde el labio hasta la nariz.

«¿Qué creías? —se dijo a sí misma—. ¿Qué cojones creías?»

Måns Wenngren estaba en el bar del Hotel Riksgränsen. Malin Norell estaba a su lado. Justo él acaba de decir algo y ella se había reído y su mano había aterrizado en su rodilla. Después la retiró. Una corta señal. Era suya si él quería.

Hubiera deseado que así fuera. Malin Norell era guapa, inteligente y divertida. Cuando empezó a trabajar con ellos se mostró claramente interesada y él se dejó apresar, le gustó ser el elegido. Estuvieron juntos un tiempo y celebraron el Año Nuevo en Barcelona.

Pero estuvo pensando en Rebecka todo el tiempo. A Rebecka le habían dado el alta en el hospital. Cuando estaba ingresada la llamó pero ella no quiso hablar con él. Y durante la corta relación entre él y Malin Norell, pensó que fue mejor así. Pensó que Rebecka era demasiado complicada, que estaba demasiado deprimida, difícil de cojones.

Pero estuvo pensando en ella todo el tiempo. Cuando él y Malin celebraron el Año Nuevo en Barcelona, llamó a Rebecka. Aprovechó cuando Malin había salido un momento.

Malin era fantástica. No lloró ni se puso a salir con todo el mundo cuando su relación se acabó. Él le fue con unas cuantas excusas y ella lo dejó en paz.

Y allí estaba si él quería. Su mano había aterrizado sobre su rodilla.

Pero Rebecka subiría mañana.

En realidad, el bufete debería haber ido a Are pero él intervino para que fueran a Riksgränsen.

Pensaba en Rebecka todo el tiempo. No podía evitarlo.

—Ayúdame —le dijo Diddi a la niñera.

Estaba sentado junto a la mesa de la cocina consternado mirando cómo ella recogía la botella rota de jarabe, tiraba los trozos al cubo de la basura y limpiaba el suelo con papel de cocina.

Supuso que a los ojos de ella era sólo un viejo y se equivocaba del todo pero ¿cómo podía hacérselo entender?

—Sería mejor que subieras a tumbarte otra vez.

Sacudió la cabeza. La sacudía porque empezaba a oír voces dentro. No eran voces imaginarias, nada de fantasías, sino recuerdos. El recuerdo de su propia voz, aguda y ansiosa. Jadeante y ofendida. Y el recuerdo de una voz suave pero decidida, de una

mujer africana. La ministra de Comercio de Uganda.

Odiaba a Mauri. Odiaba a aquel mierdecilla petulante. Sabía que Mauri había hecho asesinar a Inna. Lo supo de inmediato. Pero ¿qué podía hacer? No lo podía demostrar. Y aunque pudiera meter entre rejas a Mauri por delito económico, él mismo estaba de lo más involucrado. Ya se había encargado Mauri de que así fuera. Además, Diddi tenía una familia en la que pensar.

Estaba atado de pies y manos. Ésa fue la sensación más fuerte que sintió a la muerte de Inna. La pena de perderla, sí, pero la sensación de pánico de no poderse liberar era más fuerte. El buque *Estonia* hundiéndose bajo la superficie. Todas las salidas bloqueadas, el mundo zozobra y el agua entra a raudales.

Todos habían estado de fiesta tres días seguidos. Él estuvo yendo de un bar a otro, de una gente a otra, de una fiesta a otra. El conocimiento pegado a los talones. El conocimiento de que Inna estaba muerta.

Empezó a recordar cada vez más aquellos días.

«No me puedo vengar —le dijo a Inna ya muerta. Aunque hubiera pensado mil maneras de matar y de hacer sufrir a Mauri, siempre llegaba a la conclusión de que no podría hacerlo nunca—. Si sólo soy una piltrafa —le había dicho a ella.

Pero ahora estaba pensando en algo en especial. Empezó con la voz de la ministra de Comercio de Uganda.

Él quería llegar hasta Mauri y había hecho una locura. Muy peligrosa.

Había llamado a la ministra de Comercio de Uganda. Tuvo que ser ayer, ¿no?

No fue difícil que le pasaran la llamada. El nombre de la empresa Kallis Mining era una llave que funcionaba. Y Diddi le explicó que Mauri estaba financiando el rearme de Kadaga.

No le había creído.

—Es una afirmación extravagante —había dicho—. Kallis Mining goza de nuestra más absoluta confianza. Tenemos buenas relaciones con los distintos inversores del país.

Recordó que su propia voz se volvió aguda. Indignado porque ella no le creía. Deseoso de que lo tomara en serio, empezó a hablar de más y le contó todo lo que sabía.

—Quieren dar un golpe de Estado o hacer que asesinen al presidente Museveni. Hacen ingresos en una cuenta secreta. El dinero se paga desde allí. *I know this for a fact. He killed my sister. He's capable of anything.*

—¿Golpe de Estado? ¿Quiénes quieren dar un golpe de Estado? Todo esto son tonterías.

—Yo sé quiénes son. ¡Gerhart Sneyers! Él, Kallis y otros. Van a tener una reunión para discutir los problemas del norte de Uganda.

—¿Quiénes además de Sneyers? No me creo ni una sola palabra de lo que dices.

¿Dónde iba a tener lugar esa reunión? ¿En qué país? ¿En qué ciudad? No haces más que inventar embustes para manchar el nombre de Kallis Mining. ¿Cómo quieres que te tome en serio? ¿Y cuándo? ¿Cuándo iba a tener lugar esa supuesta reunión?

Diddi Wattrang presionó las puntas de los dedos sobre sus ojos cerrados. La niñera lo cogió con cuidado del brazo.

—¿Te ayudo a subir arriba? —preguntó.

Impaciente apartó el brazo.

«Dios mío —pensó—. ¿Le expliqué que la reunión iba a hacerse aquí? ¿Dije que iba a ser esta noche? ¿Qué le expliqué?»

La ministra de Comercio de Uganda, Mrs. Florence Kwesiga, el presidente Museveni y el general Joseph Muinde están en una reunión de urgencia.

La ministra de Comercio ha informado de la conversación con Diddi Wattrang.

Está sirviendo té con mucha leche y azúcar de una fina jarra de porcelana. El presidente levanta la mano en un gesto de rechazo. El general Muinde toma otra taza. A ella le divierte ver sus delicadas tacitas en aquellas manos tan grandes. No consigue meter el dedo índice en el asa de la taza, sino que la deja en la palma de la mano.

—¿Qué impresión le dio Wattrang? —pregunta el presidente.

—Que estaba desesperado y turbado —responde Mrs. Kwesiga.

—¿Loco?

—No, loco no.

—Dos cosas he podido confirmar —dice el general Muinde—. Una: la hermana de Mr. Wattrang ha sido asesinada. Ha salido en la prensa sueca. Dos: el avión de Gerhart Sneyers tiene permiso para aterrizar en Schipol y Arlanda mañana.

—Faltan menos de veinticuatro horas —informa Mrs. Kwesiga—. ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a hacer lo que es absolutamente necesario —dice el presidente—. No sabemos quién más está en esto, aparte de Sneyers y Kallis. Ésta será quizá nuestra única oportunidad. Para defenderse a veces se tiene que hacer la guerra en territorio enemigo. Si algo hemos aprendido de los israelíes es eso. O de los americanos.

—Para ellos rigen otras reglas —replica Mrs. Kwesiga.

—No esta vez.

—Le di a entender a Mr. Wattrang que no le creía —informa Mrs. Kwesiga al general—. Incluso me eché a reír. Él notó que no me lo tomaba en serio, así que es imposible que espere que vayamos a reaccionar de alguna manera. Pensé que si se arrepiente y le explica a alguien que se ha puesto en contacto con nosotros, ellos no cambiarán sus planes si les dice que no le creí.

—Hiciste muy bien —reconoce el general Muinde—. Muy bien.

Pone con cuidado la taza en su sitio y continúa:

—Menos de veinticuatro horas. No es mucho tiempo. Será un equipo de cinco personas. No mis propios hombres. Si hubiera complicaciones es mejor así. Tenemos armas en la embajada de Copenhague. Que aterricen allí y vayan hasta Suecia en ferry. Esa frontera no tiene riesgo ninguno.

Se levanta con una ligera inclinación.

—Tengo cosas que hacer, así que si me disculpáis...

Saluda a lo militar y el presidente asiente con la cabeza pensativo.

Y el general abandona la sala.

Diddi llega a la cena de la Heredad Regla en medio de los postres. De pronto está allí, en el quicio de la puerta que da al comedor. Lleva la corbata alrededor del cuello como si fuera un trapo, la camisa medio por fuera de la cintura y la americana le cuelga del dedo índice. Quizá había pensado ponérsela pero se olvidó y ahora la lleva arrastrando como si fuera un rabo herido. Los presentes quedan en silencio observándolo.

—*Excuse me* —dice—. Perdón.

Mauri se levanta. Está furioso pero se controla.

—Quiero que te vayas de aquí inmediatamente —le dice en sueco con un tono de voz aparentemente amable.

Diddi se queda en el quicio de la puerta como un niño que se ha despertado de una pesadilla y molesta a los padres en mitad de la cena. Es conmovedor verlo cuando con un inglés de lo más cultivado pide poder hablar con su esposa un momento.

Después añade en sueco con el mismo delicado tono de voz:

—Si no, la armo aquí, Mauri. Y el nombre de Inna será pronunciado. ¿Lo entiendes?

Con un corto gesto Mauri le indica a Ulrika que vaya con su marido. Ella se disculpa y abandona la mesa. Ebba la mira rápidamente con una sonrisa de complicidad.

—*Domestic problems* —explica Mauri a los comensales alrededor de la mesa.

Los caballeros sonrín. Pasa en todas partes.

—Por lo menos déjame que me cambie los zapatos —se queja Ulrika cuando Diddi se la lleva a través el patio.

Nota que la humedad va subiendo a través de sus brillantes sandalias de cintas de Jimmy Choo.

Después se echa a llorar. Le da lo mismo si Mikael Wiik, que está sentado en la veranda delantera de la casa, la oye. Diddi la lleva lejos del patio, lejos de las luces

que hay en el exterior.

Llora porque Diddi está destruyendo su vida en común, pero no dice nada. No vale la pena. Ha dejado de intentarlo. Mauri lo va a despedir de las empresas del grupo. Entonces no tendrán de qué vivir, ni dónde.

«Tengo que abandonarlo», piensa. Y llora aún más porque todavía lo quiere de verdad pero aquello no puede seguir, es imposible. ¿Y qué es lo que le pasa ahora?

—Tenemos que irnos de aquí —le dice Diddi cuando se han apartado un poco de la casa.

—Por favor, Diddi —le suplica Ulrika intentando rehacerse—. Hablaremos mañana. Vuelvo a la cena y...

—No. Es que no lo entiendes —dice cogiéndola de las muñecas—. Lo que quiero decir es que nos tenemos que ir a vivir a otro sitio. Quiero decir que nos tenemos que ir de aquí. ¡Ahora!

Ulrika ha visto a Diddi paranoico antes, pero esta vez la está asustando.

—No te lo puedo explicar —le dice con tanta desesperación que ella se echa a llorar de nuevo.

Aquella vida era tan perfecta. Ella adora Regla. Adora su bonita casa. Ella y Ebba se han hecho muy amigas. Conocen a un montón de gente agradable y hacen cosas divertidas las dos juntas. Ulrika fue la que hizo sentar la cabeza a Diddi Wattrang y Dios sabe cuántas lo intentaron antes que ella. Fue como ganar una medalla de oro en las olimpiadas. Y ahora él lo cambia todo, lo destruye todo.

Él le susurra algo junto a su pelo. La coge entre los brazos.

—Por favor, por favor —le suplica—. Confía en mí. Nos vamos de aquí ahora y dormimos en un hotel. Mañana me preguntas por qué.

Mira a su alrededor. Oscuro por todas partes pero la intranquilidad le va subiendo por el cuerpo.

—Tienes que buscar ayuda —le dice ella entre sollozos.

Él le promete que lo hará pero tiene que irse con él ahora. Deprisa. Irán a buscar al niño y después cogerán el coche y se irán de allí.

Ulrika no tiene fuerzas para oponerse. Hará lo que él dice y mañana igual se pueda hablar con él. De todas maneras la cena ya está malograda. Así además no tiene que aguantar la mirada de Mauri al volver a la cena susurrando excusas.

Diez minutos más tarde están sentados en el nuevo Hummer camino de la verja de entrada. Ulrika conduce. El principito duerme en la sillita a su lado. Se tardan dos minutos en llegar hasta la verja pero cuando Ulrika presiona el mando a distancia para las verjas exteriores, no se abren.

—Ya se han vuelto a estropear —le dice a Diddi y para el coche a unos metros de distancia.

Diddi sale fuera. Va hacia la verja. Entra en la luz de los focos del coche. Ulrika le ve la espalda y entonces cae de cabeza hacia delante.

Ulrika suspira para sí. Está tan cansada de todo esto. Está cansada de sus borracheras, de sus curdas, sus resacas y de su angustia. De su arrepentimiento, de sus miserias, de sus diarreas y estreñimientos. De sus excesos sexuales y de su impotencia. Está cansada de que se caiga, de que no pueda estar de pie. Está harta de quitarle la ropa y los zapatos. Y está cansada de todas las veces que no puede acostarse, de sus periodos de obsesión por estar despierto.

Espera a que se ponga de pie. Pero no. Entonces le invade una ira tremenda. Manda cojones. Piensa que debería pasar por encima de él. Adelante y atrás. Varias veces.

Después suspira y sale del coche. Los remordimientos de conciencia superan los malos pensamientos que acaba de tener y hacen que su voz sea dulce y considerada.

—Hola, amiguito. ¿Cómo ha ido eso?

Pero él no responde. Ulrika se intranquiliza. Da unos rápidos pasos hacia él.

—Diddi, Diddi, ¿que te pasa?

Se inclina hacia él, le pone la mano entre los omoplatos y lo zarandea un poco. Siente la mano mojada.

No lo entiende. No le da tiempo a entenderlo.

Un sonido. Un sonido o algo hace que mire hacia arriba y gire la cabeza. A contraluz ve una silueta. Antes de que le dé tiempo de levantar la mano para no quedar deslumbrada, ya está muerta.

El hombre que le ha disparado susurra en su pinganillo.

—*Male and female out. Car. Engine running.*

Dirige la luz de una linterna hacia el coche.

—*There's an infant in the car.*

Al otro lado de la línea dice el jefe del grupo:

—*Mission as before: Everybody. Shut the engine and advance.*

Ulrika está muerta sobre la gravilla. No necesita vivir aquello.

Y en la oscuridad Ester está junto a la ventana y piensa:

«Aún no. Aún no. Aún no. ¡Ahora!»

Rebecka está tumbada sobre la nieve delante de la casa de su abuela en Kurravaara. Lleva puesto el viejo anorak de su abuela pero está abierto. Es bueno pasar frío, alivia por dentro. El cielo está negro y claro. La luna sobre ella está amarilla, como enferma. Como una cara hinchada con la piel llena de baches. Rebecka ha leído en alguna parte que el polvo de la luna apesta, que huele a pólvora

vieja.

«¿Cómo se puede sentir algo así por otra persona? —piensa—. ¿Cómo puede una sentir que quiere morir porque el otro no te quiere? Si sólo es una persona.»

—Te voy a decir una cosa —le dice a su Dios—. No quiero quejarme de todo, pero dentro de poco no voy a querer seguir. No hay nadie que me ame y, por lo que parece, es difícil de soportar. En el peor de los casos, viviré sesenta años más. ¿Qué va a ser de mí si estoy sola durante sesenta años? Ya viste que me rehíce un poco. Trabajo. Me levanto por las mañanas. Me gustan las gachas de avena con confitura de arándanos. Pero ahora no sé si quiero seguir con todo eso.

En ese momento oye el ruido de unas patas pisando la nieve. Al instante está *Bella* a su lado, corriendo a su alrededor, por encima, le pisa el estómago y le hace daño, le da un golpecillo con el hocico, controla que esté bien.

Después se pone a ladrar. Naturalmente le está pasando el informe al amo. Rebecka intenta ponerse de pie rápidamente pero Sivving ya la ha visto. Va de prisa hacia ella.

Bella ha seguido su camino. Se da una vuelta rápida por el viejo prado levantando la nieve recién caída.

—Rebecka —la llama sin conseguir esconder la intranquilidad que siente en la voz—. ¿Qué haces?

Abre la boca para mentir. Para hacer una broma y decir que miraba las estrellas. Pero no le sale nada.

La cara no tiene fuerzas para recomponerse. El cuerpo no intenta disimular. Sacude la cabeza.

Él quiere que todo vuelva a estar bien. Claro que entiende que Sivving se intranquilece por ella. ¿Con quién va a hablar si no, ahora que Maj-Lis ya no está?

No puede más. No quiere ver ese deseo en él de que esté contenta, de que todo esté bien, de que sea feliz.

No tengo fuerzas para ser feliz, quiere decir. Apenas tengo fuerzas para ser infeliz. Mantenerme de pie es mi gran proyecto.

Sivving está a punto de preguntarle si quiere ir a dar un paseo con él o ir a tomar café a su casa. Dentro de unos segundos lo dirá. Y ella tendrá que responderle que no, porque no puede. Él dejará caer la cabeza y así lo habrá hecho infeliz a él también.

—Tengo que irme —le dice—. Tengo que ir a casa de una mujer en Lombolo a llevarle una citación.

Es una mentira tan extraordinariamente rebuscada y mala que casi tiene una experiencia extracorpórea. Otra Rebecka se pone a su lado y le dice:

«¿De dónde cojones has sacado eso?»

Pero Sivving parece que lo acepta. No tiene ni idea de lo que, en realidad, hace en el trabajo.

—Bueno —dice simplemente.

—Oye —dice—. Tengo una gatita arriba, en casa. ¿Verdad que la podrías cuidar?

—Claro que sí, pero ¿es que vas a estar fuera mucho tiempo? —se interesa Sivving.

Y cuando ella se dirige hacia el coche, le grita:

—¿No te cambias de chaqueta?

Sale a la carretera que va hacia Kiruna y se da cuenta de que no ha pensado adonde se dirige. Porque ya lo sabe. Va a ir hasta Riksgränsen.

—¿Qué es esto?—pregunta Anna-Maria Mella.

Sven-Erik Stålnacke va en el lado del copiloto y escruta con la mirada las primeras verjas de la Heredad Regla. A la luz de los focos del Passat de alquiler, ve un Hummer aparcado delante de ellos, justo al otro lado de la verja.

—¿Son los seguratas o qué? —pregunta él. Se paran delante de la verja. Anna-Maria pone el punto muerto y sale del coche con el motor en marcha.

—¡Hola! —grita.

Sven-Erik Stålnacke también sale del coche.

—Dios mío —exclama Anna-Maria—. ¡Jesús bendito!

Allí hay dos cuerpos boca abajo. Revuelve debajo de su chaqueta en busca de su arma.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —pregunta.

Da un paso rápido para salir del haz de luz de su coche.

—Apártate de la luz —le indica a Sven-Erik—. Y apaga el motor.

—No —le replica Sven-Erik—. Entra en el coche y nos vamos de aquí a llamar para que envíen refuerzos.

—Vale, ve tú —le responde Anna-Maria—. Yo voy a echar un vistazo.

La verja exterior bloquea sólo el camino. Son las dos verjas interiores en la avenida las que están encastadas en un muro. Anna-Maria pasa por detrás del poste de la verja pero se para un poco apartada de los cuerpos. No quiere llegar hasta ellos mientras estén a la luz de su coche.

—Retrocede —le ordena a Sven-Erik—. Sólo quiero echar un vistazo.

—Siéntate en el coche —le gruñe Sven-Erik—. Voy a llamar para que envíen refuerzos.

Y ahí empieza la pelea. De pronto están allí discutiendo como una pareja de viejos.

—Sólo será un vistazo. Vete de aquí o apaga el jodido motor —bufa Anna-Maria.

—Hay unas normas. ¡Siéntate en el coche! —le ordena Sven-Erik.

Qué poco profesionales, pensarán tiempo después. Hubieran podido dispararse el uno al otro. Siempre que hablan de la reacción extraña que se puede tener en

situaciones difíciles, su pensamiento volverá a este momento.

Al final Anna-Maria se pone directamente ante el haz de luz. Con su Sig Sauer en una mano, toca con la otra un lado del cuello de los dos que están tumbados en el suelo. No hay pulso.

Agachada, da unos pasos hacia el Hummer y mira dentro. Una sillita. Un niño. Un niño pequeño muerto. Le han disparado en la carita.

Sven-Erik ve que se apoya contra la ventanilla con la mano que tiene libre. Tiene la cara pálida como la ceniza a la luz de los focos del Passat. Lo mira directamente a los ojos con una mirada tan llena de desconcierto que a él se le encoge el corazón.

«¿Qué?», pregunta.

Pero en ese mismo momento se da cuenta de que no ha emitido ningún sonido.

Ella se inclina hacia delante. Todo su cuerpo se contrae como en una dolorosa convulsión. Y lo mira. Acusadora. Es como si algo fuera culpa suya.

Al instante siguiente ya no está. Como un zorro se ha apartado del haz de luz del Passat y él no sabe adónde ha ido. Está tan oscuro allí fuera. Las gruesas nubes de la noche no dejan entrar la luz de la luna.

Sven-Erik se mete en el coche para apagar el motor. Todo se queda en silencio y oscuro.

De nuevo de pie, oye unos pasos que corren hacia la casa.

—¡Anna-Maria, cojones! —le grita.

Pero no se atreve a gritar muy alto.

Está a punto de ir corriendo detrás de ella pero entonces reflexiona.

Llama para que envíen refuerzos. Jodida tía. La conversación dura dos minutos. Pasa un miedo de muerte cuando habla por teléfono. Miedo a que alguien lo oiga. Alguien que venga a dispararle en la cabeza. Se agacha junto al coche durante la conversación. Intenta escuchar. Intenta ver algo en la oscuridad. Le quita el seguro a su arma.

Cuando acaba, sale corriendo detrás de Anna-Maria. Mira dentro del Hummer para ver qué es lo que la ha hecho reaccionar así, pero está demasiado oscuro sin los focos del Passat. No ve nada.

Se pone al lado del camino para subir hacia la casa. Corre en silencio sobre el césped. Si su propia respiración no sonara como un fuelle, igual podría oír algo. Tiene tanto miedo que se siente enfermo. Pero ¿qué cojones puede hacer? ¿Dónde está Anna-Maria?

Ester ve algo en el espejo. Se parece a ella misma. Por lo que la ciencia ha conseguido saber, no hay nada en nosotros que perdure. El hombre es una mezcla de cuerdas vibrantes. Y el aire a nuestro alrededor también es una mezcla de cuerdas vibrantes. Es curioso que no atravesemos muros diariamente y fundamos nuestras

existencias.

Se ha entregado, aunque no sabe a qué. Es a un nivel más profundo que su entendimiento. A cada paso el acuerdo queda firmado. Se fue a vivir al desván de Mauri. Ha entrenado su cuerpo. Se ha cargado de hidratos de carbono. Ahora la cabeza debe acompañar a los pies y no al revés.

La cabeza descansará cuando los pies corran por la escalera que va al sótano.

A la vez, cinco hombres avanzan hacia la casa de Regla. Todos llevan ropa negra. El jefe del grupo es el que Ester ha llamado Lobo en su mente. Él y otros tres van armados con metralletas. El último es un tirador de precisión.

Éste se tumba sobre el césped con el jefe de seguridad, Mikael Wiik, en el punto de mira. No necesitaría estar tumbado porque el objetivo está completamente quieto.

Mikael Wiik está de pie en la escalera de la casa y escucha lo que pasa en el camino. Diddi y su mujer han cogido el coche y se van de Regla. Probablemente Diddi se ha peleado con Mauri. Justo esta puta noche, pero Diddi últimamente es imprevisible.

Ha oído cómo se paraba el coche allí abajo junto a la verja exterior y después cómo se paraba el motor. Se pregunta por qué no han continuado. Seguramente están en el coche y tienen la pelea del siglo.

«Yo hago mi trabajo —piensa Mikael Wiik—. Y ése no es mi trabajo.

»No me mezclo —piensa—. Y no estoy involucrado.

Tampoco en lo de Inna. Yo le di a Mauri aquel número de teléfono. Pero en lo que ocurrió después, realmente no estoy implicado.»

Había mirado el cuerpo de Inna en el tanatorio de Kiruna. Era una herida burda.

Intenta convencerse a sí mismo de que aquello no lo podía haber hecho un profesional. Ella murió por otro motivo. No tenía nada que ver con Mauri Kallis.

Respira hondo. La primavera se nota como una negra arteria en el aire de la noche. El aire es cálido y trae consigo aromas de verde. Este verano se comprará un barco. Se llevará a su novia por el archipiélago.

Después ya no piensa más. Cuando cae hacia delante y se da contra la escalera de piedra, ya está muerto.

El tirador de precisión cambia de posición. Da la vuelta hasta el otro lado de la casa. Los ventanales del comedor son grandes. Mira lo que hay dentro. Sólo un vigilante contra la pared del comedor. Los demás invitados son *sitting ducks*. Informa de que hay vía libre a través de su pinganillo.

Ester Kallis corta la luz desde los contadores. Con unos rápidos movimientos, desenrosca los plomos de las tres fases de entrada. Tira los plomos debajo de un estante que hay cerca. Oye cómo van rodando por el suelo y se quedan quietos. La oscuridad es compacta.

Respira hondo. Los pies conocen el camino de subida por la escalera. No necesita ver. Corren a lo largo de una senda oscura.

Y mientras los pies siguen la senda oscura, ella vive en otro mundo. Se le podría llamar recuerdo, pero ocurre ahora. De nuevo. Ocurre ahora tanto como entonces.

Está en la falda de una montaña con su *eatnážan*. Es el final de la primavera. Sólo quedan unas cuantas manchas de nieve. En el aire se ven constantes bandadas de pájaros piando. El sol les calienta la espalda. Se han desabrochado las chaquetas.

Miran hacia abajo y ven un arroyo. Ya tiene varios metros de ancho de agua de deshielo. Es muy rápido. Un reno hembra se mete en el agua y nada hasta la otra orilla. Una vez en tierra, se pone a llamar a su cría. La llama una y otra vez y al final la cría se atreve a meterse en el agua. Pero la corriente es demasiado fuerte y la cría no tiene fuerzas para nadar hasta el otro lado. Ester y su madre ven cómo se la lleva la corriente. Entonces el reno hembra se vuelve a meter en el agua y alcanza nadando a su cría. Nada a su alrededor, hace fuerza con su cuerpo contra la corriente y así pueden nadar los dos juntos. La corriente es fuerte y la cabeza de la madre se mantiene justo por encima de la superficie del agua, como un grito de socorro. Cuando llegan a la orilla se pone de lado aguantando la corriente para que la cría pueda ponerse a salvo en tierra. Al final consiguen estar los dos al otro lado.

Ester y su madre se quedan mirándolos. Están tan satisfechas del valor del reno. De su fuerte sentimiento hacia su cría. Y también de la confianza de la cría que, a pesar del miedo que le tenía a la corriente, se ha tirado al agua. No hablan cuando vuelven andando a la cabaña que hay para los pastores de renos.

Ester va detrás de su madre. Intenta dar pasos largos para pisar exactamente en el mismo sitio que ha pisado su madre.

Mauri Kallis pregunta a sus invitados qué van a tomar con el café. Gerhart Sneyers quiere un coñac, Heinrich Kock y Paul Lasker lo mismo. Viktor Innitzer tomará un Calvados y el general Helmuth Stieff se decide por un buen Malta.

Mauri Kallis le dice a su mujer que se quede sentada y se hace cargo personalmente de servir las bebidas a los invitados.

—Voy a cambiar las velas —dice Ebba llevándose el candelabro a la cocina, algo irritada porque el personal contratado no ha estado atento y las velas casi están consumidas.

En el comedor hay un vigilante. Trabaja para Gerhart Sneyers. Cuando Mauri Kallis se levanta y pasa por delante de él, se da cuenta de lo discreto que es este hombre. La verdad es que Mauri no ha notado que ha estado allí durante toda la cena.

Por eso es casi cómico cuando el vigilante cae llevándose consigo hasta el suelo un tapiz del siglo XV. A Mauri le da tiempo de pensar en un chico que se desmayó en la procesión de Lucía cuando iba a tercero. En ese momento el ruido de cristales rotos

le alcanza el inconsciente. A partir de ahí, aparecen dos hombres en el quicio de la puerta y el ridículo sonido de una metralleta, como si se estuvieran haciendo palomitas de maíz.

Y se apagan todas las luces. En la oscuridad se oye el desesperado grito de dolor de Paul Lasker. Y otra persona que también grita histérica y después se calla de golpe. La lluvia de balas se interrumpe y tras unos segundos aparece la luz de una linterna que busca por la sala a los que se agachan, gritan, se arrastran, intentando esconderse y escapar de aquello.

El general Helmuth Stieff ha cogido el arma del vigilante muerto y dispara a la luz. Alguien cae en el suelo y la linterna se apaga.

Está todo completamente a oscuras. Mauri se da cuenta de que está tumbado en el suelo y cuando intenta levantarse no puede. Tiene la mano mojada y la camisa también.

«Me han disparado en el estómago», piensa. Pero después se da cuenta de que se le ha caído el whisky. Como no puede ver nada, los sonidos son altos. Son las mujeres que gritan de miedo en la cocina y de nuevo el ruido de las palomitas. Luego se hace el silencio. Mauri piensa «Ebba» y después su único pensamiento es salir de allí. Salir de allí.

Oye cómo los intrusos intentan restablecer la corriente desde los contadores del recibidor pero no pasa nada. Toda Regla está a oscuras.

Paul Lasker grita sin parar. Debajo de la mesa algunos de los caballeros chocan entre sí. Es cuestión de segundos antes de que los otros vuelvan al comedor.

A Mauri le han disparado en la cadera pero se puede arrastrar con ayuda de las manos. El comedor y el salón están uno detrás de otro y, dado que el mueble bar es un anexo en madera de la chimenea del salón, sabe que se encuentra cerca de la puerta del salón. Se arrastra siguiendo el zócalo. Aquí se hubiera tomado su café y su licor. Después de unos dos metros más sus fuerzas se han acabado.

Entonces alguien, con cuidado, le pone una mano sobre la espalda. Oye que Ester le susurra al oído:

—Cállate, si quieres vivir.

El general sigue resistiendo en el comedor. Desde la puerta del recibidor entra una salva a ciegas. Ahora hay alguien en la puerta por la parte del recibidor que sujeta una linterna mientras otro dispara. Paul Lasker se queda callado. El general dispara, pero poco. No le queda mucha munición. Dentro de nada podrán entrar y acabar con todos.

Ester hace que Mauri se siente en un duro sofá del siglo XVIII. En el informe de la investigación se dirá que allí dejó una mancha de sangre y se especulará sobre el escenario probable. Ester se agacha delante de él y se lo pone al hombro, como hacen los bomberos.

«Levanto —piensa—. Uno, dos y tres.»

No pesa demasiado. El salón está en fila con la biblioteca, la biblioteca a su vez está en fila con una habitación todavía por arreglar, que está llena de cosas. Allí hay una puerta que lleva al jardín. La abre y sale a grandes zancadas a la oscuridad.

Se sabe el camino. Ha corrido por allí varias veces, por el pequeño trozo de bosque hasta el viejo embarcadero, con los ojos tapados. Los árboles le han arañado la cara pero ahora se sabe la senda oscura. Sólo le hace falta poder atravesar el patio y el tramo de césped que llega hasta los árboles.

El jefe del grupo alumbra con una linterna a los hombres del comedor. El haz de luz va de una cara a otra. El general Helmuth Stieff está muerto y también Paul Lasker.

Heinrick Kock está medio tumbado contra la pared. Su mano es una garra sin vida sobre una mancha roja que crece sobre el pecho de su blanca camisa. Mira aterrorizado al hombre con la cara pintada de negro que tiene la linterna en la mano izquierda. Su respiración es corta, con rápidos jadeos.

El jefe del grupo se saca su Glock y le dispara entre los ojos. Así los otros dos supervivientes hablarán más. Oye que Viktor Innitzer grita horrorizado.

Parece como si Innitzer no estuviera herido físicamente. Está sentado junto a la pared con los brazos apretados contra el pecho.

Gerhart Sneyers está a su lado debajo de la mesa.

El jefe del grupo hace un gesto con la cabeza y uno de los hombres agarra a Sneyers de los pies y lo arrastra hasta él. Allí se queda tumbado de lado, con las rodillas un poco dobladas y las manos entre los muslos. El sudor le corre por la piel de la frente. Perlas que le caen sobre la cara. Le tiembla todo el cuerpo como de frío.

—Tu nombre —le pide el jefe del grupo en inglés. Después se pasa al alemán.

—*Ihr Name*. ¿Y quiénes son los demás?

—*Rot op* —responde Sneyers. Cuando abre la boca para pronunciar las palabras, le sale sangre.

El jefe se inclina hacia abajo y también le dispara. Después se vuelve hacia Viktor Innitzer.

—*Please, don't kill me* —suplica Innitzer.

—*Who are you?* ¿Y quiénes son los demás?

Innitzer le dice quién es él y los nombres de los demás a medida que la luz de la linterna cae sobre sus caras muertas. El jefe del grupo tiene en la mano una pequeña grabadora e Innitzer habla lo más claro que puede, mirando angustiado hacia arriba, hacia el cabecilla.

—¿Hay alguien de la reunión que falte? —pregunta el jefe.

—No sé... no sé... Si deja de deslumbrarme con la linterna... yo... ¡Kallis! ¡Mauri Kallis!

—¿Nadie más?

—No.

—¿Y dónde está Kallis?

—¡Estaba justo ahí!

Viktor Innitzer señala a la oscuridad en dirección al mueble bar.

El jefe alumbra hacia el mueble bar y después hacia la puerta que hay al lado. Dirige la pistola hacia la cabeza de Innitzer. Ya no le hace falta y aprieta el gatillo. Después les hace una señal a los otros y entran corriendo en el salón.

Buscan metódicamente por todo el salón con ayuda de las linternas. Parece un baile ensayado: se mueven espalda contra espalda, dando una y otra vuelta mientras avanzan, con la luz de las linternas apuntando en diferentes direcciones.

Necesitarían mejor luz, especialmente si Kallis ha tenido tiempo de salir fuera. Esperan que esté herido.

—Ve a buscar el Hummer —dice el jefe del grupo a su pinganillo—. Puede ir por terreno cubierto de bosque.

Anna-Maria Mella acaba de ver muerto al hijo de Diddi Wattrang en el Hummer de la familia. Va corriendo hacia Regla. Aunque, en realidad, no corre, porque fuera está todo completamente oscuro. Va dando saltos y levanta los pies mucho para no tropezar con nada. No tiene ganas de caerse con un arma sin seguro en la mano.

«¿Qué es lo que ha pasado aquí?», piensa.

La luz de fuera está apagada. La casa, arriba en la colina, descansa en una oscuridad compacta.

Cuando está un poco más cerca, ve la luz de una linterna. Alguien alumbra el camino y corre hacia allí a toda velocidad. Anna-Maria se desplaza rápidamente hacia la derecha y cae en la cuneta. Se saca la chaqueta, que está llena de reflectante, y la tira al suelo con el forro hacia arriba. No le da tiempo de correr más que hasta allí, porque, si no, la persona que está arriba la oiría. Se encoge en la cuneta. La hierba del año pasado está aplastada y no ofrece protección ninguna, pero crece un poco de maleza y hay ramas. Si la persona no dirige la linterna hacia donde está ella, se puede salvar.

El agua abajo en la cuneta tiene un palmo de profundidad. Enseguida nota que se le está metiendo en los zapatos y a través del tejano. Remueve el barro con la mano que tiene libre y se mancha de suciedad la cara todo lo que puede para que no se vea blanca con la luz de la linterna. Tiene que mirar hacia arriba, estar dispuesta a disparar si la persona la ve y le apunta con un arma. Coge la pistola con las dos manos, después se queda completamente quieta y en silencio. El corazón le late como una campana.

¿Amigo o enemigo? No tiene ni idea. ¿Es alguno de los hombres de seguridad de

Kallis? ¿Es el que acaba de dispararle a Diddi Wattrang y a su familia?

No lo sabe. Se va corriendo hacia la verja, hacia el coche con el niño muerto en el asiento delantero. ¡Hacia Sven-Erik!

Se pone de pie y deja la chaqueta en la cuneta. Sube hasta el camino. Tiene completamente mojadas las rodillas y los pies.

Corre por el césped que está al lado, detrás del hombre que va camino del Hummer. Si saca el arma contra Sven-Erik... Ella sabe lo que tiene que hacer. En ese caso, le meterá una bala en la espalda.

El hombre llega hasta el Hummer. Se sienta en el coche y lo pone en marcha. Los focos se encienden y, de pronto, toda la zona aparece bañada de una fría luz. Dios mío, ¿pueden dos focos dar tanta luz?

No se ve a Sven-Erik.

El hombre da marcha atrás. Ella se da cuenta de que no piensa perder tiempo en dar la vuelta, sino que irá marcha atrás hacia la casa.

Anna-Maria se vuelve a tirar en la cuneta. Se tumba boca abajo cuando el coche pasa. Se levanta y se queda agachada para mirarlo. Está muy ocupado mirando hacia atrás así que no puede mirar hacia donde está ella. ¡Vaya conductor! Va marcha atrás a máxima velocidad, dirección arriba por la avenida hacia la casa. Joder, qué deprisa va. Pero se mantiene en la calzada con mucha seguridad.

Después recuerda que va sentado al lado de la sillita con el niño al que le han disparado en la cabeza. Es un pensamiento tan repugnante y repulsivo. ¿Qué clase de gente es ésa?

—Sven-Erik—grita bajito—. ¡Sven-Erik!

Pero no oye respuesta ninguna.

Sven-Erik acaba de pedir refuerzos.

Va andando al lado de la calzada donde hay hierba bastante alta. Qué difícil es no ver nada pero en el cuerpo tiene todos los años de experiencia. Muchas veces ha tenido que andar rodeado de una oscuridad negra como el carbón y esta vez ni siquiera lleva mochila a la espalda.

De pronto su cuerpo siente que alguien avanza por la carretera pesadamente, con las piernas algo separadas. Nota, más que ve, la calzada a su lado y los tilos de la avenida al otro.

Cuando el hombre de la linterna viene corriendo, no se tira a la cuneta, sino que se esconde detrás de un tilo hasta que ha pasado.

Sin saberlo, Anna-Maria y Sven-Erik se cruzan. Pero cada uno corre por el lado opuesto de la calzada. Anna-Maria corre detrás del hombre de la linterna. Sven-Erik hacia el otro lado, hacia la casa. Hay poco más de cuatro metros entre ellos, pero no se ven. Tampoco oyen sus propios pasos, su propia respiración.

Está en el jardín. Ester lleva bien agarrado a Mauri del brazo y de la pierna. Va como un yugo sobre los hombros de ella. Cuando da la vuelta por el ala norte, ve la luz de unas linternas a través del ventanal del salón. No están lejos pero ella está ahora al abrigo de la oscuridad. Tiene que moverse en silencio. Cruza el patio evitando la gravilla.

Pasará a través del manzanar y luego hasta el cerrado bosque. A través del bosque hasta el viejo embarcadero. Setecientos metros de terreno difícil y con el peso de otra persona. En cuanto llegue a la linde de los árboles podrá ir más despacio.

Cuando casi ha llegado al manzanar, oye el Hummer que sube hasta el jardín. Lo ve venir como un animal de ojos rojos. Tarda un segundo en comprender que son las luces traseras. Sube marcha atrás por la avenida.

Se encuentra en el haz de luz. De pronto se iluminan los troncos huesudos de los manzanos y da unos rápidos pasos para salir de allí. Sólo hacia adelante. De vuelta a su senda oscura. Hacia el bosque.

El conductor del Hummer les comunica a sus compañeros a través de su pinganillo que tiene a la vista dos personas que huyen. Pasa el coche por las plantas y por el césped, hacia el manzanar.

Antes tiene que parar porque hay un gran desnivel y no puede saltar desde la terraza de piedra o se quedaría allí clavado.

Da marcha atrás poco más de un metro, maniobra, va un poco hacia adelante, utiliza el coche como foco, busca metódicamente en la zona, les dice a los compañeros que se den prisa. Dos le indican que están en camino. Los otros dos han ido a buscar a los demás de la casa. Acaban de dispararle a la niñera, que había encendido velas en la sala de estar y estaba buscando algo que leer ahora que la televisión no funcionaba.

Anna-Maria tiene el corazón en un puño. El Hummer ha ido a través del jardín y se ha parado en el borde de un manzanar. A la luz de los focos ve a una persona llevar a otra sobre los hombros, moviéndose en dirección hacia el bosque. Los ve un segundo, después desaparecen del haz de luz. El Hummer gira hábil y parece que los busca con las luces largas. A su lado aparecen dos personas vestidas de negro, se paran un segundo y siguen hacia la arboleda.

Anna-Maria se agacha e intenta no hacer ruido al respirar. No está ni a veinte metros de ellos.

«No pueden oírme con el ruido del motor», piensa.

Todo ocurre de repente: la persona de la arboleda está en medio de la luz otra vez y uno de los hombres de al lado del coche envía una ráfaga de metralleta. El otro

levanta un fusil hasta el hombro pero no le da tiempo de disparar porque la persona desaparece de nuevo en la oscuridad. El Hummer da marcha atrás, se gira y se queda allí un segundo.

El hombre de la metralleta vuela sobre la terraza como una pantera y va detrás de aquellos desgraciados que intentan huir allí abajo. El tirador de precisión está junto al coche. Dispuesto a disparar puesto en pie.

Anna-Maria intenta ver algo pero sólo hay troncos que extienden sus ramas negras de invierno a la luz fantasmal de los focos del coche.

Lo cierto es que no piensa. No le da tiempo de tomar ninguna decisión.

Sin embargo, en su interior sabe que a los individuos que huyen allí abajo les dispararán si ella no hace nada. Y que en el coche que gira a un lado y a otro, buscando con su asesina luz como una máquina con vida propia, en ese coche hay un niño muerto.

Hay una furia desesperada en sus pasos cuando corre hacia el coche con su arma desenfundada. Los pies se hunden en la tierra. Es como en una pesadilla cuando corres y corres y nunca llegas al final.

Pero ella llega, en realidad tarda apenas unos segundos.

No la han descubierto. Su concentrada atención está dirigida hacia otra parte. Dispara al tirador de precisión en la espalda. Cae hacia delante. Dos rápidos pasos más y dispara al conductor en la cabeza, a través de la ventanilla.

El coche se para pero la luz sigue fluyendo. No piensa en que puede haber más, no hay miedo. Corre por el haz de luz hacia la terraza, hacia la arboleda. Entre los árboles. Sigue al hombre de la metralleta que persigue a quien lleva a un hombre a cuestas.

Le quedan siete balas. Eso es todo.

Sven-Erik Stålnacke se agacha en la oscuridad cuando el Hummer sube marcha atrás hasta la casa. Ve cómo sigue hacia la terraza y se para delante del manzanar, va hacia atrás y hacia adelante, hacia atrás y hacia adelante. No ve a la persona que tiene el valor de atravesar el manzanar con otra en la espalda, pero ve al hombre con la metralleta que disparara contra algo y después corre por la terraza.

Ve al tirador de precisión dispuesto a disparar buscando al lado del Hummer. Mira el reloj y se pregunta cuánto tiempo tardarán en llegar los compañeros.

Apenas le da tiempo a entender lo que ve cuando oye el disparo y el tirador de precisión cae hacia delante y después alguien dispara al conductor. No entiende que es Anna-Maria hasta que la ve correr hacia el manzanar a la luz del coche.

Sven-Erik se pone de pie. No se atreve a llamarla.

«Dios mío, está totalmente expuesta con esa luz. Completamente loca.» Se pone furioso.

Con esa sensación ve que el tirador de precisión se pone de pie. El miedo actúa como un electroshock en Sven-Erik. ¡Si ella le ha disparado! Después entiende que el hombre debe llevar chaleco antibalas.

Y allí corre Anna-Maria como una diana viva en medio de la luz.

Sven-Erik se pone en marcha. Para su edad y peso se mueve muy silencioso y rápido. Y cuando el tirador levanta su arma contra Anna-Maria, Sven-Erik se para y levanta la suya. No ha podido acercarse más.

«Se puede», se convence a sí mismo.

Coge el arma con las dos manos, respira hondo, siente que todo él tiembla de miedo, esfuerzo y tensión. Aguanta la respiración cuando aprieta el gatillo.

Una bala de la ametralladora le da a Ester. Nota cómo la bala se introduce en el hombro. Es una descarga y parece una quemadura. No toca el hueso. No toca ninguna vena importante. Atraviesa sus tejidos girando.

Son sólo unos cuantos vasos capilares que se han roto y se contraen con el impacto. Pasará un rato antes de que empiecen a sangrar. La bala pasa por el brazo y se queda justo debajo de la piel, al otro lado. Como un callo. No habrá agujero de salida.

Se desangrará con aquella lesión. Uno tiene que cuidarse de las pequeñas heridas y de los amigos pobres. Pero aún tardará un rato. Tiene que llevar a Mauri un trozo más.

«Me llamo Ester Kallis. Éste no es mi destino. Es mi elección. Llevo a Mauri a cuestras y dentro de muy poco estaremos en el bosque. Quedan cuatrocientos metros.

»Está completamente callado pero no estoy preocupada. Sé que vivirá. Cargo con él y es aquel niño que vi la primera vez a quien llevo a mis espaldas. El niño de dos años que estaba encima de la espalda de un hombre adulto que montaba a mi madre. Su pequeña y pálida espalda allí en la oscuridad. A ese niño lo llevo yo a cuestras.

»El dolor del brazo me pincha. Está enrojecido. El color es *caput montuum* y *rubia tinctoria* en la oscuridad en la que vamos avanzando. Pero no voy a pensar en el brazo. Dibujo una imagen en la cabeza mientras las piernas nos llevan hacia delante, por la senda que conocen de antes.

»Dibujo Rensjön.

»Hago un dibujo sencillo a lápiz de mi madre sentada fuera de la casa preparando pieles. Quita rascando los pelos de la piel que ha estado en agua hasta que los folículos se han podrido.

»Mi madre en la cocina con las manos en el agua de fregar y el pensamiento lejos, de caminata.

»Dibujo a *Musta*, que, valiente como siempre, divide a la manada como con un cuchillo, corre entre sus patas y a los retrasados los pellizca a escondidas.

»Me dibujo a mí misma. Por la tarde, cuando por fin salgo del taxi que me trae de la escuela a casa, en Rensjön, y el viento me muerde las mejillas y corro desde la carretera hasta la casa. En verano cuando estoy en la playa y dibujo y hasta que se hace de noche no me doy cuenta de lo que me han picado los mosquitos. Lloro y me rasco y mi madre me pone Salubrin por todo el cuerpo, contra las picaduras.

»También tengo imágenes de Mauri. Es por el contacto corporal. Yo lo sé.

»Está en un despacho en otro país. Por el miedo a los hombres que nos persiguen, a los que han enviado a estos hombres, tendrá que vivir escondido el resto de su vida.

»Tiene las manos manchadas por la edad. El sol calienta mucho. No hay aire acondicionado, sólo un ventilador. En el jardín algunas gallinas picotean el polvo rojo. Un delgado gato va deprisa sobre el césped seco.

»Hay una mujer joven. Su piel es negra y suave. Cuando se despierta por la noche, le canta salmos con una voz baja y oscura. Lo tranquiliza. A veces canta canciones infantiles en su propio idioma. Ella y Mauri tienen una niña.

»La niña.

»También la llevo a cuestas. Aún es muy pequeña. No sabe que no está bien abrir y cerrar las puertas de la casa sin tocarlas.

»Veo una comisaría en Suecia. Veo carpetas, unas encima de otras. Contienen todo lo que se sabe de la muerte de Inna Wattrang y los demás muertos de Regla. Pero nadie será juzgado por ello. No se podrá nunca detener a los culpables. Veo a una mujer de mediana edad, con gafas que le cuelgan de un cordón del cuello. Sólo le queda un año para jubilarse. Piensa en ello cuando carga todas las carpetas sobre el caso de los asesinatos en un carro que después baja al archivo.

«Dentro de poco estaremos en el embarcadero.

»Tengo que pararme un momento. La mente se me obnubila por espacio de unos segundos.

«Continúo aunque de pronto me siento muy mareada.

»Me está saliendo bastante sangre de la parte de atrás del brazo. Está pegajoso, caliente, desagradable.

»Esto es pesado. Los pasos se hunden. Tengo frío y miedo de caerme. Es como caminar por la nieve.

»Otro paso, pienso. Igual que mi madre decía cuando yo estaba muerta de cansancio en la montaña y me quejaba. "Venga, Ester. Otro paso más."»

Ebba Kallis se sorprende a sí misma. En la cocina hay una ventana que está entreabierta. Hacía mucho calor cuando el cocinero que habían contratado estaba preparando la cena. Al quedarse a oscuras y oír los disparos, no le da tiempo de

pensar en nada. Sale por la ventana de la cocina. Dentro gritan todos presas del pánico. Al cabo de un rato todo queda en silencio.

Entonces ella ya está fuera de la casa, sobre el césped. Se levanta y corre lejos hasta que llega al muro que hay cerca del jardín. Después lo sigue hacia abajo, hasta la playa. Palpando llega hasta el viejo embarcadero. No puede ir deprisa con los zapatos de tacón. Tiene frío con el vestido fino que lleva, pero no llora. Piensa en los niños que están en casa de sus padres y continúa.

Se sube a la lancha y palpa a ver si puede encontrar una linterna para buscar la llave y poner el motor en marcha. Si no, tendrá que remar. Justo cuando su mano encuentra la linterna, oye unos pasos que se acercan al embarcadero, muy cerca.

Oye una voz que dice algo como «Ebba», o «Ebba, él...». O algo así.

—¿Ester? —dice con cuidado levantándose en la lancha para ver el borde del embarcadero. Aunque no puede ver nada en la oscuridad.

Cuando no recibe respuesta ninguna, piensa «qué cojones», y enciende la linterna.

Ester. Con Mauri a cuestas. No parece ni reaccionar a la linterna y cae rendida al suelo.

Ebba se sube al embarcadero. Ilumina a los dos desvanecidos con la linterna.

—Dios mío —dice—. ¿Qué voy a hacer con vosotros?

Ester la coge del vestido de seda.

—Corre —le susurra.

Entonces Ebba ve la luz de una linterna entre los árboles.

Es cuestión de vida o muerte.

Coge a Mauri de la chaqueta y lo arrastra por el embarcadero. Dunc, dunc, dunc, se oye cuando los talones de los zapatos de él pasan por las maderas.

Lo tira a la lancha. Aterrizza con un golpe, es como un estruendo a los oídos de Ebba. Espera que no haya caído de cara. La luz de la linterna se dirige hacia ella. De Ester hay que olvidarse. Ebba suelta la amarra y salta al agua. Nada al lado de la lancha, la empuja. Al final están tan lejos que va sola. Ebba es fuerte gracias a la equitación pero necesita mucho esfuerzo para subirse a bordo.

Coge los remos. Los pone en las sujeciones. Dios, qué ruido hacen. Piensa todo el tiempo: nos van a disparar.

Después rema. Está lejos de tierra. Está en buena forma y mantiene fría la cabeza. Sabe exactamente adonde llevar a Mauri. No es tan tonta como para no entender que esto tiene que arreglarse fuera del hospital y de la policía. Hasta que él mismo diga qué quiere hacer.

Y el hombre de la linterna que va camino del embarcadero no llega a tiempo. En su pinganillo recibe la orden de que el trabajo se interrumpe. A dos miembros del grupo les han disparado y los tres que quedan se van de la Heredad Regla. Antes de que llegue la policía, han desaparecido.

Está nevando. Ester anda por la nieve con mucho esfuerzo. Dentro de poco no podrá más. De pronto ve algo allí delante. Es alguien que va hacia ella a través del viento cargado de nieve, se para antes de llegar.

Llama a su madre: «*Eatnázan*», grita, pero el viento engulle su voz y la hace desaparecer.

Cae al suelo. La nieve le cae encima. En un instante está cubierta por una capa pesada y blanca. Y, al quedarse allí tumbada, siente un jadeo contra su cara.

Un reno. Un reno domesticado que la empuja levemente, le sopla en la cara.

Allí delante está su madre y otra mujer. Ester las ve a través de la nieve que pasa llevada por el viento, y sabe que la esperan a ella. Sabe que la otra mujer es la abuela de *eatnázan*. Su *áhkku*.

Se levanta y se tumba sobre el lomo del reno. Va como si fuera un bulto. Ahora oye un ladrido conocido. Es *Musta* que corre alrededor de las dos mujeres allí delante. El ladrido exigente de *Musta* que quiere irse de allí. Ester tiene miedo de que se vayan sin ella. De que desaparezcan.

—Corre —le dice al reno castrado—. Corre. —Con la mano se agarra bien a sus gruesas crines.

Y entonces echa a andar hacia delante.

Enseguida les darán alcance.

Anna-Maria Mella descubre, de pronto, que va a tientas por un bosque oscuro y silencioso. Ha dejado de correr hace rato. Se da cuenta de que no tiene ni idea de cuánto tiempo ha estado dando vueltas y también de que no va a encontrar a nadie allí. Tiene la profunda sensación de que ya todo ha pasado.

«Sven-Erik —piensa—. Tengo que volver.»

Pero no encuentra el camino. No tiene del todo claro dónde se encuentra. Se hunde junto al tronco de un árbol.

«Tengo que esperar —piensa—. Dentro de poco amanecerá.»

Le invade la imagen del niño muerto e intenta apartarla de su cabeza.

Echa de menos a su hijo Gustav. Lo quiere coger y sentir su cálido cuerpo.

«Él vive —se dice a sí misma—. Están en casa. Si hubiera llevado puesta la chaqueta podría haber llamado a Robert porque el teléfono está en el bolsillo interior. Pero la chaqueta se ha quedado en la cuneta.»

Se rodea el cuerpo con los brazos y se aprieta los hombros con las manos para no echarse a llorar. Y mientras está allí sentada apretándose los hombros más y más, se queda dormida. Está agotada.

Cuando despierta, al cabo de un rato, nota que empieza a amanecer. Se levanta rígida y echa a andar hacia la casa.

Arriba, en el jardín, hay tres coches de la policía y una furgoneta que pertenece a operaciones especiales. Los agentes han rodeado la zona y se han ido hacia el bosque.

Anna-Maria va andando hacia la casa con ramas en el pelo y barro en la cara. Todo lo que siente cuando sus compañeros levantan sus armas hacia ella es lo cansada que está. Levanta las manos y ellos le quitan la pistola.

—¿Sven-Erik?—pregunta—. ¿Sven-Erik Stålnacke?

Un policía le sujeta el brazo suavemente, de manera que pueda agarrarla más fuerte si se tropieza o se cae.

El compañero parece confuso. Parece que tiene la edad de Sven-Erik pero es más alto.

—Está bien, pero no puedes hablar con él ahora —le informa—. Lo siento.

Lo entiende. De verdad. Ella ha disparado a dos personas y Dios sabe qué más ha ocurrido allí. Naturalmente tienen que investigarla a ella pero tiene que poder ver a Sven-Erik. Quizá más por ella que por otra cosa. Necesita ver a alguien por quien sienta afecto. Alguien que la quiera. Sólo pretende que la vea y haga un pequeño gesto con la cabeza, una señal de que todo va a arreglarse.

—Venga, ya —pide Anna-Maria—. Esto no ha sido una excursión. Sólo quiero saber que está bien.

El policía suspira y se rinde. ¿Cómo va a poder negarse?

—Pues ven por aquí. Pero recuerda, nada de intercambio de información de lo que ha pasado aquí esta noche.

Sven-Erik está apoyado en uno de los coches celulares. Cuando ve a Anna-Maria vuelve la cabeza.

—Sven-Erik —lo llama.

Entonces se vuelve hacia ella.

Nunca antes lo ha visto tan furioso.

—Tú y tus jodidas maneras —le grita—. ¡Vete al infierno, Mella! Teníamos que esperar refuerzos. Yo...

Aprieta los puños y los sacude de ira y frustración.

—Voy a presentar mi dimisión —le grita él.

Justo cuando lo ha dicho, Anna-Maria ve cómo los compañeros que están junto al Hummer iluminan al hombre del fusil, el tirador de precisión. Está en el suelo y le han disparado en la cabeza.

«Pero si yo le disparé en la espalda», piensa Anna-Maria.

—Vaya —le responde ausente a Sven-Erik.

Entonces es cuando Sven-Erik se sienta sobre el capó del coche y se echa a llorar. Piensa en la gata. La *boxeadora*.

Piensa en Airi Bylund.

Piensa que si Airi no hubiera cortado la cuerda con la que se había suicidado su

marido y no hubiera hecho mentir al médico respecto al motivo del fallecimiento, a Örjan Bylund le hubieran hecho la autopsia y hubieran puesto en marcha una investigación sobre su muerte y, en ese caso, nada de esto hubiera sucedido. Y no hubiera tenido que matar a nadie.

Se pregunta también si podrá soportar el hecho de amar a Airi. No lo sabe.

Y llora con todo su corazón.

Rebecka Martinsson sale del coche delante del Hotel Riksgränsen. El nerviosismo le patatea el estómago.

«Es igual —se dice a sí misma—. Tengo que hacerlo. No tengo nada que perder, excepto mi orgullo.» Y cuando se hace una imagen de su orgullo, ve una cosa desgastada sin ningún valor.

«Adentro», se dice a sí misma.

Por lo visto en el bar están de fiesta. En cuanto entra por la puerta del hotel oye un grupo de música tocando una vieja canción de Pólice.

Se queda en recepción y llama a Maria Taube. Si tiene suerte Maria tendrá algún chico rondándola y ella estará esperando que la llame las veinticuatro horas del día.

Tiene suerte. Maria contesta.

—Soy yo —dice Rebecka.

Le falta el aliento por el nerviosismo pero tampoco de eso se puede preocupar.

—¿Puedes ir a buscar a Måns y pedirle que baje a recepción?

—¿Qué?—pregunta Maria—. ¿Es que estás aquí?

—Sí, estoy aquí. Pero no quiero ver a nadie, sólo a él. Por favor, ve a pedirselo.

—De acuerdo —responde Maria vacilante a la vez que se da cuenta de que se ha perdido algo o que no lo ha entendido—. Voy a buscarlo.

Tarda un par de minutos.

«Ojalá no venga nadie aquí», piensa Rebecka.

Tiene ganas de hacer pipí. Debería haber ido antes al baño. Y mucha sed. ¿Cómo va a poder articular palabra cuando tiene la lengua pegada al paladar?

Se ve a sí misma reflejada en el espejo y entonces descubre, para su horror, que lleva el viejo anorak de su abuela. Tiene aspecto de vivir en el bosque, de hacer cultivo ecológico, de enfrentarse a todo tipo de autoridad y de hacerse cargo de los gatos abandonados.

Está a punto de salir corriendo hacia el coche y desaparecer de allí pero entonces suena el teléfono. Es Maria Taube.

—Va para allí —le dice concisa y cruel.

Y va.

Rebecka se siente como en un acuario con una morena dentro.

No la saluda con el «¿Qué hay, Martinsson?», o algo así. Es como si se diera cuenta de que ahora va en serio. Está tan guapo. Tiene el mismo aspecto de antes. Casi nunca se le ve llevar téjanos.

Ella toma la iniciativa e intenta olvidarse de su pelo largo que necesita ser cortado y teñido. Intenta olvidar su cicatriz. ¡Y el jodido anorak!

—Vente conmigo —le dice—. He venido para llevarte a mi casa.

Piensa que debería decir algo más pero no tiene fuerzas para articular otras palabras que aquéllas.

Él sonríe pero después se pone serio y antes de que le dé tiempo de decir nada, aparece Malin Norell por detrás de él.

—¿Måns?—lo llama mientras mira a Rebecka—. ¿Qué es lo que pasa?

Él sacude la cabeza con pesar.

Rebecka no sabe por qué mueve la cabeza. Por ella o por la mujer que está a sus espaldas. Entonces él le sonríe y dice:

—Tengo que ir a buscar la chaqueta.

Pero ella no lo piensa dejar escapar. Ni un sólo segundo.

—Coge la mía.

Van en el coche. La nieve cae fuera como un telón blanco. No se ve nada. Rebecka conduce con cuidado. No hablan mucho. Nada, en realidad. Måns estudia las gastadas mangas del anorak que lleva puesto. Seguro que es la chaqueta más fea que ha visto en su vida.

Después mira a Rebecka. Realmente es algo diferente. Completamente loca. Y se echa a reír. No puede aguantarse.

Ella también se ríe. Se ríe hasta que le caen las lágrimas.

Mucho más tarde, cuando descansa sobre su brazo empieza a llorar. Desbordada. Es cuando él le hace una broma y dice:

—Qué bien, ¿no?

Y ella tiene que reírse de nuevo, pero le vuelve el llanto.

Entonces él le coge los cabellos. Se los sujeta mientras se los acaricia y le besa la cicatriz que tiene en el labio.

—Está bien —dice—. Déjalo salir.

Y llora hasta hartarse y él está lleno de buenas intenciones. La va a cuidar. Se volverá con él a Estocolmo y a trabajar de nuevo en el bufete. Todo saldrá bien.

Por la noche se despierta y se queda mirándolo. Duerme de espaldas con la boca abierta.

«Ahora está aquí —piensa—. Voy a intentar no atarlo tan corto que se quiera soltar. Voy a disfrutar con ello.

«Que esté aquí ahora.»

Fin

Agradecimientos

La mitad de la serie está escrita. Parece raro. Miro los dos libros anteriores y el montón de hojas de este tercero y es como si otra persona los hubiera escrito. Como siempre, es todo mentira. Ciertas personas existen en realidad pero lo que escribo de ellas es inventado.

Muchos me han ayudado y a algunos se lo quiero agradecer aquí: el médico jefe, Lennart Edström, que me ha ayudado, entre otras cosas, con el desarrollo de la enfermedad de Rebecka, los médicos jefe Peter Löwenhielm y Jan Lindberg, que me han ayudado con las heridas y mis muertos, la catedrática Marie Alien, con la que he tenido la satisfacción de hablar de restos de sangre y cabellos, la fiscal Cecilia Bergman, el conductor de perros Peter Holmström y las artistas Anita Ponga, Maria Montner y Camilla Jüllig, por lo que me han hecho compartir. Y quiero recalcar que la familia de Ester no es la de Anita Ponga.

Los errores son siempre míos.

Gracias también a: mi editora, Rachel Åkerstedt, inclemente y maravillosa. Toda la maravillosa gente de la editorial, que me han hecho poner contenta cada vez que he entrado allí. A los de Bonnier Group Agency, que consiguen vender mis libros en el mundo.

Gracias mamá, Eva Jensen, Lena Andersson y Thomas Karlsen Andersson, por haber leído, hecho volteretas y elogiarme. Lo necesito tanto. Me aguantasteis. Gracias papá y Mona que leísteis y comprobasteis los datos sobre Kiruna.

Y por último: Gracias, Per. Finalmente el libro se ha acabado. Ahora voy a buscarte.